

JAMIES O. CURWOOD

El cazador negro



Lectulandia

Esta novela se basa en un episodio histórico sucedido en la época en que Quebec estaba bajo la soberanía francesa. El contraste entre la aristocracia decadente y el pueblo rudo y fiel a la vida primitiva es manifiesto en *El Cazador Negro*, una novela de sabor romántico y espiritual en el que un tierno idilio llega a convertirse en tragedia. También en esta obra James O. Curwood presenta el destino de una raza medio extinguida y en perpetua lucha por su supervivencia. El sugestivo realismo, la grandiosidad de los paisajes y la historia de un amor no siempre afortunado se funden en esta novela del gran escritor americano.

Lectulandia

James Oliver Curwood

El cazador negro

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2018

Título original: *The Black Hunter*
James Oliver Curwood, 1926
Traducción: José Fernández
Diseño portadilla V Aniversario: Arrow

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

EDICIÓN CONMEMORATIVA

se
epublibre

5 ANIVERSARIO



Prólogo

A buen seguro que ningún período de la historia del continente norteamericano ofrece al novelista campo más rico en incidentes ni más abundante en esas pintorescas y emocionantes aventuras que rigen la vida del explorador, que el que sirve de base a la presente novela, y al cual el autor piensa dedicarle otros volúmenes.

Es curioso e inexplicable que esta época que comienza en 1755, con las luchas entre franceses e ingleses por la supremacía en el continente, y termina pocos años antes de estallar la guerra de la Independencia, rara vez haya sido estudiada, y más raramente aún, con la suficiente exactitud histórica para que el novelista pueda hallar en tales estudios material para sus narraciones. Ese período que abraza el nacimiento del pueblo americano y el canadiense, y durante el cual se registran acontecimientos que conmovieron a los principales países del mundo y que influyeron grandemente en que fueran lo que son, forma hoy como un oscuro valle sumido en un enigmático y tenebroso pasado. Aquellos románticos y extraordinarios hechos han sido casi olvidados por la presente generación, la cual no se detiene a reflexionar que no está tan remota la época en que Francia reivindicaba toda la parte de América que se comprende entre Alleghanys y las Montañas Rocosas, y entre Méjico y el Polo Norte, a excepción de unas cuantas millas a lo largo de la bahía de Hudson, donde hallábanse enclavadas las mal definidas posesiones inglesas.

La dominación francesa constituye un período del pasado que merece recordarse. Parkman dice que cuando dirigimos nuestra memoria a aquellas sombras disipadas, éstas salen de sus tumbas y se ofrecen a nuestros ojos con un romántico y extraordinario atavío. De nuevo parecen arder las espectrales hogueras de sus campamentos, proyectando su resplandor sobre el señor y el vasallo, el enlutado clérigo y el guerrero salvaje, y confundiéndose en estrecha asociación para la misma finalidad.

«Una ilimitada perspectiva surge ante nosotros: un selvático continente, vastas inmensidades cubiertas de verdura, montañas sumidas en un sueño profundo y antiguo, ríos, lagos y pantanos espejeantes...; océanos de selvas confundidos con el cielo y olmos empenachados y fulgentes entre las sombras de las florestas, y hábitos de religiosos que se ocultan en sus guaridas y fortalezas... Hombres saturados de la antigua cultura, empalidecidos por la atmósfera viciada de los cerrados claustros, consumían allí desde el mediodía al crepúsculo de sus vidas y gobernaban las hordas salvajes con dulce y paternal autoridad, permaneciendo serenos ante los aspectos más horrorosos de la muerte. Otros varones, de educación cortesana y herederos de un abolengo de la más pura ranciedad, desplegaban una actividad mucho mayor que la de los esforzados hijos del trabajo».

El hecho de que en tal época nacieran los antepasados del autor y de que su bisabuela fuera una joven india genuina del infortunado y desorientado pueblo de los *mohawks*, fue para él en todo momento, desde los días de su infancia que alcanza su memoria, fuente inagotable de orgullo. Y este orgullo, en los últimos años, ha provocado el humilde pero ardiente deseo de escribir acerca de aquellos tiempos en que él hubiera vivido feliz, de haber nacido ya.

En los diez últimos años no han cesado de aumentar ni el caudal de datos ni los asuntos de esta novela y las sucesivas. Hemos recorrido palmo a palmo el amado suelo; hemos leído cartas escritas por seres muertos hace más de cincuenta años, volviendo a dar vida al espíritu de ellas; hemos hecho hablar a las corroídas piedras de las ruinas que en un tiempo remoto hicieron eco a la risa, al canto y a la tragedia; hemos violado el secreto de enterrados y amarillentos manuscritos de monjes y mártires, que jamás conocieron las máquinas de imprimir, y las santas monjas ursulinas han contribuido a nuestra labor con lo que sus delicadas manos, en un pretérito olvidado y glorioso, estamparon en valiosos documentos.

Si el autor logra ser veraz en el relato de aquella época en aquel pueblo, dará cima a una de sus más grandes ambiciones. Sin embargo, de acuerdo con la opinión de algunos de sus críticos, confiesa que ha hecho bastantes modificaciones. La habilidad del artífice tiene sus limitaciones; pero nos satisface hacer constar que la honradez de nuestros propósitos no tiene límites.

Un novelista no es un historiador, ni debe ser nunca juzgado como tal, aunque su obra pueda contener más historia y más verdad acerca de determinado pueblo, que se haya recogido en libro alguno. Del mismo modo que en algunas novelas históricas los hechos descansan sobre el fondo impreciso de una niebla formada por lo legendario y lo real, en otras, las exigencias de la leyenda permiten el uso de esa especie de licencia poética que a los escritores de ficción se les viene tolerando desde tiempos remotos, y la cual prevalecerá en el futuro más de lo que nosotros podemos imaginarnos.

En *El Cazador Negro*, con objeto de obtener una mayor continuidad en la historia, se han modificado ligeramente dos hechos históricos: a Vaudreuil se le hace aparecer en Quebec algunos meses antes de que realmente se hallara allí y los sucesos secundarios de Fuerte Guillermo están registrados en la historia un año después que en este libro.

JAMES OLIVER CURWOOD

Owosso, Michigan, 4 de noviembre, 1925.

Capítulo I

CAÍA la tarde de un día del año 1754. La blanda y dorada calina otoñal de Algonquin cubría las adormecidas soledades de la selva, y a los pies de la joven pareja que contemplaba aquel edén de calma y bienestar corría el misterioso Richelieu con rumbo al río San Lorenzo, el cual se hallaba a veinte millas de aquel punto, siguiendo la dirección del Norte.

Al sur, y a sesenta millas de distancia, estaba el lago Champlain y, más al sur todavía, los odiados ingleses, los indios *mohawks* y el azote rojo de los hermanos del bosque, que se dedicaban a la rapiña en Nueva Francia.

Tras algunas semanas de laborioso esfuerzo, el muchacho grabó en su córneo frasco, con trazos delicados y finos como el sedoso tejido de una tela de araña, aquel paisaje y otros muchos.

Estaba orgulloso de su trabajo. Sus ojos tenían los fulgores propios de un alma de artista al someter por primera vez el grabado al juicio de otra persona.

El joven hallábase ya en los comienzos de la edad viril, y ello se debía tanto a la rigurosa e inflexible educación por los métodos de enseñanza de los jesuitas como al ambiente de aquellos bosques, entonces ilimitados. Contaba a la sazón diecinueve años y su aspecto no denotaba que fuera de constitución robusta y vigorosa. Su cuerpo era enjuto y propenso a los movimientos rápidos. Su descubierta cabeza estaba poblada de una enmarañada, cabellera rubia. Sus ojos, grises y diáfanos, adquirirían una completa inmovilidad cuando se fijaban en alguien o algo, y superaban en rapidez y exactitud a los de cualquier indio para percibir los detalles de un dilatado horizonte. Llamábase David Rock, y, pese a lo inglés de su apellido, llevaba dentro el corazón y el alma de su gloriosa Nueva Francia, tal como la veía al esculpirla en su córneo frasco de pólvora.

Ana de Saint Denis, la joven que estaba a su lado era todavía mucho más hermosa que aquel país. Su estatura rebasaba en una pulgada el hombro del joven. La gruesa trenza formada con sus oscuros y brillantes cabellos caíale sobre las caderas, de suave curva.

Sus mejillas se colorearon y sus ojos se inflamaron de felicidad y orgullo cuando tomó el frasco de asta y pudo admirar la maravillosa labor realizada por David.

—¡Es increíble que manos humanas puedan ejecutar estas maravillas! —murmuró—. ¡Estoy orgullosa de ti! ¡Oh, cómo me gustaría poder enseñárselo a la Madre María y a todas las buenas Hermanas ursulinas cuando regrese al colegio de Quebec, diciéndoles que el autor era mi David!... ¡Es incomprendible!

—Me alegro mucho de que te guste dijo David enrojando y echándose a

temblar al contemplar las largas y sedosas pestañas que ocultaban los ojos de la joven.

—Este grabado es más bello que las pinturas murales del convento... ¿Cómo lo hiciste, con un cuchillo?

—Sí, con un cuchillo —dijo David—. Esto es un cuerno de búfalo que me vendió un amigo *algonquin*^[1]. Se lo cogió a un indio *seneca* al que mató hace dos arios en un combate.

—¡Qué horror! exclamó la joven estremeciéndose.

—Eso no le resta valor, Ana.

—Pues a mí no me gustarán jamás las luchas, aunque en este país no se hace otra cosa que combatir. Hubiera preferido que quitaran este cuerno al indio sin necesidad de matarlo.

David abatió la mirada hacia el Richelieu y después la dirigió hacia la lejana región selvática.

—Da la vuelta al frasco, Ana —dijo con voz emocionada—. Hay algo que no has visto todavía.

La joven obedeció y apareció a sus ojos un bosque de pinos en miniatura, en cuyo centro había una tarja con la siguiente inscripción: «Te amo. Lucharé por ti hasta la muerte». Y debajo había dos iniciales y una fecha: «D. R. - Septiembre 1754».

—Esas palabras son para ti —dijo David—. Efectivamente, estoy decidido a luchar por ti con todo aquel mundo selvático que desde aquí se columbra.

Había apartado los ojos de su amada, y aunque se esforzaba por hacer serena su voz, en el fondo de su alma, luchando contra aquella virilidad, había un ligero matiz revelador de que no todo era ventura para él, una sospecha, una especie de temor pueril y una debilidad que ya otras veces había combatido.

La joven lo comprendió todo. Había tenido un instante oprimido contra su seno el precioso frasco. Dejándolo de pronto caer sobre el blando césped, se volvió hacia David. Sus brazos eleváronse lentamente hacia el rostro masculino y los de David ciñeron tan estrechamente el cuerpo de la joven que su trenza quedó aplastada sobre el delicado talle. Los ojos de Ana brillaron con aquel cariño que profesaba a David desde la niñez, y sus labios, húmedos y suaves, se alzaron en franca oferta.

—¡Bésame, David!

Y, sin vacilar, presentó sus labios para el beso. Después se separó tan suavemente como se había acercado. David no se lo impidió.

—No tendrás que luchar por mí, bien lo sabes. Yo también —y de pronto apareció una maliciosa mirada en sus ojos— he tenido la audacia de decir a la Madre María que quiero acelerar mis estudios, ya que hasta que salga del colegio no podré casarme contigo. Sí, la he horrorizado; pues, de no ser por ti, los brocados y las blondas que tanto me seducen, los hubiera substituido por el negro traje de estameña, que tan bien sienta a las monjas.

—¡No lo quiera Dios! —exclamó David con súbito sobresalto.

—Sólo seré monja si me engañas o mueres en una de tus locuras antes de llegar a ser mayor de edad —repuso Ana para consolarle. Y se inclinó para recoger del suelo el frasco de asta.

—Desearía que no existiera ese colegio —dijo David con tristeza.

—¿De veras lo desearías?

—Sí. Para mí no hay más colegio que los bosques. A ti te desagrade la lucha, pero yo no puedo hacer otra cosa que luchar. En la selva no se puede prescindir del combate. Siempre será así. Los que no hemos ido al colegio estamos destinados a llenar de pólvora nuestros frascos de asta para echar de aquí a los ingleses y a los iroqueses, mientras allá arriba, en la gran ciudad de Quebec (me has dicho que tiene ya ocho mil almas), los hombres y las mujeres se convierten en señores y las jóvenes como tú llegan a ser magníficas damas.

—Y esas magnificas damas se enamoran de los caballeros concluyó Ana.

—¿Por qué no dices todo lo que piensas, David?

—No puedo.

—Pero mi caballero viste traje de gamuza, suave como el terciopelo, que es armadura característica de los bravos escuderos del río Richelieu —observó Ana contemplando pensativamente la roja puesta de sol.

—Sin embargo, abrigo cierto temor que ha ido creciendo de poco tiempo a esta parte dijo David, dándose cuenta de que iba a descubrir el pensamiento que consumía su corazón desde hacía unos meses.

—¿Qué temes?

Con rápido gesto, David señaló su carabina, la cual estaba apoyada en el tronco de un árbol derribado que estaba cerca de ellos.

—Eso es todo cuanto tengo..., eso y mi madre —dijo.

—Nuestra madre, querrás decir —exclamó la joven resueltamente—. Me pertenece la mitad de ella.

La felicidad iluminó un instante el rostro de David, pero este resplandor desapareció al punto.

—Ya sabes lo que quiero decir, Ana. Tu padre es el esforzado y noble señor de estos contornos, y vuestra casa la llamada Casa Grande, mientras yo vivo en una rústica y aislada cabaña de la selva.

—¡Bah! —repuso Ana encogiéndose de hombros.

—Además, eres hermosa.

—También lo es el grabado de tu frasco de asta.

—Y te gustan los ricos brocados y las blondas flotantes...

—Cuando la que los lleva es una muchacha hermosa, sí.

—Y esas cosas se avienen mejor con los dorados encajes de los caballeros y se hallan más en consonancia con las espadas y los sombreros de tres picos que con las carabinas y los frascos de asta.

—Bien pensado, así es —dijo Ana.

—Y tu posición social y la populosa ciudad de Quebec tiene alicientes que yo jamás te podré ofrecer —concluyó David torturando su destrozado corazón.

—Es maravillosa tu clarividencia —replicó Ana bajando tanto su rostro que David no pudo notar que reía.

—Bien...

—Bien ¿qué, David?

—Son muchos los caballeros jóvenes y las damitas que recorren el camino de Quebec sólo por verte. Por otra parte, el Intendente del Rey y su acompañante están punto de volver de Montreal y, con ellos, ese señor de Vaudreuil que, según dicen, llegará a ser gobernador de toda la Nueva Francia el año que viene mismo, si el intendente Bigot se empeña.

—Lo de la partida de jóvenes es lo que más me ha gustado —dijo Ana fingiéndose indignada Cinco adorables muchachas de Quebec, David. Hasta que se vayan van a estar torturándome los celos.

David permanecía silencioso.

—Nancy Lotbinière, con sus pupilas azules y su cabellera semejante a la luz crepuscular, ha jurado arrancarte de mi corazón —continuó la joven burlescamente—. Luisa Charmette, Ángeles Rochemontier, Josefina La Vallière y Carolina de Boulanger arden en deseos de echarte la vista encima.

—¿Pertenece todas a la alta sociedad del río de San Lorenzo?

—Todas, excepto Luisa Charmette, que es hija de un comerciante y tan coqueta que me tiene atemorizada. Ahora cuéntame más cosas acerca del frasco, David.

—Pedro Gagnon dice que el intendente Bigot es el hombre más perverso de Nueva Francia replicó obstinadamente David.

—Será verdad —dijo Ana porque Pedro lo sabe todo. En cuanto al Intendente, es también el hombre más poderoso del país, después del Rey.

Alzó sus ojos, intensamente azules, y dirigió a David una mirada tan adorable, que el muchacho sintió que las palabras, se le anudaban en la garganta.

—David —añadió—, no he prestado mucha atención a lo que decías porque estaba haciendo acopio de fuerzas para pedirte el frasco de asta. ¿Me lo das? Lo preferiría a la más bella pintura de la Capilla de Santos.

David comprendió que era inútil continuar en su reserva.

—Ana, ¿hablas en serio?

—Sí.

—¿No lo dices por halagarme?

La joven volvió a ruborizarse y sus ojos tornáronse casi negros a fuerza de enrojecer.

—David, este frasco de pólvora y lo que en él has grabado significa para mí mucho más que todos los colegios y todos los caballeros ilustres del mundo..., es decir, si las palabras que has esculpido son verdaderas.

—Cuando dejen de serio, Dios haga que no viva ni un solo día más.

Pese a la inmensa felicidad que le poseía, no hizo movimiento alguno para acercarse a ella, sino que permaneció firme en su sitio, mientras el corazón latía tan violentamente y su respiración era tan agitada, que hubiérase dicho que terminaba de dar una carrera.

—¿Me das el frasco?

—Sí.

La sonrisa de satisfacción que se dibujó en los labios de Ana era tan plácida y hermosa como el atardecer.

—Entonces, debes decirme lo que estabas a punto de contarme cuando esos disparatados pensamientos sobre los colegios y los jóvenes de la buena sociedad bullían en tu mente. Quiero saber el significado de todo lo que grabaste en el frasco de asta.

Ahora que la inquietud había huido de su corazón, David examinó la superficie córnea con ojos brillantes de interés, fijando especialmente la vista en cierto punto de la extensa región que grabara con la afilada punta de su cuchillo de monte.

Habían subido a la cumbre de la Colina del Sol, cima coronada de negros pinos donde el resplandor del crepúsculo vespertino ponía siempre su último beso, el cual permanecía allí como una bendición, mientras las sombras surgían de la profundidad de los valles.

El Richelieu era angosto y se deslizaba perezosamente a los pies de ambos, cruzando, silencioso y tranquilo, rocosos terraplenes y parajes cubiertos de densos ramajes, como si él mismo se diera cuenta de que era una de las principales arterias que comunicaban el Canadá con las tierras enemigas. Al otro lado extendíase una pequeña parte del señorío de Saint Denis^[2]. El resto desaparecía con el río, el cual marcaba una rápida curva. Al Sur y al Este extendíanse las intranquilas regiones selváticas, las cuales no desaparecían hasta que el firmamento caía en suave curva sobre ellas.

David tomó el frasco de asta y Ana se acercó tanto a él, en su deseo de no perder detalle de lo que el joven iba a decirle, que una de sus sonrosadas mejillas descansaba en el brazo masculino, y su sedosa trenza, resplandeciente con mil reflejos a la apacible luz de Occidente, después de deslizarse sobre su hombro, caía en la mano de David.

Éste rió con aquella extraña y dulce risa que cautivó a Ana desde los primeros años de su infancia, e, inclinándose, posó el rostro y los labios sobre la aterciopelada suavidad de la trenza. Después se irguió para señalar la azul lejanía de la selva.

—En aquel lado están los ingleses que se pasan día y noche cavilando el modo de destruirnos y que compran a los salvajes nuestros cueros cabelludos como si fueran pieles de castor y que, si pudieran, nos voltearían uno a uno sobre las estacas de fuego de los iroqueses —dijo David con voz que fue haciéndose cada vez más cavernosa, hasta que un resplandor de amargura relampagueó en los ojos de la doncella.

Ana oprimió dulcemente con ambas manos el brazo de David, pues sabía que siempre que hablaba de los ingleses y de los indios aliados de ellos veía la sombra de su padre, el cual había sido torturado y asesinado por ellos.

—Les odio tanto —prosiguió fieramente—, que he cubierto todo su territorio de figuras de diablillos, como tú misma puedes ver.

—Sí dijo Ana, haciendo un movimiento afirmativo con la cabeza, estremecida de pasión, pues amaba a la Nueva Francia con toda la fuerza de su espíritu.

—Todo esto es la vía de agua —prosiguió David, tendiendo su fino índice sobre una línea hábilmente trazada en el encorvado cuerno Y esta vía es un camino, que nos une con el enemigo. He aquí la causa de que el Rey otorgara a los guerreros ilustres como tu padre esas tierras a lo largo del Richelieu^[3]. Así podía obstruir el paso a la invasión y retener a nuestros enemigos. Más abajo, aquí, en este lago que nosotros llamamos lago Sacramento y los ingleses lago Jorge, están las primeras plazas enemigas, Fuerte Eduardo y Fuerte Guillermo, en cada uno de los cuales he grabado un perro ladrando para simbolizar los continuos ladridos con que sus moradores nos amenazan.

La joven se estremeció ligeramente.

—¿Y tú crees que lograrán llegar al fin hasta nosotros y harán lo que sus perros desean hacer? —murmuró Ana.

—Si tus caballeros de la populosa ciudad de Quebec tienen coraje para pelear, no —repuso David.

—Mis caballeros, no —le reprochó la joven dulcemente.

—Y dejando a los furiosos perros —continuó David después de un silencio durante el que pareció reflexionar acerca de las palabras de Ana— llegamos a nuestro propio lago Champlain. Esta bandera prendida a la punta de un pino seco indica la plaza llamada de Ticonderoga por los negros, donde nosotros vamos a construir muy pronto un fuerte.

—Hablas como un hombre que sólo vive para la lucha dijo la joven, viendo con la imaginación mucho más de lo que se precisaba en el grabado. ¿Por qué dices vamos a levantar un fuerte? ¿Por qué haces intervenir siempre a tu persona? ¿Acaso el Rey no tiene soldados que le construyan el fuerte?

—Pronto llegará el tiempo —dijo David pausadamente— en que todos los rifles que haya en Nueva Francia se necesiten para rechazar a los extranjeros. Ese momento se acerca a pasos agigantados, lo barrunto. Y rifles como el mío son mucho más preferibles a los de los soldados, Ana.

—¿Y nuestros enemigos vendrán desde dónde se hallan esos perros al lago Champlain, y desde el lago Champlain al río Richelieu, y desde el río Richelieu hasta nosotros?

—Sí, y después arrasarán Montreal, Quebec y todos los hogares de Nueva Francia, a no ser que podamos detenerlos —dijo David gravemente.

—Hablas con más seguridad aún... que... mi padre —dijo Ana tras breve

vacilación—. Él no piensa sino en la paz; confía en la paz y en el poder de Francia. ¡Y así hablan y piensan en la ciudad de Quebec, David!

—En las selvas se opina de otro modo —repuso éste—. Mientras tus caballeros de Quebec danzan, juegan y se enriquecen, los perros de allá abajo están enfurecidos y famélicos. No son palabras mías. Son...

—¿De quién?

—Del Cazador Negro, Ana.

El joven hablaba en voz queda como si sus palabras envolviesen un secreto que ni los vientos debieran oír. La doncella contuvo la respiración un instante, durante el cual su delicado cuerpo se aproximó a David.

—¿Ha estado otra vez aquí?

—Sí. Un mes antes de que tú regresaras del colegio de Quebec, llegó en una noche oscura. Yo estaba dormido y era presa de mi terrible pesadilla. Permanecí dos semanas con él allá abajo, en la selva meridional, adentrándonos en el corazón del campo de nuestros enemigos. Llegamos hasta las minas de plomo que hay en el valle del río Juanita. Visité el Fuerte Guillermo, donde vi los mastines que he copiado. Como iba acompañado del Cazador Negro, no vieron en mí ningún peligro. De aquí que pudiera ver algunos ensangrentados cueros cabelludos colgados a los arcos en que los indios los colocan.

La joven había ido apartándose poco a poco de él. Sus mejillas estaban pálidas y miraba a David con aquella empavorecida expresión que le hiciera reír tantas veces.

—¿Y tu madre te dejó ir... tranquilamente... sin temor?

—Ella no siente el mismo horror que tú ante el Cazador Negro.

Sonriendo, cogió la mano de la joven; mas ésta miró un instante con tal fijeza, con tan singular penetración, que la sonrisa de David fue extinguiéndose poco, a poco en sus labios.

Entonces, Ana, como si hubiera leído en el pensamiento de David algo que éste se esforzaba en ocultar miró de nuevo el frasco de asta y dijo:

—No has terminado aún tus explicaciones, David has quedado en el punto en que el Richelieu se introduce, en el San Lorenzo. Ahora debe aparecer Quebec con su gran colina rocosa, y más allá Montreal sobre su isla. Toda aquella región septentrional más lejana aún debe de ser el Alto Canadá. Mas veo otras cosas que no sé qué son. Aquí abajo, por ejemplo, hay un altar con dos preciosos ángeles arrodillados en actitud mística, y cerca de ellos, una criatura de aspecto sumamente miserable, con gesto de expectación y sentada, con una caña de pescar en la mano. ¿Quién puede ser y cuál es el misterio de los ángeles y del altar?

—En esta parte del bosque explicó David solemnemente señalando de nuevo con su dedo índice —hay una gran casa que no puedes ver. Es el castillo de Saint Denis, tu casa. Uno de los ángeles que hay al pie del altar eres tú, pero sólo la mitad de hermosa de lo que realmente eres. La miserable criatura que está con la caña en la mano, yo mismo, Ana.

—¡Oh David! ¡No sé si echarme a reír o a llorar...! ¡Qué hermosa cabellera has puesto a estos ángeles!

—Tan hermosa como la tuya no la hay, Ana.

—¿Ni la de tu madre?

—Efectivamente, también mi madre es muy hermosa. Por eso el Cazador Negro me sugirió que grabase este otro ángel a tu lado.

—¿Eso te sugirió el Cazador Negro? ¿Sabía que labrabas para mí este frasco de asta?

—Me ayudó a concebir el asunto en aquellos días que recorrimos juntos la región meridional. Él fue quien me sugirió lo del altar y los ángeles.

Dicho esto, dio la vuelta al córneo frasco, para mostrar el resto del dibujo: un dilatado y espesísimo bosque, en cuyo centro había un grupo de pequeñas tiendas.

—Ésta es la Ciudad Oculta —dijo, volviéndose de forma que quedó de espaldas al Sur y mirando hacia el este—. Está allí y no la conoce ningún hombre blanco. Tan sólo el Cazador Negro. Allí es donde los sénecas llevaban a los blancos cautivos mucho antes de que nosotros nacióramos. Pues los prisioneros que hacen no los matan, sino que los incorporan a su tribu. Dice el Cazador Negro que lo que especialmente cogían eran mujeres y niños, los cuales fueron a cientos a mezclarse con su raza. Me gustaría ir a la Ciudad Oculta. Con el Cazador Negro no tendría nada que temer.

La joven se había aproximado a él nuevamente.

—Estimaré este frasco mientras viva, David —dijo—. Mira la puesta del sol. Es más roja que la sangre. El frío aumenta y no tengo ni un chal para echármelo sobre los hombros. Vámonos a casa antes de que se haga de noche. De lo contrario, hoy no podrás ver a tu madre, pues no hay luna para iluminar tu camino a través de la selva.

Capítulo II

ANA se colgó en el hombro la correa de ante, al fin de la cual pendía el gran frasco de asta, y echó a andar por una vereda en declive que la condujo muy pronto a la llanura cubierta de gigantescos robles, bajo los cuales las sombras del anochecer eran más intensas.

Durante corto trecho, el muchacho la había seguido silenciosamente. Pero, de pronto, se colocó delante de ella, con la carabina apercebida y ojos y oídos atentos al menor movimiento o ruido que la sombra les pudiera ocultar.

Los ojos de Ana brillaban serenamente al seguir a David, observando y callando con él. Complacíale mirar los pies del joven, calzados con la clásica abarca de piel de gamo y los cuales producían al andar menos ruido que las hojas al caer. También gustaba de contemplar la aniñada delgadez de su cuerpo, que se cimbreaba con la flexibilidad de la pantera. El padre de Ana, en un momento de inusitado enojo, habíale llamado cachorro que iba convirtiéndose en terrible fiera y era bueno tan sólo para vivir en los sombríos bosques. Ana estaba satisfecha de este juicio. Sentíase orgullosa, profundamente orgullosa de David. De un año a aquella parte hablase operado en él un favorable y gran cambio. Ya no era un niño, un querido compañero de sus juegos infantiles. No, David era, especialmente en momentos críticos como aquél, todo un hombre, un hombre que la satisfacía más profunda e intensamente que su antiguo amor infantil, un hombre que la atemorizaba un poco y hacía latir su corazón de un modo maravilloso y nuevo.

La noche última, mientras fumaba su gruesa pipa después de cenar, frente a Ana, sentada al otro lado de la mesa, en el cuarto que el dueño de la casa había dispuesto para estudio y biblioteca, el noble señor de Saint Denis había dicho a su hija:

—Ya eres una mujer, Ana. Tienes diecisiete años. Me preocupa mucho tu porvenir porque eres todo lo que me queda de tu madre. Media docena de jóvenes de —buena posición me han pedido permiso para poner seriamente su atención en ti, y ya es hora de que te impongas a ese simple y pueril afecto que te liga a David. Si quieres, te unirás a cualquiera de las tres o cuatro familias más poderosas de la Nueva Francia. No eres ya una chiquilla. ¡Eres una mujer! Ahora, con la llegada del Intendente y su séquito, y tus amistades de Quebec.

Al llegar a este punto, Ana, resueltamente y tapando con ambas manos la boca de su padre, le interrumpió. El viejo no opuso la menor resistencia a tan dulce mordaza, y Ana dijo a su oído:

—¡Me voy a casar con David, viejecito mío!

Acto seguido, echó a correr hacia su cuarto mientras lanzaba alegres carcajadas.

Después oyó cómo en el piso inferior y debajo mismo de su cuarto su padre arrastraba de un lado a otro su pierna de palo. Pero no pudo ver la sonrisa que iluminaba sus ojos ni oír los suspiros de profunda satisfacción que brotaban del tórax del viejo guerrero, cuando éste se asomó a la ventana para dirigir la vista hacia el selvático paraje donde se hallaba enclavada la cabaña de María Rock y su hijo.

No obstante, Ana recordaba aquella frase del viejo, que se repetía una y otra vez en su memoria como una extraña cantilena: «¡Eres una mujer...! ¡Una mujer...! ¡Una mujer...!». Y de pronto, ante la visión de los grandes robles, la realidad se posesionó de ella extrañamente... ¡Tenía diecisiete años! ¡Y en aquel año de gracia de 1754, las doncellas de Quebec que tenían esta edad conocían el mundo y formaban parte de la sociedad, se casaban y tenían hijos!

Entre tanto, David...

Ana tocó su brazo.

—¿Cuál es la causa de este silencio y de esta actitud de alerta? —murmuró—. Aquí, en la Colina del Sol, no hay peligro.

—Es la hora de las perdices y las torcaces —replicó David en voz baja.

—Tú no pensabas en las perdices —replicó Ana prestamente—. Tú pensabas en los indios. ¡Siempre esos indios! No se apartan un instante de tu imaginación... Estoy segura de que no se atreverán a llegar aquí.

—Se atreven a todo, Ana. ¡Y cuando te contemplo y veo esa hermosa cabellera, por la que mataría a cualquiera que la tocase sin la debida suavidad...!

—¿Te gusta mi cabellera?

—Más que nada en el mundo. Pero, ¿por qué me lo preguntas, si de sobra lo sabes?

—Porque ya va siendo hora de que me digas cosas bonitas sin necesidad de que yo lo insinúe. ¿Por qué cuando ves mi cabellera piensas en los indios? ¿Es que temes por mí?

—Pienso en lo que he visto allá abajo, en la región de los iroqueses, y en la Ciudad Oculta. Pienso en...

—¿En qué?

—No debía decírtelo.

—Pues yo quiero saberlo.

—Bien. Pienso en el paquete de cueros cabelludos que los *mohawks* enviaron al Fuerte Guillermo como obsequio a sus amigos los ingleses. Los cueros eran ocho, todos de mujeres francesas. Las largas cabelleras estaban trenzadas a la moda india y colocadas sobre aros azules en los que había pintados negros cuchillos y hachas, para demostrar que con estas armas habían sido asesinadas las víctimas, y multitud de pequeños cocodrilos para simbolizar las lágrimas de sus amigos y parientes. Una de aquellas trenzas era tan semejante a la tuya, que me eché a temblar.

David cogió la mano de Ana y la estrechó tan fuertemente, que la joven no podía tener queja.

—Cuando el negro cuchillo y el hacha —continuó— lleguen otra vez hasta aquí (el Cazador Negro asegura que ello será muy pronto), espero que te hallarás ya en Quebec —concluyó con voz ahogada.

Ana advirtió entonces que la presión de la mano del joven la lastimaba.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada. No debía decirte tales cosas. Te pones muy nerviosa... Pero advierte que vamos saliendo de lo espeso del bosque y el sol calcina todavía los valles.

David echó a andar y ella le siguió a un paso de distancia, cerrados los labios y encendidas las mejillas. Le gustaba que David le hablara como acababa de hacerlo bajo la sombra de los gigantescos robles. Se interesaba como un hombre por ella. Su mano se resentía todavía de la reciente y rápida opresión. El rostro de David, entonces, tuvo una torva y extraña expresión muy, distinta a las que solía tener el compañero de los juegos infantiles. La feminidad brotó en Ana alborozadamente.

Bajaron al valle, en el que todavía quedaban resplandores del muriente sol. Allí se quebraba el curso del río y se extendían las cultivadas tierras del señorío de Saint Denis. Dorados campos de lino y rastrojos de trigo ceñían las márgenes de la corriente y se adentraban en algunos puntos del bosque... Praderas, innumerables fajinas de forraje, verdes plantaciones de patatas no heridas por la escarcha, calabazas y calabaceras, y, no muy lejos de las faldas de la Colina del Sol, un huerto de manzanos de los que pendían gruesos y sanos frutos invernales. Desde una milla de distancia columbrábase las claras y azuladas espirales de humo que vomitaban por sus chimeneas las rústicas casas de los vasallos de Saint Denis. En aquel caserío, tal como había de verse ciento setenta y dos años después, no faltaba progreso ni civilización, ni paz, ni abundancia.

Así lo advertía Ana St. Denis. Sus ojos resplandecían ante el esplendor de su país y ante la dicha de su corazón.

Pero David veía otra cosa en la regia heredad: la selva. La selva de extensión infinita y jamás hollada por los pies del hombre blanco; la selva que se unía con las nubes del horizonte borrando los límites del cielo; aquella selva que los cercaba y los abrazaba estrechamente hasta asfixiarlos, sin dejar a la vida más respiradero que aquellas chimeneas por donde se escapaban las espirales de humo azul... La selva misteriosa, que se burlaba de sus ilusiones de seguridad, acechaba y esperaba una ocasión propicia, mientras sus moradores, a los que ella consideraba como débiles criaturas, trabajaban o se entregaban a sus juegos.

En las proximidades de la Colina del Sol, pasaron junto a una casita construida con lisas piedras. En sus ventanas veíanse recios troncos de roble y, bajo los aleros, ocho aspilleras, por las que podían dispararse las carabinas.

Ana, sin embargo, no se daba cuenta de estas cosas, porque la nueva y singular expresión del rostro de David retenía su mirada.

La joven experimentaba una deliciosa y apacible dicha. Las inquietudes habían

huido de su corazón. David, que la miraba con ojos en los que todavía el niño luchaba con el hombre, nunca la había visto tan hermosa. Parecía que la joven formaba parte del bello crepúsculo, de la dulce extinción de la luz, de los suaves perfumes que brotaban de la selva y de los campos cultivados. Con objeto de que la brisa refrescara su cabellera deshízose la trenza, y la abundante mata se desbordó sobre su cuerpo, brillante y fúlgida. Ana había hecho esto muchas veces en presencia de David. Era una inconsciente intimidad de la infancia que había ido creciendo con ellos. Sin embargo, aquella tarde, el corazón de David palpitaba con inusitada violencia ante la sencilla operación, y Ana se percató por vez primera de que había soltado sus cabellos con el único fin de enamorar a David. Sobre sus cabezas volaban millares de palomas torcaces que se dirigían velozmente hacia sus refugios. Tan compactas eran a veces las bandadas, que semejaban grises nubarrones, y David y Ana oían el ruido de su vuelo. Del despejado valle ascendían sonidos de solaz, bienestar y reposo: una lejana voz llamaba al ganado; las timpánicas notas de un batintín convocaban para la cena a los trabajadores desde una pétrea casucha; los gallos cantaban alborozadamente como si anunciaran la llegada del día; ladraban los perros; el susurro de un canturreo de mujer llegaba hasta ellos desde la base de la Colina del Sol^[4].

Era costumbre entre las doncellas de aquellos contornos cubrirse de flores los brazos cuando llegaban a las proximidades del bosque de Grondin. Habían desaparecido ya las aguileñas, el diente de león y los amarillos claveles, mas el campo estaba interrumpido por azules extensiones de miosotis y en los bordes de los matorrales veíanse montones de rubios cardillos, rojas bayas, rastreras y olorosas zarzas y silvestres ásteres, tan compactos en algunos puntos que Ana se inclinaba para cogerlos, adquiriendo la apariencia de una brillante diosa: envuelta en el velo monjil de su cabellera.

Estaba así arrodillada, sonriendo a David y aumentando su carga de flores, cuando éste, soltando de pronto la carga, la levantó y la atrajo hacia sí, oprimiéndola tan fuertemente con sus brazos que Ana perdió momentáneamente la respiración. Jamás la había besado como la besara en aquel instante.

Ana profirió un pequeño grito y forcejeó para librarse, al mismo tiempo que apoyaba sobre el pecho de David sus manos abiertas. Sin embargo, pese a la aparente protesta, su corazón estaba a punto de estallar de gozo. Vio el rostro y los ojos de David iluminados por la magnífica pasión que por fin había triunfado de los temores de la niñez, y, cesando de forcejear, se cubrió los ojos con las manos y apoyó la cabeza en el pecho del novio.

Interrumpiendo el inefable estremecimiento de aquel instante, que habría de permanecer en la memoria de ambos como iniciación de la hombría de uno y de la feminidad de la otra, resonó una estrepitosa carcajada que los dejó turbados. Ana se desprendió rápidamente de los brazos de David y éste se encaró con quien había producido el sonido.

A cosa de una docena de pasos de ellos surgieron tres hombres de la espesura. El primero se había situado un par de pasos delante de los otros dos. Aquél fue sin duda el que lanzó la carcajada, a juzgar por su aspecto y las huellas de burla que aún se advertían en su rostro, mientras sus compañeros celebraban también el cuadro que la fortuna les deparaba.

Apenas se volvió Ana hacia ellos, las risas cesaron y el hombre que estaba más cerca hizo un esfuerzo supremo por trocar el gesto de burla en expresión de respetuoso saludo.

—*Par Dieu!* Perdón, señores —exclamó haciendo una reverencia—. No os habíamos oído ni visto, y creíamos...

—Eso es falso —interrumpió David dando un paso hacia él— Nos visteis y oísteis, y esas risas eran una burla para nosotros, porque no sabíais que la señorita era Ana St. Denis... ¿Qué habéis sospechado?

—¡Oh David! Sígueme... por favor suplicó Ana.

Y antes de que el joven pudiera responder, deslizóse por una estrecha senda que conducía, a través de la espesura, al bosque de Grondin. Deliberadamente, David recogió su carabina y las flores y la siguió.

—*Par Dieu!* —tartamudeó uno de los dos hombres que se habían quedado atrás—. Vaudreuil, ¿has visto algo tan hermoso en todos los días de tu vida? Y tú, De Pean, buen acierto has tenido trayéndonos a presenciar la sentimental escenita. Y, ¡qué joven tan salvaje! ¿Quién es? La besaba y la oprimía con sus brazos. ¡Y ella tan satisfecha! Os lo dice quien conoce mucho a las mujeres.

—Pues con lo que vos ignoráis, Bigot, llenaría yo dos páginas de mi cuaderno de notas —dijo De Pean sacudiéndose la manga de la pelusa del verbasco—. ¿Habéis reparado, por ventura, en su cabellera?

—Es magnífica —exclamó Bigot—. Daría un gobierno por hallarme en los zapatos de ese joven indio.

—Mocasines, habréis querido decir rectificó burlonamente De Pean, volviendo a cepillarse el verbasco de la manga Y en cuanto a eso de dar un gobierno, dudo de que tal precio sea necesario, señor. Sobre todo, si fuera evidente la seriedad de vuestro pensamiento y fuera De Pean el comisionado para acometer la empresa.

Francisco Bigot, el último y más poderoso intendente del Rey en Nueva Francia, dio un paso hacia el escondido comienzo de la senda descendente por donde Ana y su amado habían desaparecido. Sus lúgubres ojos centellearon súbitamente y su maligno semblante enrojeció con el ansia del cazador que busca la pieza entrevista un momento.

Tras él, mirando por encima de su hombro, estaba la enjuta figura de De Pean, figura llena de presunción y afectadamente vestida. Con la agudeza y perspicacia de la zorra, habíase convertido en la sombra de Bigot, y todo Quebec sabía que había cedido a éste los favores de su bella esposa Angélica, a cambio de los beneficios que el Intendente le otorgara.

Tras ellos, haciendo girar los pulgares con las manos enlazadas, al considerar el singular aspecto que había adquirido la situación, estaba el marqués de Vaudreuil, gobernador de los dominios del Rey en Louisiana. Orondo, jovial, feliz, no tenía un átomo de conciencia y estaba orgulloso de sí mismo hasta la exageración. Era como un pequeño gallo siempre pronto a exteriorizar su egoísmo, y poseía una extraordinaria habilidad ejecutiva que por lo regular se empleaba en la realización de intereses propios.

Vaudreuil, como frecuentemente sucede, no pudo menos de decir lo que pensaba, pensamiento destinado a zaherir al mismo tiempo al amante y al marido de la señora De Pean, los cuales hallábanse avizorando ávidamente el camino por donde había desaparecido la hermosa rival de Angélica.

—Afortunadamente no está aquí la señora De Pean —dijo con un punzante buen humor De lo contrario, esta traición la humillaría.

Y se frotó las manos al advertir que la nuca de De Pean había enrojecido y que Bigot le lanzaba una inquieta mirada con sus chispeantes y torvos ojos.

De pronto, la siniestra cara del Intendente adquirió aquella expresión de desbordante alegría, que tenía la virtud de convertir en amigos a sus enemigos.

—Esa ceguera que te impide apreciar la verdadera belleza, te salva, Vaudreuil —dijo burlonamente Estoy deseando relevarte de tu cargo en Louisiana y hacerte gobernador de todo Canadá, cosa que sucederá el próximo año. ¡No, no rivalizarás conmigo! En cuanto a esta joven y al salvaje que la acompañaba, ofrezco un gobierno a quien me consiga a la una, y otro premio semejante a] que me entregue la cabeza del otro.

—¿Debo creer que me comisionáis para hacer esa oferta al padre de la joven? —preguntó De Pean sonriendo astutamente, aunque aún le escocía el estúpido chiste de Vaudreuil.

La sonrisa huyó del rostro de Bigot. Su buen humor se desvaneció como el humo.

—Debemos apresurarnos a reunirnos con St. Denis para bromear con él acerca de lo ocurrido, antes de que su hija se lo cuente a su modo... Fuiste un necio, De Pean, al considerarla hija de un zafio granjero, a pesar de que se había arrodillado con descuido sobre la hierba y las flores.

—Sabéis por experiencia que existen hijas de granjeros que son amables —recordó De Pean con un significado gesto—. En cuanto a que ello represente una contrariedad, opino que estáis equivocado. Al contrario, el incidente se presta a crear a su alrededor una romántica historia.

Bigot estaba pensativo, cuando llegaron al bosque de Grondin, donde se ocultaba la casa solariega. De la espesura surgió una forma humana que se dirigió hacia ellos silbando alegremente.

—Ya nos ha estado espiando ese pollino de Pedro Gagnon —prorrumpió enojado De Pean—. Siempre está silbando y nunca cambia de música. Cuanto más le insulta uno, tanto más querido se considera. No me explico por qué todas las jóvenes de

Quebec están locas por él, a no ser que le juzguen inofensivo a causa de su descomunal simpleza.

Bigot asintió complacido. Vaudreuil, que jadeaba de fatiga, fingió no haber prestado atención. Sin embargo, en su cabeza, de forma vulgar, giraban y giraban certeros pensamientos que surgían a sus ojos semejando llamas y permitíanle formar un más agudo juicio de la reciente aventura.

Capítulo III

EN la linde del bosque de Grondin, con su magnífica extensión de duros y gigantescos troncos, David encontró a Ana St. Denis, que le esperaba.

La joven se había recogido la cabellera, y su faz estaba encendida, tanto por la precipitación de la fuga como por el enojo y la vergüenza sufridos. Tan pronto como divisó el rostro de David, hosco, rígido y tan blanco como rojo estaba el suyo, le tendió las manos, se apoderó de las flores y trató de sonreír.

—He sido cobarde —exclamó—, pero no podía permanecer allí con el cabello suelto.

—¿Quiénes eran? —preguntó David.

Ana se volvió, estrujando entre sus brazos las flores. De la parte hacia la cual dirigía su mirada llegaron, a través de la estrecha franja del bosque Grondin, nuevos sonidos extraños, débiles gritos y redobles de tambor, cosa desacostumbrada a aquella hora crepuscular, y además, un fragmento de canción rústica, interrumpida por un agudo grito, que hizo a David fruncir el ceño.

—El séquito del Intendente debe de haber llegado —dijo Ana—. No lo esperaban hasta mañana. El hombre trigueño y de rostro sombrío que estaba a nuestras espaldas era el señor Bigot, el intendente, y el que se excusaba, Hugo De Pean, alcalde municipal de Quebec. En Quebec le he visto yo. El otro no sé quién era. Lo que sí sé es que... los detesto a los tres.

E hizo un movimiento de cabeza y una pausa en su respiración que revelaron a David lo que Ana pensaba del burlón insulto que tenía en el rostro aquel hombre que después había tratado de disimular con torpes excusas y embustes.

Después de dirigir una mirada a la senda que habían recorrido, la joven alzó sus ojos hacia David.

—Debo irme en seguida. Papá Piernas Largas tendrá miedo a toda esa gente y me necesitará. Se les va a dar un banquete, y yo he de peinarme y vestirme para presentarme a esa gente en un sitio que les haga rectificar el juicio que han formado sobre mi dignidad. De modo que... ¡buenas noches!

David la besó dos veces y la estuvo mirando alejarse hasta que ya no podía distinguir los movimientos de su mano. Ana desapareció en dirección al casón de Grondin, dejando en tal estado el corazón de David, que éste sintió en él una extraña vacuidad cuando penetró en el bosque, más espeso que el Grondin que había de cruzar para llegar a su casa.

Apenas dio unos cuantos pasos, tuvo un pensamiento que le detuvo. Entonces volvió a oír los débiles sonos que llegaban de la parte del castillo. El orgullo y la

humillación hacían arder su rostro cuando, dejando la senda, se acercó al campo raso del dominio de St. Denis.

Una vez hubo llegado a las espaldas del molino harinero del gran señor, se esforzó en sofocar la tristeza de sus pensamientos.

Este molino era la imagen que mejor se había grabado en su mente cuando era niño..., esta imagen y otra que también permanecía indeleble en su cerebro. Estos recuerdos eran anteriores a los primeros que tenía de su madre. El señor Grondin había construido el molino allá por el año 1690, mucho antes de los comienzos del señorío de St. Denis, según se colegía por la fecha que aparecía grabada en una piedra lateral de la angosta puerta de entrada. La edificación era una redonda torre de veinte pies de diámetro en la base y setenta de altura. Como material, habíase empleado la piedra de pizarra encorvada, trabada con mortero, diluido de tal modo, que daba a la construcción la solidez de una roca. Sobre esta torre estaba aún el viejo molino holandés de viento.

Su dueño le había aspillerado para que le sirviera de defensa contra los indios, pero en una de sus excursiones de caza al bosque de Grondin —era un sábado por la mañana— los *mohawks* le arrancaron el cuero cabelludo con toda minuciosidad y le robaron el zurrón con las piezas.

El viejo molino fue el lugar donde por primera vez David y Ana jugaron juntos... el viejo molino y su gran horno exterior, hecho con mortero, piedras y barro y que estaba cerca de él. Cuando David cruzó la última fila de árboles, las grandes aspas colocadas en la cima de la torre giraban, produciendo un gemebundo y fatigoso ruido.

Un poco más allá del molino veíase el horno, el cual tenía sus puertas abiertas de par en par y mostraba una especie de rugiente infierno en sus entrañas. Aquella cavidad era casi tan espaciosa como el desván que servía a David de alcoba en su vivienda.

Dos negros de piel cetrina y espejeante al resplandor del fuego le alimentaban de resinoso combustible apresuradamente, con objeto de que en un breve espacio de tiempo el horno se calentase por todas sus partes y fueran extraídas las cenizas y tizonas que habían de hacer sitio a las grandes hogazas, las cuales, después de cocidas, pesarían diez libras cada una.

Era muy raro que aquel horno trabajara de noche. Además, los operarios eran gente que David no había visto jamás en Grondin.

El gran castillo, construido de piedra de pizarra como el molino y que tenía dos pisos con ventanas profundas y sólidas y con grandes chimeneas de piedra que se elevaban en cada una de sus extremidades, aparecía ya iluminado con un centenar de lámparas. David advirtió múltiples sombras que cruzaban las iluminadas ventanas, especialmente en la espaciosa cocina, donde una docena de criados, la mitad de ellos prestados por un señor vecino, mostraban una singular agitación.

De la parte frontera de la casa, la cual daba al río, llegaron a él las débiles notas del clavicordio de Ana, los agudos sonos de una corneta y alegres risas. Pasando al

otro lado del molino, pudo ver el cuarto de Ana, cuyas ventanas tenían los visillos echados. Mas estaba iluminada, y comprendió que su amada estaría vistiéndose a toda prisa para disponerse a desempeñar su papel de ama de casa.

Contempló después la obscura extensión que mediaba entre el casón y el río. El corazón le dio un vuelco. Desde el castillo al Richelieu descendía una verde pradera, tan extensa como el alcance de un tiro de fusil, por la cual ningún enemigo pudo aventurarse impunemente. A un lado de esta pradera estaba el prado del Árbol de Mayo y al otro la iglesia del señorío, la cual tenía más aspilleras que ventanas. La campiña que se extendía entre el prado y el templo era el patio de recreo de los vasallos del Barón y sus familias, en los días de fiesta, y su punto de reunión antes y después de las misas dominicales. Sin embargo, parecióle a David que algo más que la paz y el asueto había tomado posesión de la pradera aquella noche.

Desde el lejano punto donde el río bañaba la parte baja de una franja de altos pinos, llegaban a él carcajadas, cánticos y los mismos redobles de tambor que antes oyera. El lugar estaba iluminado por una docena de hogueras, una de las cuales era tan grande que parecía una choza incendiada. Alrededor de ellas se movían y agitaban múltiples formas humanas. Fácilmente pudo distinguir las hogueras de los indios de las encendidas por hombres blancos, y comprobó que había siete de éstos y cinco de aquéllos y que alrededor de ellas había como un centenar de hombres, aparte los que ocultaran los árboles y la orilla del río. Sus ojos, que tenían tal facultad de percepción, por herencia, y que estaban aleccionados por la experiencia y destreza del Cazador Negro, permanecían fijos para percibir los menores detalles del campamento, pese a la distancia y la obscuridad. Había una veintena de pieles rojas que él catalogó en seguida entre los *ottawas* o los *hurones*, y otros tantos soldados, que tenían dos parques de fusiles junto a la gran hoguera. Los demás eran exploradores y batidores: bastaba ver sus largos rifles, sus camisas orladas de pieles y sus gorros de lo mismo.

Para David no eran nuevos esta especie de campamentos. Los había visto incluso con cueros cabelludos, sangrando y hombres torturados. Pero lo que ahora veía en la pradera, entre el centenar de las resplandecientes lámparas del castillo y las doce hogueras que llameaban frente a los sombríos pinos, era algo nuevo para él.

Había otra veintena de individuos que paseaban lentamente de aquí para allá, como si quisieran estirar las piernas entumecidas por el largo viaje en piragua. La obscuridad no era tan grande que David no pudiera distinguir el espejeo de las espadas y la forma de los trajes, idénticos a los que llevaban los oficiales y caballeros que habían acompañado hasta Montreal al Intendente. Ahora venían a las inmediaciones del bajo Richelieu, vestidos con sus mejores galas, para cumplimentar a los hacendados de aquellos contornos.

Un obtuso resentimiento inundó el pecho de David cuando dirigió la vista hacia las iluminadas ventanas del cuarto de Ana. Junto a la cortina vio una vaga sombra, y ello hizo latir su corazón más aceleradamente. Después, las luces se apagaron y en el

cuarto quedó tan sólo un débil resplandor. Ana había apagado todas las velas menos una. Vio que estaba engalanada y que se había hecho el peinado alto que tan maravillosamente bien le sentaba. La hacía más alta y más mujer.

Dentro de un instante bajaría por la amplia escalera de roble.

La noche estaba turbada por inusitado ruido extraña mezcla de algo que desdecía del suave murmullo del viento en las copas de los árboles y del quejumbroso zumbido de las aspas del molino holandés ruido que estaba formado por el redoblar de los tambores, los cantos y, de vez en cuando, un alarido de búho, semejante a aquel que le produjo un fuerte temblor en todo el cuerpo cuando lo oyó por vez primera en el bosque.

A todo esto se sumó de pronto una débil y próxima risa. Fontbleu, el anciano molinero, había surgido de la obscuridad del molino como un polvoriento fantasma, y después de restregarse las manos mientras contemplaba a David, le dijo:

—¡Hermosa compañía! ¿Verdad, amiguito? ¡Brava gente! ¡Y qué hambre trae! Tanta hambre tienen que procuran distraerse para que el tiempo les parezca más corto. Al mediodía debió haber llegado un mensajero, pero no apareció. Ellos creen que ha sido asesinado por el camino. Así, pues, cuando menos lo esperábamos, se nos han presentado ochenta hombres de una vez, todos sanos y fornidos, y el Intendente ha dado orden de que se les prepare setecientos kilogramos de pan para que puedan llevárselos mañana, lo cual me ha obligado a permanecer aquí toda la noche a la caza de las ráfagas de aire. Y el viento es flojo, demasiado flojo, amiguito terminó con tono de lamento.

—¡Ochenta individuos! ¡Demasiada gente para alimentar! *Mademoiselle*. Ana me dijo que solo eran cuarenta.

El molinero hizo una mueca y se encogió de hombros.

—Allá abajo, en el río, lo pasan muy bien. ¿Ves aquella hoguera grande? Pues en ella están asando un buey que el señor mandó matar para que mañana, a la hora de la marcha, esté ya preparado. Yo les he mandado ciento cincuenta kilogramos de harina ordinaria, los cuales, mezclados con patatas, berzas, nabos y calabazas, llenarán sus estómagos hasta la hora de partida. Pero los de dentro, el *haut monde*^[5] de Quebec, amiguito, necesitan pollos tiernos asados y pastelería fina, todo en tal cantidad que la cocina ha sufrido las consecuencias. Me parece que esta noche no descansarán ni el molino ni el horno, pues el Intendente ha dado también orden de que se haga un ciento de hogazas... y es menos expuesto tirar de la nariz del Rey a distancia que desobedecer de cerca al Intendente.

David sonrió con indiferencia.

—Ese hombre es menos peligroso que más de un individuo de los que me he tropezado en el bosque, y si fuera yo el que tuviese que cocer su pan o moler su harina, le añadiría un poco de bardana amarga. Esas órdenes del Intendente acerca de la harina, del pan y los demás alimentos, ¿significa que parten mañana?

—De no ser así, no creo que me tuvieran toda la noche trabajando —repuso el

molinero frunciendo su arrugada frente con gesto demostrativo de la contrariedad que le producía la extraordinaria tarea que le habían impuesto. De pronto señaló el tenue resplandor que hacía resaltar en la obscuridad la ventana de Ana y volvió a lanzar la cascada risita que semejaba un codeo.

—¡Mírala, amiguito! —exclamó—. Cien galanes de lo más distinguido la cortejan, y va vestida con brocados de oro y plata. Jamás vino de Quebec nada tan hermoso, y no faltarán otros jóvenes (ni viejos tampoco) que la vean. Yo no estaría tranquilo sin tener a mi lado a semejante preciosidad. ¡Dios bendiga su dulce corazón! Hasta la propia Pompadour caería en el olvido si el Rey viera a nuestra linda Ana. Es tan nuestra como las flores y los pájaros de estos valles y este viejo molino. De modo, amiguito, que mucho cuidado, mucho cuidado de ti mismo y de ella.

David sintió que el corazón le daba un vuelco y antes de que pudiera contestar al anciano que estaba a su lado, un tenue gemido de las crujientes entrañas de la torre atrajo al molinero, el cual se sumió en la obscuridad con la misma rapidez que había surgido de ella.

Poco a poco fue invadiéndole la idea de que él valía tanto o más que aquella gente que se solazaba en el prado. Ninguna de aquellas mujeres era tan bella como su madre, y jamás hubo en Quebec hombre alguno que fuera más bravo que el Cazador Negro. Pensó que todo el mundo era suyo, mientras el de ellos no era sino una mezquina herencia defendida por rifles como el de él.

Su corazón comenzó a saltar alborozadamente. Experimentaba una sensación de un triunfo que ruborizaba su enjuto rostro. De hombre a hombre, podía matar a De Pean. Y se detuvo en esta consideración. ¡Hombre a hombre! El niño había desaparecido en él. No se preocupó de pasar inadvertido, sino que echó a andar atrevidamente y cruzó con gallardía el horno y el cercado, ante las iluminadas ventanas del castillo. No se desvió ni una sola pulgada en su recto camino hacia el río.

Se cruzó con un grupo de tres oficiales que le dirigieron una inquisitiva mirada y después se tropezó con un grupo de cuatro. Éstos se detuvieron muy cerca de él. La culata de la carabina de David había tropezado con uno de ellos.

—*Par Dieu!* ¿Quién eres tú y qué haces por aquí a estas horas? —preguntó.

—Mi nombre es David Rock. Soy de este señorío, y, como vos, estoy paseando —contestó David con aspereza; y prosiguió su camino sin llevarse la mano al gorro ni hacer la menor inclinación de cabeza.

—¡Diablo! —oyó David que exclamaba otro de los del grupo—. Mi coronel, ¿le pincho con la espada para ver si le hacemos andar más de prisa?

Pero nadie se acercó a él.

Cuando llegó a la linde del pinar, la cabeza le zumbaba y le obsesionaba la idea de lo que acababa de hacer.

Capítulo IV

EN el campamento reinaba la alegría, el compañerismo y el acostumbrado buen humor.

Sin la menor etiqueta, cada uno de aquellos individuos era su propio criado y cocinero, y unían sus actividades por parejas, compartiendo tanto el trabajo como el beneficio. Los aromas de la comida esparciábanse como un incienso en la atmósfera, y cuando David llegó a los grupos de famélicos, éstos le miraron y respondieron cordialmente a su fraternal saludo y le recibieron no como a un extraño, sino como a un amigo.

La mitad del buey, espetada como una gran ave, se asaba sobre las dos férreas varas que St. Denis había mandado traer de Quebec, y cuando dieron la vuelta a la masa de carne con las encorvadas estacas, mientras otros recogían el grasiento jugo en una amplia cacerola donde la carne se había de concluir de guisar, una fuerte voracidad se apoderó de David. El aroma de la otra mitad del buey salía de las hirvientes calderas, mezclándose con el de la masa torrefacta que yacía sobre los asadores. David vio cómo se suavizaban los duros y fatigados rostros de aquellos hombres y comprendió por qué reían y cantaban mientras transcurrían los minutos. También advirtió que, espetadas unas sobre otras en grandes estacas, mitades enormes de calabazas se doraban al calor de la gran hoguera y que alrededor de todas las fogatas de los hombres blancos había montones de ceniza y brasas cubiertas con hierbas húmedas, en cuyo interior se asaban patatas.

Los hombres eran de piel morena y estaban la mayor parte de ellos muy atareados. Los batidores llevaban sus cuchillos al cinto y tenían los rifles al alcance de la mano. Llevaban pantalones de piel de ante y usaban un pequeño gorro de piel al que se le había caído el pelo, excepto en la parte trasera, donde pendía en forma de larga cola. Sus polainas y sus mocasines estaban muy viejos; sus manos, endurecidas y nudosas, y su piel, teñida por el humo, tenía el color de la de los indios. Cerca de ellos, los soldados, con sus elegantes uniformes y airosos sombreros, cuadraban mejor con la sociedad del castillo y del prado. Separados de los blancos..., los indios se congregaban alrededor de sus hogueras. Veinte de ellos —David los contó— eran *hurones* y estaban ocupados en la agradable tarea de devorar la carne medio cruda del asador y de la caldera.

Cerca de la gran hoguera, los rostros de los hombres aparecían enrojecidos y sudorosos, tal era el afán con que asaban el medio buey.

—Dos vueltas más y empezaremos a descarnar la parte exterior —dijo uno de los comensales a David, con famélica pero amistosa mueca.

El que había hablado era enjuto y su tez tenía un color gris. Era evidente que dirigía la tarea de preparar la comida.

—Como he dicho es como hay que comerlo. Córtalo a medio asar y verás cómo su jugo se te disuelve en la boca. En cambio, si lo cueces enteramente, la carne se secará. Hay que retirarlo de la brasa cuando comience a rezumar. Afila tu cuchillo, camarada. Nosotros ya estamos preparados.

David dio las gracias y una excusa para rechazar la oferta, aunque ardía en deseos de permanecer con ellos. El recuerdo de su madre bullía en su cerebro. Entre unas cosas y otras, se había retrasado una hora. Llegaría tarde a casa, y su madre, como sucedía siempre en tales casos, estaría sobresaltada, a pesar de tener la sospecha de que en aquel momento se hallaría en compañía de Ana, la cual le retendría en aquellos últimos días de su visita al castillo. De nuevo David atravesó el prado en dirección al castillo, el cual, con su espléndida iluminación, que contrastaba con la obscuridad del bosque de Grondin, le parecía una mansión encantada. Tampoco ahora se preocupó de evitar a los caballeros y oficiales que formaban el séquito del Intendente, sino que se dirigió sin vacilar hacia la fuente que había al final del paseo.

Esta fuente constituía uno de los detalles más característicos del señorío de St. Denis. El agua brotaba de ella fría como el hielo, y era un gran balsa de piedra, de unos veinte pies de anchura, construida, según rezaba la leyenda, poco antes de que el aventurero señor de Grondin levantara el solitario palacio para las tres hermosas amantes de cuyas blondas cabelleras se apoderaron los *mohawks* el mismo día que arrancaron a Grondin el cuero cabelludo y le robaron el zurrón con las piezas cazadas.

Cerca de ella había gente.

David, ignorando que al alcance de su mano tenía calabazas que podían servirle de copas, se puso de rodillas y se inclinó sobre las piedras para beber. Su cuerpo, vestido con pieles, y sus pies envueltos en mocasines, resaltaban perfectamente al débil resplandor crepuscular que aún quedaba en el cielo.

Cuando se levantó, con la cara mojada y una de sus ruanos chorreando, se encontró con que el hombre de fría mirada y bigote gris, acompañado por sus amigos, estaba a media docena de pasos de él.

—Ése es el mozalbete que os insultó —oyó David que decía la misma voz que antes le amenazara con darle un espadazo.

Y vio que un jovenzuelo imberbe se dirigía hacia él con la espada a medio desenvainar.

—Es más que un canalla —dijo otra voz que produjo a David un estremecimiento. Y volviéndose al oír estas nuevas pisadas, advirtió que al otro lado de él estaban De Pean, Bigot y Vaudreuil y que por encima de los hombros de estos tres individuos le dirigía una aterradora mirada su amigo Pedro Gagnon.

En el rostro de De Pean había la misma odiosa sonrisa de momentos antes, con la diferencia de que ahora era más significativa e insultante. El repulsivo sujeto se pasó

una manga por la boca como queriendo indicar que David necesitaba una buena paliza, extraordinaria mímica que produjo un estremecimiento de hilaridad en el voluminoso cuerpo de Vaudreuil.

—Es más que canalla —repitió De Pean avanzando un paso y haciendo a David una burlona reverencia. Es lindo, mas pronto va a desaparecer de nuestros ojos la encantadora visión. Se enderezó y se acercó tanto a David que pudo tocarle el brazo con el extremo de los dedos, mientras sus ojos resplandecían regocijándose de antemano con la broma que pensaba dar.

—Miradle bien, señores, miradle bien —demandó remedando el sonsonete de un chalán de feria—. No es un salvaje como parece. Aunque tiene los cabellos largos y revueltos y su boca semeja babear, no es completamente tonto, amigos míos... Es un amante, un galán enamorado, y el nombre de su novia os asombraría. Sí, éste es el jovenzuelo que se refleja constantemente en los lindos ojos de esa doncella que hemos sorprendido en la espesura, de esa doncella que...

Ningún poder del cielo ni de la tierra hubiera sido suficiente para evitar que David interrumpiera a De Pean. Su cuerpo se movió con la rapidez del rayo. Giró, se agachó, y, rechinando los dientes, asió con sus manos a De Pean. Antes de que ninguno de los presentes pudiera moverse o gritar, fue doblegado como un muñeco y lanzado en medio de la helada balsa.

Bigot fue el primero en abalanzarse sobre David, y otra vez, antes de que sus compañeros pudieran intervenir, el joven le asió fuertemente y le lanzó sobre el cuerpo de De Pean.

Los demás lanzaron un grito de horror, en el que sobresalió la voz de Pedro Gagnon. Les parecía increíble lo que acababa de suceder. De pronto se arrojaron sobre él media docena de hombres. Pero David no hizo esfuerzo alguno para defenderse. Una vez castigados De Pean y Bigot, la loca sensación de triunfo anulaba en él el deseo de luchar con otras personas hacia las que no sentía la menor animadversión. Se dio perfecta cuenta de lo que sucedió mientras así pensaba. Le apresaron, colocaron ante su pecho una fulgurante espada, le ataron con una correa las muñecas detrás de la espalda, y vio como extraían a Bigot y a De Pean de la balsa.

Al fin, se alzó una voz que produjo un escalofrío de muerte en más de un alma.

—Llévadle a casa y dad parte a St. Denis para que le castigue con cien latigazos sobre la espalda desnuda. ¡Y tú, coronel Arnaud, cuida de que el castigo se dé en público!

Tampoco ahora, pese a lo terrible de la amenaza, se asustó David, pues la loca sensación de triunfo embargaba su ánimo todavía. Bien valía la vida el haber cerrado la boca de De Pean en aquel momento en que iba a pronunciar el nombre de Ana unido a una frase injuriosa. Bien podía recibir en cambio cien azotes.

No pensaba en Bigot, que era quien le había condenado, ni pensaba en que su acción podía haberle costado la vida de habersele antojado así a aquel hombre que tan ilimitado poder tenía en Nueva Francia. Pensaba tan sólo en Ana y en aquello, tan

estimado por ambos, que De Pean estuvo a punto de profanar.

¡Un centenar de azotes!

Una caterva de hombres cuyas espadas tintineaban al andar y cuyos rostros mostraban la irritabilidad de que estaban poseídos le condujeron por el angosto espacio que había entre la balsa y el castillo. Entre ellos figuraba el coronel Arnaud, de rostro terriblemente impasible.

¡Un centenar de azotes!

Este recuerdo iba adquiriendo precisión en la mente de David.

¡Un centenar de azotes en público, para que lo viera quién lo quisiera ver!

Miró a Pedro Gagnon y vio que su rostro, de ordinario tan sonrosado como una manzana, estaba ahora blanco como el polvo que caía sobre los hombros del molinero cuando el molino trabajaba.

Y, por fin, sintió un extraño serpenteo glacial a lo largo de su espalda.

Le hicieron entrar en el vestíbulo del castillo. «Aquí —pensó—, Ana me verá y oirá la sentencia. Es preciso no aparecer inquieto ni triste».

A la luz de la primera vela que encontraron su rostro apareció blanco como el papel.

Pero su mentón sobresalía más valientemente que el del coronel Arnaud. Tenía erguida la cabeza y su cabellera goteaba todavía por la parte que, al beber, había tocado el agua de la fuente.

Entre una algarabía de pies y de sables, le llevaron al fondo del vestíbulo donde las mesas, llenas de velas encendidas, esperaban a los invitados. Inmediatamente, o tal le pareció a David, todos se dieron cuenta de lo que significaba su intromisión en aquel lugar. Antes de que la terrible voz del coronel llamara a los servidores para que compareciera St. Denis, ya se había llenado de gente la estancia. Las voces y las resonantes carcajadas de los presentes se apagaron de pronto y aparecieron caras nuevas. Fueron llegando hombres y más hombres que se olvidaban de la cortesía y del respeto que debían al lugar en que se hallaban, ante el inesperado espectáculo que se les ofrecía.

Sin mirar a un lado ni a otro, sino manteniendo su vista fija en el frente, David experimentaba la sensación de que todo aquello era un sueño. Sintió que todos fijaban sus ojos en él. Oyó sus respiraciones, sus cuchicheos, el ruido que producían los que subían de la pradera y el recio palpitar de su propio corazón, el cual le pareció que se desparramaba por sus venas como un viscoso escalofrío.

Sin embargo, aquellos hombres, al mirar fijamente a David, no advertían en él la menor muestra de miedo ni de decaimiento. Únicamente podían ver que, a la luz de las velas, su semblante estaba densamente pálido. Una piedra parecía su rostro, una piedra que tuviera ojos pero sólo para mirar de frente, con esa fría indiferencia que caracteriza a los indios.

Por tal podría haberse tomado a David, de no ser por su blonda cabellera y su tez grisácea. Como un indio hubiera querido ser considerado para recibir la muerte de

manos de sus enemigos.

Sin embargo, temblaba, se estremecía al oír las repetidas e insistentes palabras:
¡Cien azotes, y a la vista de todos!

De súbito dirigió la mirada rectamente hacia la faz de Ana Saint Denis, de Ana y de su padre, los cuales estaban en la amplía puerta que daba acceso a las habitaciones particulares del Barón.

Ana aparecía tal como él se la había imaginado cuando la columbró a través de los visillos de su cuarto. Realmente no era la Ana de la Colina del Sol, ni la del matorral de zumaque y sauce silvestre que se criaba en el terruño, a la que había osado estrechar entre sus brazos.

Ahora parecía una mujer de más edad y más distinguida envuelta en aquel vestido que semejava un sutil resplandor y coronada por la cabellera que se acumulaba sobre su cabeza a modo de aureola. Su delicado y fino cuerpo tenía, como el de su padre, una magnífica majestad.

Tal como se presentaba ahora, era una nueva Ana engalanada para mezclarse entre el distinguido cortejo del Intendente y cuyo puesto estaría en aquel selecto público cuando él recibiera en sus espaldas los azotes.

Su corazón se dejó dominar por este pensamiento y sus ojos no tuvieron la menor expresión de gratitud ni de emoción cuando se encontraron con la aterrada vista de Ana.

Confusamente oyó David cómo la dura e implacable voz del coronel les informaba del doble y tremendo delito que había cometido. Vio que la sorpresa se reflejaba en el rostro de Ana y que sus ojos acusaban un profundo horror. Notó, asimismo, que el radiante color de sus mejillas extinguióse sin dejar rastro. Jamás la había visto tan blanca como ahora.

De aquella parte oyó llegar la sentencia: «Cien azotes sobre las espaldas, y a la vista de todos...». Y vio que Ana se tambaleaba, cual si estas palabras la hubieran sacudido, y que su rostro se desfiguraba en una crispatura de dolor. Le pareció que hacía esfuerzos para gritar sin que las palabras acudieran a sus labios.

David, entre tanto, la contemplaba con extraña indiferencia, cual si se hallara ante una mujer para él desconocida. Le parecía que su Ana no era la doncella que estaba en el umbral, al lado de su padre.

Los demás veían el cuadro de modo muy diferente, Por la entrada correspondiente a la pradera habían llegado Bigot y De Pean, desgreñados y chorreando. Tras ellos estaba Vaudreuil.

Éste cuchicheó prestamente al oído de Bigot:

—Ya os dije que era una locura condenarle a una pena tan dura si queréis congratios con la joven. ¡Miradla! Está más blanca que una azucena de Artois y más hermosa que todas las beldades de Quebec juntas. Si no evitáis el castigo os aborrecerá. Si hacéis lo que yo os aconsejo, casi... casi os amaré. Este joven salvaje no puede poseerla. Hacedos amigo suyo. Obtended sus favores. Proceded así, y esa

beldad que estáis contemplando será vuestra con el tiempo... y el gobierno mío.

El cuchicheo fue oído por De Pean, quien susurró mientras todos los ojos estaban fijos en ellos:

—Jamás la fortuna ha colocado tan bella flor en nuestro camino ni nos ha ofrecido tan magnífica oportunidad para arrancarla.

Al mismo tiempo, el coronel Arnaud repetía y con voz tan clara que fue oída por todos:

—Un centenar de azotes, Barón, sobre sus desnudas espaldas, y en medio del campo para que pueda verlo todo el mundo. Yo respondo, señor, hasta mañana del prisionero. Así, pues, no dudéis de que se le dará el castigo.

Una tosca mano tenía cogidos los atados brazos de David. Pero notó en el hombro una presión más ligera y oyó que la voz de Bigot susurraba muy cerca de su oído. Éste sonreía. En sus ojos había una benévola expresión. De Pean se asomaba por encima de su hombro y la alegría y la amistad se reflejaban en su rostro mientras Vaudreuil, tras él, codeaba estridentemente y permanecía con las manos cruzadas sobre el estómago, su habitual postura.

Al mismo tiempo una de las manos de Bigot oprimió el brazo del coronel Arnaud de modo muy significativo.

—Señorita, os pedimos humildemente perdón —dijo Bigot con la voz más melosa y musical que pudo fingir—. Me parece que el coronel Arnaud ha llevado nuestra broma demasiado lejos. Este joven no va a ser azotado. Si le hemos traído aquí atado ha sido por diversión y también por rendir merecido homenaje al hombre más valiente de toda Nueva Francia. De Pean y yo hemos sido zambullidos en la balsa por chancearnos de él. Esto me ha demostrado hasta dónde llega su admirable vigor. Si vos nos perdonáis la travesura, os prometemos ser amigos de él de ahora en adelante. Y si se decide a ir a Quebec, donde tendrá más oportunidades de mostrar su valentía, os aseguro que el Intendente, a quien ha bautizado esta noche, se cuidará de él. Os rogamos nos excuséis mientras cambiamos nuestros vestidos, y os volvemos a pedir perdón por haberos dejado sin color en las mejillas.

Una gloriosa sensación de triunfo dominó a Bigot al ver, el efecto que sus palabras producían. Toda la pasión de su alma, obscurecida por la disipación y alimentada por su ilimitado poderío, hablase concentrado en Ana. Su hermosa juventud le había cautivado. Su dulzura e inocencia eran para él un extraño acicate semejante a la embriaguez que produce el vino. Vaudreuil, astuto e intrigante, había vislumbrado el nacimiento de tal pasión. Bigot experimentó las consecuencias de ello, sin sospecharlo, durante el juego a que estaba entregado. Ana, al lado de su padre, aparecíasele como un ángel de celestial blancura, en cuyo rostro comenzaba a poner de nuevo la vida su coloración rosada.

Sin embargo, a nadie, excepto De Pean y Vaudreuil, había dado el Intendente muestra alguna de aquella pasión que convertía su pecho en llama inextinguible. Tuvo buen cuidado de disimular. Había sido insultado, habíase cometido en él un

delito de lesa majestad, se le había informado de que St. Denis y su hija sabían esto y temblaban ante la magnitud del posible castigo, y, sin embargo, al hablar ahora, no hubo en su voz el menor atisbo de burla, sino que, por el contrario, sus palabras fueron hijas de la sinceridad y la cordialidad. Había ofrecido su mano y su favor, cuando a cualquier otro mortal habríasele castigado a la horca.

Miró a Ana con un alegre resplandor en los ojos y observó que el color volvía a las mejillas de la joven, cual si él le diera la vida, cuando podía haberle dado la muerte.

Avanzó y tomó su mano, inclinándose ante ella con la misma reverencia que lo hubiese hecho de hallarse frente a la Reina o en presencia de la Pompadour, la amante del Rey, del que gozaba de un cariño y una predilección que eran conocidos en toda Nueva Francia.

—Que la felicidad y la buena suerte sea la eterna compañera de vos y de ese joven —dijo a Ana.

El sentido de esto, que sólo ella conocía, encendió su cara y le movió a mirar con ojos centelleantes a David.

Pero el joven, libertado repentinamente de las ligaduras, estaba entonces de espaldas.

Cuando David dio un paso hacia la puerta, los que le rodeaban se echaron a un lado. Alguien colocó en sus manos su largo rifle. El muchacho no volvió la cabeza ni oyó cómo Ana, sin poderlo remediar, pronunciaba débilmente su nombre.

Al llegar a la obscuridad de los campos, de nuevo se sintió a sus anchas.

Capítulo V

EL aire fresco de la noche, que soplaba suavemente de la parte del río, llegó a David como un confortador estimulante. Cuando vio las hogueras a lo largo de los pinos, le pareció que, después de mucho tiempo de opresión, recobraba la facultad de respirar.

David se detuvo dejando a sus espaldas el esplendoroso resplandor de las encendidas lámparas del castillo. Oyó el tintineo de las vainas de las espadas. Alguien se reía, y aquella risa fue para él como una llama que hubiera encendido en su interior un reguero de pólvora. Zumbaba la voz de De Pean y oyó como el señor Saint Denis anunciaba a sus huéspedes que la cena estaría servida dentro de diez minutos.

Sus pensamientos eran como veloces relámpagos que consumían su alma joven e inexperta. Había defendido a Ana y demostrado su desprecio por el *haut monde* contra el cual sentía un profundo resentimiento desde hacía muchas semanas. Esto era lo que se imponía en su mente a todo lo demás.

De súbito, tuvo una idea amarga. Le habían conducido con las manos atadas atrás. Después de quitarle la carabina, le amenazaron con un centenar de azotes. Bigot le había librado del castigo. Pero también vio David como Bigot se inclinaba sobre la mano de Ana para llevársela a los labios y como los ojos de ella resplandecían en este instante cual los luceros.

Al volver sobre sus pasos alrededor del castillo, respiraba desordenadamente, tan encontradas eran las emociones que le poseían.

No podía apartar de su pensamiento la imagen de Ana engalanada para los caballeros y oficiales ciudadanos y erguida en el umbral al lado de su padre. En este momento un mundo los separaba. Ana no había ido en su ayuda, como él hubiera hecho en caso contrario. No le había dirigido la palabra ni elevado la voz en señal de protesta.

Sin embargo, quedaba en él un resto de alborozo que no podía anular la depresión de su ánimo. Era una especie de sonido que persistía en su corazón y le daba valor para sobreponerse a la desesperanza que luchaba por dominarle.

Con aquel sentimiento se mezclaba el de su magnífica hazaña. Algo en su interior le decía que el David de aquella noche era muy superior al del pasado día y que el antiguo había desaparecido completamente. El cambio experimentado era algo que en modo alguno cambiaría por el poderío de Bigot, aunque no podía explicarse la causa.

De pronto, se dio cuenta de que pasaba por delante del horno, cuyo fuego producía una especie de bramido. Ante la oscura puerta, el anciano molinero permanecía en pie. Su figura tenía ahora una apariencia más fantástica que antes,

pues la iluminaban débilmente la multitud de estrellas que habían aparecido en el cielo.

—¿Has visto, David, a las preciosidades ciudadanas? —exclamó—. ¿Has visto a Bigot, gran Intendente y don Juan, protegido por la Pompadour y mimado por el Rey?

—Le he visto —repuso David—. En el gran salón lo he tenido a mi lado y con la mano puesta en mi hombro.

—¡Oh! ¿Es posible?... Eso lo ha hecho para obtener el amor de Ana. Las manos de Bigot están hechas para tocar rasos y terciopelos, y si él te puso la mano en el hombro con tanta suavidad, estoy seguro de que ha sido... por Ana.

—Eso creo yo también —dijo David con sinceridad. Se le enfrió la sangre en las venas y dirigió la mirada hacia el oscuro castillo. Esta mirada apagó la alegría de su rostro.

—¿Y qué piensa Bigot de nuestra Ana? —preguntó Fontbleu con su cascada risita y su peculiar frotamiento de manos.

—Que es, desde luego, muy hermosa.

—Naturalmente —dijo el molinero haciendo con la cabeza un signo afirmativo.

De pronto, se quedó tan parado que, transcurridos unos momentos, David le dio las buenas noches y continuó su camino.

El molinero le miró mientras se alejaba y, moviendo la cabeza, murmuró para sí con tono de duda:

—Sí, sí, David; es hermosa, demasiado hermosa para ti, y ésa es la causa de que Bigot y alguno de sus astutos íntimos no se vayan mañana con los demás. Toma nota de esto, muchacho, y ya verás como el viejo Fontbleu tiene razón. Sí, David —añadió más amargamente aun cuando el muchacho estuvo fuera del alcance de su vista daría yo mis dos despreciables manos porque Ana pudiera cambiarse por la hija de Papineau o alguna otra pecosa de nariz respingona. Pues vosotros dos habéis crecido a mi lado, al lado de este pobre molinero, y perder a Ana significaría para mí una tortura tan grande como la que sentirías tú.

David, desde la linde del bosque de Grondin, vio que aún permanecía en pie bajo el resplandor de las estrellas. Al mismo tiempo oyó el fragor de un fuerte viento que agitaba las copas de los árboles, y sintió la frescura en el rostro. El zumbido de las aspas del molino se imponía al rumor del viento y parecía hablarle.

Hacia algunos años, el viejo molinero habíales contado a Ana y a él que las aspas del molino hablaban a los caminantes solitarios que fueran capaces de comprenderlas.

Y de los labios de Fontbleu habían salido, además de este cuento, historias de amor, de indios, de encarnizados combates y fantásticos espectros. También les habló del aventurero señor Grondin y de sus tres amantes, cuyos espíritus salían todos los años, el día treinta de septiembre, estuviera el cielo despejado o nublado, en busca de las hermosas melenas arrancadas por los indios. Durante la época del desarrollo de David y Ana, las aspas del molino habían sido como un tercer compañero de juego de

los muchachos y, lloviera o hiciera sol, no habían dejado de visitarlas un solo día.

El recuerdo de Ana era lo que especialmente dominaba a David cuando se detuvo para volverse en el bosque de Grondin. No le preocupaban las historias del viejo molinero ni el mismo molino, sino que se imaginaba a Ana tal y como la había visto hacía un momento, sonriente, gentil y hermosa, tras los iluminados visillos de su cuarto. En cierto modo abrigaba menos temores por sí mismo y aun por ella, que el que experimentara antes de cruzar la pradera. Pero la zumbante voz de las aspas persistía, y David, finalmente, volvió a la realidad al oír aquel ruido que sobresalía de todos los demás, y levantó la mirada hacia el molino, cuyos gigantescos brazos se debatían sobre un fondo cuajado de estrellas.

Durante varios minutos estuvo en la obscuridad de los árboles pensando en Ana y advirtió que poco a poco íbase extinguiendo el ardor de su sangre. Fue entonces cuando vislumbró una figura que corría entre el ancho horno y el molino, y a Fontbleu, que salió a su encuentro. Poco después vio que la figura continuaba su camino. Antes de que alcanzara la obscuridad del bosque percibió sus jadeos y comprendió que se trataba de su gran amigo Pedro Gagnon, hijo del gobernador del señorío próximo.

Al identificarle recibió una gran alegría y estuvo a punto de llamarle a voces, pero permaneció silencioso. Quería mucho al tal Pedro Gagnon, Pedro el rojizo, como Ana le llamaba, sujeto de redonda y coloreada faz, aficionado a las muchachas bonitas y a los manjares exquisitos, y siempre lleno de optimismo y alegría.

Hasta que Pedro no estuvo bien cerca, no se hizo notar David. Cuando lo hizo, el alegre camarada lanzó un suspiro de satisfacción.

—Gracias a Dios —exclamó Excuso decirte lo que hubiera representado para mí el ir a tu casa a través de este pozo de tinta.

—Hubiera sido preferible dejarlo para mañana —insistió David.

—Es que Ana St. Denis me amenazó con una muerte cruenta si no lograba echarte la vista encima esta noche —dijo Pedro aspirando una bocanada de aire.

El corazón de David latió gozosamente.

—¿Te rogó Ana que vinieras en busca mía?

—No me lo rogó: me lo mandó. Y además, me dijo que si no lograba dar contigo, se dedicaría a enemistarme con todas las muchachas bonitas de Quebec y que ella misma me cobraría un odio reconcentrado. ¡Cómo te aprecia, David! —y Pedro aspiró otra bocanada de aire.

David no contestó y Pedro, ya repuesto de su fatiga, continuó:

—Cuando tú saliste del castillo con aquel desdeñoso gesto que parecía querer decir que todos los que estaban allí dentro eran considerados por ti como enemigos, no tardó ni medio minuto en hacerme una seña y llevarme aparte para que le refiriera detalladamente todo lo ocurrido. Quisiera que hubieras visto, David, el ansia que se reflejaba en su semblante. En resumidas cuentas, que me hizo prometer que te buscaría hasta dar contigo, aunque tuviera que recorrer todos estos misteriosos

bosques, y que te diría que estaba tan orgullosa de ti como no lo estuvo en la vida. También quiere que le digas por qué te marchaste así y por qué no correspondiste a su llamada cuando pronunció tu nombre.

—En voz muy baja debió de pronunciarlo —dijo David luchando consigo mismo para contener la emoción que le producía el mensaje de Ana.

—No lo pronunció en voz baja, no —replicó vehemente Pedro—. Yo lo oí claramente y, como yo, la mitad de los invitados.

—Pero no debió de llamarme cuando pasé por su lado ni cuando el Intendente besaba su mano —dijo David entre dientes Entonces era la ocasión.

—Estaba tan aturdida como todos cuantos la rodeaban —defendió Pedro—. También lo estaba yo. En mi vida recibí un susto mayor. Cuando el coronel Arnaud ordenaba que se te dieran los cien latigazos, el sudor me corría por la frente. Y ¿te fijaste en el señor de Saint Denis? Parecía que se había puesto enfermo, tal era su palidez. Respecto a Ana, jamás vi cosa tan divinamente blanca como ella. Todos creíamos que íbamos a verte en la pradera con la espalda desnuda y recibiendo latigazos. ¡Y pensar que todo se resolvió tan lindamente después del susto que nos diste a todos y especialmente a Ana!

—No veo la lindeza por ninguna parte —replicó David—. Mi piel estaba enterita esta mañana, y, naturalmente, también debía estarlo esta noche.

Pedro tuvo un gesto de asombro.

—¿Quieres hacerme creer que no vas a sacar partido de la amistad del Intendente? —le preguntó.

—¿Qué amistad?

La rolliza mano de Pedro asió fuertemente el brazo de David.

—Estás en Babia exclamó No me extraña que no hayas oído a Ana. ¿Pretendes hacerme creer que no oíste como Bigot te ofrecía su amistad y su apoyo si fueras a Quebec?

—Sí, le oí. Pero no pienso ir a Quebec.

—¡Bah!, no tienes ánimos para nada. El hecho de que el Intendente de Nueva Francia te ofrezca su apoyo significa que has hecho tu suerte. Bastará una palabra suya para que te encuentres al lado del Rey. Jamás deja incumplida una promesa, a pesar de lo malo que es. Todo el mundo lo sabe. Cuando saliste, los rostros de los invitados tenían las más distintas expresiones. Yo oí como Bigot decía a Ana que no habría figura en Quebec que pudiera compararse contigo, dentro de un año, si aceptabas su invitación. Así, invitación, lo llamó él. Quisiera que hubieras visto la cara que puso Ana. ¡Qué envidia me diste!

Por un momento, David golpeó sonoramente la plancha de pedernal que estaba fijada en la culata de su rifle.

—No me hace falta Quebec para nada.

—Allí está el dinero, la fama y... —replicó Pedro.

David continuaba silencioso. No se oía otro ruido que el golpeteo que el joven

producía sobre el pedernal.

—Y, sobre todo —continuó Pedro—, hay muchachas tan bonitas, que los ojos se te irían detrás de ellas.

En su voz había una nota de placentera alegría que hizo sonreír a David.

—Tú, Pedro, te casarías con todas las muchachas del mundo a un mismo tiempo, si hallaras la forma de hacerlo. Las amas a todas.

—¡A todas, sí! —corroboró Pedro calurosamente.

—Y vuelas de una en otra como va la abeja de flor en flor.

—Hay tantas y son tan hermosas, que no puedo poner mi afecto en una sola y permanecerle fiel. A pesar de mi gordura, creo que todas me aceptarían como esposo si yo me ofreciera. Es decir, todas menos Ana. La tienes demasiado dominada.

—¿Crees que ella querría que dejara la selva y me fuera a Quebec?

—Estoy seguro de que sí. A ella le gusta aquella ciudad y aquella vida.

David sonrió ligeramente.

—Estás equivocado, Pedro. A ella le gustan los bosques tanto como a mí, y, afortunadamente, volverá el año que viene. Me lo ha dicho esta mañana en la Colina del Sol.

Pedro permaneció silencioso.

—Por otra parte —continuó David—, hay mucho más quehacer aquí que en Quebec, donde el Intendente y todos los suyos no hacen otra cosa que bailar y divertirse.

—Y conquistar dinero, gloria y amor —corrigió Pedro.

—Pero allí no hay lucha.

—Son continuas entre los galanes, y estoy seguro de que a ti te gustaría tomar parte en ellas, *monsieur* David. Podrías combatir a veinte pasos con pistola, o a espada, bajo la luz de la aurora o al resplandor de la luna. También hay patíbulo en la plaza del mercado, en los cuales se realizan, de vez en cuando, decapitaciones. No faltan tampoco bribones de quienes hacer burla, ni música, ruido y baile, por las noches, tanto en la más baja como en la más alta sociedad. Y, si eres afortunado, podrás besar a las más bellas muchachas del mundo. En fin que no te faltará nada de lo que en el mundo puede haber de codiciable.

—No me seduce nada de eso —dijo David desdeñosamente—. Es más limpio y más hermoso vivir y combatir en los bosques. Por cierto que esto último lo tendremos en abundancia antes de que transcurra un año.

—¡Honroso! —exclamó Pedro para rebatirle—. ¿Es honroso que le corten y le arranquen a uno el cuero cabelludo?

—Yo no soy cazador de cabelleras —repuso David—, ni lo seré jamás. Pero reconozco que ello constituye la moda del país, tanto entre franceses e ingleses como entre indios..., y paréceme que mientras nuestro gobernador de Quebec y el británico persistan en ofrecer premios por cueros cabelludos, sean de hombre, de mujer o de niño, la costumbre irá en aumento de día en día. Yo, cuando veo una cabellera de

mujer en los aros, como la vi en Fuerte Guillermo (era una cabellera tan larga y suave como la de una mujer que tú conoces, Pedro), me parece que debo permanecer aquí, en esta puerta de entrada, para los más encarnizados de nuestros enemigos.

Rápida y suavemente la mano de Pedro se posó sobre el hombro de David.

—Lo sé, amigo mío. Siempre tienes razón. Y a veces, cuando te oigo hablar, quisiera estar sobre otro par de mocasines como los tuyos. Pero yo no podría combatir con los indios si no me los mataban antes, pues mi gordura y mi dificultad respiratoria me lo impiden. A los indios los odio, y amo a Quebec. También, como sabes, sé manejar un poco la pistola.

El sensible y optimista Pedro había dado ya tres estocadas a la luz de la aurora, batiéndose con tres petimetres de Quebec, pero lo había hecho con tanta gracia que la ciudad vio estos terribles actos con simpatía.

—Por eso añadió con pícaro intención —me gustaría verte en Quebec. Bien lo merece el amor de Ana.

—¿Mientras los ingleses y la gente de sus colonias se preparan para el ataque? —prosiguió David—. ¿Mientras los *mohawks*, los *oneidas*, los *onondagas*, los *cayugas* y los *senecas* afilan sus hachas y tienen fija la vista en el Canadá acuciados por la esperanza del ilimitado precio que se les ofrece por cada cabellera francesa? ¿Irme cuando una docena de tribus se ocultan en los bosques como lobos, cazando pericráneos aquí y allá, incluso en las riberas del Richelieu? No, no hay un solo rifle en el bosque que esté de sobra, Pedro. Ni uno.

—¿Ni aun tratándose de Ana?

—Ana volverá el año que viene, a no ser que las cosas hayan cambiado y estos bosques estén convertidos en un matadero.

—¡Pardiez! —exclamó Pedro. ¿Crees que puede suceder tal cosa teniendo como tenemos a nuestras espaldas al Rey y a toda Francia?

—Confías demasiado en esa magnífica y presuntuosa Quebec —exclamó David con sorna—. Si tuvieras maestros como el Cazador Negro...

—¿Qué dice ese cazador?

—Que hay menos de setenta mil franceses en todo el Canadá, mientras en las colonias inglesas nuestros enemigos ascienden a millón y medio.

—Pero nosotros somos franceses y cada uno valemos por veinte enemigos.

—Sir William Johnson ha terminado su inspección de indios del sur en el Canadá y dice que hay allí treinta y dos mil guerreros, doce mil de los cuales están preparados para arrancar cueros cabelludos franceses. En cambio, nuestras cuarenta y tres tribus adictas se han convertido en menos de cuatro mil hombres aptos para la lucha.

—Lo cual demuestra evidentemente que tanto tú como yo debíamos estar en Quebec cuando se desencadene la furia enemiga dijo valientemente el incorregible Pedro Nuestra gente recibirá entonces oportuno aviso. Por lo tanto, estarán dispuestos a seguirnos cuando la ocasión lo requiera. Saldremos con un ejército de franceses y rechazaremos al enemigo tal como ocurrió en Fuerte Indigencia, donde Jorge

Washington se rindió a nosotros recientemente, y como ocurrió también en Fuerte Duquesne^[6].

La obscuridad veló el grave gesto del rostro de David.

—Eso es precisamente lo que no sucederá, si el Cazador Negro no se equivoca — dijo alzando la vista hacia las enormes aspas que giraban bajo el firmamento. La catástrofe sobrevendrá tan súbitamente como cayó sobre el señor de Grondin hace algunos años y no llegarán avisos de parte alguna. Siempre las hogueras y las hachas fueron un mal presagio. Por eso no quiero ir a Quebec, Pedro. ¿Quieres acompañarme a casa para compartir conmigo una cena que me está aguardando desde hace más de una hora?

—He prometido a Ana llevarle tu respuesta. Además, no me gusta nada el bosque durante la noche. Hasta mañana, David. Haz el favor de saludar de mi parte a tu madre, cuya bondad de corazón, gracia y hermosura es una vergüenza tener ocultas en estos parajes solitarios.

—Gracias, Pedro. Buenas noches.

Cuando David se hubo marchado, él permaneció inmóvil como un fantasma y mirando fijamente hacia el tenebroso punto por donde de pronto había desaparecido su amigo.

Volvióse después para continuar su camino y repitió pensando en voz alta:

—Tú y el Cazador Negro tenéis razón, David. Pero yo desearía que te vinieras a Quebec. Si no lo haces así, me parece que vas a perder a Ana.

Hasta él llegó el sonido del clavicordio y, mezclada a sus notas, la voz de Ana St. Denis, que cantaba...

Capítulo VI

LA voz de las viejas aspas del molino, la repentina llegada de Pedro y el inesperado mensaje de cariño que Ana le enviara, dieron a David una sensación de triunfo al final de aquella aventura que había comenzado tan tristemente y poniendo en su corazón una tan acre amargura. Del mismo modo que el día había amanecido frío y nublado y terminó con un espléndido sol, David, antes viejo y amargado, dirigíase ahora a casa henchido de un gozo infantil. Advirtió el cambio experimentado, pero no lo analizó. Se daba cuenta de que aquella noche hablase librado de lazos que le sujetaban fuertemente y de que se había codeado con hombres.

La obscuridad le envolvía, obscuridad en que las estrellas, demasiado débiles aún, luchaban vanamente por enviar sus rayos a la selva. La noche era como una negra túnica que le envolviese, convirtiendo a la tierra en un negro abismo por el cual seguía instintivamente una angosta vereda. Pero el ángel que llenaba de inspiración su mente era como un sol esplendoroso. Por Ana sería él capaz de escalar la alta bóveda celeste que ocultaba las luminosas estrellas. Siempre que contendiera con alguien, fuera con quien fuese, Ana quedaría orgullosa de él.

Pero no sucedería así en Quebec y con hombres como Bigot, o Vaudreuil o De Pean... Las luchas habrían de ser en los bosques que él amaba, lejos de la trivialidad ciudadana. Ya lo comprendería así Ana cuando llegasen del Mediodía las hordas enemigas. Entonces sería cuando el corazón de su amada latiría con la fuerza con que ahora latía el suyo, ante la perspectiva de la catástrofe inminente, pues David sabía que Ana amaba a la Nueva Francia más aún que a su propia vida.

Ahora se alegraba de que Bigot y sus compañeros le hubieran sorprendido con Ana en brazos. Le parecía que la selva susurraba, impelida por esta misma alegría. El suave viento estremecía las copas de los árboles rumorosamente. Dijérase que la presencia de David les daba vida y los movía a hablar unos con otros.

David parecía una silenciosa sombra al cruzar el bosque, pues, aun cuando pensaba en Ana y se la imaginaba de cien modos distintos, todos igualmente bellos, estaba también obsesionado por las sugerencias del Cazador Negro, el cual había anunciado la llegada de los sucesos que habían de ser para él de vida o muerte. David se deslizaba con suma suavidad. El cañón de su carabina se dirigía hacia delante mientras sus dedos índice y pulgar se posaban obstinadamente sobre el pedernal y el percutor.

En el insondable abismo de tinieblas en que estaba sumido, se producían constantes ruidos, ninguno de los cuales dejó David de advertir, a pesar de que el recuerdo de De Pean no se apartaba de su mente y pensaba en la hermosura de Ana,

cuando, aquella misma tarde, habíale rodeado con sus brazos en la tierra baja cuajada de flores.

De pronto oyó un ruidillo de ramas que podía significar la próxima existencia de un ser vivo y extraño, un misterioso suspiro, que bien pudo ser humano, y un fantástico movimiento del aire. David comprendió en seguida que un puerco espín, o un oso, había quebrado una rama de las frondas, que el suspiro obedecía al frotar de la copa de un árbol contra otro y que sobre su cabeza había pasado una gran lechuza en persecución de otra ave.

No obstante, seguía pensando en Ana.

De pronto, se detuvo en medio de la obscuridad. Una extraña fuerza le impelía a volver atrás para contarle a Ana la transformación que había sufrido interiormente desde que pasearon juntos por los linderos del bosque de Grondin.

Pero continuó.

Volvió a detenerse al llegar a un espacio libre, llamado Claro Rojo desde tiempo inmemorial. Jamás árbol, ni flor, ni hierba alguna creció allí. Los pájaros tampoco se acercaban a aquel lugar de maldición. En el centro de él había gran número de piedras, una de las cuales tenía el tamaño de la mitad de una casa. Allí fue donde los *mohawks* habían conducido a los prisioneros del señorío de Grondin, quemando a siete de ellos frente a la gran piedra, la cual aparecía aún chamuscada. Y también fue en aquel lugar donde, mientras las víctimas eran torturadas, alzaron triunfalmente, a modo de banderas, las matas de pelo de las tres amantes del señor de Grondin.

El claro encantado: sobre eso no había duda, Los indios, supersticiosamente, se mantenían alejados de él. Durante las tempestades, el trueno se hacía allí más estruendoso y el relámpago más temible y deslumbrador. Por la noche, aunque hubiera luna llena, la vista era incapaz de percibir en el claro un objeto a dos centímetros de los ojos y la luz de un farol a más de diez pasos de distancia. Cuando menos, así se decía y creía en aquellas inmediaciones, a pesar de que los poderosos sacerdotes de los Tres Ríos habían tratado de ahuyentar a los molestos espíritus con agua bendita y oraciones.

Pero David, al detenerse, no pensaba en duendes ni en seres torturados por el fuego. Consideraba tan sólo cuánto tiempo tardaría la luna en salir. Un resplandor un tanto más brillante que el de las estrellas apareció en Oriente, y entonces avivó su marcha pensando en su madre con singular vehemencia.

Pocos momentos después dejó la espesura de los bosques, irrumpiendo en otro espacio libre más extenso: que Claro Rojo. Formábase de unos doce acres de tierra; que él mismo había desbrozado y preparado para sembrar con ayuda de Matagamos, el viejo *delaware* que estuvo con su madre desde que él era niño, y Thuren será, nombre indio que significaba Aurora.

Las mieses eran espesas y ocupaban la mitad del terreno fértil. En la lejana obscuridad pudo ver la empañada luz de una bujía que iluminaba la choza de Matagamos, y cerca de ella, entre, arces y robles, que no se habían derribado a causa

de su belleza y de la sombra que proporcionaban, aparecía una mayor y mejor iluminada cabaña, que era donde su madre y él vivían.

Se detuvo de nuevo. Sabía que en alguna parte, entre las sombras, estaría aguardándole el viejo *delaware*, tan calladamente, por cierto, como un ave nocturna. Algunas veces David se preguntó si los ojos de Matagamos tendrían la facultad de no ceder nunca al sueño, pues siempre, aun en tiempos de paz, estaba pendiente del peligro para defender de él a los seres amados.

Cuando salió del claro, produjo una especie de silbido poco más ruidoso que el armónico murmullo del manantial que corría por el espacio libre. Matagamos surgió al punto como por arte de encantamiento.

Aun al apagado resplandor sideral, cualquiera se daría cabal cuenta de que Matagamos no era un hombre joven, aunque sí alto, erguido y delgado, a pesar de que su cabeza mantenía una actitud retadora. En su cinturón de abalorios llevaba un hacha y un cuchillo, compañeros de sangrientas historias ocurridos antes de que David naciera, y su mano sujetaba una carabina.

El viejo y el joven conversaron un instante en la lengua *delaware* y, acto seguido, David se apresuró a dirigirse a su vivienda.

Era de piedra, como aquella otra construida al pie de la Colina del Sol, y tenía también obscuras aspilleras y pesadas contraventanas de roble. Tampoco faltaba aquí una voz cantarina, por cierto mucho más dulce que la que tantas veces oyera en la casita de la Colina del Sol.

David, que amaba apasionadamente a su madre, abrió cautelosamente la puerta y dirigió una mirada al interior. La juventud de aquella mujer era un motivo más de orgullo para David. Encantado, la vio arrodillarse sobre la piel de oso que había ante el hogar y revolver con el cigüeñal las rojas brasas que mantenían caliente su cena.

Era alta y delgada. A la luz de la bujía, semejava una doncella.

Su ensortijada y negra cabellera, que Ana aseguraba era mucho más hermosa que la suya, semejava un radiante haz de azabache en el suave resplandor de la estancia.

Al oír el saludo de David, se levantó rápidamente.

María Rock frisaba en los cuarenta años y los cumpliría en diciembre. Pero la edad, los dramas y la soledad de la selva sólo habían dejado una muy débil huella en su rostro, el cual, al oír la voz de David, habíase llenado de alegría.

El joven la abrazó y la besó amorosamente.

—Esto es lo que me mantiene, David mío —habíale dicho muchas veces.

David dejó la carabina en un rincón.

—Otra vez me ha retenido Ana —dijo alegremente.

—Ya lo suponía —repuso María Rock volviéndose hacia el hogar—. Pero esta noche, por mucho cuidado que he tenido, los pichones se han deshecho. Si las patatas que he puesto en el rescoldo se han endurecido, tendré que reñirte.

—Sin embargo, estabas muy contenta cuando llegué, madre. Entonabas la canción del Cazador Negro.

Se preparó para lavarse, y, abstraído en su faena, no se dio cuenta del significativo silencio que guardaba su madre.

—¿Por qué piensas en él esta noche? —preguntó al fin la buena mujer.

—Yo pienso en él constantemente replicó David zambullendo el rostro en el agua fría del manantial. Momentos después hallábanse sentados a la mesa, uno frente a otro, ante una cena compuesta de pichones, patatas asadas, pan moreno y un budín de harina, miel y frutas.

Cuando hubieron terminado de cenar, David contó a su madre todo lo ocurrido, omitiendo el desagradable incidente de la hacienda de Grondin. Pero de Ana habló con la franqueza con que acostumbraba hablar a su madre. Antes de que la cena terminase, María Rock sabía más de una cosa de las que David no había dicho y estaba tan enterada como él del cambio que se había operado en su persona.

En el tiempo en que se consumió la mitad de la vela, David refirió detalladamente los extraordinarios acontecimientos acaecidos en el castillo. Hasta que hubo concluido, no advirtió el joven que el rubor enrojecía las mejillas de su madre, rubor que no podía achacar al calor del fuego, así como también que en sus ojos tenía aterciopelados abismos, tan profundos, que no podía sondearlos y, en fin, que en ella había algo que la hacía aparecer distinta de cómo había sido hasta entonces.

—¡Algo bueno te ha sucedido! dijo David, queriendo hacer ver a su madre que adivinaba la causa de su alegría.

—Tu llegada, David. Siempre que llegas a mi lado me siento henchida de felicidad.

—Pero esta noche estás como Ana estaba esta tarde junto al matorral de zumaque de la hondonada. Estoy maravillado. Quisiera saber...

—¿El qué, David?

—Tú siempre estás contenta cuando viene el Cazador Negro —dijo David después de unos momentos de vacilación—. Y yo también. Ana me ha preguntado hoy a qué obedecía esto, y tan extrañamente lo ha hecho que sus palabras no se han apartado de mi mente un solo instante. Yo no pude satisfacer su curiosidad; sólo pude decirle que en compañía del Cazador Negro me siento alegre, y triste durante su ausencia. ¿Por qué será eso?

—Porque es tan amigo tuyo como mío y te quiere.

David se dirigió impacientemente hacia la puerta y miró al exterior. La luna iluminaba los campos, pero lo que sucedía en su mente le impidió ver su resplandor.

—Pero, ¿por qué es amigo nuestro el Cazador Negro? —preguntó insistentemente—. ¿Qué explicación tiene tan secreta y extraña amistad y esas idas y venidas del Cazador Negro, tan misteriosas como las de un fantasma? ¿Por qué sólo tú y yo hemos logrado verle en el señorío de St. Denis?

—Es un hombre extraño, David, y extraños son los pensamientos y deseos que corren por su mente —contestó su madre.

—Ana me ha hecho las mismas preguntas que te estoy haciendo yo a ti, y ya es

hora de que esto se aclare —prosiguió David—. He visto aquí algunas veces al Cazador Negro, pero supongo que ha estado muchas más. Esto, tú y Matagamos lo sabéis. ¿Por qué en toda la selva del Canadá no se le conoce por otro nombre que el de Cazador Negro? Si nos aprecia como dices y él parece demostrar, ¿por qué no nos revela su nombre?

—Yo lo sé, David. Ya te lo he dicho, así como también que he guardado el secreto por lo mucho que esto para él parece representar.

—Por lo visto, tiene razones para ocultarlo.

—Sí. Eso dice él... ¿Te ha hecho hoy Ana muchas preguntas?

David hizo un signo afirmativo con la cabeza.

—Sí, y yo le he contestado como me ha parecido. Creo que en la hacienda de Grondin se ha hablado más de lo que nosotros pensamos. Ana tiembla sólo al oír mencionar al Cazador Negro y el espanto le domina cuando le cuento nuestras aventuras. Esta tarde me ha pedido el cuerno de asta, y yo se lo he dado. Sólo cuando le dije que era el Cazador Negro el que me sugirió grabar el segundo ángel arrodillado ante el altar (tu imagen, madre) se calmó un poco. He intentado que piense en él como pensamos tú y yo, pero no lo he conseguido. Está atemorizada.

—¿Atemorizada por un hombre que sugiere se graben ángeles arrodillados ante un altar? —preguntó la madre, y en su voz había un extraño gorjeo que los oídos de David no supieron percibir.

Pero vio que sus ojos resplandecían de nuevo al alzar la vista de la mesa para mirarle, mientras recogía las migajas con un ala de pavo.

David sonrió y antes de que su madre pudiera alejarse de la mesa, éste rodeó su cuerpo con sus juveniles brazos.

—No me sorprende que pensara en ti y que te comparara a un ángel —exclamó David—. Eres la madre más hermosa que hay en toda Nueva Francia. Ana te ama tanto como yo. Mañana debes hablarle del Cazador Negro y contestar a algunas de las preguntas que me ha hecho. ¿Lo harás?

—Sí, David.

El joven vio de pronto que alrededor de la muñeca de su madre caían níveos encajes que hasta entonces habían estado recogidos y ocultos. Y más allá, en un rincón de la estancia, sus ojos tropezaron con algo que hizo latir más fuertemente su corazón.

—¡Qué ciego y qué simple soy! —exclamó David asiendo fuertemente a su madre y tratando de dar a su voz un tono de completa naturalidad—. Debí haberme dado cuenta de que llevas el vestido de gala y estás peinada magníficamente. Tu aspecto es envidiable, y rebosabas de júbilo cuando he llegado a la puerta.

—Me he arreglado así para esperarte.

—Pero Aurora no ha estado aquí para ayudarte ni para fregar los platos.

—Es que estaba cansada, y la he enviado a la cama.

Sus brazos se estrecharon más fuertemente en torno de su madre.

—Entonabas la canción del Cazador Negro cuando yo abría la puerta. Además, en aquel rincón hay una carabina que no es la mía ni la de Matagamos, ni la de ningún habitante del señorío de St. Denis. Me extraña...

David se detuvo. Su madre guardó silencio.

—Madre...

—Sí, David.

—Es un rifle negro. Por eso yo no le veía. Todo lo que pertenece a él es negro.

Por un momento, ambos permanecieron silenciosos.

De pronto, David dijo al oído de su madre con voz excitada:

—Madre, ¿ha venido otra vez? ¿Está aquí el Cazador Negro?

—Sí, David. Llegó esta tarde mientras tú estabas con Ana en la Colina del Sol.

Y vio como el ala de pavo tembló en la mano de su madre.

Capítulo VII

MARÍA Rock, sentada en un amplio sillón de aquella estancia cuya disposición y arreglo la distinguía de todas las de Nueva Francia, hablaba con su hijo. La habitación era casi tan grande como el comedor que habían utilizado hacía unos instantes, y tenía una chimenea en la que ardía un grueso tronco de roble.

La estancia era como una continuación del espíritu de María Rock, y al entrar uno en ella comprendía en seguida que su dueña era mujer de gusto, espíritu selecto y buena educación, flor extraña en aquel señorío perdido en el corazón de la selva. Había en aquel recinto más libros que en el palacio de St. Denis, bellos cuadros en los muros, y una espineta cuyas bruñidas teclas emitían sus notas musicales diariamente, bajo la suave pulsación de María Rock. Los libros, más numerosos los ingleses que los franceses, estaban colocados sobre tres grandes anaqueles de roble, y tenían aspecto de haber sido muy usados. Algunos estaban muy viejos y con las tapas a punto de desprenderse. Entre ellos había una gramática, una aritmética y un texto de caligrafía. Otro versaba sobre instrucción religiosa. Cinco de ellos eran opúsculos de las Ursulinas que contenían pastorales, diálogos dramáticos y apologías de felicitaciones para los aniversarios. También había un tratado de la elegancia, las costumbres y la discreción.

La estancia no era sólo continuación de los espíritus de David y de su madre, sino también del carácter de Ana, pues era allí donde la joven, en compañía de David, había recibido las primeras nociones de lectura escritura. Cuando Ana St. Denis era todavía una niña, David gozaba mostrándole las preciosas láminas de los libros y todos los tesoros de la estancia, los cuales fueron creciendo con los años. De aquí que, antes de ir a las Ursulinas, Ana sabía leer y hablar el inglés tan bien como David, y tocar el clavicordio tan perfectamente como María Rock tocaba su espineta.

Era una estancia agradable que conservaba huellas de mil sucesos de sus vidas. Pero aquella noche parecía percibirse en ella un extraño susurro, y su ambiente pesó sobre David como un efluvio de misterio cuando clavó la mirada en el rostro de su madre, que estaba sentada en un amplio sillón.

—¿Te dijo Ana que había estado aquí esta mañana? —preguntó.

—No —repuso David.

María Rock sonrió, y el joven vio algo en aquella sonrisa que hizo latir violentamente su corazón.

—Naturalmente. Yo le dije que guardara el mayor secreto sobre su visita. Llegó cuando Matagamos y tú habíais desaparecido por la parte baja del río. Se mostraba muy turbada y hasta un tanto enojada conmigo, por culpa tuya y del Cazador Negro.

Te ama fervorosamente, con tanta sinceridad, que di gracias a Dios cuando se fue. Pero está atemorizada. Teme que el Cazador Negro se te lleve, y me ha rogado que haga lo que ella no puede hacer: apartarte de él.

Los ojos de David se nublaron.

—No debe atemorizarle el Cazador Negro más que Quebec dijo el joven con aspereza.

—Yo no podía poner en ella más confianza de la que he puesto en ti y por eso no le he revelado el secreto —continuó María Rock—. Pero esta tarde, mientras tú estabas con Ana en la Colina del Sol, llegó el Cazador Negro y me ha relevado de mi promesa al saber que vosotros os amabais, no como niños, sino como hombre y mujer. Por lo tanto, ya puedo decirte quién es el Cazador Negro para que tú mañana se lo digas a Ana.

María Rock inclinó la cabeza pensativamente, como si buscara el modo de comenzar. Durante esta tregua, David contuvo la respiración y dijo:

—No puede ser un hombre terrible. Ana llegará a comprenderlo.

—Hace ya mucho tiempo —comenzó a decir María Rock, como si no hubiera oído las palabras de David, y con el gesto de quien está absorto en el pasado— me tropecé con tu padre, un inglés de Louisebourg, y a pesar de la enemistad que ya entonces existía entre mi país y el suyo, huí con él a las colonias y nos casamos. Todo esto ya lo sabes, David, así como que me convertí en inglesa por influencia suya y que le acompañé en sus correrías de frontera en frontera, hasta que al fin nos establecimos en Pensilvania, en el hermoso valle del río Juanita. Allí naciste tú. Otra familia nos acompañaba, y prosperamos y llegamos a sentirnos dichosos. Hasta logramos convivir amistosamente con los indios. El jefe de la otra familia era Pedro Joel y llegué a sentir un gran afecto por su esposa Betsy. Era mayor que yo y tan linda como buena. Tenía dos hijas pequeñas, que eran el vivo retrato de su madre, y un hijo al que tú sólo llevabas siete días.

David observó un temblor de lágrimas en los ojos de su madre, pero ella no se las enjugó ni desvió la mirada.

—Pedro Joel adoraba a su mujer y a sus hijos. Era hermoso aquel cuadro de familia, David. Betsy me hizo a mí mucho mejor de lo que era. Fue no sólo una amiga, sino una hermana o una madre para mí. Pedro... Pedro Joel era el que tú conoces con el nombre de Cazador Negro.

María Rock hizo una pausa, clavando sus ojos en los de David, que también la miraba fijamente.

Y llegó aquella terrible noche —María Rock tembló en su sillón—. Yo siempre te he mentado un poco acerca de esto, pues consideré preferible que lo sigieras considerando un sueño y no una terrible realidad, tan terrible que se plasmó indeleblemente en tu imaginación infantil. Tenías cuatro años de edad cuando, una noche, llegó la cuadrilla guerrera de los *hurones*. Regresaban con las manos vacías de una batida a los *senecas* y nada hubiera podido retenerlos. Tu padre estaba enfermo y

Pedro Joel vigilaba a la luz de la luna un salegar que había a unas dos millas de distancia donde pretendía cazar un ciervo. No puedo precisar detalladamente lo que ocurrió. Sólo sé que vi a tu padre muerto sobre su lecho y que nuestra vivienda ardía. Lo que no olvidaré nunca fue lo que ocurrió fuera, lo que vi al resplandor de nuestras incendiadas chozas. He procurado siempre arrojarlo en el abismo de las cosas olvidadas, pero ahora renuevo aquellos recuerdos para ti, porque creo que ha llegado el momento de que lo sepas.

»Tú estabas entre mis brazos; tan apretadamente sujeto, que no sé cómo no te ahogué. No nos mataron, sino que el mismo jefe de la partida nos hizo prisioneros. La cuadrilla no era muy numerosa. Creo que no pasaban de ocho o diez los asaltantes. Pero todos ellos, excepto el jefe, se disputaban a Betsy y a sus pequeñuelos. Betsy estaba cerca; le grité y quise tenderle la mano. Estaba desnuda y su cabellera brillaba a la luz del incendio como si fuera una aureola. Vi que le arrancaban al niño de sus brazos y se lo degollaban con un hacha. Oí los lamentos de las dos niñas... El monstruo que estaba a nuestro lado se abalanzó de pronto sobre Betsy. No pude cerrar los ojos. No pude hacer el menor movimiento. Cuando mi amiga corría hacia sus hijos él la cogió por los cabellos. La vi retroceder y caer, en el suelo, de espaldas. El monstruo se abalanzó sobre ella colocando sus rodillas sobre el cuerpo desnudo, de la víctima. Poco después se levantaba lanzando un chillido triunfal mientras de sus manos ensangrentadas pendía la larga cabellera de Betsy.

Los ojos de María Rock ya no tenían el centelleo de las lágrimas. Estaban abiertos y miraban fijamente. Un fuego devorador había llenado de pronto sus profundidades como si él mismo hubiérase desvanecido de su visión y en su lugar hubiera aparecido la reconstitución de la memorable tragedia. David no hizo movimiento alguno, ni pronunció una sola palabra durante aquella tregua en que su madre, sin verle, evocaba la terrible y remota noche.

—Tú lo viste todo también, David —prosiguió María Rock, mirándole, pero tan sólo vagamente—. Gritabas. Jamás se borrará aquella noche de mi memoria. Fue un milagro que no te asfixiara, pues para ocultarte te estrechaba violentamente contra mi pecho. No me faltaban fuerzas para echar a correr, pero de hacerlo, aquellas bestias sanguinarias me hubieran matado como mataron a Betsy y a su hijo... Entonces apareció Pedro Joel. Enloquecido, rugiendo, blandía una enorme estaca que llevaba en la mano, y con ella propinó tal golpazo en la cabeza del jefe, que, en menos que se cuenta, ésta quedó separada del tronco como se quita una calabaza que estuviera apoyada sobre un poste. Fue tan espantoso que te tapé los ojos. Pedro Joel había enloquecido, y sus rugidos eran mucho más terribles que los que han podido salir jamás de las gargantas de los indios. Éstos, al darse cuenta de que Joel se había vuelto loco, temieron por sus vidas y huyeron sin tratar de herirle. Ésta es la conducta que observan los indios ante los perturbados. Sin embargo, aunque le hubieran hecho frente, nada teníamos ya que temer, pues Joel, en su loco furor, hubiera dado buena cuenta de ellos, uno a uno. Tres mató con la tremenda porra. Después cogió a su

esposa y a sus hijitos y estuvo meciéndolos y canturreándoles, hasta que llegó el día y las chozas se convirtieron en un humeante montón de ascuas. Tan horrible era el cuadro, que creí que también yo iba a volverme loca. Durante la noche, Joel no pareció reparar en nosotros. Pero al amanecer me dejó vestir a Betsy con parte de mis ropas y enterrarla, al mismo tiempo que a sus pequeñuelos, en una sepultura que cavamos cerca de las chozas. Cuando echamos sobre los difuntos el último puñado de tierra, su mirada adquirió una perfecta serenidad, y tomándote en sus brazos, comenzó a llamarte «niño mío, niño mío» y se dirigió hacia la selva. Yo os seguí.

»Éste fue el principio de una tenaz y extraordinaria jornada, que duró días y más días. Pedro estaba transformado. Su perturbación iba mejorando de día en día y a ratos recobraba el pleno juicio. Nos buscaba alimento y señalaba cuidadosamente las sendas que debíamos seguir. Sin embargo, durante todo aquel tiempo que empleamos para ir desde el valle Juanita al río Richelieu, ni una sola vez habló conmigo ni contestó a las muchas preguntas que le dirigía.

»Por las noches dormías en sus brazos, aunque los míos anhelaban tenerte. Durante los quince días, con sus quince noches, que duró la huida, no vi los ojos de Pedro Joel cerrarse una sola vez para dormir. Llegamos al fin a un campamento francés que había a orilla del Richelieu. Mas Pedro Joel, apenas distinguimos a mis compatriotas, nos dejó solos, y, sin atender a mis llamadas, se fue hacia los bosques. Los franceses formaban una partida de caza perteneciente al señorío de St, Denis. Entre ellos estaban Matagamos y su hija, a los cuales volví a la vida a fuerza de cuidados cuando ya todos los daban por desahuciados a causa de la epidemia que sobrevino por aquella época. Pedro Joel, entre tanto, había desaparecido del mundo.

María Rock se sobrepuso al horror que le producía el recuerdo de la tragedia, con un convulsivo estremecimiento.

Sus ojos estaban fijos en David y le dijo sonriendo con gesto anhelante:

—Así, pues, fue el Cazador Negro el que nos acompañó y nos salvó durante aquella memorable jornada, aunque, realmente, no era el Cazador Negro, sino el pobre loco Pedro Joel. He aquí la causa de que quieras al Cazador Negro y éste te quiera a ti, a pesar de que la cosa sucedió cuando eras muy pequeño todavía.

Mientras su madre contábale todo esto, David sentía palpar violentamente su corazón. Se esforzó para hablar.

—Pero ¿dices que estaba loco? Entonces, por eso estuve tantos años sin verle.

María Rock se pasó una mano por los ojos como si quisiera quitar de ellos algún velo sombrío.

—Sí, estaba loco; pero era la suya una locura extraña —repuso la madre. Hasta cinco años después no volví a verle. Entonces supe de su vida. Durante aquel período de tiempo estuve al servicio del señor de Saint Denis y de su pequeña Ana. De aquí que el nombre del Cazador Negro se esparciera por todos los bosques que hay entre Pensilvania y el Canadá. Comenzaron a circular fantásticas historias acerca de él, y tantas y tan terribles llegaron a ser éstas, que, al fin, sólo el nombre del Cazador

Negro producía un estremecimiento de horror. Vagaba por las selvas y los valles como un tigre que hubiérase escapado de la jaula. Sin embargo, no era un asesino y pronto se supo que no era la venganza lo que inspiraba sus actos (cosa increíble), sino un gran deseo de salvar del hacha y del cuchillo indios a los niños y a las mujeres blancas.

»Venía y volvía a marcharse como un fantasma, con su rifle, su piel de gamo negro por vestido, y algunas veces pintado el rostro de este mismo color. Dijérase que los vientos le pusieran al corriente de los planes y secretos de los indios, pues cien veces hizo misteriosas advertencias en las colonias colindantes y otras tantas su rifle y su alarma salvaron los hogares y las vidas de los colonos solitarios, hasta que, al fin, una palabra suya o un grito de alarma en medio de la noche corrían a lo largo de la frontera como una evangélica profecía. Esto, bien lo sabes, sucede así todavía. Infinitos planes y proyectos han concebido los indios para exterminarle o capturarlo, pero todos han fracasado. Al fin, los indios han llegado a considerarlo como un ser sobrehumano al que no se puede matar ni aprisionar. Entre los blancos es conocido con los nombres de “Rifle Negro”, “Protector Negro” y “Cazador Negro”, aunque son muy pocos los que le han visto y han oído su voz y nadie conoce su verdadero nombre y su procedencia, Temor y cariño, temor espantoso y cariño fuertemente arraigado en los corazones, corrían con su nombre o su presencia de un lado a otro. Éste fue, David, el hombre que hace algunos años te encontró perdido en los bosques y te trajo a casa. Resplandecían los ojos de María Rock. Donde la tragedia había anidado un momento antes, veíase ahora un fuego esplendoroso. En la estancia reinó un largo silencio, durante el cual oyó David el tictac del reloj semejante al redoblar regularizado de un tambor.

—Pero, si estaba loco, ¿cómo se explica que yo no le haya oído pronunciar sino palabras sensatas? Jamás conocí a un hombre tan discreto, tan gentil y tan voluntarioso como el Cazador Negro. Sin embargo, no comprendo qué es lo que le movió a pedirte guardaras el secreto sobre su nombre y a ir y venir como un fantasma de los bosques, a pesar de que aquí no tiene más que amigos.

—No es locura, sino una rareza que tal vez ni tú ni yo podemos comprender —dijo María Rock—. Pedro Joel fue enterrado aquella mañana con su esposa y sus hijos en el valle Juanita, y durante cinco años, mientras rondó por las tierras ribereñas, su alma y su corazón no existieron. Al fin, determinó venir a verte y te encontró en los bosques. Vino otra vez, y otra, y otra, y sus visitas fuéronse haciendo más frecuentes conforme pasaron los años. Sin embargo, no siempre le veías ni te enterabas de que estaba aquí. Así quería él que sucediera. Pero al fin, mis esperanzas y mis plegarias se han visto realizadas, y el Cazador Negro ya no es el Cazador Negro, sino Pedro Joel, tanto para mí como para todo el mundo.

Sin embargo, algo había en la mente de David que no estaba claro y preguntó:

—¿Por qué le teme la gente? Si ha sido un amigo tan fiel de las mujeres, de los niños y de los colonos de ambas riberas del Richelieu, ¿por qué Ana le profesa un tan

profundo horror? ¿Por qué, en vez de amarle le consideran un monstruo aun esas personas a las que tanto bien ha hecho?

María Rock sonrió:

—Mira, David. Aun los que más sanos de juicio estamos, cometemos a veces más insensateces que cometió Joel durante la época de su locura. El Cazador Negro no reconoció nacionalidades en aquel tiempo. Tenía un solo ideal: el de proteger a su raza, a los blancos, de las fechorías de los indios, que tanto mal le habían hecho jamás se aprestó su brazo a defender al inglés contra el francés ni al francés contra el inglés. En más de cien viviendas francesas y en otras tantas inglesas se le bendice, aunque los niños tiemblen al verle y los viejos miren recelosamente hacia la obscuridad cuando oyen su nombre. ¿Me preguntas por qué le temen, cuando tanto bien les hace? Estamos en una época de supersticiones, en las que ni tú ni yo creemos. Se habla de demonios y duendes, como esos que te cuentan andan vagando por los bosques y por el Claro Rojo. Pedro Joel se aprovechó de esta terrible fama para realizar seguramente su cometido entre la gente india.

»Tan velozmente iba y venía, tan extraña era su vestimenta, tan inusitado su proceder, que, aun aquéllos a quienes protegía, le tenían por un ente espectral y dotado de pavorosos poderes. Así fue como su nombre se esparció como reguero de pólvora de campamento en campamento, en todos los cuales hay hoy mujeres que se ponen pálidas al saber que el hombre demonio, protector de los hogares, está cerca. Y cuanto más terribles eran las historias que se difundían, más fácil le era al Cazador Negro realizar su cometido. Estas historias, David, han llegado a oídos de Ana, y, aunque no es supersticiosa ni cree en duendes ni en demonios, como la mayoría de las gentes, comprendo que se horrorice cuando se entera de que Pedro Joel está junto a ti.

David se inclinó sobre su madre, y, tiernamente, puso sus labios sobre su reluciente cabellera, en aquel punto donde se unía con la frente, blanca y suave como el terciopelo.

María Rock cogió una de las manos de David entre las suyas y la oprimió contra su mejilla, mientras contemplaba fija y distraídamente el tronco de roble que se consumía con lentitud en la chimenea.

—Ahora lo comprendo todo —dijo David—. Y Pedro Joel... ¿volverá pronto?

—Se fue en tu busca a la hacienda de Grondin.

—Y tu alegría, como la mía, madre, ¿obedece a que se halle aquí?

—Tal vez, David. A nadie, ni siquiera al señor de Saint Denis, me une una amistad tan fuerte y singular.

—Sin embargo, le has visto muy contadas veces y de tarde en tarde.

—Aquellos quince días con sus quince noches, que pasamos en los bosques, fueron para mí como años. Después de aquello, ni un solo día dejé de pensar con gratitud en lo que había hecho por ti y por mí durante el tiempo que duró su locura. Mi corazón tiene reservado para él un refugio que está muy próximo al que ocupas tú.

David volvió a besar aquella negra cabellera y dijo:

Desde esta mañana, madre mía, algo extraño ocurre en mí. Ahora comprendo mejor las cosas. Creo que el día de hoy ha sido para mí tan largo como un año, como lo fueron para ti aquellos quince de inolvidable éxodo. Comprendo mejor a Ana, a mí mismo, a ti y a Pedro Joel, el Cazador Negro. También me parece comprender por qué causa me sugirió que grabase un segundo ángel en mi frasco de asta.

Hasta que la puerta se cerró detrás de David, el cual se fue en busca de Pedro Joel, María Rock permaneció con la vista fija en el fuego.

Poco después oyó que la puerta se abría de nuevo y creyó que se trataría de David que regresaba, pero pronto se dio cuenta de que los pasos que oía no eran los de su hijo. Se volvió. El calor de la Chimenea había encendido su rostro. Desde la estancia inmediata, una voz murmuró su nombre.

Poco después aparecía en el radio de luz del fuego y las velas encendidas un hombre que llevaba la cabeza descubierta. Ante aquella figura rígida y aquel rostro sombrío, cualquiera se hubiera estremecido. Era como una parte de aquella noche de la que venía y donde podría pasar completamente inadvertido, a no ser por la atezada blancura de su faz y de sus manos durante el plenilunio. Desde la garganta hasta los pies iba cubierto por una negrísima piel de gamo. Ni la más ligera mancha de otro color rompía la tétrica negrura de aquella forma, que por cierto tenía la flexibilidad de la pantera y parecía más alta de lo que era en realidad. El frasco de asta, la bolsa de balas, la vaina del cuchillo, el cinturón y el gorro, todo lo cual tenía en sus manos, era tan negro como el traje. Aquel hombre, que habíase detenido en el umbral, semejava una imagen de la muerte.

Sin embargo, sobre aquella tétrica negrura sobresalía una cabeza, de tal modo erguida, que atraía más la atención que su indumentaria. Era una cabeza firme y alerta como la de un ciervo, como si los años transcurridos en peligroso juego con la muerte hubieranle adiestrado en la más aguda y recelosa vigilancia. Contrastando extrañamente con esto, su rostro no ofrecía la menor muestra de vacilación ni de inquietud, sino que tenía resplandores de franca nobleza.

En un principio parecía que sus cabellos fuesen grises, pero esto obedecía a que desde su frente partía una franja de plateada blancura que, como las tocas de las viudas, se dirigía hacia la nuca cruzando la cabeza. Esta franja, no más ancha que dos de los finos dedos de María Rock, unida al transparente e inalterable color gris de sus hundidos ojos, daban a su enjuto y recio rostro tal expresión, tal carácter, que ninguna mujer que lo contemplara como María Rock lo estaba contemplando ahora podría olvidarlo jamás.

Era no más alto que David, pero sus músculos parecían de templado acero. Tenía cuarenta y nueve años, pero sólo acusaba en él esta edad la plateada franja de su cabellera.

He aquí aquel hombre que vivía envuelto en el misterio, en el heroísmo y en una fama llena de trágicas y extraordinarias aventuras; aquel hombre en cuya alma sólo

David y María Rock habían buceado quince años atrás, en el memorable día en que Pedro Joel, el explorador, trocó su verdadero nombre por otro mucho más terrible: el de Cazador Negro.

Capítulo VIII

ASOMADA a su ventana, Ana St. Denis contemplaba aquel mundo bañado por la luna. En el color sonrosado de sus mejillas se advertía que todavía estaba emocionada por los recientes sucesos. Sus ojos, más brillantes que el oro y la plata, eran un triunfo sobre la noche silenciosa.

Desde abajo llegaban a ella risas, voces y chocar de vasos, pues el señor de St. Denis había sacado del fondo de su bodega los mejores vinos añejos: *moscatel*, *priniac*, *madeira*, *málaga* y *clarete* de Lisboa, mejorado por los minuciosos cuidados a que se le había sometido durante los muchos años que llevaba en la comarca del Richelieu.

El ágape duraba todavía y Ana sospechó que iba a durar toda la noche. Pero el vino y los succulentos manjares no fueron suficientes para embotar los sentidos de los invitados, los cuales no cesaron de dirigirle palabras que llenaron a Ana de indignación y miradas que había sido impotente para evitar.

Ahora, mirándose al espejo desde la ventana, comprobó la asombrosa hermosura que había conturbado tantos corazones y rendido de admiración al hombre más poderoso de toda Nueva Francia.

Ello había contrariado a David, así como le había inquietado a ella misma. Nunca se había visto tan hermosa y compuesta como entonces. Su peinada cabellera era una radiante masa de bello matiz castaño; sus ojos, dos magníficos abismos de luz, y sus mejillas, algo más hermoso que los pétalos de las rosas de la Reina que florecían en junio, en el esplendor de su jardín. Ya no era una niña, sino una mujer de ampulosa y palpitante belleza nimbada por la aureola de la experiencia y de los años, la que la contemplaba desde el espejo de su mesa de costura.

El recuerdo de David la llevó de nuevo a la ventana, donde frunció su frente con un ligero gesto de enfado y contrajo sus labios con un mohín de contrariedad al oír la algazara de voces y risas que llegaba desde abajo. Se pasó la mano por las mejillas como si quisiera borrar aquel rubor que la avergonzaba. Pues la causa de tal sonrojo habían sido los piropos que no debió escuchar, sino despreciar con correcta indiferencia. Ello equivalía a ser infiel a David y aun a ella misma.

Hasta aquel instante no había tenido tiempo de dedicar todos sus pensamientos a David, a su valentía y a la destreza que demostró al zambullir en la balsa al Intendente de Nueva Francia y a su primer ministro. ¡Y todo esto lo había hecho por ella! Acaso el rubor que sentía en las mejillas hubiera sido causado por el conocimiento de tal incidente. Ante esta idea, se notó poseída de una oleada de placer. Bigot habíale referido con sinceras y amistosas muestras de buen humor la

broma que se derivó del incidente de la balsa, aunque lo dijo de tal forma, que De Pean quedó malparado.

—Es un muchacho aturdido, pero muy valiente habíale dicho De Pean no quiso ofenderos. Sus palabras no fueron más que un sincero cumplido.

Ana sentíase satisfecha de Bigot. Sus corteses maneras, el interés que demostrara por David y el buen humor con que había aceptado el ridículo del incidente de la balsa se lo presentaban como un hombre merecedor de una confianza ilimitada. Sus palabras no parecían hijas de un mero cumplimiento. Cuando le dijo que tenía la cabellera más hermosa que había en Nueva Francia, a lo que ella respondió que la de la madre de David era más hermosa, se sintió invadida de un cosquilleante placer.

Bigot decía las cosas de tal modo que no cabía tachar sus palabras de osadía, y le producían la agradable sensación de estar escuchando a una persona que era tan amiga de ella como de David. Habíale prometido que a la mañana siguiente visitaría a la madre de David y animaría al muchacho a que se fuera a Quebec.

No era extraño, pues, que sus mejillas se encendieran y sus ojos adquiriesen aquel brillo que tanta indignación le producía. Pues ni el mismo Rey de Francia tenía tanto poder en el Canadá como Francisco Bigot.

Lejos, a la luz de la luna, los ojos de Ana columbraban la maravillosa ciudad de Quebec sobre sus inexpugnables rocas. Y le pareció ver en ella a David, no ya con su raje de tosca gamuza, sino ataviado como un distinguido caballero de Nueva Francia.

De pronto, cogió un chal, se lo echó sobre los hombros y, sin mirarse de nuevo al espejo, se dirigió hacia la puerta.

Silenciosamente y sin ser vista por nadie, se encaminó hacia la parte trasera del castillo, que era donde menos probabilidades tenía de ser descubierta por algún invitado que saliera a pasear a la luz de la luna. Del amplio horno llegaba un aroma de pan tierno, y sobre el firmamento cuajado de estrellas destacábanse las enormes aspas del molino, que zumbaban cual si protestasen del trabajo a que se las sometía en aquellas horas de descanso.

A su puerta, como una pálida y fantástica figura, que se destacara sobre un fondo negro, velase al viejecito Fontbleu, el molinero.

Como una sílfide salida de la dorada alquimia de un rayo de luna, Ana surgió ante él. Fontbleu se restregó los ojos; y entonces se dio cuenta de quién era la persona que tenía delante.

—¡Oh, es la señorita! —dijo con voz entrecortada por la sorpresa. En un principio creí que se trataba de...

—¿De quién? —preguntó Ana sonriendo y poniendo una de sus manos sobre el brazo blanqueado de harina.

—Del espíritu de vuestra madre —dijo el anciano sin poder contenerse—. Dios me perdone, pero esta noche os parecéis a ella.

—¡Otra vez mi cabellera! —dijo dulcemente Ana, y el molinero vio que una ligera niebla asomaba repentinamente a sus ojos—. Tú conociste mucho a mi madre

Fontbleu.

—Y la quise —afirmó el molinero.

Permanecieron un instante en silencio. Durante aquella tregua, dijérase que las aspas del molino habían adquirido una especial sonoridad.

—Es muy tarde para moler, *pére* Fontbleu.

—Así he de estar hasta mañana, señorita.

—¿Has visto a David, por casualidad?

—Hace dos horas que le vi pasar camino de su casa.

Nuevo silencio. Ana levantó la cabeza, pues sentía como si las aspas del molino la llamaran.

—*Pére* Fontbleu...

—Decidme, señorita.

—Voy a llevarme a David a Quebec.

El molinero abrió con asombro los ojos, pero Ana no le miró.

—Voy a llevármelo a Quebec —repitió la joven para alejarlo de los bosques, del Cazador Negro, de los indios y de las luchas. Temía por él y ahora ya estoy tranquila. El Intendente me ha prometido ayudarme.

Miró entonces al molinero, el cual, a su vez, dirigía sus ojos hacia las aspas. Y éstas, de pronto, produjeron un chirrido que pareció un lamento.

—Falta de aceite —murmuró Fontbleu.

—¿Qué?

—Que las viejas aspas necesitan aceite. Mañana lo echaré si es que vivo entonces.

—Yo te hablaba de David.

—Perdón. En efecto, señorita, decíais que David se iba a Quebec. Si hace esto y Francisco Bigot le ayuda, obtendrá...

—Honor y fortuna —interrumpió una voz tan próxima que Ana ahogó un grito de sobresalto.

El intendente de Nueva Francia estaba ante ellos y hacía a Ana una profunda reverencia mientras el molinero retrocedía hacia la sombra del interior del molino.

Muy a pesar suyo, Ana volvió a sentir que el rubor ardía en sus mejillas.

—¡Señor! —dijo con voz entrecortada—. Creí que estaba sola con *pére* Fontbleu.

—Me agrada la luz de la luna, y con objeto de darme un atracón de ella, he huido del bullicio —disimuló Bigot con dulce cortesía—. Cuando os vi, Ana, pasear por estas soledades como una hermosa hada, no he podido resistir a la tentación de seguiros. Casualmente..., he oído lo que decíais de David y me complace sobremanera que penséis de ese modo. ¿Queréis que demos un paseo por la pradera?

Parecióle a Ana que, antes de que pudiera hacer movimiento alguno, Bigot se había apoderado de su mano, llevándosela a su propio brazo, y, pensando confusamente en David mientras el corazón le latía violentamente, echó a andar a su lado bajo la luz de la luna.

El anciano molinero atisbó como un gnomo de fieros ojos desde la sombra de su

puerta.

—¡El monstruo! —rugió ahogadamente, y sintiendo que le faltaba el aliento, tal era la indignación que sentía—. ¡El monstruo! —repitió mientras las viejas aspas del molino lanzaban lamento tras lamento, a impulsos de la fresca brisa.

Mientras paseaban, Bigot decía a Ana, sin soltar las cálidas puntas de sus menudos dedos:

—Por lo visto, es muy grande el amor que profesáis a David...

—¡Muy grande! —repuso Ana.

—¿Mayor todavía que la felicidad, la gloria y los regios honores que otro hombre podría otorgaros?

—Tanto, que jamás he pensado en tales cosas por pensar en David —replicó Ana.

Y no vio la llama que momentáneamente fulguró con diabólicos destellos en los ojos de Bigot. Sin embargo, la voz de éste estaba saturada de una profunda y armoniosa simpatía que ejercía sobre la muchacha una irresistible atracción, predisponiéndola a la confianza respecto a David.

—Cuando esta tarde os sorprendimos en el valle sentí una gran envidia de David —dijo el Intendente—. Si el Dios que amamos y por quien luchamos en esta gloriosa Nueva Francia me recompensara alguna vez con el amor de una mujer, yo le pido que esta mujer sea, como vos, Ana, pues por la posesión de tal amor yo lo daría todo.

Había en su voz un tan profundo matiz de melancolía que Ana no hizo esfuerzo alguno por retirar su mano como antes hiciera, para libertarla de la presión de la de Bigot.

Fueron un trecho en silencio.

—Honra... honra y amor —musitó Bigot—. Estas dos cosas pueden elevar el alma hasta el cielo.

—Ambas son inseparables —dijo Ana—. Sin honra, el amor se desvanecería.

—Y David es honrado... Eso es indudable.

—Su corazón y su alma son tan limpios como esta resplandeciente noche, señor.

—Y estáis orgullosa de él, ¿verdad?

—Más de lo que se puede expresar con palabras.

Y en la Voz de Ana hubo una nota de satisfacción semejante a la de una argentina campanilla.

—Lo creo —repuso Bigot, y su espíritu semejaba una serpiente rastrera que se prepara a saltar sobre o presa Veo que vuestro amor por David es demasíad hermoso para que jamás pueda destruirlo el deshonor. Perdonadme, Ana, si me he permitido ahondar demasiado en vuestro corazón. Necesito veros tan satisfecha como lo está David. No despreciaré ocasión alguna de hacer mayor vuestra felicidad. Tanto es vuestro cariño por David que temo que cualquier indignidad que cometiera no sería capaz de apagarlo. ¿Verdad?

—Mi cariño, no sé. Pero mi voluntad, sí —repuso Ana.

Si hubiera elevado la vista hacia Bigot, habría sorprendido un destello triunfal en

sus ojos.

—Pero tal cosa —añadió— es imposible en David. Antes se quitaría la vida que faltar a su honor... Y lo mismo me sucede a mí, caballero.

Bigot lanzó un suspiro y soltó suavemente los dedos que íbanse desprendiendo de su mano.

—Haré de David uno de los primeros caballeros de Quebec —dijo, advirtiendo que un ligero temblor recorría el cuerpo de Ana—. Yo me cuidaré de él —prosiguió, sonriendo suavemente al ver los dilatados ojos de Ana fijos en su faz—. Le daré en seguida el grado de teniente y le comisionaré como ayudante de campo del Gobernador.

Ana profirió un grito de asombro y de placer.

—¿Eso haréis?

—¿Por qué no? —dijo Bigot sonriendo Cosas horribles se han dicho de mí, querida niña; las mordaces falsedades, hijas de la envidia, que siempre acompaña a los grandes hechos... pero en mi corazón está el deseo de traer la felicidad y la prosperidad a esta región y a sus moradores^[7]. Y, ¿por qué no he de procurar que este bienestar sea especialmente para vos y para David? Cuando os vi a ambos entre las flores, a vos en toda vuestra espléndida hermosura y a David en su arrogante y juvenil virilidad, amándoos uno a otro como yo jamás creí que se pudiera amar, os introdujisteis en mi corazón y en él ocupasteis un sitio amplio y predilecto. Pero no todo ha de ser para vos, Ana. Yo soy muy egoísta. En vuestra felicidad, alguna dicha hallaré yo aunque no sea más que un quimérico reflejo de la que vosotros poseáis. Además, acaso pueda tener esperanza en conquistarme una pequeña parte de vuestro afecto (aparte el amor que profesáis a David) como pago de lo que he hecho por vos.

—Los dos sabremos apreciaros por vuestras bondades. —repuso Ana—. Los dos, David y yo. Esta bella realidad sobrepasa todas las ilusiones que nos hemos forjado.

—Y acaso dijo Bigot —fingiéndose tan abstraído que parecía haber olvidado la presencia de Ana— podamos obtener más tarde que el Rey se interese por David.

—¡Oh! exclamó la joven, ahogada por la emoción.

—¿Os agradaría eso, señorita?

—Después de la Virgen —replicó Ana calurosamente— es mi patria lo que yo más amo. ¡Y mi patria es mi Rey! Los labios de Bigot se vieron temblar a la luz de la luna.

—Entonces, vuestras palabras significan —se arriesgó a decir el Intendente— que todavía abrigáis un amor más grande que el que profesáis a David.

—Es tan diferente uno de otro, que no pueden compararse.

—La patria es lo primero. Digno de alabanza es vuestro sentir, Ana. Madre, padre, novio o novia, todo debe ser sacrificado, en caso de necesidad, al amor que Nueva Francia nos exige. Es inaudito que llegue a confiaros hasta secretos de Estado, pero estoy seguro de que lo que voy a deciros lo guardaréis en el rincón más hondo de vuestro corazón para no dejarlo salir de él nunca. Bien: sabed que estoy luchando

actualmente contra una terrible traición que se está tramando a nuestro alrededor, y que ha llegado a ser como una infecciosa erupción que es preciso atajar, pues, de lo contrario, sucumbiríamos todos a ella.

—¡Traición! —exclamó Ana, atemorizada—. ¿Queréis decir...?

—Que los ingleses están siempre enterados de todo cuanto planeamos antes de que podamos llevarlo a la práctica —dijo Bigot. Y añadió como si la idea hubiera caído casualmente en su pensamiento—: El padre de David era inglés, ¿verdad?

—Sí —repuso Ana—. Fue asesinado por los indios cuando David era todavía un niño de corta edad. Pero la madre de David es francesa y ambos aman a Francia tanto como yo.

—Pero ese hombre al que llaman el Cazador Negro, y el cual tiene gran amistad con David, es inglés y, según tengo entendido, pasa grandes temporadas con ellos.

Ana hizo un gesto afirmativo con la cabeza, pues no supo qué responder ni tenía fuerzas para ello.

Habían dado la vuelta para volver sobre sus pasos, y vieron que las luces del castillo lucían apagadamente bajo el resplandor de la luna. Bigot bajó la vista hacia la linda cabeza de Ana, y la vio tan cerca de su hombro, que le fue fácil posar sus labios en la reluciente cabellera sin que lo advirtiera la joven.

—¡Traición! Por eso necesito yo a mi lado un hombre pundonoroso, intrépido e insobornable, David reúne esas condiciones, y debéis instarle a que acepte este cargo que le ofrezco. Él es de los que no venden su alma ni traicionan a su país. De aquí que se le puedan confiar secretos, lo que, en ese caso, significa que tendrá honores. También los tendréis vos, pues sois la causa de que yo tenga una ilimitada fe en él.

—Nosotros no os traicionaremos. Al contrario, haremos que sea más fuerte de lo que es.

Ana se ajustó el chal a sus hombros, pues el viento era cada vez más frío. A pesar de ello, sus ojos y su rostro ardían con el fuego de las mil maravillas que habíale traído la noche. Bigot le sonrió y Ana le devolvió la sonrisa poniendo en ella la purísima alegría que reinaba en su corazón, pues en la faz de Bigot no vio sino sinceridad, gentileza y aquella honra de que tan reverentemente le había hablado.

—Sois la flor más hermosa que jamás he podido ver en el mundo —dijo, y en su voz había un matiz respetuoso—. David debe de estar tan orgulloso de vos como Luis en su reino.

Se apartó un paso de Ana y anduvieron separados un corto trecho. Al fin ella le dio las buenas noches y Bigot se inclinó reverentemente entre las sombras que reinaban en la parte trasera del castillo.

Cuando se halló de nuevo en la pradera, cambió totalmente su semblante. Todos los sentimientos que hasta entonces retuviera, todo cuanto se había esforzado por dominar cuando su sangre corría como fuego líquido por sus venas, surgió repentinamente a su faz, y si en presencia de Ana habíase comportado con absoluta gentileza y retraimiento, ahora surgía de su interior una pasión y un aire de triunfo

que le transformaban. Su cuerpo temblaba y sus manos se crisparon jamás la hermosura y la pureza habían conmovido su depravada alma, que ya había sondeado los bajos fondos de la sensibilidad y de la seducción. Con los nacientes deseos, Bigot llegó por vez primera en su vida a la pasmosa verdad de que al fin el destino había hecho caer en una especie de vorágine, y que por Ana St. Denis no sólo hubiera otorgado favor y fortuna, sino todo sacrificio y cualquier poder ilimitado que la Pompadour y el Rey hubieran puesto en sus manos.

Todavía ostentaba su faz las muestras de su alborozo cuando Vaudreuil le vio llegar a través de la luz de la luna y salió a reunirse con él. El gobernador de Louisiana, sonriendo torcidamente, daba vueltas a sus pulgares sobre su estómago.

—¿Qué podéis decir de mi vista y de mi vigilancia? —preguntó con su voz melosa, y demostrando buen humor, pese a la dificultad con que respiraba—. La luna, una hermosa doncella y un lugar solitario. ¿Qué más se puede pedir?

El Intendente cogió a Vaudreuil por los brazos y sus dedos se crisparon sobre la blanda carne.

—Doy gracias a Dios porque le hayas visto bajar la escalera —exclamó en voz baja—. Vaudreuil, ten tan seguro el gobierno prometido, como yo tengo a Ana esta noche.

La tosca y enigmática sonrisa de Vaudreuil no sufrió alteración.

—Entonces, ¿sucedió como yo dije? —repuso éste deseoso de que el Intendente siguiera en su relato.

—Exactamente. ¡Oh!, la tenía tan cerca mientras su mano se dejaba oprimir por la mía, que me he visto precisado a hacer inauditos esfuerzos para no rodear su cuerpo con mis brazos. Sí, llegué a hacer lo que nunca creí que haría. Pero ahora ya la tengo. La han conmovido los cuadros que le he pintado. Tiene confianza en mí. Me cree. Sentí como su fe hormigueaba en las puntas de sus dedos cuando se los tenía cogidos. Ahora es necesario que nos llevemos a ese joven salvaje a Quebec, lo hagamos subir, y entonces... —En los descubiertos dientes de Bigot brilló vivamente la pasión de las palabras que no llegó a pronunciar.

—Desde luego —dijo Vaudreuil haciendo un signo afirmativo con la cabeza—. No hay otro camino. La empresa debe confiarse a un hombre de talento y habilidad.

Y se inclinó complaciéndose en el honor que se le tributaba.

—Sí, hay que obrar con gran cautela —replicó Bigot Mientras este paleta cuenta con su amor, no habrá poder en la tierra que sea capaz de dominarla. Ese amor debe ser destruido y con una destrucción tan perfecta que vengan a reemplazarle el odio y la aversión. Si puedo contenerme frente a su hermosura y refrenar mi pasión hasta entonces... De todos modos, sabe que ese tesoro al que tú acertadamente llamas azucena de Artois, será mío de una forma u otra.

—Será vuestra voluntariamente. Pero no debéis precipitaros —dijo Vaudreuil—. Es joven, casi una niña su linda cabecita admite muy bien la semilla que en ella habéis plantado esta noche. Presiento que su capricho por David se desvanecerá muy

pronto, pues esta tarde he deducido que su pueril noviazgo obedece tan sólo a la intimidad en que ha vivido en estos bosques. A mi entender, es muchísimo mayor el obstáculo que para nosotros representa el padre de la joven que el que puede significar ese muchacho.

—Ya nos cuidaremos del padre —dijo Bigot haciendo una mueca— David Rock es la montaña que primero hay que quitar de en medio. Y para lograrlo no podemos emplear un procedimiento tan sencillo como la muerte. El otro es el único indicado.

—Y mucho más interesante añadió Vaudreuil volviendo a contemplar la luna. ¿Habéis visto, Bigot, una noche tan hermosa como ésta? No puede ser más a propósito para alentar esperanzas amorosas.

Capítulo IX

ANA había fingido tan sólo que iba a entrar en el castillo cuando la dejó Bigot. Todo su ser le pedía que fuera a ver a David, aunque para ello tuviera que llamar a Pedro Gagnon con objeto de que la acompañara a través de la selva hasta la casa de María Rock.

La posibilidad de que David no viese el asunto con los mismos ojos que lo veía ella, y que su amor a los bosques podía ser más firme que el esplendor de cualquier otra cosa que se le ofreciera, no se le ocurrió a Ana en aquellos momentos en que la felicidad la aturdió. Creía que David compartiría su alborozo. ¡Era casualidad que aquel mismo día en que ellos habían estado hablando en la Colina del Sol de los héroes de aquel nuevo mundo, de Cartier, de Champlain, de Roberval, de Frontenac, de Charlevoix y de los hombres nobles y heroicos que habían allanado el camino del éxito a Francia, se le abriera a David la senda que conducía a aquellas cimas gloriosas! El orgullo y la confianza que tenía depositados en él le produjeron una ciega seguridad.

Después de hablar con David, vería a María Rock, y esta idea trajo a su pensamiento la de que en casa de David siempre hubo para ella un sitio donde dormir. Pensó también que aquella noche se le tributaría un recibimiento especialmente cariñoso.

De súbito la dominó una determinación temeraria. No temía a la selva. Un centenar de veces había cruzado Claro Rojo, y hoy, además, sus sombras estarían disipadas por la claridad de la luna. No necesitaba a Pedro Gagnon. Iría sola.

Alguien salió en este momento por la puerta de la cocina, y Ana tomó otra instantánea determinación.

—¡Cloe! —llamó en voz baja—. ¡Cloe!

Ante ella se presentó la esclava negra.

—Soy yo, Ana —dijo hablando un poco más fuerte—. Ve a mi cuarto y tráeme la capa escarlata. Pero procura que nadie te vea.

Ana aguardó oculta en las sombras. Miró hacia el molino y vio el tenue resplandor de una bujía en el interior. Fontbleu se asomó algunas veces a la puerta para examinar el cielo, pero cuando Cloe le trajo la capa, no se veía ya al molinero.

Ana se echó la capa sobre los hombros.

—Ahora busca a mi padre y dile que esta noche me he quedado a dormir en casa de María Rock. Dile también que estoy cansada y los ruidos me molestan y que David me traerá mañana, muy temprano. No dejes de manifestarle que echo muy de menos el beso con que me despide todas las noches, pero que no puedo ir a que me lo

dé entre todos los invitados. Anda, Cloe, que no se te olvide nada.

Ana estuvo contemplando a Cloe hasta que hubo desaparecido y después se decidió a entrar en el refugio de los primeros robles del bosque de Grondin. Cuando se hundió en la selva, su respiración se hizo más agitada y sus ojos se dilataron al pretender penetrar los misterios de las profundas sombras y de los rayos de la luna que la rodeaban con movilidad de seres vivos. A sus espaldas quedaban las hogueras que se extendían a lo largo del Richelieu. Los ruidos del castillo, que al principio se percibían claramente, fueron amortiguándose hasta extinguirse por completo.

Llegó al pequeño claro donde la senda de la Colina del Sol se cruzaba con el camino principal que conducía a la casa de David y donde éste la había besado al despedirse de ella aquella noche.

Aquel espacio estaba iluminado por la luz de la luna y Ana se dispuso a cruzarlo, cuando de pronto se detuvo conteniendo la respiración. En el centro de aquel lugar despejado estaba de pie una solitaria figura. La miraba de frente, como si de pronto se hubiera detenido al oír el ruido de los pasos de Ana a sus espaldas. Dando un grito de alegría, la joven echó a correr, pues vio que se trataba de David.

Éste no hizo el menor movimiento. Su faz era la misma que unas horas antes, cuando la vio en el vestíbulo, mirando a un lado y a otro con expresión inmutada y ceñuda. Al fin, abrió su capa y dejó en el suelo la carabina, dirigiendo a Ana una mirada de asombro.

—¿Sabías que iba a venir, David? —preguntó Ana apresuradamente, jadeando y sin poder creer que sólo la casualidad se lo hubiese deparado.

—Yo sólo sé que estuviste paseando largamente con Francisco Bigot. Es el Intendente y me desagrada esa amistad después de lo que ocurrió esta tarde en el valle.

—¿Nos has visto, David?

—Y tan de cerca, protegido por la sombra de un grueso tronco, que he podido ver tu mano enlazada a su brazo, mientras él te hablaba de los honores que otros hombres pueden ofrecerte.

Ahora comprendía Ana por qué David había permanecido inmóvil y en hosca actitud. Inclino un instante la cabeza como si la hubiesen sorprendido cometiendo una falta; mas, de súbito, alzando hacia él la mirada donde danzaba una maliciosa sonrisa animada por la luz de la luna, repuso:

—¿No te gustó mi contestación, David?

—No la oí.

—Pues fue una respuesta tan sentida, que la recuerdo palabra por palabra.

—No la oí.

—¿Viste tan sólo que mi mano se enlazaba al brazo de Bigot?

—Sí, y cómo se inclinaba hacia ti mientras tú sonreías.

—Pues me alegro de que no hayas visto más, porque, en aquel instante, tenía cogidas las extremidades de mis dedos.

Y Ana se echó a reír, al mismo tiempo que rodeaba el cuello de David con los brazos, le besaba y reclinaba la cabeza en su pecho.

—David de mi alma, me halaga mucho lo que acabo de descubrir —dijo Ana dulcemente—. Si no tuvieras un poquito de celos, me sentiría muy desgraciada. Pero confío en que, otra vez que me veas con Bigot, no te pondrás tan furioso. Sin embargo, te prevengo que como te sorprendiera a la luz de la luna con Nancy Lotbinière, le arrancarí los ojos y a ti no volvería a dirigirte la palabra.

Y Ana le empujó hacia el tronco, que ella llamaba «suyo», y el cual se hallaba en el confín del claro. Le hizo sentar en él, y, acomodándose ella a su lado, comenzó a contarle todo lo que había sucedido aquella noche desde que él dejara el vestíbulo y detallándole minuciosamente todo lo que había hablado con Francisco Bigot.

Ni una sola vez la interrumpió David, pero el rubor iba cubriendo paulatinamente su faz y miraba a Ana con una extraña expresión en los ojos, que al fin apartó de ella.

—David... eso significa un mundo para nosotros —susurró Ana con voz trémula—. ¿Qué opinas tú?

—Pienso, especialmente, en lo ruin que soy al haber pensado lo que pensé cuando te vi con Bigot —repuso David.

—Me alegro de que hayas tenido tales pensamientos —exclamó Ana—. Ello es una demostración de que me amas.

—Más que a todo lo que Bigot y el Rey de Francia puedan ofrecerme. Pero no veo la razón de que Bigot se empeñe en engrandecerme.

—Le hemos interesado, David.

—Tal vez.

—Sabe que eres el más bravo y más noble entre todos los hombres que hay esta noche en el castillo.

—Lo dudo.

—Te necesita, David. Necesita de ti Nueva Francia. ¿Has olvidado la conversación que tuvimos esta tarde en la Colina del Sol respecto a los héroes que transformaron estas selvas?

—Pero esos héroes realizaron sus hazañas en el bosque y no en la ciudad.

—La mayoría de ellos procedían de la corte del Rey.

Y Ana oprimió la mano de David contra su pecho de tal forma, que el joven pudo percibir los latidos de aquel corazón que semejaba un pájaro prisionero.

—David —añadió Ana—, los tiempos han cambiado. Ahora no es la selva, sino Quebec, el corazón de toda esta tierra. Allí es donde Nueva Francia triunfará de todos sus enemigos o sucumbirá a ellos. Y algún día, David, cuando ya no exista esa amenaza que has grabado en tu frasco de asta, podremos volver a estos campos de nuestros amores.

—¿Y no te avergüenzas de mí, Ana?

—¿Por qué? He estado en Quebec y sé que lo que allí hace falta son hombres como tú.

—Habré de dejar la selva con sus puertas abiertas.

—Otros quedarán aquí para vigilarlas... Cuando llegue, si llega, el momento de luchar, quisiera verte a la cabeza de todos y no como un simple quídam entre ellos. — Tal como lo pintas, el cuadro es muy hermoso, Ana. Pero ¿te parece bien que abandone a mi madre?

—Ya vendrá a reunirse con nosotros un poco más tarde y se sentirá tan orgullosa de ti como yo.

Ana bajó la cabeza.

—¿Irás, David?

—No tengo valor. Me inquieta el cambio de nuestras vidas tal como tú acabas de pintar.

La suave palma de la mano de Ana se posó blandamente en la mejilla de David.

—Voy a hacer un pacto contigo. Tú vas a Quebec y estás allí un año. Y si vivir allí no te gusta, el próximo año, cuando hayan concluido mis estudios, me volveré aquí contigo, para permanecer en el bosque toda la vida.

—¿Me lo prometes, Ana?

—Te lo prometo.

—Entonces no se hable más del asunto. Iré.

Dando un grito de alegría, Ana se puso en pie y quedó ante David bañada por la luz de la luna.

—David, hoy te quiero más de lo que te he querido siempre —exclamó.

Antes de que concluyera de pronunciar estas palabras, David la había rodeado con sus brazos.

—¿Y me amarás siempre? —preguntó.

—Siempre.

—¿Aun cuando no llegue a ser lo que tú has soñado?

—Aun cuando no llegues a serlo.

David se echó a reír como tantas veces lo había hecho —una de ellas aquella tarde en la Colina del Sol—, y, apartándola de sí, estuvo un momento contemplándola y después la volvió a abrazar.

—Ya no eres un niño —murmuró Ana—. Eres todo un hombre.

—El día de hoy ha sido muy largo manifestó David Dijérase que desde esta mañana han transcurrido años enteros.

—Y yo, ¿he envejecido también?

—Tanto, que al principio me diste miedo.

—Y ahora...

Ana levantó hacia él sus labios y David los besó.

—Te sigo temiendo, como ves —declaró el joven besándola de nuevo.

Entonces ella se desprendió de sus brazos y le dio cuenta de su temeraria resolución de ir sola hasta la vivienda de su madre.

—Algún ángel te ha inspirado esa idea, Ana, y a mí la de permanecer aquí hasta

que tú vinieras... Deseo que conozcas al Cazador Negro.

—¡Al Cazador Negro!

—Sí, ha llegado esta tarde mientras nosotros estábamos en la Colina del Sol.

El joven advirtió que un súbito temor reemplazaba la dicha que antes brillaba en los ojos de Ana, y, tomando una de sus manos, la oprimió contra su pecho como ella había hecho un instante antes.

—Ana —continuó David—. He aceptado todo lo que me has propuesto acerca de Quebec, a pesar del terror que este viaje me inspira. Ahora soy yo el que te pido me permitas hablarte un poco de Pedro Joel, al que hasta hoy he dado el nombre de Cazador Negro. También voy a hacer un pacto contigo. Si dentro de un año no has llegado a amarle tanto como ahora le temes, jamás volveré a ir con él a ninguna parte.

Ana, como David, aceptó, a pesar de sus temores.

—Cierto que le temo —dijo—. Por causas que no acierto a explicarme, le temo como no he temido a nadie en el mundo.

Y enlazando su mano a la de David, dejó con él el claro para introducirse en el bosque.

—Pues yo le quiero dijo David como lo querrás antes de que pase un año. Si no hubiera sido por el Cazador Negro...

Acabó de extinguirse su cuchicheo, y estrechó más fuertemente la mano de Ana. Por todas partes iban surgiendo a su paso sendas sin fin y profundas y misteriosas cavernas.

De nuevo advirtió Ana la suavidad de las pisadas de David y, como siempre, trató de hacer las suyas tan silenciosas como las de su amado, pero no lo logró más que a medias.

Esta actitud deslizante de David cuando iban a través de la selva confundía a Ana y a veces le producía escalofríos de terror, pues parecía que el joven acechaba constantemente un peligro que ella no podía descubrir al comprender.

Si hubieran caminado riendo, charlando o cantando, Ana habría llegado a olvidarse de que cruzaba la selva. Pero, en aquel silencio, estaba pendiente de sus sombras, que se movían como si tuvieran vida propia, y de su soledad, en la que palpitaban mil inquietantes murmullos de presagio.

Llegaron a Claro Rojo y Ana dio un profundo suspiro. Allí era donde la angustiada precaución de David llegaba siempre a su término.

—A veces sospecho si temerás a los duendes del bosque de Grondin —dijo la joven—. Prefiero venir sola que contigo a estos lugares. Y así lo haré en lo futuro si persistes en atemorizarme con tu... no sé cómo llamarlo. —Lo siento repuso David.

La mano de Ana asió el brazo del joven con repentino estremecimiento.

—Hay una forma humana en el claro, cerca de la gran peña... Mírala. Está bañada por la luna.

—Ya lo veo. Y porque la veía procuraba ocultarme en la sombra —repuso David en voz muy baja.

—Se mueve —murmuró Ana con voz quebrada por la emoción y apretándose a David—. Es un ser vivo, negro como la noche y alto como un gigante.

—Es la luna la que le da esa apariencia, Ana.

—Pero es negro... negro y no blanco como deben ser los fantasmas.

—Sí, es negro dijo David riendo.

—¿Quién es?

El joven, en vez de contestar, lanzó una especie de graznido, el cual se repitió en seguida cual devuelto por el eco. Ana oyó los acelerados latidos de su corazón. David había tenido un repentino relámpago de comprensión y la alegría encendió su rostro.

—Es el Cazador Negro, que nos espera —dijo—. Por dos veces nos hemos cruzado sin vernos esta noche.

David sintió que los dedos de Ana se ponían rígidos dentro de su mano, pero no advirtió el terror que la hacía temblar cuando se detuvieron en medio del claro. Ana, en cambio, pese a la lucha que estaba sosteniendo consigo misma, advirtió el estremecimiento de ansia que conmovió el cuerpo de David. Lo sintió en el cuerpo y la mano del joven y también lo vio en su rostro cuando levantó hacia él la mirada. Sus ojos ardían de alegría mientras los de ella se ensombrecían de temor.

Ahora fue cuando comprendió hasta dónde llegaba su pavor supersticioso ante los espíritus que moraban en aquel lugar. Pues un espíritu y no otra cosa le pareció aquella figura que tenía delante y a la cual consideraba surgida milagrosamente del gran peñasco junto al cual se hallaba.

En el fondo de su alma algo le decía que el siniestro arte de aquel fantástico vagabundo de quien tantas historias y consejas había oído referir, significaba una terrible amenaza tanto para ella como para David.

La ficción de la luz de la luna se desvaneció cuando los jóvenes avanzaron, y al dar unos cuantos pasos más, Ana advirtió que había un hombre allí donde ella creyó ver un espectro. El hombre estaba descubierto y tenía las manos tendidas. Su faz mostraba el mismo júbilo que la de David y una franja plateada cruzaba sus cabellos.

Ana se asió al cuello de su capa y así estuvo mientras David y Pedro Joel, con las manos enlazadas, se miraban sin desplegar los labios.

De pronto, por encima de los hombros de David, el Cazador Negro la miró.

David se volvió.

—Es Ana —dijo—. Mi Ana, la del frasco de asta.

—Nuestra Ana —corrigió Pedro Joel inclinándose de modo que la joven pudo ver enteramente la plateada franja que cruzaba sus cabellos.

Ni el mismo Bigot podría haberse inclinado más caballerosamente. Sin embargo, cuando, recordando la promesa hecha a David, tendió al Cazador Negro ambas manos, su miedo se intensificó.

El Cazador Negro se las estrechó con discreta gentileza, soltándoselas al punto.

—Tanto he oído hablar de vos que me parece conoceros tan bien como a David dijo Pedro Joel.

Y por el tono en que hablara, Ana se dio cuenta de que el temblor de sus manos y la palidez de su faz habían revelado al Cazador Negro lo que pasaba en su corazón.

—Me complace mucho —dijo Ana resueltamente, pero dándose perfecta cuenta de la falsedad que encerraban sus palabras—. Vuestra amistad ha de honrarme mucho, si he de dar crédito a las palabras de David.

Una ligera sonrisa jugueteó un instante en los labios de Pedro Joel.

—Con que penséis un poco benignamente en mí, me daré por satisfecho —dijo el cazador.

Ana tembló al comprender que el extraño ser podía leer en sus pensamientos. Sin embargo, no lo hizo, sino que volvió su mirada hacia David.

—Ha sido una casualidad que nos hayamos encontrado. Yo me detuve aquí para contemplar la luna. Sonríó de nuevo a Ana, la cual se dio cuenta esta vez de que una luz de tristeza llenaba aquellos ojos que la estuvieron contemplando un buen rato fijamente.

—Amo a la luna —dijo—. Y cuando luce así, su contemplación me satisface tanto como las visiones de un Alnaschar y fortalece mi fe en Dios. Me parece que me he detenido aquí demasiado mientras volaba mi fantasía. Es tarde. Debéis partir en el acto, acompañada de David, por supuesto.

—Se nos ha hecho tarde porque no damos al tiempo importancia —repuso Ana sin darse cabal cuenta de lo que decía—. ¿No queréis acompañarme a la vivienda de María Rock?

—He de ver al intendente —dijo el Cazador Negro, dirigiéndose tanto a Ana como a David—. Sólo un deber tan ineludible puede obligarme a renunciar al gran placer que para mí habría significado ir en vuestra compañía.

Ana echó a andar, y David y Pedro Joel estuvieron solos un instante. Este último cogió su larga y negra carabina, que estaba apoyada contra una roca, cubrió su cabeza con un redondo y ajustado gorro, saludó a David, volvió a inclinarse reverentemente ante Ana y se dirigió hacia la hacienda de Grondin. Al alejarse, su fatídica figura fue creciendo hasta alcanzar dimensiones fantásticas.

Ana se estremeció y no trató de ocultar su pánico a David.

—El miedo me hiela la sangre, David —dijo—. No esperaba hallar un hombre tan fino y tan amable como éste; pero ahora le temo más que antes.

—Fuiste muy dulce y buena para con él. Gracias, Ana.

—Habla de Dios. Eso es un sacrilegio en quien tiene las manos manchadas de sangre.

—Yo le he visto sacar del fuego una estaca porque en ella había hormigas vivas, y sé que ha llegado a pasar hambre para que pudiera comer un perro —replicó David.

—Y habla como si hubiera vivido entre libros y no entre bosques, donde sólo por arte de magia pueden tenerse esos conocimientos.

—Ya te decía, Ana, que en su hatillo hay siempre algún libro de los que sólo pueden leer los eruditos.

—Y va vestido de un modo inquietante.

—También tus caballeros van a veces de negro. Si estuvieran en el bosque, ¿en qué se diferenciarían de él?

Ana se estremeció.

—¿Por qué te ha de inspirar aversión o miedo? Jamás cometió una acción deshonrosa.

—A pesar de todo, cada vez es más viva en mí la creencia de que se interpondrá como una sombra entre nosotros y entre nuestra felicidad. No me preguntes por qué, pues yo soy la primera en ignorarlo. Antes de que pase el año convenido, confío en que habré logrado desechar esta estúpida idea.

—Y aun antes de que pase esta noche —dijo David enigmáticamente, y la obligó a acelerar el paso:

—Estás deseando librarte de mí —dijo Ana acusadoramente—. Si quieres, puedes ir a reunirse con él.

—Aún es mayor mi deseo de llevarte al lado de mi madre para que oigas lo que te va a contar.

—Odio los enigmas —replicó Ana, y cerró los labios tan resueltamente que ya no volvió a salir de ellos palabra alguna hasta que distinguió el suave resplandor de las bujías que alumbraban las ventanas de la vivienda de María Rock.

Entonces dijo:

—Ya puedes dejarme. La casa está cerca.

—¿Dejarte? ¿Por qué?

—Para ir a reunirse con el Cazador Negro. ¿No es eso lo que deseas?

—Si ello no te desagrada...

—¿No constituye una parte de mi promesa el dejarte ir con él?

Ana, bajando la vista, se dirigió hacia la casa con paso resuelto. David no se atrevió a marcharse hasta que vio cómo su madre le abría la puerta y ésta se cerraba detrás de su amada.

Aquella noche lució largamente una bujía en el cuarto de María Rock, mientras las demás estancias de la casa permanecieron a oscuras. Todavía estaba encendida cuando David y Pedro Joel volvieron y se deslizaron con cautela de malhechores en sus lechos, que estaban instalados en el desván.

Cuando al fin se apagó aquella luz y Ana y María Rock se acostaron, aún permanecieron mucho tiempo despiertas y con los ojos muy abiertos.

En el corazón de Ana reinaba una mezcla de admiración, felicidad y miedo... miedo persistente y profundo que le representaba las trágicas escenas que había oído de la historia de Pedro Joel, el Cazador Negro.

El corazón de María Rock era presa de una angustia tremenda, angustia que iba haciéndose más insoportable a medida que transcurrían las horas de aquella noche de

insomnio.

Capítulo X

LOS días que siguieron fueron como las primeras piedras miliarias en la vida de David. El mundo parecía distinto, y, con el mundo, Ana, su madre, el Cazador Negro y los bosques.

La multitud de acontecimientos dejaron en él la impresión de que no eran días, sino años los que habían transcurrido. Le parecía imposible que uno, o dos días atrás, se hubiera inclinado sobre la laguna para hacerse muecas a sí mismo, mientras Ana se burlaba de él también infantilmente, o trepado a un árbol en persecución de una ardilla para que no le viera realizar aquellos difíciles ejercicios. David había envejecido, tanto que había perdido parte de su vivaz ligereza cuando se internaba en la selva, la cual se le aparecía más triste.

Aquel mundo suyo, de bosques y llanuras, parecía mostrarse esquivo con él por haber prometido dejarlo. En él había puesto las gloriosas ilusiones de la niñez, y era su corazón, su alimento, el alma que le había hecho mirar de frente a sus vehementes fantasías de los años y los días futuros. Trataba de ocultar a la percepción de la gente el secreto temor que le oprimía al disponerse a reemplazar todo esto por el mundo distinto al que iba a trasladarse. Ni a su misma madre confió tal temor. Nada dijo tampoco a Ana. Ésta, por su parte, había envejecido acaso, más que él en el transcurso de un día y de una noche.

La populosa ciudad de Quebec había arrebatado a Ana al fin, la había arrancado de sus bosques, de aquellos valles soleados del Richelieu, y, en fin, de todo cuanto amaba en el mundo.

En el transcurso de los días, sus temores fueron creciendo y fortaleciéndose. David luchaba contra ellos, pero sin éxito alguno. Cada día estaba más dispuesto para la lucha, lucha necesaria para llegar a ser lo que Ana se había propuesto que fuera, lucha imprescindible para simpatizar con la vida alegre y cortesana que Ana, bondadosamente, deseaba para él y en la que David sabía que iba a fracasar.

Se le ocurrió pensar en el rubor que cubría las mejillas de Ana y el centelleo que animaba sus ojos cuando le hablaba de fiestas que duraban toda la noche, de pantomimas, de juegos y torneos, del ceremonioso y exquisito minué, donde todos los caballeros parecían reyes y todas las damas reinas. Y se encendió su faz, mientras su corazón permanecía frío, cuando pensó en el fracaso que le amenazaba.

Al día siguiente a la fatigosa noche de molienda, Fontbleu experimentó una gran alegría al advertir que se realizaban las predicciones que hiciera a David. La cuadrilla de Bigot salió del señorío, camino de la parte baja del Richelieu y del San Lorenzo, antes del mediodía. Lo hicieron con un salvaje griterío y entre el flamear de lis

banderines. Pero Bigot no los acompañaba, También se quedaron Vaudreuil, De Pean y media docena de oficiales jóvenes.

Fontbleu engrasó a conciencia las viejas aspas.

—No meteréis más ruido mientras yo pueda remediarlo —gruñó—. Sois tontas... como yo, y como David, el cual es el más tonto de todos al hacer lo que hace, Ella se va y cuando vuelva no será la misma. David, finalmente, se quedará sin ella.

Y Fontbleu carraspeó unas palabras en voz ininteligible, mientras sus duros huesos crujían.

Aquel mismo día un mensajero indio trajo desde la parte alta del río la noticia de que la caravana que venía de Quebec en busca de Ana estaba en el punto llamado de los Tres Ríos, cuando el mensajero la dejó, y que llegaría al cabo de dos días.

Con el rostro más pálido que el día anterior, María Rock daba los últimos toques a un traje de piel de gamo que había confeccionado para David. Por la tarde, el señor St. Denis, y con él Bigot y Vaudreuil, fueron a visitarla.

En un momento en que Bigot estuvo a solas con Vaudreuil murmuró a su oído:

—Ésta es casi tan hermosa como Ana.

El Cazador Negro, el cual había partido a la hora del alba, volvió al anochecer. Desde aquel momento, y en los días sucesivos, le pareció a David que no había una sola persona en el señorío que no viera con simpatía su viaje a Quebec, exceptuando a Fontbleu, el molinero.

—La fortuna se ha puesto en tu camino, hijo mío —díjole su madre—, y sería un gran disparate, tanto por parte tuya como por la mía, que no aprovecharas esta ocasión, a pesar de la pena que el separarnos nos ha de causar.

Habló también de la visita que habíanle hecho Bigot y Vaudreuil, y de sus promesas respecto a él, que volvería cargado de honores y riquezas.

—En Quebec late el corazón de una nación —dijo Pedro Joel con acento extraño—. Vete, David, vete.

Todo lo que rodeaba a David aparecía cambiado. Ya lo notó en su madre la noche que le contara la historia de Pedro Joel. En sus ojos, cercados por profundas ojeras, había una lánguida mirada, y parecía haber perdido aquella alegría juvenil y aquella cordialidad con que siempre trataba a David. También Pedro Joel fue presa del silencio y la abstracción desde aquella misma noche, y al fin, sin decir nada a David, se marchó a la isla de Montreal.

Sin embargo, otros cambios más sorprendentes había advertido. Bigot no había desaprovechado ocasión de manifestar a todo el mundo que David era su protegido y que lo era precisamente por el acontecimiento memorable de la balsa. Bigot decía que lo que necesitaba era un joven del brío y de la valentía de David, y pronto no hubo una sola persona en todo el señorío que no conociera detalladamente la aventura. Pedro Gagnon envió el relato de ella a su padre y a las tertulias de Quebec.

Los rústicos miraban a David con ojos de envidia, previendo la grandeza que le esperaba. Los jóvenes y alegres oficiales le recibían con agrado, y Bigot permaneció

por dos veces con una mano afectuosamente puesta sobre su hombro, mientras gastaba alguna nueva broma sobre el incidente de la balsa. Le llamaba David, lo mismo que el gobernador de Louisiana, y diariamente, los dos arrogantes caballeros iban a visitar a su madre.

De Pean comenzó a agradecer a David por su gentileza y por la inmensa pena que le producían aquellas palabras dichas en un momento de imperdonable ligereza.

El señor de St. Denis le dijo, con un resplandor de orgullo en los ojos, que había llevado la honra a su casa.

Ana, en cambio, le llenaba de inquietud con su proceder. Cuando se encontraba con ella, recibía una profunda cortesía, más cumplida aún que aquellas que otorgaba al Gobernador o al Intendente, pues, cuando se trataba de David, además de la reverencia, le dirigía una mirada llena de amor.

—¡Por Dios, Ana! —suplicaba el joven—. Cuando me haces esas reverencias propias de un rey, me aturdes.

—Tú eres mi rey replicaba ella y jamás otorgaré a nadie lo que no pueda otorgarte a ti.

—Pero la gente debe de reírse en su interior al ver tratado así a un paleta que no es capaz de corresponder con gestos ni con palabras.

—Eso lo hace sólo el miedo.

—Es verdad, tengo miedo.

—Y eres desmañado, tan adorable y bravamente desmañado como los indios que se empeñan en no civilizarse. Necesitas una instructora y voy a serlo yo. No cejaré ni ante los insistentes mimos de Nancy, la que de buena gana te separaría de mí con cortesías semejantes a las que yo te tributo... hasta con besos, cuándo estamos solos.

—Necesitaré que me enseñes mucho.

—Desde luego. Tanto, que cuando estemos en la ciudad habré de dedicarte casi todo el tiempo que tenga libre.

—Ahora no podemos dedicarnos a eso. Nos queda poco tiempo de andar juntos por los bosques y por la Colina del Sol.

—Estos días me será imposible acompañarte. La gente del castillo me reclama y la partida está a punto de llegar.

Y los días pasaban tan lentamente para él como veloces para Ana y la madre de David, las cuales trabajaban con ahínco para tenerlo todo dispuesto en el palacio de Grondin cuando llegaran los huéspedes ciudadanos. No siempre andaba solo David, pues Bigot, De Pean o Vaudreuil le acompañaban con frecuencia. Echaba de menos a Pedro Gagnon, el cual había ido al encuentro de la partida procedente de Quebec.

Uno de aquellos últimos días David se dedicó a recoger el resto de sus mieses y De Pean a ayudarle, mientras el Intendente, sentado cerca de ellos, hacía tales burlas del ayudante, que David se desternillaba de risa. En esto estaban ocupados, cuando Ana y su madre aparecieron en el camino que conducía al casón, en el preciso instante en que el mismo Bigot transportaba una considerable carga de forraje.

—¡Ave María Purísima! —exclamó Ana levantando la vista hacia el cielo—. El Intendente de Nueva Francia transportando mieses con David.

Bigot las vio con el rabillo del ojo y de nuevo bendijo la sutileza y sagacidad de Vaudreuil, el cual había logrado averiguar que Ana se había propuesto acompañar a María Rock a su morada aquella tarde.

Era la primera visita que hacía Ana después de aquella noche en que David la condujera a través del Claro Rojo. La joven no hizo esfuerzo alguno por ocultar el placer y la alegría que le producía la escena que la casualidad le deparaba. Cuando David corrió al encuentro de ellas, De Pean, que sudaba y tenía el cuerpo lleno de briznas de paja, profirió un juramento en voz baja al lado de Bigot.

—Este servicio no me lo pagáis ni con la mitad de la carga que os traiga el próximo de vuestros buques —refunfuñó—. Ni por el Rey ni por todos los reyes del mundo vuelvo a hacer lo que he hecho.

—Ya no habrá razón alguna para repetirlo —murmuró Bigot sonriendo y enjugándose el rostro Ya está hecho. Fíjate en lo orgullosa que está su madre ante este asombroso espectáculo.

—¡David, David! —exclamó Ana cuando el joven llegó a su lado.

Y no pudo decir más, pero sus ojos resplandecían. El rostro de su madre tenía también tal aspecto, que David se estremeció al comprobar la felicidad que a ambas invadía.

María Rock se decía para sus adentros:

«Un hombre así no puede ser el malvado de que siempre oí hablar».

Más tarde, con perfecta cortesía y cordialidad, Bigot preguntó a David si podría tener el honor de acompañar a Ana cuando ésta volviese a su casa. A David, tal requerimiento le produjo el efecto de una puñalada, pues apenas divisara a su novia pensó con placer en acompañarla hasta el castillo. Sin embargo, inclinó un poco la cabeza —había aprendido mucho de las costumbres cortesanías— y repuso que en modo alguno podía negarse tal honor al Intendente de Nueva Francia. Pero Ana advirtió la contrariedad que sentía David cuando éste le comunicó la pretensión del Intendente, y ella misma tuvo un leve gesto de disgusto.

—Vine con el propósito de volver contigo repuso.

—Pero si Francisco Bigot lo pide, ¿podemos negarnos?

A los ojos de Ana surgió una profunda perplejidad.

—Será una descortesía, David. Sin embargo, si tú quieres...

—No. Lo hace con buena intención. Ahora no pongo en duda su afecto. Sin embargo, yo no puedo comprender este interés que me demuestra. Trato de explicármelo pero no lo consigo.

—Si vieras por mis ojos, sí lo comprenderías —murmuró Ana, y tal era la expresión de amor con que le miraba, que estuvo a punto de estrecharla entre sus brazos, a pesar de que no estaban solos.

Hasta que llegó el momento en que Ana debía emprender el regreso, Bigot fingió

estar absorbido Por su conversación con la madre de David, y tales delicadezas y cumplidos le prodigaba que De Pean no sabía cómo disimular sus ganas de echarse a reír. Éste se quedó con David, cuando al fin Ana y Bigot echaron a andar, hacia el castillo.

Cuando llegaron al bosque, Ana se volvió para decir adiós a su amado. Éste se mostraba sonriente, pero en su pecho había algo que le asfixiaba y le torturaba.

—Sois un hombre afortunado —dijo De Pean golpeándole amistosamente en el hombro—. Poseéis el corazón más amante que he conocido y, al mismo tiempo, la amistad de Francisco Bigot. Os remontarán hasta las nubes. Yo, Hugo de Pean, alcalde de la ciudad de Quebec, pienso a veces que debéis agradecerme el haber pronunciado aquellas palabras ofensivas que provocaron el incidente de la balsa.

Después de formular estas palabras, siempre fiel al amo que le había proporcionado riqueza y poder, un poder casi tan ilimitado como el que él mismo tenía, De Pean continuó ayudando a David en su faena de cortar y transportar forraje.

En la selva, bañada y caldeada por el sol descendente, Bigot fue algún tiempo en silencio al lado de Ana. Una sombra de tristeza parecía haberse apoderado de él, pero de pronto, echándose a reír, se apoderó de una de sus manos y la pasó por su brazo con el mismo gesto que si hasta entonces hubiera estado cometiendo una desatención.

—Perdonadme, Ana —dijo—. ¿Qué pensaréis de quién se permite soñar a vuestro lado, permaneciendo ausente por un instante? Es extraño que estando cerca de vos necesito soñar. ¿Por qué será, Ana?

—No sé dijo Ana con cierto temor.

—Es que para mí representáis el corazón, el alma y el aliento vital de Nueva Francia. Vuestra belleza, vuestra pureza, vuestro amor a la patria... todo esto predispone a mi imaginación a forjar ilusiones sobre la gloria que anhelo alcanzar para Nueva Francia. Vos parecéis abrigar esas mismas aspiraciones, Ana. ¡Un país grande y noble! ¡Un país que se alce como vuestra propia belleza de una selva frondosa y sombría! Por todo eso daría muy a gusto mi vida.

En estos momentos de ficción, la voz de Bigot adquiría un tono patético y sincero que llegaba al alma, y Ana sintió que el corazón le latía más fuertemente ante la grandeza espiritual de aquel hombre que estaba a su lado, y ante la emoción y la pasión que parecían conmover todas las fibras de su cuerpo.

El brazo en que a instancias de Bigot había colocado su mano, temblaba. Tal era su emoción, que Ana se olvidó de sí misma y de su proximidad a aquel hombre que era una especie de dios de Nueva Francia. No tenía la más mínima sospecha de aquel amor que Bigot luchaba por ocultar de momento para poder expresarlo más tarde con toda su eficacia. La negra hipocresía que anidaba en el corazón de aquel hombre cayó en los oídos de Ana dulcemente, con el puro y albo ropaje de la verdad, sobrecogiéndola con un estremecimiento de emoción. Apenas notó que Bigot asía sus manos y que su mirada se posaba sobre su luminosa cabellera con una expresión que la habría estremecido. Cuando Ana alzó los ojos, Bigot desvió los suyos, dándoles

una expresión de la que la joven no pudo sospechar.

Y Bigot sabía todo esto; sabía que la juventud y la inocencia de la joven se entregaban a él con confianza.

—¡Por Dios y por los santos! —exclamó como si se hubiera vuelto a olvidar de la presencia de Ana—. ¿Qué más de lo que posee puede uno pedir para seguir luchando hasta que el último velo caiga sobre nuestros ojos? La lucha, o la vida monástica, santa, pura, bendita... ¿Qué importa que malas lenguas censuren nuestros nobles actos? Hay muchos que olvidan que el Cristo dijo que el mundo había crucificado y Él, sin embargo, rebosa de gozo. Tal vez yo también sienta este placer cuando muera sabiendo que Nueva Francia está salvada. Y sois vos quien me ha procurado esta nueva inspiración.

—Si esto es cierto me satisface mucho dijo con voz trémula.

—Es cierto, tan cierto como que Francisco Bigot no permitirá que se interponga nada ni nadie entre vos y vuestra felicidad, y como que alguien que está a vos muy unido por lazos morales me ha de ayudar a que se realice mi sueño acerca de Nueva Francia. Por eso me he decidido a enojar a David pidiéndole que me permitiera acompañaros a casa. Mi corazón me obliga a revelar un asunto cuyo solo recuerdo me aterra.

Ana guardó silencio. No se atrevió a pronunciar una sola palabra, pues cuando trataba de hacerlo, la voz del Intendente la atajó con expresión trágica y solemne.

—¿Me escucharéis con atención?

—Os escucharé —repuso Ana.

—¿Y me perdonaréis si mis palabras os enojan, reconociendo que son hijas de la mejor intención y de la más profunda sinceridad?

Bigot no aguardó la respuesta, comprendiendo que el formularla podía implicar para Ana una dificultad.

—Sois leal y veraz, Ana; tengo en vos tanta fe como en nuestra querida Virgen de la Encarnación. Del mismo modo que ésta renunció a todos los placeres y riquezas del mundo para entregarse plenamente a su sublime vocación, vos, lo sé, os sacrificaríais, si fuese necesario tanto por Dios como por vuestra patria. Por eso, y por la amplitud de espíritu con que vos recibiréis mis palabras, voy a hablaros de David y de lo que temo por él.

—¿Teméis por él? —gritó Ana sintiendo un escalofrío ante el tono sospechoso con que Bigot había pronunciado sus últimas palabras—. Si está en peligro...

—Sí, lo está —repuso Bigot mirando al frente y hablando con tono lento y preocupado—. Pero no tanto que debáis asustaros. Se trata tan sólo de que es muy joven y susceptible de influencias, y sospecho que alguien ha echado en su espíritu semillas que vos habréis de ayudarme a destruir antes de que germinen. Me refiero a la oscura y siniestra sugestión que sobre él ejerce ese hombre al que vos llamáis el Cazador Negro. No me inspira confianza alguna ese hombre nacido y educado entre nuestros enemigos, siempre errante y astuto, y tengo la sospecha de que en estos

momentos se está tramando una misteriosa y oscura traición contra el alma y el honor de Nueva Francia. Y mis sospechas se cifran en el Cazador Negro.

—¡Señor!

—Vuelvo a pedir os perdón por mi ruda franqueza; pero lo hago por la salvación de David. Considero que el Cazador Negro es, si no precisamente un traidor (no se le puede llamar así porque no tiene ni una gota de sangre francesa en sus venas), sí un espía, tan astuto e inteligente, que no lo podemos desenmascarar. Yo sé que vos le amáis porque le ama David, pero...

—Yo... yo... titubeé Ana con tono de lamento.

La mano de Bigot volvió a estrechar la de la joven.

—Y David no es sólo demasiado joven, sino que, además, es inglés.

Su voz tenía una suavidad acariciadora y tan taimada como el demonio interior que le dictaba tales insinuaciones.

—El árbol crece y se forma de acuerdo con el terreno en que germina la semilla. Así, pues, hemos de procurar que el alma de David no se forme al calor espiritual de ese pícaro impostor.

—¡Virgen Santísima! —suspiró Ana—. De modo que sospecháis...

—¡No de David! —la interrumpió Bigot—. Creo que su corazón está tan limpio de falsedades y engaños como el mío propio. Por eso le quiero y tengo fe en él. Pero ved, Ana. Allí, en medio del campo, crece la ponzoñosa hierba, resplandeciente y dorada por el sol otoñal. Pues bien, que la rocen tan sólo unas manos tan puras e impecables como las vuestras y veréis como la marca infecciosa queda en vuestra piel. Del mismo modo, temo que el veneno de un alma como la del Cazador Negro contamine la credulidad, la fe y la inocencia de la juventud.

Contempló a la joven y vio que el rubor había desaparecido de sus mejillas. Rió disimuladamente en celebración de su triunfo, con uno de aquellos rápidos cambios que habían llegado a convertirle en el hombre más peligroso de Nueva Francia.

—Os he asustado, Ana, y lo siento. Ha sido una crueldad el haber dado expresión a tales pensamientos. Pues, realmente, teniéndos a vos a su lado y siendo amigo de Francisco Bigot, ni mil Cazadores Negros podrían perjudicar a David. Escuchad el canto del tordo en la maleza; es un amiguito que pronto se dirigirá al Sur. Esto y la magnificencia de este día son dos augurios de que la felicidad nos acompaña en nuestro camino. ¿Me perdonáis?

—No habéis hecho sino aumentar mis dudas —dijo Ana, sin que Bigot, pese a su astucia, pudiera darse cuenta de lo que tales palabras significaban.

Sin embargo, más tarde, cuando ya se había separado de Ana y hablaba con Vaudreuil, le dijo:

—El cepto está preparado, Vaudreuil. Si a tu astucia se sumara un poco de poesía, hubieras sido un galanteador irresistible.

Capítulo XI

NI el mismo Bigot podía suponer a la profundidad que los gérmenes de su farsa iban a penetrar en el pensamiento de Ana.

La joven se retiró a su cuarto triste y preocupada, pero muy lejos de sospechar la villanía que encerraba el proceder de Bigot, y sombríamente obsesionada por su desconfianza hacia el Cazador Negro.

Por primera vez en su vida, la duda se apoderó de su imaginación al pensar en María Rock y en la larga y misteriosa asociación que tenía con el hombre cuya historia le fuera referida hacía unas noches. Sin embargo, desechó la duda en el acto lanzando un grito de protesta contra su falta de fe. Aunque el Cazador Negro abrigara una perfidia sin límites, la madre de David podía no haber participado jamás de ella.

Tan sólo por la lealtad que debía a David y la promesa que le había hecho relativa al Cazador Negro, no había dicho a Bigot lo que pensaba de este asunto, pensamiento que robaba la paz de su espíritu desde que regresara de las Ursulinas jamás había dado a estos pensamientos una forma definida. No sospechaba que Pedro Joel fuera lo que el Intendente le había dicho: uno de los terribles enemigos que preparaban la destrucción de Nueva Francia. El sutil y encubierto aviso de que Pedro Joel podía utilizar para su empresa a David y a su madre y de que el propio David podría sentirse algún día inclinado hacia la raza de su padre, la afectaron terriblemente.

Se estrujó el pecho con las manos, cual si quisiera ahogar las siniestras ideas que a pesar suyo la habían asaltado. Quería a María Rock tan entrañablemente como podía haber querido a su propia madre, Además, amaba a David. Ambos estaban tan ligados a su vida que hubiera preferido morir a perderlos. Tales sospechas eran monstruosas.

No volvió a ver a Bigot ni a ninguno de los oficiales que se habían quedado en el castillo. Se excusó de cenar con el pretexto de que estaba fatigada y tenía dolor de cabeza, y permaneció en su habitación.

Antes de acostarse abrió un cofrecillo de madera labrada, que había encima de la cómoda, y extrajo una carta. Tantas veces la había leído que podría repetirla de memoria. Lo mismo que en la Biblia, Ana había hallado en ella solaz y consuelo cuando la dominaba la duda o la inquietud.

Era de su amiga más amada de Quebec, la hermana Ester, la que en el día que la carta fue escrita había comenzado a fortalecer su idea de pasar del estado de novicia al de profesa.

El mayor de los anhelos de la hermana Ester era que Ana Saint Denis se entregara, como ella, al glorioso servicio de Dios.

Es mi placer, mi honra —había escrito a Ana— consagrarme de ahora en adelante a vivir sólo para Dios. Me confío a Él porque no cambia y porque en Él hallaré remedio a mi propia volubilidad. Aquí en el convento, como dice el autor de la Imitación de Cristo, soy incitada al bien y advertida del mal. Aquí, como San Clemente y San Basilio aseguran, una ruega por mí a Dios, otra me cuida cuando estoy enferma, otra me muestra el camino de la salvación, otra me reprende bondadosamente y todas me aman y me amarán de verdad, sin artificios ni adulaciones. ¡Oh la dulce asistencia de las buenas amigas! ¡Oh bendito ministerio de consolaciones! ¡Sencillez suprema e incapaz de dobleces! ¡Honrada misión de obedecer a Dios para complacerle! No existen palabras para expresar el amor que te profeso ni el gozo que tu recuerdo pone en mi corazón. Todas las noches, Ana querida, el manto del reposo se cierne sobre el pacífico claustro y cada una de nosotras se sumerge en el retiro de su propia conciencia, donde halla una paz absoluta y donde todas las pasiones viven apaciguadas. ¿Cómo expresar el hondo sentimiento de seguridad y gratitud que invade entonces el alma convirtiendo la humilde celda en invitación y anticipación del Paraíso?

Esta carta que brindaba la promesa de la principal de las glorias de la juventud femenina de aquella época, fue para Ana una bendición. La carta inquietó a David mientras a ella le trajo la paz aquella noche de emociones.

Oró y se acostó confiando en que al día siguiente, y todos los sucesivos, les indicaría el camino de la perfección, tanto a ella como a David.

Apenas salió el sol, a la mañana siguiente, un mensajero presentóse en busca de David. Era que Ana le enviaba a decir que debía reunirse con ella inmediatamente.

La extrañeza, mitad curiosidad y mitad alarma, condujo rápidamente a David al lado de Ana. La halló en el bosque de Grondin, al extremo de la pradera donde crecía el Árbol de Mayo. Sus ojos brillaban inquietamente y sus mejillas estaban rojas de excitación. Cuando David llegó jadeando, la joven se llevó el dedo a los rojos labios, invitándole a guardar silencio, a pesar de que el castillo estaba muy lejos y que no daba más muestra de vida que el lento ir y venir de la servidumbre.

—Tranquilízate, David, pues, de lo contrario, será suprimida la maravillosa excursión que he planeado. La partida que viene en nuestra busca sale de Contrecoeur después del desayuno y estará aquí a media mañana. ¡Vamos a su encuentro!

En torno de ella había un ambiente suave y fresco, que le recordaba la Colina del Sol, cuando dio su mano a David y rompió la marcha por el borde de la pradera.

Una vez se hallaron fuera del alcance de miradas indiscretas, Ana se detuvo y dijo a David que no estuviera tan indiferente. Él obedeció en seguida, besándola en la roja boca y en los suaves cabellos, tan tierna y repetidamente, que Ana sintió un delicioso y desconocido calor en las mejillas que la hizo estremecerse.

Después, cuando llegaron a la canoa que un criado les preparara, Ana se

consideró como una niña, al verse al lado de David. Y realmente lo parecía. Sus ojos tenían un resplandor infantil. La cabeza de David estaba erguida y el joven parecía más alto, por lo que ella parecía más pequeña. Al verle frente a ella, en la canoa, observaba el fácil y rítmico balanceo de su flexible cuerpo y el juego de los desnudos músculos de sus antebrazos, lo que le produjo una inconsciente y nunca sentida admiración. ¡No era de extrañar que hubiera arrojado a Bigot y a De Pean dentro de la balsa sin esforzarse mucho!

Ana sonrió, pero pronto esta sonrisa convirtiéndose en un gesto de preocupación, pues acababa de surgir en su mente la imagen de Nancy Lotbinière, la mujer más coqueta y más linda de Quebec.

David sonrió mientras remaba.

—Te sonríes y luego frunces el ceño —dijo—. Primero ves en mí algo agradable y luego algo que te disgusta.

—Tantas cosas agradables veo en ti, que no puedo menos de volver a pensar en la desvergonzada Nancy Lotbinière —confesó Ana con franqueza—. Si ella ve en ti lo que veo yo y sorprende en ti el más ligero signo de entusiasmo, tendremos un disgusto, David. Confío en que te hallará desmañado, soso, estúpido y grosero. Pero todas las demás, hasta Luisa Charmette, quiero que vean en ti un príncipe encantado. A Nancy Lotbinière la quiero como amiga, pero la odiaría como rival...

La Fatalidad quiso que Nancy Lotbinière fuera la primera persona que viera David, lo cual fue causa de que le marcara más el pliegue de hostilidad que cruzaba la mente de Ana.

Llegó como una ninfa en la primera canoa. La acompañaban Pedro Gagnon y un tétrico barquero que iba sentado a la popa. Había soltado su cabellera y ésta flotaba en torno suyo como un manto de dorado fuego, refulgiendo bajo el sol de la hermosa mañana. Cuando estuvo cerca de la pareja comenzó a agitar sus brazos en el aire, con tal vehemencia, que David, que no tenía, ojos sino para Ana, hubo de dirigirle una mirada de asombro. Sin poderlo remediar, exclamó:

—¡Parece una llama!

—Y lo será algún día, a menos que mientan los libros santos —replicó Ana.

Nancy tenía veinte años y era hija del señorío donde ahora se asentaban las aldeas de San Pedro Bequest, San Antonio y Santa Cruz. No había otra tan bella en todo Quebec, y por ella latían rendidamente media docena de corazones.

Educada en las Ursulinas, donde obtuvo gentileza y cultura, aventajada en muchos aspectos, rica, hermosa y poseedora de una vivaz y penetrante inteligencia, era una de las más encantadoras hijas de Nueva Francia^[8].

—¿Quién, sino una desvergonzada coqueta, es capaz de soltarse la cabellera así? —preguntó Ana con oculta furia, al mismo tiempo que sonreía dulcemente mientras saludaba a Nancy con la mano—. ¿Quién, David?

—¡Bendita seas, Ana St. Denis! ¡Como estas canoas sigan avanzando tan lentamente, voy a saltar al agua para estrecharte antes entre mis brazos!

Ana devolvió la fineza diciendo con voz todavía más dulce:

—Mayores son aún mis ansias de tenerte cerca.

Pero David comprendió que, por debajo de aquella fineza, Ana había enviado a Nancy un saludo que podía traducirse del modo siguiente:

«Como no te recojas ese pelo, te lo arrancaré».

Un tanto alarmado y completamente confundido, David hizo las mismas maniobras que el barquero de la otra canoa, y ambas barcas se unieron permitiendo a Ana y a Nancy que se besaran por encima de la borda, tan ruidosamente, que Pedro Gagnon lanzó un suspiro de envidia:

—«¡Trabajo de amor perdido!» —comentó tristemente—. Yo, en cambio, no recibo ni uno solo a pesar de que los merezco más que ella. Ana abarcó con sus manos la brillante abundancia de cabellera de Nancy, y David, al verlo, estuvo a punto lanzar un grito de alarma.

—Pero, ¡bien os ha recompensado, Pedro! —dijo Ana haciendo flamear la hermosa melena—. Querida Nancy, éste es David Rock, mi David Rock.

Jamás se sintió David tan avergonzado como en aquel momento, lo que le movió a tacharse de necio, y al calificarse de esta forma a sí mismo, su rubor creció hasta el límite. Los ojos y los labios de Nancy le sonreían, pero sin dar a entender que advertía la turbación de David. No obstante, sintió que los ojos azules de Ana se clavaban en ella como dos puñales.

—Me complace mucho conocer al señor Rock —gritó Nancy haciendo en la canoa una ligera reverenda—. He oído referir las más deliciosas anécdotas acerca de usted, y, después de Ana, seré la primera en darle la bienvenida cuando llegue a Quebec —y añadió, dirigiéndose a Ana con tono suplicante—: ¿Puedo llamarle David?

—Naturalmente —repuso Ana, pero al mismo tiempo se inclinó para atarse la cinta de un zapato y no pudo ver la afectuosa sonrisa que su amiga disparó a David.

Separáronse las dos canoas y continuaron su camino. Al fin, otras cuatro llegaron a rodearlas al mismo tiempo que estallaba un tumulto de alegres voces de saludo.

—¡Qué hipócrita! —suspiró Ana—. La odio.

—Entonces, ¿por qué la hiciste venir? —se aventuró David a preguntar.

—Porque hasta este instante en que tan insubstancialmente te ha sonrojado, yo la he querido.

Se volvió y agitó el pañuelo a la flotilla, que remontaba velozmente el curso del río. En cada canoa engalanada con banderas, flores y ramas olorosas, iban tres tripulantes. David vio rápidamente que la partida se componía de diez individuos, incluyendo a Pedro Gagnon.

A todos fue presentado David, el cual permaneció completamente sereno, a pesar de que jamás soñara que pudiera reunirse tanta hermosura y radiante juventud y que se le pudieran dirigir tantas encantadoras sonrisas y subyugadoras miradas.

La fama le había precedido por medio de Pedro Gagnon. David lo comprendió

cuando los caballeros de la partida, jactanciosos y convencidos de la importancia del papel que desempeñaban en la vida, estrecharon su mano cordialmente y le prestaron tanta atención como a la misma Ana.

Desde entonces hasta el momento de desembarcar, David se sintió como en su propia casa, pues en el manejo del remo no había en toda la región quien le aventajara.

Una vez desembarcaron y Bigot, De Pean y los jóvenes y elegantes oficiales del cortejo fueron a reunirse con la partida, vestidos de gala, fue cuando David comenzó a sentirse fuera de su centro.

Le pareció extraordinario aquel conjunto de señoritas y caballeros jóvenes, todos compuestos y elegantemente vestidos, cambiando reverencias con el Intendente y su séquito, sonriendo, haciendo vibrar sus fustas, charlando y yendo de un lado a otro. Entre tanto, él les miraba con gesto estúpido y marchaba detrás de Ana, pues ésta había quedado un poco rezagada con él para no dejarle solo.

Bigot, cuyos ojos de sierpe descubrieron en seguida la confusión de su protegido, acudió en su ayuda. Ana estuvo tentada de abrazarle por su tacto y atención y por las palabras que pronunciara.

El Intendente se fue derecho a David y le puso una mano sobre el brazo, afectuosamente. La mano libre se la tendió a Ana.

—¡Reclamo este puesto de honor! —gritó—. Ana Saint Denis a un lado y el teniente David Rock al otro. El teniente David Rock, sí, señores, a quien he prometido un puesto en el estado mayor del Gobernador cuando vaya a Quebec.

—¡Qué suerte! —exclamó Pedro.

Éste oprimía entonces la mano de Nancy la cual había formado con su cabellera una dorada corona.

—Fijaos cómo lo toma David —dijo Nancy—. Está blanco como el papel. Y Ana parece que vaya a romper a llorar de alegría.

—¡Qué suerte! —volvió a musitar Pedro como si no pudiera dar crédito a sus oídos—. ¡Un destino en el estado mayor del Gobernador!

Un poco más tarde, Bigot estuvo un instante solo con Ana, la cual le dio las gracias con lágrimas en los ojos.

—Y ahora —preguntó él con tono un tanto grave—, ¿me queréis un poquito por mis bondades como me prometisteis?

—Os quiero —murmuró Ana con voz trémula—. Sí, os quiero.

Entonces vio una luz extraña en los ojos de Bigot.

—Ana —dijo éste con ternura—, no puede representar una falta el exponer una idea que reside pura y santamente en el corazón de una persona. Conociendo vos la verdad, me sentiré dichoso y mucho más fuerte para la lucha. Ana, quiero a David y haré por él cuanto he prometido, porque os amo a vos.

Y se alejó tan de prisa del lado de Ana, que ésta no tuvo tiempo de contestar.

Durante largo rato, la joven sintió como si su corazón hubiera muerto.

A la llegada de la comitiva de Quebec, siguió una semana de bullicio y alegría, música y baile. Ni en los remotos días en que el señor de Grondin viviera habíase visto el castillo tan engalanado y tan brillante. Detrás de la flotilla de canoas había llegado una gran embarcación, y, ante los asombrados ojos de David, habían pasado fardos de equipajes y cajas de vestidos y de objetos de tocador. Por las tardes, dijérase que la buena sociedad de la calle de St. John habíase trasladado al prado del Árbol de Mayo y que por ellas paseábase toda la feria de vanidades de San Luis y San Pablo, con su gran aparato y presunción. Después venían las horas de deporte y diversión, para los cuales se necesitaban trajes distintos. Y por las noches, los salones aparecían tan llenos de esplendor, que, ante ellos, David se sentía desfallecer.

Sólo una vez acudió a las grandes fiestas que se celebraban a la luz de las arañas de la casa señorial, a pesar de las quejas de Ana. Sin embargo, todos los días se mezclaba con los elegantes huéspedes, en el prado o en su canoa, siempre vestido con su traje de piel de gamo. Una noche, hallábase cerca del viejo molino, sumergido en la sombra, cuando, de pronto, llegaron a él voces cercanas. Reconoció a Pedro Gagnon y a Nancy Lotbinière, y, poco después, a Luisa Charmette y a su acompañante, un rico comerciante de Quebec. Los cuatro se detuvieron a pocos pasos de él, y antes de que pudiese determinar si debía marcharse o presentarse ante ellos, oyó que decía la señorita Charmette con su voz aguda:

—Quisiera saber dónde está el indio de Ana. Me divierte tanto, que le echo de menos. ¿Le visteis cuando se plantó sobre mi vestido y allí estuvo, rígido como una estaca, hasta que tuve que pedirle que se separase un poco? Ana estaba sonrojadísima. Había visto desde el principio su recio pie sobre mi vestido y no cesaba de hacerle señas con los ojos.

—En ese momento estaba yo sirviendo el té —dijo el hijo del comerciante—. Hube de volverme para que no me viera reír.

—Sois muy considerado, Felipe —dijo Nancy, dando a su voz un tono tajante como el filo de un cuchillo.

—Sí, sí. Muy considerado —refunfuñó Pedro Gagnon.

Luisa rió ligeramente.

—¡Pobre Ana! —dijo con tono de lamento. ¿Qué hará en Quebec llevando siempre detrás a ese bobo de David? ¿Y qué es lo que moverá a Bigot a convertir a un rústico en caballero? Me parece que va a fracasar.

—Guardaos esa desatención para otra persona a la que le haga gracia —dijo Nancy dirigiéndose con Pedro hacia el castillo—. Yo soy amiga de David Rock. Me gusta y no me extraña que Ana pueda sentir por él lo que siente.

—¡Bravo! —aplaudió Pedro.

Desde aquel momento, además de amar a Ana y a su madre, David profesó cierto cariño a Nancy Lotbinière. Por fin llegó el día en que la partida de Quebec emprendió el regreso con Bigot y sus acompañantes. David, antes de la marcha, estuvo un rato a

solas con Ana, la cual se fue con ellos. Nadie hubiera dicho, a juzgar por la serena expresión de sus ojos, el terror que habíase apoderado de su alma.

Nancy Lotbinière halló una oportunidad para cruzar unas palabras a solas con David. Sus ojos estaban veladamente enternecidos cuando le miraron un instante en silencio y comprensivamente.

—Pronto vais a venir a reuniros con nosotros y, cuando estéis al lado de Ana, quiero que os acordéis de mí —dijo Nancy—. Recibiré una gran alegría y me consideraré muy honrada si me hacéis una visita cuando lleguéis a Quebec.

Al punto, David no supo qué contestar. Al fin, las palabras surgieron a sus labios.

—Yo estaba junto al molino aquella noche en que la señorita Charmette se burló de mí y escuché lo que vos respondisteis. Sí, os considero amiga mía y sería sumamente dichoso si algún día la suerte me deparara la ocasión de luchar por vos.

—Llamadme Nancy; así me gusta que me nombren mis íntimos, y vos lo sois, David. Os lo juro.

—Me hacéis una gran merced.

—¿Y vendréis a visitarme cuando lleguéis a Quebec?

—Después de Ana, a nadie desearé ver tanto como vos.

Los disimulos hicieron al fin flaquear a Nancy.

—Adiós, David.

—Adiós...

—Decidlo, David. Decid: «Adiós, Nancy».

—Adiós, Nancy, y que Dios sea tan bueno con vos como con Ana. Se separaron. Poco después, Ana dejó los brazos de su padre para pasar a los de David y la joven lo besó por dos veces en la boca sin preocuparse de los que la rodeaban. Lanzó en seguida un sollozo y se dirigió a la canoa, que la esperaba.

Media hora más tarde, David estaba en la cumbre de la Colina del Sol para verlos pasar, y absorto y con el corazón destrozado, les estuvo contemplando hasta que desaparecieron.

Los cantos de los viajeros se perdieron en la distancia.

Capítulo XII

LAS noticias cruzaban rápidamente los bosques al final del otoño de aquel año de 1754. Correos, ya blancos, ya indios, volaban por las sendas de las florestas y por las vías fluviales, y, a veces, dijérase que eran los vientos los que llevaban de un lado a otro los rumores y los trágicos relatos de acontecimientos emocionantes, tan rápidamente se propagaban.

El Cazador Negro trajo de Montreal noticias que se agregaron a las que corrían río Richelieu abajo. El año había sido espléndido para Francia. Washington había entregado Fuerte Indigencia y Williers triunfaba en Fuerte Duquesne. Ni una sola bandera inglesa ondeaba ya más allá de Alleghanys, y Céleron de Bienville había completado su magnífica tarea de señalar los límites de las posesiones francesas a través del mismo corazón de los Estados Unidos de hoy, colocando sobre los árboles placas de metal que ostentaban las armas de Francia, Las armas francesas y la diplomacia india triunfaban a lo largo del Ohio y al occidente de las llanuras. En las colonias inglesas, Dinwiddie estaba sin saber qué hacer y la asamblea de cuáqueros había renunciado a hacer frente a sus enemigos en el norte y en el oeste. La política de los gobernadores reales británicos no hacía sino indisponer con los ingleses a los aliados indios, y a pesar del millón y medio de hombres, en contra de los sesenta mil franceses que Dinwiddie tenía a su disposición, había pedido apresuradamente ayuda a Inglaterra.

En respuesta a tal petición, Inglaterra enviaba al general Braddock. Ésta fue la noticia que estremeció a David, cuando ya estaba muy próximo el día de su partida para Quebec. Escribió a Ana contándole multitud de acontecimientos del Sur, cuando él se enteró de ellos en el Richelieu, y diez días más tarde recibió una respuesta en la que se le instaba a acelerar sus preparativos para ir a Quebec.

Lo que me cuentas —aseguraba Ana— no tiene importancia con los acontecimientos que han de sobrevenir y cuando ello suceda, es necesario que estés dispuesto a ocupar el espléndido sitio que la suerte te reserva. No hay razón alguna para que dilates tu partida.

La carta, extensa y henchida de ternura, David se la leyó enteramente a su madre. Ana creyó que David se alegraría de saber que el Intendente la había llevado dos veces al camino de San Jorge con la hermosa señora de Lerry y su esposo, y que, además, no desaprovechaba, ocasión de mostrarse cortés con ella.

Y no te preocupes por los sucesos del Sur —añadía—. En Quebec se susurra que el rey de Francia tiene el proyecto de enviar un ejército al Canadá, al mando de uno de los mejores generales del mundo. Y cuando ellos vengan, David mío, necesito que estés a mi lado.

—Ana tiene razón —dijo el Cazador Negro—. Debes ir. No dejas aquí nada abandonado. El Intendente tiene los ojos puestos en ti y si el ejército francés llega, tendrás en él el prometido puesto, por lo cual es necesario que estés en la ciudad. Yo te acompañaré a Quebec y desde allí bajaré a las colonias inglesas por el camino del río Chaudibre.

Los ojos de David brillaron ante la perspectiva de ir Quebec acompañado del Cazador Negro. Luego el desaliento y la incertidumbre los velaron.

—Esperaba que os quedaríais al lado de mi madre dijo.

El Cazador Negro puso una mano sobre su hombro afectuosamente.

—Aunque yo no esté aquí, tu madre estará vigilada y guardada cuidadosamente. Ni un solo momento del día o de la noche estará sola, aunque tú y yo nos hallemos a muchas millas de distancia. Ya lo tengo todo dispuesto.

—¿Acaso los cuatro indios *delawares* que han venido a visitar a Matagamos se quedarán?

El Cazador Negro hizo con la cabeza un movimiento afirmativo.

—Sí, permanecerán a su lado hasta la muerte. Me lo han jurado, y son tan bravos como panteras. También hablé de este asunto al señor de St. Denis, y éste será otro de los que vigilen y cuiden a tu madre. Es hora de que te marches.

—¿Queréis que me vaya?

—Creo que te conviene —dijo dulcemente Pedro Joel—, aunque mi corazón, como el de tu madre, han de quedarse muy vacíos y desolados cuando te marches.

—Pero ¿por qué queréis que me vaya —preguntó David cuando mi corazón y todos mis deseos están aquí? No me seduce esa gloria de que me habláis, y hasta me aterra lo que el Intendente me ha prometido. Amo únicamente a estos bosques... y combatir a los ingleses y rechazar a los salvajes cuando éstos vengan a nuestro encuentro.

—Tus palabras expresan solamente una parte de lo que hay en tu corazón. Sobre todas las cosas, tú amas a Ana.

David abatió la cabeza lentamente.

—Eso es verdad.

—Y por Ana debes ir a Quebec —continuó el Cazador Negro, y tan dulcemente que David pudo imaginar que era su madre la que le hablaba—. Sé toda la verdad, muchacho, porque en los últimos días la has llevado reflejada en los ojos y la he advertido, aunque tú te esforzaras en ocultarla. Nada hay en el mundo tan hermoso como un amor de mujer, y Ana te ama, Pero la ciudad la ha reclamado y su anhelo de ir a ella ha sido tan fuerte y tan natural como el amor que tú sientes hacia este

selvático mundo que te rodea. Día llegará en que la traigas contigo a los bosques y ella te seguirá contenta y feliz. Yo sé que eso sucederá, muchacho, tan seguro lo sé cómo que ahora estoy hablando contigo. Pero antes es preciso que luches, no por su amor, sino por la libertad y la gloria de la selva contra el esplendor y la gloria de la ciudad. Tú vencerás. Cuando hayas conseguido alcanzar ese puesto que Ana desea verte obtener, entonces (fíjate bien, muchacho) le agrada volver al bosque de Grondin. Pues, tan seguro como que el sol sale y se pone diariamente, una mujer necesita para ella sola al hombre amado, cuando el mundo y los grandes acontecimientos empiezan a desviarlo. He hablado claramente, David. ¿Tengo razón?

—He pensado, he soñado; algunas veces hasta me asaltó el temor, pero jamás he visto tan claro como lo ahora —repuso David—. Sí, tenéis razón.

—¿Y lucharás, lucharás como un verdadero hombre, con valor y dignidad, hasta que consigas traértela?

—Eso haré.

—¿Y no permitirás que la ciudad pueda más que tú?

—Jamás.

—¿Y siempre, en todo momento, conservarás en tu alma la pureza que es peculiar a los habitantes de la selva?

—Sí, siempre.

—Entonces, Dios te acompañará, muchacho, y Ana volverá feliz y fiel a su casona de Grondin.

El ambiente gris del mes de noviembre de 1754 flotaba como un espíritu maligno sobre la hermosa tierra de Nueva Francia. Ni una sola vez, en aquel horrible mes tan bien descrito por la Madre Mignon de la Natividad, lució el sol con todo su esplendor. Fue un mes de opresora tristeza y vientos que parecían llevar consigo el húmedo frío de la muerte, aunque la nieve no cubrió con su sudario aquella tétrica melancolía. Las nubes, que cubrían el cielo eran arrastradas por el aire, y por debajo de ellas, los ánades salvajes huían hacia el Sur, cual silenciosos espectros del aire, de cuyos picos cerrados no salía un solo sonido para alegrar la llegada del invierno. Al fin, las aves desaparecieron. En los bosques, los aullidos del viento estremecían sin cesar las cimas de los árboles. El anochecer tardaba en llegar y su penumbra de crepúsculo no se desvanecía en toda la noche.

El aire era difícil de respirar. Llenaba de penosas dudas las almas de los hombres y estremecía constantemente las de las mujeres. En las iglesias señoriales se decían misas y se elevaban plegarias para que el sol brillara de nuevo y el mal no descendiese sobre la tierra.

A través de esta frialdad y de esta tristeza, una canoa conducía a David y al Cazador Negro descendiendo por el Richelieu, camino del San Lorenzo y de Quebec. Ya habían traspasado los límites de la región que David conocía de aquel mundo

señorial de Nueva Francia que quedaba entre St. Denis y Quebec. Más de un centenar de parroquias gobernadas por un centenar de señores se hallaban dentro de estos límites infranqueables para el enemigo y daban al rey de Francia el poder y la riqueza de su imperio en el Nuevo Mundo.

Al mismo tiempo que la depresión de la despedida, David sintió una corriente de cálido orgullo en su sangre, pues pertenecía a la raza guerrera del Richelieu. De allí fue Talón, aquel gran intendente que había seguido las normas de colonización de los césares cuando el Imperio Romano comenzaba a ceder a las invasiones bárbaras del Norte, y había inducido al Grand Monar que a dar estas tierras, incesantemente amenazadas por el fuego, la espada y el azote indio, a los más bravos *paldines* Nueva Francia. Una tras otra, David y el Cazador Negro atravesaron las antiguas fortalezas señoriales en las que habían vivido y muerto intrépidas generaciones de hombres y mujeres. Todo cuanto les rodeaba estaba dispuesto para la guerra. Un glacis aquí, una banqueta allá, alambradas, empalizadas y blocaos rodeados de grandes fosos, y, por todas partes, casas de campo, mansiones de baronías y altas murallas de piedra con troneras para los fusiles.

Y además, prósperas granjas repletas de ganado, árboles frutales y sembrados tan extensos que la mirada se perdía en ellos. Todo esto constituía riqueza, poder y comodidad, mientras detrás de las lindes oscuras de los bosques que les rodeaban les acechaba el peligro incesante.

—Esta parte del país del Richelieu es la que ha producido los hombres más bravos —dijo el Cazador Negro—. Durante un centenar de años han vivido en este paso peligroso. Y tú eres uno de ellos, David. Cuando estés en Quebec, recuerda esto siempre. Jamás he oído decir de un hombre del Richelieu que vuelva la espalda a la muerte o que desfallezca su corazón al afrontarla.

Al segundo día, remando con ligereza contra la corriente, entraron en el San Lorenzo, el cual se ensanchaba entre las islas del lago de San Pedro.

A pesar de la densa tristeza que gravitaba en el ambiente, una nueva emoción se apoderó de David, llenándole de una creciente excitación mental y de una rebotante alegría, ante lo que se ofrecía a sus ojos. A lo largo del gran río, en toda aquella extensión recorrida por los aventureros típicos de dos centurias, los grandiosos bosques que formaban el mundo de su infancia iban haciéndose cada vez más claros, hasta el punto que en vez de bosques eran grandes extensiones despejadas lo que llegaba a unirse con el cielo en el horizonte. En tales parajes, las casas de los colonos estaban tan unidas, formando una larga fila a lo largo del río, que David calculó que podría fácilmente haber arrojado una piedra de una a otra.

Al tercer día pasaron por Nicolet y llegaron a los espléndidos dominios de los ricos y poderosos señores que vivían entre los Tres Ríos y Quebec.

El cuarto día fue aún más lúgubrementemente sombrío. Una densa nube gris hablase extendido sobre la tierra. Ni una sola vez los rayos del sol lograron perforar la gruesa y oscura capa. El aire estaba poseído de una calma extraña, y los sonidos podían

recorrer grandes distancias sin poder deducirse su dirección.

A la caída de la tarde, el Cazador Negro atracó la canoa más allá del Sillery Wood. Hasta que desembarcaron no le dijo a David que había proyectado no seguir acompañándole y que tenía para ello una poderosa y secreta razón.

Una hora más tarde, solo, con una mochila sobre los hombros, donde llevaba sus cosas, y armado con su largo fusil, David percibió el primer resplandor de Quebec.

Siguiendo la senda desgastada por los pasos del señor y del vasallo y hollada por el monje y el guerrero salvaje, continuó su marcha por el borde del río bajo los imponentes acantilados (donde unos cuantos años después Wolfe había de dar la estocada fatal en el corazón de Nueva Francia) y llegó a la curva de la ribera muy cerca de la cual estaba Quebec. La extraña tristeza y frialdad del día impidió que la ciudad le diera por algún medio la bienvenida. La hermosura de Cabo Diamante, el panorama, tan bello cuando lo iluminaba el sol, el hechizo deslumbrante de las cúpulas y alminares, el saludo de las agujas de las iglesias, el plateado San Carlos y la realidad purpúrea de las distantes montañas, todo estaba junto por terribles masas rocosas, de formas monstruosas y repelentes, que le hicieron ver como fortalezas de trasgos y demonios las casas de aquéllos en cuya busca iba.

Durante largo rato permaneció inmóvil y contemplando con sobrecogimiento que jamás había sentido aquellas murallas donde, según Ana y el Cazador Negro, se encerraba la más bella ciudad del mundo. Ninguno de sus detalles pudo percibir, excepto que había en ella vida. De pronto surgió en aquel sombrío caos de piedra el estampido de un cañonazo, señal de «puesta de sol» allí donde no lo había. Y a este sonido siguió un repique de campanas de tan dulces sonoridades de oro que parecieron aliviar a la tierra de la pesadumbre de la obscuridad. El concierto de sonos, desgranándose desde lo alto de la ciudad en sublime melodía, llegó a sus oídos como cosa nueva. Tembló en el aire, sobre él y en torno de él, esparciéndose por el mundo, que se ungió de su dulzura como si un coro celeste amenizara la hora. Las campanas de la amada le daban la bienvenida en medio de aquellas horribles tinieblas precursoras de la noche. La voz de Ana le llamaba, le hablaba diciéndole que le estaba esperando en el corazón de aquella pétrea y tenebrosa mole... Las campanas del convento, de la catedral, de los Jesuitas y los Recoletos, eran todas suyas, según había dicho Ana, porque las amaba como cosa propia.

David permaneció con la cabeza inclinada hasta que los últimos sonidos de bronce se desvanecieron. Entonces prosiguió. La noche avanzó rápidamente convirtiendo a la ciudad en una gran sombra que se alzaba hacia el cielo. No veía una sola luz. Un viento crudo comenzó a soplar de la parte del río y con él una áspera cellisca de espesa nieve. Ello no le inquietó. Un calor interno le animaba. Sus ojos se esforzaban por perforar la obscuridad y olvidó al Cazador Negro y a todo, excepto Ana y su población.

Se imaginó que de la gigantesca roca sobre la que se asentaba la ciudad de Quebec se le dirigía una voz que murmuraba: «Yo soy el alma del país. Yo gobierno

sobre cuatro mil millas de bosque, desde el océano oriental hasta Mobile y Nueva Orleans, y desde Alleghany de occidente hasta las más lejanas corrientes del Misisipí. He conquistado un continente, y lo retengo. Mis enemigos son tan innumerables como las hojas de los árboles, mis amigos, sesenta mil. No obstante, triunfo. Cuando yo caiga, Nueva Francia morirá».

Operóse en David un maravilloso cambio. Las formas que le habían parecido monstruosas, ahora se le ofrecían como forzudos titanes. Alzabase en él una especie de alborozo donde había anidado el espanto y el temor y los sombríos pensamientos de la preocupación y el recelo. Las ventanas iluminadas comenzaron a romper la monotonía de la noche, y David se halló de pronto en la Ciudad Baja. Comenzaba la noche y se veía poca Gente en las calles, cuando él cruzó la de Sous le Fort, la de Dog Lane y la de Sault-au-Matelot. Su soledad le hizo pensar en las sendas de los bosques. Además, eran tan estrechas, que podía abarcarlas extendiendo los brazos. Detrás de las ventanas, cuyas cortinas estaban echadas, vislumbraba una cálida luminosidad. A través de los espesos muros de piedra llegaban a él débilmente risas de niño y canciones, y, en medio del misterio y de la tristeza que lo rodeaba, la voz de un sereno se elevó para indicar la hora y para lanzar un aviso a los malhechores.

—¡Las seis y sin novedad! La ciudad está en paz, y la ley reina en nombre del Rey y del Pueblo.

Tembló ante la majestad de aquel grito solitario. Lo volvió a oír más próximo. El sereno se encontró con él y le enfocó su farol.

—¡Eh, hermano! —le gritó—. Largo fusil y voluminoso morral. ¿De qué fuerte venís?

—Del Richelieu —replicó David.

—¡Entonces que Dios os acompañe, porque sois un hombre! —exclamó el guardián nocturno, y continuó su camino.

El corazón de David latía aceleradamente. Ante él cruzó con paso rápido un hombre que llevaba un gran fardo en las manos. Después pasaron, rozando su cuerpo, dos soldados que producían al andar un ruidillo metálico. Luego David llegó a una ventana, en la cual una niña tenía sujeta la cortina, y se detuvo un instante para contemplar la escena que se presentó a sus ojos desde el interior. Una mujer de negra cabellera tenía un niño en brazos. Cerca de ella había una mesa con la cena preparada. La niña de la ventana aguardaba sin duda los pasos de su padre, y en el momento en que David pasaba, tenía el rostro pegado al cristal.

Una más amplia luz se presentó a sus ojos como un destello de fuego. Con ella, llegaron a sus oídos ruidos, voces, risas de tantas gargantas a un tiempo, que el viajero aceleró sus pasos y llegó a una pequeña plaza que había frente a la iglesia de Nuestra Señora de las Victorias. Congregábase allí una nutrida multitud. En tres de sus lados había gran número de faroles encendidos, y, sobre un montículo de piedras y tierra una hoguera de estacas. Un molesto resplandor iluminaba el espacio, y, a este resplandor, David vio una plataforma, donde un hombre y una mujer tenían la cabeza

en el cepo. La mujer era una vieja de nariz afilada y maldecía a los verdugos. El hombre... ¡maldecía a la mujer!

El corazón de David se paralizó por un instante.

—¿Qué significa eso? —preguntó a uno de los espectadores, hombre de cara redonda y aspecto jovial, que se desternillaba de risa.

—¡Una riña de familia! —respondió el espectador—. La anciana madre Guerin robó una cuchara de plata y su esposo la vendió. Ahí están los dos y ahí estarán hasta que el sereno grite las diez. Han tenido suerte, pues la cuchara pertenecía a una casa particular y se les podía haber ahorcado.

En el lado más lejano de la plaza, bajo un gran farol, David vio un grupo formado por tres oficiales que reían y tres señoras ricamente ataviadas y cuyo rostro estaba cubierto por un antifaz de seda. Pasó cerca de ellos, atraída su atención por la semejanza que les encontraba con los visitantes de Ana. Uno de los hombres, un arrogante individuo de aspecto altanero, le sorprendió mirándolos.

—¿Quién diablos sois? ¿Y qué queréis? —le preguntó de mal talante.

David replicó:

—Busco el convento de las Ursulinas y os agradeceré que me indiquéis el camino.

El oficial le volvió la espalda.

—Éste acaba de llegar de los bosques y no sabe nada de Quebec —dijo a las señoras que le acompañaban—. Si el hedor de su sangre no os molestara, pagaría su curiosidad con un pinchazo.

Las damas rieron.

David dio un paso hacia delante con el rostro encendido. Una mano cogió su brazo, una mano amiga, pero firme y fuerte...

—Quieto, amigo —dijo una voz suave—. Yo os indicaré el camino de las Ursulinas y antes, de que pudiera responder, la mano le había arrastrado al extremo de la muchedumbre.

—Si vuestra sangre está más corrompida que la del capitán Juan Talón, —dijo la misma voz— habré de reconocer que es muy pobre. Yo, sé, porque soy de Montreal, de dónde le proviene su fama de perverso. Ha matado seis hombres, y no vacilará en matar a otro, amigo, tan sólo por divertir a sus amigas, las cuales han bajado con él desde la parte alta de la ciudad, sólo para presenciar este espectáculo que muchos consideran divertido. Mi nombre es Pedro Colbert, y respeto a los fusiles largos, de la frontera.

—Gracias —dijo David—. Yo soy David Rock, del señorío de Saint Denis, en el Richelieu.

—Un luchador —dijo. Pedro Colbert, y de nuevo el corazón de David latió con orgullo—. Yo soy comprador de pieles y trafico con los indios de la parte alta de la ciudad. Venga conmigo. El camino es oscuro y desviado hasta la Colina Rocosa, a la cual hemos de subir para bajar después y llegar, a las Ursulinas.

Cuando bajáronse por debajo de uno de los últimos faroles, el traficante de pieles se quitó la gorra y David, asombrado, vio que una cicatriz le circundaba la cabeza, en la que no había el menor vestigio de cabello.

A pesar de ello, la oronda faz de Pedro Colbert, con sus brillantes ojos azules y su rubio color, era de las que imponían respeto e inspiraban amistad. El comerciante dijo a David:

—Un signo de nuestra época, amigo mío. Los *senecas* me cogieron hace poco más o menos una docena de años y me extirparon el cuero cabelludo. Pero no podían matar a un hombre tan bueno como yo, y volví a la vida. No les guardo rencor ninguno, porque me han ahorrado el trabajo de peinarme y alisarme el cabello.

Llevaba aquellos días un largo fusil y cuando veo alguno de éstos en Quebec, salgo corriendo a darle la bienvenida. ¡Ah, llegarnos a la colina que hemos de remontar! ¿No conocíais la ciudad aún?

—No —repuso David.

—Resulta (perdonadme, joven) un poco extraño que preguntéis por las Ursulinas a estas horas. Allí no se recibe a los hombres. ¿Lo sabíais?

El semblante de David enrojeció. Luego dijo humildemente:

—Tan sólo quería ver el edificio por fuera. La señorita St. Denis, con quien me voy a casar, hace sus estudios en ese convento.

—¡Oh! —exclamó Pedro Colbert entre los jadeos que le producía el ascenso de la colina—. ¿Conocéis a alguien de Quebec?

—Sí. Al Intendente Bigot, al marqués de Vaudreuil, a Hugo de Pean, a Pedro Gagnon y a Nancy Lotbinière.

—¡Caramba! —dijo Pedro Colbert.

Al llegar a la cumbre jadeaba fatigadísimo. David sólo veía el amarillo resplandor de los faroles de las calles. Siguieron adelante, dieron una vuelta, y ante los ojos de David aparecieron las múltiples luces de un edificio mucho más grande que el casón de St. Denis.

—Ésa es la casa de vuestros amigos, señor —dijo Pedro Colbert señalando con el dedo y dando a su voz un especial tono de cinismo—. Están de fiesta, fiesta precursora del trabajo... y del juego. Hoy es lunes y se reúne el Consejo Superior. Aquéllas son las luces de la Residencia de los Virreyes del Canadá y del palacio del Gobernador. En este momento Duquesne estaba sentado a la mesa, con el Obispo a su diestra y el Intendente a su izquierda. Después vienen los consejeros siguiendo el orden de su nombramiento. Todos llevan sable, excepto el representante de Dios. ¿Pensáis visitarlos, amigo David?

—¡El castillo de San Luis! —exclamó David sin preocuparse del tono de incredulidad que ofrecían las palabras de su interlocutor—. No, no quiero molestarlos esta noche.

Pedro Colbert oyó como su inocente amigo suspiraba.

—¡Sois admirable! —exclamó—. Vuestra serenidad vale por la de diez hombres

juntos del Richelieu. Venid; las Ursulinas están aquí bajo, muy cerca, y a mí me guarda la cena en la calle de los Pobres, al pie de la estatua de San Juan Bautista. Os invitaría, pero ¿qué efecto causaría mi humilde alojamiento a un amigo de los gobernadores, intendentes y favoritos del Rey?

—Me complacería mucho acompañaros —sonrió David, comenzando a notar la ironía con que hablaba Pedro Colbert.

—Entonces, ¿vendréis?

—Sí, para que bromeéis un rato con quien os parece un embustero.

—Me sois altamente simpático —afirmó Pedro Colbert—. Os aseguro que, por muy lindos cuentos que conozcáis, ninguno podrá competir con los míos... He aquí, señor mío, el convento de las Ursulinas, con sus ventanas cerradas y sus débiles lucecitas, donde se aloja vuestra novia.

David sintió de pronto que la emoción le ahogaba.

—¿Y en qué parte está el colegio, señor? —preguntó—. ¿Podéis indicármelo?

—Sí. Ved aquellas luces que se apagarán antes de que el sereno de la segunda vuelta... ¡Oh, un momento! ¿Quién viene allí, acompañado por dos personas con linternas? También llega un carruaje. Acerquémonos. Mirad. Faldas y el centelleo de una espada. Una linda voz. Ha de tratarse de una especial licencia de la Madre Superiora, o de alguna travesura que se ha cometido en el claustro. ¡Quién sabe si será una evasión!

La voz de Pedro Colbert se hizo más ronca. David dio un grito ahogado. Una de las linternas había enfocado el carruaje y los dos amigos pudieron ver quién iba en el interior.

—¡Es el señor Bigot, el Intendente de Nueva Francia! —exclamó Pedro—. Y con él...

—Ana St. Denis —dijo David cuando el carruaje hubo pasado.

Su voz era serena, pero en su corazón sentía un peso y un frío insoportables.

—Señor, habéis sido muy amable y ello me anima a pedir os otro favor, que os pagaré algún día, si puedo. Acaso vaya esta misma noche al castillo de San Luis o al palacio del Intendente, pero antes desearía me indicarais el camino que conduce, a la casa de Nancy Lotbinière.

Capítulo XIII

PEDRO Colbert no contestó. Guió a David a través de la obscuridad haciéndole subir una empinada calle, y luego se dirigió rectamente hacia la calle de San Luis, dejando a sus espaldas el Palacio del Gobernador.

Allí se detuvo y comenzó a contar con los dedos.

—Yo no paso de aquí —dijo cuando hubo acabado—. La casa que buscáis es la que hace diez a la izquierda. A ver si os equivocáis y vais a la decimosexta. En ella vive Angélica de Pean, esposa de un hombre que conocéis y muy amiga del Intendente. También ella estudió en las Ursulinas. Sin duda, el alcalde de la ciudad está en su casa.

Con esta insinuación lanzó una alegre carcajada y pellizcó a David en un brazo.

—Cuando estéis más tranquilo y deseéis calor, cama y comida, preguntad a cualquiera por el domicilio de Pedro Colbert; el cual se halla muy cerca de la estatua de San Juan. Y si sólo necesitáis compañía, acordaos de que los *senecas* me mondaron y tengo especial simpatía por los rifles largos. Buenas noches, amigo.

—¡Buenas noches! repuso David.

No se movió hasta que los precipitados pasos de Pedro se perdieron calle abajo. Luego se dirigió al palacio del Gobernador. Pronto llegó a lo que dedujo era una gran plaza, la cual estaba tan oscura que no ofrecía a su vista sino el resplandor de los faroles que la rodeaban.

El viento le azotó el rostro. Era tan frío y penetrante, que pensó estaría en la misma cima de la montaña rocosa que desde las primeras horas columbrara, cuando navegaba por el río. Avanzó y tropezó con un obstáculo que le arrancó un grito de horror.

A sus pies se abría un gran hoyo y el objeto con que su mano había tropezado era el frío hierro de una empalizada. A sus plantas, a una profundidad de centenares de pies columbró multitud de puntos amarillos. Eran faroles que semejaban lucir a muchas millas de allí. La plaza de Nuestra Señora de las Victorias estaba iluminada por la hoguera de troncos que acusaba a una multitud congregada alrededor de los cepos, como minúsculos fantasmas.

Oyó un alarido, un juramento de la vieja señora de Guerin, y una explosión de risas que le hizo coro.

El viento, el frío, la cellisca, aquel abismo sin fondo que había a sus pies y su soledad aumentaban la sensación glacial que habíase apoderado de su corazón cuando vió a Ana y al Intendente. ¿Adónde se dirigirían? ¿Cómo era posible que hubiera salido del convento cuando tantas veces le había dicho que ello estaba prohibido

absolutamente? Acaso un permiso especial... Esto es lo que había insinuado Pedro Colbert.

Se volvió a oír un retumbar de ruedas. El súbito rencor que se apoderó de él cuando viera a Ana y a Bigot en el carruaje, aumentó ahora, al acercarse al vehículo, que se había detenido. De la mano del cochero pendía una linterna. Bajaron dos hombres produciendo un ruido de sables. Pero no vio a ninguna mujer.

Empuñó su fusil al oír el alto de un centinela de la puerta del palacio, y avanzó arriesgadamente hasta que le cortó el paso el guardián.

—¿Dónde vas tan ligero atrevido mozo? ¿Y qué significa ése largo fusil a las puertas mismas del palacio del Gobernador?

—Acabo de llegar del Richelieu y busco al Intendente Bigot. ¿Ha de venir?

—Acaso, pero yo no estoy aquí para que se me dirijan preguntas. Haced el favor de retiraros.

—Si estuviera aquí y la señorita St. Denis le acompañará...

El centinela le interrumpió:

—Si el señor Bigot está acompañado por esa señorita, no la traerá al palacio en una hora en que el Consejo Superior esté reunido. Por eso no ha asistido a la reunión de esta noche. ¡En fin, buen provecho le haga! Ahora, continuad vuestro camino. Los individuos sospechosos no pueden permanecer más de treinta segundos en esta puerta.

David no experimentó el menor deseo de defenderse de la sospecha y el insulto. Le dolía el corazón. La sangre le bullía en las venas. Vagó por la obscuridad y oyó, en la Ciudad Alta, a los serenos que voceaban la hora séptima. De nuevo pasó delante del convento, y vio que sus luces estaban ya apagadas, como Pedro Colbert había anunciado. Sus labios se contrajeron ferozmente. En su corazón se vigorizaba la determinación que le había impulsado a preguntar a Pedro Colbert por el domicilio de Nancy Lotbinière.

Transcurridos unos minutos, estaba de regreso en la calle de San Luis. Comenzó a contar las casas de la parte izquierda, y ante la décima se detuvo. Era un edificio alto, de magnífico aspecto, que comenzaba por una regia escalinata. Una farola de hierro forjado iluminaba la puerta y parte de la fachada. Las cortinas de las ventanas estaban corridas, pero la luz brillaba a través de ellas. Oyó voces, y su corazón, de improviso, saltó a impulsos de la esperanza. Eran voces juveniles y rientes como la de Ana, la de Nancy y la de Luisa Charmette, y la de un hombre que las acompañaba. ¿Sería posible que Ana se hallara allí?

Ascendió por la escalinata hasta que le bañó el resplandor de la farola. En este momento se abrió la puerta y salieron por ella tres damas, seguidas de tres caballeros, con trajes a propósito para defenderse del mal tiempo de la noche. La puerta se cerró tras ellos antes de que vieran a David. Éste estaba extraordinariamente pálido bajo la triste claridad del farol y permanecía tan rígido como en aquella ocasión en que pisara el vestido de Luisa Charmette. Había visto que Ana no formaba parte del

grupo. Además, reconoció en aquellos caballeros a los que se hallaban en la plaza de las Victorias, y Nancy Lotbinière apoyaba su mano en el brazo del capitán Juan Talón.

La dama lanzó un grito, pero no de sorpresa ni estupor, sino de gozo, un grito que llenó de calor el corazón de David. Dirigióse hacia él al punto, dejando a un lado al capitán Juan Talón, y le saludó con la vehemencia y cordialidad con que había soñado que le saludara Ana.

Tomó su fría mano entre las suyas, menudas y enguantadas, y tan fuerte y calurosamente se la estrechó, que sus amigos quedaron asombrados, a excepción de Juan Talón, cuya sombría faz se hizo más sombría aún al reconocer al individuo que había insultado en la plaza de las Victorias.

—¡David! —gritó—. ¡David Rock! ¡Oh, vos, después de mi terrible sueño de la noche pasada y de los lúgubres pensamientos que me han asaltado durante todo el día! ¡Cuánto me complace que hayáis cumplido vuestra palabra! ¡Y pensar que si os retrasáis un solo minuto ya no me habríais encontrado! Se volvió repentinamente a sus amigos.

—Es David Rock, el teniente David Rock, de quien tanto os he hablado.

Uno tras otro, Nancy se los fue presentando, pero, de los cinco nombres, sólo quedó grabado en la mente de David el de Juan Talón.

Fue éste quien dijo con un gesto de desdén que sólo David advirtió:

—¿El teniente Rock, decís? ¿De qué compañía?

—Eso es todavía un misterio entre nosotros —repuso Nancy por David—. Capitán, habréis de excusarme esta noche. Tengo que atender al señor Rock y ardo en deseos de oír las noticias que me traiga de mis amigos del Richelieu. En seguida me ocuparé de vos, David. Os dispondré calor, alimento y tantas comodidades como pueda.

El capitán Talón le maldijo con el pensamiento.

David se sintió íntimamente regocijado.

—Lamento que por mí hayáis de dejar al capitán Talón, Nancy —dijo con acerba satisfacción al ver la ira que se reflejaba en los ojos de su enemigo.

—El capitán Talón no me necesita dijo con frivolidad, —y añadió volviéndose hacia David, en el que fijó una alegre mirada—: Tenéis las manos tan frías como el hielo, y estáis mojado y fatigado. Perdonadme que os haya tenido aquí tanto tiempo, cuando lo que debí hacer fue llevaros al lado del fuego apenas os eché la vista encima.

Y antes de que el joven pudiera responder, Nancy le arrastró hacia la puerta, mientras formulaba las excusas finales. Al abrirse la puerta, David vio el odio amenazador que se reflejaba, en los ojos del capitán. Cuando se cerró advirtió que ante sus ojos había un paraíso.

La pesada puerta daba paso a un amplio vestíbulo y éste comunicaba con dos habitaciones, en las que ardía un magnífico fuego. Una sensación de bienestar, tal

como David lo soñara muchas veces, se apoderó de, él. Sin permitirle que se detuviera Nancy le condujo a una de las caldeadas habitaciones, la cual era casi tan grande como el salón del casón de St. Denis. Un rojo resplandor semejante al del sol poniente, inundaba la estancia de suave luz, procedente de candelabros con pantallas de seda. En la chimenea ardía un grueso tronco; bajo sus pies se extendían blandos felpudos de los muros pendían grandes cuadros, cuyas imágenes le parecieron vivas al entrar. Nancy Lotbinière, con admirable tacto, dejó que David se acostumbrara a aquel ambiente tan nuevo para él. Dio una voz mientras sus finos dedos manejaban las correas del morral. Aparecieron dos criados negros. Antes de que David lograra respirar libremente ya se habían apoderado de su fusil, de su morral y de su gorra, Nancy comenzó a darles instrucciones y acabó por colocar sobre los brazos de los criados su propio sombrero, su abrigo y sus guantes. Después se plantó ante David, tomando una de sus manos.

Jamás, ni aun aquel inolvidable atardecer en la Colina del Sol, en que tuvo a Ana entre sus brazos, hablase sentido David tan subyugado por la belleza de una mujer. La cabeza de Nancy era un halo de áureos rizos y sus ojos tenían un brillo tan deslumbrante que el corazón de David latió con una emoción nueva al contemplarse en ellos.

—David, me complace tanto que hayáis venido, que, si no fuera por Ana, os besaría. Y acaso, lo haga... a menos que vos me, lo prohibáis...

Antes de que David pudiera formular la menor respuesta, Nancy se levantó sobre la punta de los pies y le ofreció los labios, tan húmedos y dulces que el joven los besó, y los hubiera besado aun sabiendo que con ello había de sobrevenirle la muerte.

—¡Me había prometido a mí misma, que conseguiría esto, David! —exclamó apartándose de él con el rostro invadido por el rubor—. Lo he hecho a pesar de que jamás ofrecí así mi boca a hombre alguno. ¿Os molesta que haya obrado así?

—No —repuso David, pensando en Bigot y en Ana.

Él mismo se sorprendió de la tranquilidad con que contemplaba los bellos ojos de Nancy. Habló con calma, con verdadero aplomo y la dama advirtió en su rostro algo que no había notado hasta entonces.

—David, tenéis algo que decirme. Acomodémonos aquí, e estas dos grandes butacas, ante el fuego, mientras nos preparan la cena. Comenzad por vuestra madre, el señor de St Denis, el Cazador Negro y, Fontbleu, el anciano molinero. No me ocultéis nada de lo que adivino en el fondo de vuestro pensamiento. Estáis contrariado a pesar del beso que os acabo de dar.

—¿Por qué me habéis besado? —preguntó David de pronto.

—Porque os quiero mucho, David.

Contemplaba fijamente el fuego con la barbilla apoyada en la palma de la mano, y David no pudo ver la expresión de su semblante.

—¿No es que tenéis compasión de mí, porque soy un pobre palurdo como en cierta ocasión dijo Luisa Charmette?

—Sois el hombre más hombre que yo conozco, excepto uno —replicó Nancy suavemente—. Ese uno es Pedro Joel, el Cazador Negro.

—¿Conocéis al Cazador Negro? preguntó David dando un salto.

—Amo a vuestra madre, y creo que también ella me ama a mí un poco. Ha sabido ver en mi corazón como nadie ha visto jamás. Por eso os he besado. Os parecéis mucho a vuestra madre... vuestra madre que se ha introducido en mi corazón, y permanecerá de por vida. Me contó la historia del Cazador Negro, lo que fue cusa de que sintiera hacia él una grande admiración por el mucho bien que os hizo y por lo muy hombre que es.

David, henchido de una fuerte y selvática gratitud, experimentó el deseo de atraer y oprimir aquella cara contra la suya.

—Sois diferente a Ana —manifestó—. Ella le teme y le detesta.

Se detuvo y alzó sus ojos hacia los de él, sorprendiéndolos enrojecidos por una brillante llamarada.

—Pero, ahora que recuerdo... ¿No me contáis nada, David? Decídmelo todo sin omitir un solo detalle, aunque ese detalle se refiera a mí misma.

El corazón de David, lo mismo que su cuerpo, ardían. No le resultaba difícil hablar a Nancy, la cual le parecía, una vez alejada de los otros, un amigo de mucho tiempo. Si tenía fama de coqueta, su afectuosidad y su sinceridad ocultaban este defecto a los ojos de David. Si su belleza había sido causa de que se destacaran las murmuraciones de sus rivales, él no daba crédito a tales chismes. No le importaba que su mano hubiérase apoyado en el brazo de Juan Talón, y el cálido beso que le diera no le inspiró ninguna idea suspicaz. Experimentaba la sensación de haber alcanzado con ella un puerto de refugio, donde, además de ponerse a salvo de la inclemencia de la noche, había hallado alivio para su corazón, fuerzas y esperanzas.

No comenzó por hablarle de su llegada ni de Ana, sino que, acatando los deseos de Nancy, retrocedió hasta el bosque de Grondin. Sus ojos y su cara reflejaban las emociones que sentía. La simpatía y la comprensión de Nancy le inspiraban una dicha tal, que el contratiempo experimentado poco antes parecía ahora desprovisto de importancia. Nancy le había inspirado confianza, levantando sus ánimos y devolviéndole la fe que perdiera al ver a Ana y a Bigot en el carruaje. La charla de David fue interrumpida por la dama, la cual se fue en busca de una carta que había escrito María Rock. La carta decía:

Confío en que vos, que tan bien conocéis Quebec, guardéis a mi hijo, cuidando de que nada malo le ocurra. Sois mayor que Ana, y ésta, además, está muy sujeta en el convento. Nadie, pues, como vos para cuidar de mi David. Que Dios os lo pague.

—Por lo tanto, David, me pertenecéis —dijo Nancy—. Yo, como Ana, no conocí a mi madre. Sin embargo, voy a serlo vuestra, ayudada por Pedro Gagnon.

Entonces refirió David su encuentro con Colbert y lo que ambos vieron a la puerta del convento.

—¿Dónde podría ir Ana con el señor Bigot? —preguntó Ahora me parece que cometí una tontería no llamándolos.

—Tampoco yo comprendo por qué no lo hicisteis —dijo Nancy lentamente y fijando la vista en el fuego La hora era tan inusitada como la compañía, A mí no me gusta Bigot, David. Aunque Pedro se ría de mí por ello y me repita constantemente las muchas promesas que el Intendente os ha hecho, confieso que desconfío de él. Pero es indudable que algún buen propósito ha guiado a Ana a dejarse acompañar por él, algún propósito que mañana se averiguará. De eso podéis estar completamente cierto.

Y estuvo un buen rato contemplando el fuego, evitando así que David pudiera ver lo que su rostro expresaba. De pronto, Nancy sonrió francamente.

—David, os guardaba un secreto que voy a revelaros al punto. Ya no soy amiga de Ana. Hemos reñido.

El joven la contempló fijamente, lleno de asombro.

—Y la causa principal ha sido Bigot... y vos —continuó Nancy—. Detesto a Bigot, y Ana, en cambio, tiene una profunda y extraña fe en él. Yo le conozco. Ana cree que el Intendente es el alma de Nueva Francia y yo expuse mis opiniones, que ella rebatió. Le dije que no os sacara de vuestros bosques y ella me contestó con la acusación de que tenía celos. Le aseguré que al hablar sólo pensaba en su bien y ella me replicó que yo estaba loca por vos desde aquel día que nos encontramos en el río. Entonces yo le confesé que jamás me había pasado tal idea por el magín, pero que ahora era posible que pensara en ello. Se puso hecha una furia... y eso es todo, David. Desde entonces, cuando nos encontramos, nos tratamos con tal amabilidad que es una delicia vernos juntas. Nos colmamos de atenciones y alabanzas. Sin embargo, David, sucede que, a pesar de todo, yo amo a Ana profundamente y creo que ella me corresponde del mismo modo. ¿No resulta esto una complicación, ahora que he prometido ser para vos como una madre, y estoy dispuesta a cumplir mi promesa?

David iba a contestar, pero le interrumpió un rudo aldabonazo. Nancy se levantó de su butaca, como si se dispusiera a recibir a alguien. Un momento después, un criado abrió la puerta y entregó una carta a la dama. Y ésta la traspasó a David.

—Es para vos. ¡Qué interesante! Mientras leéis iré a ver si la cena está lista.

Se marchó sin darle tiempo a responder, David excitado y tembloroso, rasgó torpemente el sobre.

Luego, emocionadísimo, leyó la carta.

Señor don David Rock: Os escribo estas breves y precipitadas líneas, para informaros del placer que me proporciona el saber que estáis pasando una velada en casa de mi amiga la señorita Nancy Lotbinière. Si alguna vez se os

ocurre visitarme, pondré en vuestro conocimiento más detalladamente el cambio de opinión, que acerca de vos he experimentado, a causa del estupendo espectáculo que acabo de presenciar al pasar con el señor Bigot por delante de la vivienda del señor Lotbinière. Si la escena ha de repetirse —y supongo se repetirá con frecuencia—, aceptad este consejo amistoso; no os pongáis detrás de las cortinas de las ventanas mientras la luz brilla esplendorosamente.

Y la carta estaba secamente firmada con el nombre de «Señorita Ana, St. Denis».

David se desplomó en una silla. Durante unos instantes no pudo ver nada, todo le parecía oscuro e impreciso manchón. De la realidad no tenía más noción que la que le enviaba el dulce y claro canto de Nancy.

De pronto, el férreo aldabón se dejó oír nuevamente.

Capítulo XIV

LO que sucedió en los dos o tres minutos siguientes, fue algo que a David le pareció envuelto en una niebla. Sintió éste como si hubiera recibido un golpe que le dejara aturdido pero sin dañarle físicamente. La carta, su alarmante evidencia de que Ana le había visto besar a Nancy Lotbinière, la rápida convicción de lo que ello significaba, la tremenda deslealtad que el acto en si representaba, todo ello se acumuló sobre él dejándole paralizado e insensible a cuanto le rodeaba.

Habíase desplomado en una silla que había frente a la puerta y se dio cuenta de que, un criado negro la abrió y Nancy entraba terminando de cantar repentinamente. Le pareció que vivía en plena pantomima. No le sorprendió que fuera Pedro Gagnon el que había llamado, ni pareció advertir que Pedro daba muestras de agitación y prisa. Tan silenciosa y quietamente estaba sentado, estrujando en sus manos la descorazonadora carta de Ana, que Pedro no le vio.

Nancy, que había entrado en la habitación con el mismo alegre gesto con que saludara a David, quedó suspensa ante la aparición, de Pedro.

Pedro había llegado corriendo. Su respiración era jadeante. Con su casaca mal abrochada y sin corbata, sus ojos llameaban con una desesperación que estaba muy de acuerdo con su negligencia en el vestir.

Se encaró con Nancy.

—¿Dónde está David? —demandó.

David se levantó de su silla cuando Nancy, indicó su presencia. Pedro se acercó a él con los ojos relucientes todavía. Vio la carta que David estrujaba entre sus manos y, con un gesto que nada tenía de amistoso, le entregó otro papel idéntico al que David había recibido de Ana hacía poco.

—Leed esto.

Contenía solamente tres líneas dirigidas al mismo Pedro. David leyó:

Querido Pedro: Me muero: Venid en seguida a casa de Angela Rochemontier. Ana St. Denis.

A David se le cayó el papel de los dedos. ¡Ana se moría! Su sangre se heló. Pedro volvió a apoderarse del papel y de la carta primera, que David conservaba aún en sus manos, y se los arrojó a Nancy.

Ésta leyó primero la carta que iba dirigida a David Rock y luego la de Pedro, Y el forastero quedó aterrado al oír que la dama lanzaba una aguda y alegre risita.

—¿De qué se muere, Pedro? —preguntó Nancy.

—De dolor —exclamó Pedro furiosamente—. Cuando aparecí donde ella estaba, me envió aquí a toda prisa, para ver si llegaba antes, de que la carta que había enviado a David fuera recibida por éste. Se arrepintió al instante de escribirla... Es noble, muy noble. Y tú.

—Lo siento se lamentó Nancy dulcemente pero que no hubiese mirado a mi ventana. Además, ¿cómo sabía que David estaba aquí?

—Le vio cuando saliste con Talón y los demás amigos.

Con voz serena, Nancy replicó:

—Por lo visto, Bigot la detuvo o la hizo pasar otra vez para que lo pudiese ver todo.

—No sé. No estuve con ella tiempo bastante para que me lo contara. Necesita a David. ¿Dónde está su gorra y su abrigo?

—No ha cenado aún, Pedro, y, además, quiero que vea a mi padre, el cual llegará dentro de hora y media. A Ana le conviene llorar un poco. Eso es muy bueno para los ojos.

Y dirigía una sonrisa encantadora a Pedro, el cual sentía un nudo en la garganta. Luego se volvió a David, y, con sus cálidas manos, estrechó las de él.

—¿Deseáis acudir en seguida al lado de Ana, David?

—Sí, es mi deber.

—¿Y no estáis disgustado conmigo?

En sus ojos hubo un destello de ternura, que Pedro no advirtió.

—Habéis sido muy buena conmigo. Lo único que siento... Esta vacilación fue causa de que en los ojos de Nancy aumentara la ternura. Parecía haberse olvidado de Pedro.

—Algún día, David dijo Nancy no sentiréis que os haya besado y que Ana lo viera a través de la cortina. No tardaréis en decir vos mismo lo que yo digo ahora. Mientras tanto, necesito que tengáis fe en mí, pues no mentí al afirmar que jamás había besado a un hombre como os besé a vos... Solamente a uno.

Las últimas palabras fueron pronunciadas claramente, más para que fueran oídas por Pedro que por David.

—Jamás me arrepentiré de lo que he hecho, David.

Luego se volvió hacia Pedro...

—Querido Pedro...

A despecho del relámpago que animaba los ojos de éste y de la lucha interior que libraba para mantenerse fríamente digno, Nancy se levantó de pronto sobre la punta de los pies, lo mismo que había hecho con David, y le besó rápidamente. Después echó a correr escaleras arriba. Lo último que David y Pedro oyeron fue la canción que llegaba desde arriba con la dulzura y la agudeza penetrante de la voz de Nancy. Una doncella, jadeante y desorbitada, ofreció a David sus prendas.

—¡Dios Santo! —suspiró Pedro cuando se halló con David en la calle, donde reinaban las tinieblas y después de esta franca manifestación no volvió a despegar los

labios hasta que llegaron a casa de Angela Rochemontier.

Frente a la iluminada mansión, dijo:

—Un criado de Angela te acompañará a mi casa, cuando hayas terminado y se fue sin decir ni siquiera buenas noches, tal como había hecho al verle en el domicilio de Nancy.

Angela en persona le esperaba. Ella misma abrió la puerta, y David vio que su rostro estaba pálido y lleno de una profunda pesadumbre.

La palidez de David era espectral.

La dulce voz de Angela, un suave susurro conventual, le confortó, aunque temblaba con dolorida emoción.

—Me complace que hayáis venido —dijo Angela—. No sé lo que tiene Ana, pero debe de ser algo muy grave. A Dios gracias, es temprano aún, y mi familia no ha regresado. De lo contrario, me aturdirían a preguntas. Ana está en mi cuarto, y ni quiere salir. Podéis ir a verla. Confío en que todo se resolverá de la mejor forma.

Angela era una muchacha alta, rubia, delgada, y cuyo angelical aspecto ya denotaba lo que en años futuros había de ser la Hermana Santa Genoveva del Niño Jesús. Cuando David la siguió escaleras arriba, sintió a su alrededor una atmósfera de serenidad y fe que dio ánimos a su corazón, el cual estaba a punto de estallar de espanto. Ya en lo alto de la escalera, Angela señaló con la cabeza hacia una puerta cerrada, y dirigiendo a David un palabra alentadora, descendió de nuevo al piso bajo. Por unos instantes, David permaneció inmóvil. Lo que antes era un simple temor habíase convertido ahora en terror insoportable. La intensa calma que reinaba dentro de aquella mansión lo aumentaba. No se oía el menor ruido que acusara la presencia de la vida. Casi oía el fluir de la sangre por sus venas cuando fijó su vista en la puerta cerrada. Esto aumentó también el terror que le dominaba. Aquella puerta le separaba de Ana, lo mismo que su deslealtad le separaba de la felicidad futura. No pensaba en el perdón, sino en Ana, ultrajada, traicionada, aborreciéndole, y en él mismo, desvergonzado, indigno, merecedor del castigo que le amenazaba.

Su piel ardía produciéndole un vivo escozor. Se acercó a la puerta y volvió a detenerse, dominado por el terror. Su mano se levantó maquinalmente y golpeó el entrepaño de caoba. Dio dos golpes más. Otro, y al fin, como respuesta, oyó un leve sollozo.

Abrió, tan sólo lo necesario para que la cabeza cupiera por la abertura, La habitación estaba iluminada por dos altos candelabros. Frente a la puerta había un lecho con colcha de nivea blancura y un dorado crucifijo.

Después vio una butaca forrada de terciopelo escarlata, un sillón muy amplio, en el que podrían haberse sentado Angela y Ana al mismo tiempo de anchos y curvados brazos. En el suelo, ovillada ante la butaca y con la cabeza apoyada en ella, estaba Ana sollozando. Su débil cuerpecillo se estremecía y sus gemidos eran tan apagados, que David sólo percibió uno. Las horquillas habíansele caído del pelo, sus trenzas estaban deshechas, y su abundante cabellera flotaba como un manto en torno suyo.

David, que entró sin lograr desasirse de su estupefacción, oyó que una leve y triste voz preguntaba:

—¿Ha venido Angela?

David trató de decir algo, pero no pudo. Lo primero que salió de sus labios después de atravesar el umbral fue un suspiro. Ana lo oyó. Levantó la cabeza y, durante un momento —que a David le pareció una eternidad— estuvo contemplando el respaldo del rojo sillón.

—¡Angela!

—No es Angela —repuso David humildemente—. Soy... yo.

Ana se puso rápidamente en pie. Semejaba una fierecilla que hubiérase erguido al lado de la roja butaca. A pesar de lo mucho que había sollozado, no quedaba en sus ojos vestigio de lágrimas. Los tenía secos y magníficamente oscuros y llameantes. Su color azul habíase trocado en el fuego de mil diamantes.

—¡Tú! —exclamó—. ¡Tú aquí en la alcoba de Angela! ¿Cómo te atreves, David Rock?

—Me envió Angela —titubeó David.

—No te creo —gritó Ana retorciéndose las manos, cuyos dedos estaban crispados—. Angela consideraría profanada esta habitación si supiera que tú estás aquí.

David reaccionó momentáneamente en medio de su abatimiento.

—Lo siento, Ana —dijo—. Siento lo que ha ocurrido. Siento haber venido a Quebec. Siento haberte visto y haber visto a Bigot, y haber visto a Nancy, y siento sobre todo haberte causado este pesar.

—¿Pesar? —exclamó Ana echando hacia atrás su cabeza con súbito y arrebatado movimiento—. Pero ¿es que crees que puedes dañar mi corazón, ahora que sé lo que eres? ¡No es esa pena que supones la que yo tengo!

Avanzó un paso.

—Es humillación —rugió Ana—. La humillación de saber que Nancy Lotbinière ha hecho lo que dijo que haría, aunque yo creí en un principio que se trataba de una broma. Estoy contenta, muy contenta de que haya ocurrido esto, pues así se ha demostrado, cuán frágil de corazón eres, a pesar de la opinión que yo tenía, formada de ti. ¡Pero la humillación! ¡La humillación me enloquece! ¿Qué dirá Bigot? ¿Qué dirá la gente? ¡Oh, la odio! Odio su cabellera roja, que fue lo primero que te llamó la atención. Odio todo lo que pertenece a ella. Y a ti, y a ti te odio también. No quiero volver a verte.

De pronto cuando el mundo se hundía a los pies de David, ocurrió algo sorprendente. Ana se abalanzó sobre él. Firmemente, David aguardó el golpe, exhalando un leve grito de placer. Pero las manos que, levantadas, venían sobre él, no le golpearon. Los brazos de Ana rodearon su cuello. La cabeza de la amada buscó el apoyo de su pecho. Y los brazos se estrecharon más y la joven estalló en sollozos, demostrando cuán destrozado estaba su corazón.

—¡David, David! Perdóname —oyó con asombro que decía Ana—. No, no te

odio; no. ¡Te amo! Lo siento dentro de mi corazón y no me importa lo que la gente haga o diga con tal de tenerte a ti... Pero... si quieres a Nancy Lotbinière...

Insospechadamente, como una oleada arrolladora, las palabras surgieron de los labios de David. Ni una sola frase, ni una sola palabra de lo que dijo pudo recordar, después. Con su rostro unido al de Ana, sus brazos alrededor del adorado cuerpo, su alma elevada súbitamente, desde las negruras de la desesperación a las alturas del paraíso, se quitó tal peso de encima, que vio el azul y la felicidad en aquellos ojos que estaban tan cerca de él. La besó y, entre sollozos, trató de explicarle los pensamientos que tuvo cuando vio a Bigot y la amargura que había invadido su pecho, turbándole hasta el punto de que no vaciló en besar a Nancy Lotbinière. Pero en aquel momento Ana le besó manteniendo su boca tal pegada a la de él, que cuando Angela llamó a la puerta, había en la habitación un profundo silencio.

En aquel reposo, el aviso de aquella dulce voz produjo a la amante pareja el efecto de un rudo golpe. El señor Rochemontier y su esposa estarían de vuelta dentro de pocos momentos. Por lo tanto, era conveniente que David se fuera. Ana le retuvo.

—¿Me prometes, me juras por tu honor, que jamás besarás a esa bruja desvergonzada y que jamás dirigirás a ella un pensamiento de los que sólo a mí pertenecen? —murmuró.

—Sí, lo prometo.

Se volvió para mirarla en el último tramo de la escalera, pero sólo pudo ver la nube reluciente de su cabellera, pues Ana volvió a entrar en aquel momento en el cuarto de Angela. Con sus delicados y amables modales, Angela le dio las buenas noches y le dejó al cuidado del sirviente que había de conducirlo al alojamiento de Pedro Gagnon.

Éste estaba en la calle de Santa Úrsula, no lejos de allí. Pero antes de que hubiesen recorrido la mitad de la distancia, el criado delante con una linterna y David detrás, absorto aún en la tormenta que desde hacía tres horas conturbaba su espíritu, ocurriósele al forastero pensar que las palabras que Ana le había dirigido no aclaraban lo más mínimo el misterio que significaba la salida del convento con Bigot. Cualesquiera que fuesen los planes de Ana y Bigot, interrumpidos por él mismo al ser visto a través de una ventana de la casa de Nancy Lotbinière, determinaron una sospecha que surgió en su pensamiento fácilmente, pese a la confianza con que había dejado a Ana hacía un momento.

A causa del rencor con que se castigaba a sí mismo se había olvidado de Bigot, y también de la mortificante angustia que se había apoderado de su corazón cuando vio a Ana en el carruaje del Intendente. Tampoco recordaba las palabras de Pedro Colbert y la expresión del rostro de Nancy cuando él le refirió lo sucedido. Ana se lo había hecho olvidar todo. Él había acudido a su presencia suplicante y arrepentido y ella nada le había explicado.

Casi tropezó con el criado, que se había detenido ante una puerta solitaria. Advirtió que el edificio a que esta puerta pertenecía era de piedra como las casitas de

campo del señorío. Sus ventanas tenían cerrados los postigos. Un aldabonazo, y apareció un criado que, cogiendo los bártulos de David, le condujo a través de un oscuro salón y le hizo cruzar una puerta que daba a una amplia sala llena de luz. El criado se marchó en seguida y cerró la puerta tras de sí.

David hubiera comprendido en seguida que la estancia pertenecía a Pedro, aunque éste no hubiera estado allí. El testero que había enfrente de la puerta contenía un pequeño arsenal de armas y la gran sala mostraba la descuidada suntuosidad que era el rasgo más característico de su amigo. Mas Pedro estaba allí y el corazón de David se paralizó cuando sus ojos se fijaron en él. Sin embargo, pronto se rehízo el forastero.

Pedro paseaba de un lado a otro con una larga pistola de duelo en la mano, y saludó a David con una sonrisa más de amenaza que de cordial amistad. Su pelo, aún húmedo a causa de la lluvia, estaba pegado a su cabeza, y su cara redonda y rojiza denotaba una cólera alimentada desde hacía algunas horas. Ofrecía un gran contraste con el rollizo, alegre y simpático Pedro de Richelieu. De súbito creyó David todo lo que había oído acerca de él como sanguinario luchador con aquellas armas que pendían de la pared.

David le tendió la mano, pero Pedro le dirigió una mirada amenazadora.

—¡Caramba, caramba! —dijo irónicamente—. Conque adorador de Nancy, ¿eh? ¡Sí que anduviste ligero para conquistarla en el Richelieu! Y nosotros fuimos tan ciegos que no supimos ver lo que ocurría. ¿Qué dices a esto? Por tu madre, no puedo hacerte salir a la calle para pegarte un tiro. Pero lo haría por defender a Ana.

No existía duda acerca del furor que anidaba en el pecho de Pedro. Sus ojos, regularmente plácidos y amables, centelleaban con un fulgor inusitado y terrible. Su voz temblaba acerbamente y su mano estaba blanca y rígida a causa de la crispación con que empuñaba la pistola.

Bajando lentamente la mano extendida, David miró fijamente a su amigo.

—Pedro —suspiró—. Estás en un error. Yo, no he...

—¡Un error! —le interrumpió Pedro con voz atronadora—. ¡Un error!

Con furioso ímpetu, arrojó la pistola en medio de la habitación.

—He de alejarla de mi mano, pues, de lo contrario, saldrías de aquí con una onza de plomo dentro del cuerpo. ¡Un error besar a Nancy de la forma que lo has hecho! ¡Un error faltar a Ana vilmente y traicionarme a mí! Y aun ha besado a otro hombre como te besó a ti, David Rock. Oí como ella, lo decía. ¡Dos amantes! Tú eres el último, tú, que te has deslizado en su casa como un ladrón y has sido sorprendido casualmente.

—¡Pedro!

Del rostro de David había desaparecido la palidez, Con un rápido movimiento, asió a su amigo por un hombro.

—¡Pedro! ¡Estás mintiendo!

Le hizo retroceder uno o dos pasos y se cruzó de brazos con el gesto habitual de

los indios.

—¡Mientes!

Pedro miró a David con la boca abierta. Después sus labios: se cerraron y sus ojos se entornaron hasta reducirse a dos puntos fulgurantes.

—Por menos que, eso he matado a tres hombres —dijo fríamente.

—Dispara sobre mí si quieres, pero no por eso dejaré devolver a decirte que mientes.

Era un nuevo David el que ahora se erguía frío y pétreo ante Pedro. Con unos cuantos años más y una franja blanca en el cabello, podía haber pasado por el Cazador Negro.

—Yo besé a Nancy —dijo—. La besé porque, en aquel momento, era la única amiga que tenía en esta ciudad a la que comienzo a aborrecer. Entre la obscuridad y la tormenta, me dirigí en primer lugar al convento. Un hombre llamado Pedro Colbert me acompañó y vi a Ana, en un carruaje, acompañada de Bigot y sintiéndose al parecer, tan feliz que me dio un doloroso vuelco el corazón. Pedí al señor Colbert que me indicara dónde vivía Nancy Lotbinière. Cuando yo llegué, Nancy salía con unos amigos. Sin embargo, se despidió de ellos, me hizo entrar en la casa y estuvo tan amable conmigo que... sucedió lo que ya, sabes. Eso es todo. Además de mi madre y de Ana, hay en, el mundo otra mujer por la que lucharé. Ha sido muy buena conmigo, ha salido dos veces en defensa mía. Si hay ángeles en Quebec como tantas veces me has dicho, uno de ellos es Nancy Lotbinière. Es tan buena como esa santa de Angela Rochemontier. Yo no me revolveré contra ella, ni aun por Ana. Y no toleraré que la insultes. Si dices que es mala.

—¡Mala! —rugió Pedro—. ¿Quién ha dicho que es mala? ¿Quieres decir que he sido yo?

—Lo insinuaste.

—Yo no he insinuado nada.

Pedro, apurado, se pasó la mano por el alborotado cabello.

—¡Insultarla yo! —exclamó comenzando a pasear de nuevo de un lado a otro de la estancia—. ¡Antes morir! Y mataré al hombre que pronuncie una palabra injuriosa sobre ella. Es un ángel.

—Eso es lo que yo he querido decir, Pedro —manifestó David, encantado.

—Es mas adorable y más, inteligente que una docena de Anas juntas —declaró Pedro limpiándose con un pañuelo el sudor de la frente, y sin cesar en sus paseos—. Pero... ¡te ha besado...! Y yo me pregunto: ¿por qué diablos habrá hecho eso?

—Creo que le inspiré compasión...

Pedro se detuvo y, ya con expresión más serena, contempló a David.

—Eso es —dijo seriamente Se compadeció de mí también, ¿verdad? Me besó y echó a correr escaleras arriba. Ha sido la primera vez que me ha besado, y tan velozmente lo ha hecho, que no sé si ha sido una pluma o sus labios lo que ha tocado los míos. Me besó porque se compadeció de mí. Pero lo peor no es que te haya

besado, si es que Nancy ha dicho la verdad. Puede ser que todo sea producto de mi excitación. Pero tengo derecho a estar excitado. El beso que te ha dado a ti no me ha irritado tanto como lo que Nancy ha dicho después. ¡La ha besado otro hombre! ¿Dónde está? ¿Quién es?

Pedro rió con sarcasmo. Después, de pronto, asió la mano de David.

—Te he recibido muy mal, amigo mío. Un poco tarde es, pero perdóname. Estoy verdaderamente loco por Nancy. Sin ella, me moriré. Llevo de hinojos a sus pies más de dos años y jamás me permitió besarla. Así, pues, que tú hayas conseguido en unas cuantas semanas lo que yo no he logrado en un tiempo diez veces mayor..., ¡diantre!, es muy duro. Tanto me duele, que no considero la vida muy digna de vivirse. Buscaré por todas partes a ese hombre que Nancy ha mencionado, le haré salir en medio de la calle, con una pistola cada uno, y le mataré.

Su mano estrechaba la de David. De pronto, brilló en sus ojos la luz de la inspiración.

—¿Será el capitán Talón? —preguntó—. Tiene fama de ser el mejor tirador de Nueva Francia, y me complacería sobremanera atravesarle el cuerpo de un balazo,

—¡Imposible! —exclamó David, alentado por el cambio que había experimentado la cuestión—. Creo que, antes que al capitán Talón, besaría a una víbora.

Pedro le dirigió una mirada escrutadora.

—Sin embargo, estaba en su compañía esta noche.

—También estaba Ana en la del intendente Bigot.

—Pero ella te ha explicado...

—No me ha explicado nada. Y cuanto más pienso en ello menos me gusta lo que he visto en el coche.

Pedro y David se miraron en silencio. Durante aquella pausa en que cada uno de ellos estudiaba la inquietud que se reflejaba en los ojos del otro, se tejió entre ambos un lazo de simpatía.

—David, siento mucho haberme portado tan neciamente contigo, pero no debes abrigar la menor inquietud respecto a Ana. Juraría que iba con Bigot por alguna causa noble.

—Y yo juraría con igual seguridad que Nancy Lotbinière tuvo también una razón poderosa para ir con Talon y para besarme —dijo con tono extraño que no inadvertido a Pedro.

—¡Condenación! —exclamó éste apretando los puños.

Y enseguida preguntó:

—¿Qué aconteció cuando viste a Ana?

David se lo contó en dos palabras y, finalmente, añadió:

—Supongo que sabrás que Nancy y Ana han reñido.

—Lo sé —refunfuñó Pedro—. He sido el intermediario de ellas durante todo el mes pasado. Entre las dos me han hecho trizas los nervios. La una odia a Bigot y

teme por ti; la otra confía en él tanto como en la misma virgen y cree a pies juntillas en sus promesas; la una le pone tan bajo como las alcantarillas, la otra le eleva hasta los cielos; la una le considera el mayor traidor de Nueva Francia, la otra como el primer patriota, que ha de procurar la gloria de su país. ¿Cómo no iban a reñir si además son enemigas a causa de los celos, cosa que me desagrada por parte de Nancy?

David puso una mano sobre el brazo de Pedro.

—¿Y cuál de las dos tiene razón? —preguntó tranquilamente.

Pedro dijo después de titubear:

—Las dos.

—Quieres decir que...

—El Intendente jamás hizo promesas como las que os ha hecho a ti y a Ana. Por alguna razón te ha tomado un gran aprecio. En poco tiempo, con su ayuda, conquistarás gloria y dinero. De eso estoy seguro y considero que serías un necio en desaprovechar la oportunidad. Ana está en lo firme al tener en él la gran fe que tiene. Pero Nancy se halla más próxima a la verdad. Bigot y su camarilla tienen el corazón de Nueva Francia a sus pies. Bigot es tan astuto que sólo tiene en contra la mitad de la gente, pues la otra mitad va a su favor. Te dije en cierta ocasión que era el hombre más malvado de Quebec. Mi opinión no ha cambiado. Su moral está a la altura de las cloacas. Nancy lo conoce y yo también. Ana, no. No creas en lo que ella califica de murmuraciones de los envidiosos. Pero eso nada tiene que ver con tu futuro. Puedes vivir felizmente mientras que yo, sabiendo que Nancy ha expresado su preferencia a otro hombre...

—¿Estás seguro de ello?

—Tan seguro como de que Ana no ha permitido jamás a Bigot que tome de sus labios lo que considera solo tuyo.

Estas palabras produjeron a David el efecto de una puñalada.

Pedro continuó:

—Cuando Nancy dijo que sólo había besado a otro hombre de aquella forma, no pronunció tales palabras por ti, sino por mí. Luego me hizo objeto de sus burlas besándome de aquella manera ofensiva y huyendo velozmente. Y todo a causa de...

—¿De qué?

—De mi inutilidad gimió Pedro. Durante años me ha estado diciendo que soy más insignificante que las gaviotas que vuelan sobre el mar; que estoy tan gordo a causa de mi torpeza y de mi insolencia, que sólo pienso en el lujo y en mí mismo; que si todos los hombres fueran débiles, apocados e inútiles como yo los ingleses nos arrojarían a escobazos de nuestro suelo. Todo eso me ha dicho, pero hasta que te vio a ti, no ha sido verdaderamente mala conmigo. Desde entonces censuró más furiosamente mi constante holganza y continuamente me ponía el ejemplo de tu persona, diciendo que así, como tú; debían ser los hombres. Finalmente te besa, y aún dice que ha besado de igual forma a otro hombre y... y,... ¡Vive Dios que se

arrepentirá de todo!

Un pensamiento terrible alteraba el semblante de Pedro.

—¡Sí! —gritó con voz retumbante—. ¡Pedro Gagnon ha muerto! Con la ayuda de Dios, voy a hacer algo más que tirar a pistola. ¡Condenado Bigot! ¡Maldita gente! Les odio aunque van a hacerme, entrar, en actividad y desembarazarme de mi maldita gordura. Seguiré contigo las pistas de los indios. Lucharé, bogaré, correré. Obtendré un cargo en el ejército o armaré; una revolución. Ya sabrá Nancy Lotbinière quién soy, En primer lugar, voy a buscar por todas partes a ese amante que ella ha mencionado y le haré lo siguiente...

Excitado, tendió el brazo, cogió la pistola del suelo y se enfrentó de nuevo con David agitando peligrosamente el arma.

—Has estado siempre en lo cierto. ¿Por qué no fui al Fuerte Guillermo y al Sur contigo y con el Cazador Negro? ¿Por qué, no he hecho algo útil en vez de holgar? Prefiero morir a, seguir viviendo de esta forma. Me hallo ya en el camino de la guerra, de la fama, del triunfo y de mi venganza sobre Nancy Lotbinière. ¿Me ayudarás, David?

Pedro no fingía, Su rostro estaba encendido. En aquellos críticos momentos su blancura casi femenina había desaparecido. No era el galán de los desafíos, ni el caballero de las fiestas y paseos. Su mandíbula ostentaba una dura contracción. Sus ojos despedían un incendio que David no había visto nunca en ellos. Sus manos, que apretaban las de David, habían perdido su suavidad. El espíritu de sus antepasados guerreros habíase alzado en él transfigurándolo hasta el punto de que David apenas reconoció a Pedro en aquel hombre que tenía ante sí.

Tal era su gozo con ello, que David olvidó a Bigot, a Nancy y a Ana. Habíale invadido la sensación de haber hecho una gran conquista. No otra cosa había soñado desde la infancia: que Pedro, su querido Pedro, le acompañara algún día por las sendas del bosque, se aventurara con él, peleara con él y con él sintiera el pleno latido de la vida selvática.

Sus manos se estrecharon fuertemente. Una sonrisa apareció en el rostro de Pedro, y en el de David, una alegría triunfante. Durante medio minuto estuvieron mirando fijamente sin cruzar palabra. Mil cosas pasaron por sus pensamientos.

Pedro lanzó un profundo suspiro.

—¡Qué gloria haya el alma del abuelo Pedro Gagnon! —dijo—. Ha dejado en mí sangre de su cuerpo, sangre que siento bullir dentro de mí.

David tuvo una rápida visión.

—Y que Dios bendiga también a Nancy Lotbinière repuso el forastero.

No habían oído que la puerta exterior se abría y se cerraba. Sonaron unos golpes en la del cuarto de Pedro, Éste respondió. Una voz le arrastró al vestíbulo y la puerta se cerró tras él. Estuvo fuera varios minutos.

Cuando regresó, se inclinó ante David con un fantástico centelleo en los ojos.

—Estás sin cenar aún, querido aventurero dijo y la noche continúa reclamándote.

A la puerta hay un coche esperándote. Y en el vehículo hay un hombre. El carruaje es del Intendente de Nueva Francia; el hombre, el mismo Bigot. Quiere llevarte a su palacio, solicita tu inmediata compañía. Es éste un honor que no comprendo, pero mi humilde techo no debe retenerte.

Después de lanzar un suspiro, Pedro agregó:

—Dios mío, ¿qué significará todo esto?

Capítulo XV

FRANCISCO Bigot, el decimotercero y último Intendente de Nueva Francia, paniaguado de la fortuna y favorito de la Pompadour, jamás había tenido más razón para pensar que los dioses de la suerte estaban de su parte, como aquel día y aquella noche del treinta de noviembre de 1754.

Habían sucedido varias cosas que acusaban la importancia de su poder. Aun dotado por el Rey de magnífico cargo de Superintendente absoluto de los departamentos de justicia, Policía, Hacienda y Marina de América, hasta aquel famoso día 30 de noviembre fue inferior en un grado al Gobernador General de las Colonias. Pero tal día, mediante los asuntos del Consejo, se exteriorizó la supremacía de su despotismo, señalando la primera página de la trágica historia final de Nueva Francia.

Aquel día Francia perdió un continente. La más terrible batalla ulterior no fue nada comparada con los acontecimientos de aquella jornada.

Bigot había logrado un poderoso triunfo, un triunfo que iba a cambiar completamente la historia del mundo occidental. Había abatido al Gobernador General, el marqués Duquesne de Menneville, de aquel pedestal que había elevado a los gobernadores, durante generaciones enteras, por encima de las Intendencias. Los que estaban mezclados en los secretos de Estado no tuvieron la menor duda de que el marqués de Vaudreuil ocuparía el puesto de Gobernador de Nueva Francia. Éste sería entonces un subordinado del Intendente y no faltaba quien supiera que uno y otro iban a formar un temible instrumento lo suficiente poderoso para realizar el crimen tremendo de saquear a Nueva Francia.

Bigot era más astuto que Satán y más pérfido que una víbora. Vaudreuil, un gánzapiro vanidoso, ensoberbecido por el repentino esplendor que su figura iba a adquirir^[9].

Así fueron considerados durante los últimos años por las inteligencias despejadas: las de Montcalm, de Longema, de Bougainville, de Lacorne, de Beaujeu, de Taché, de Léry, de S. Ours y otras *Honnêtes Gens*, verdaderas almas de Nueva Francia, sobre cuyo honor y talento pasó Bigot como una oleada destructora.

Desde aquella fecha, los destinos de Nueva Francia serían decretados, no desde el castillo de San Luis, sino desde el espléndido palacio del Intendente, donde de continuo reinaba la orgía.

Pero no fue esto todo lo bueno que trajo aquel día Bigot. Ansioso de riqueza y de poder, estaba dominado por una pasión más absorbente todavía: las mujeres. Por primera vez en su vida una mujer le había hecho olvidar completamente a todas las

demás, y las llamas de este deseo eran más abrasadoras que las de sus afanes políticos. Tan cerca había tenido a Ana aquella noche, que su triunfo sobre Duquesne y las *Honnêtes Gens* le parecía una trivialidad.

Esto pensaba mientras aguardaba a David. Resguardado de la tormenta por las cubiertas de piel del carruaje, sonreía en la obscuridad. Un calor de bienestar confortó su cuerpo. El optimismo y la afabilidad habían invadido su alma. Los dioses de la fortuna estaban con él. De otro modo, ¿cómo podría ser que hubieran sorprendido a David en el momento de cometer su infidelidad?

Entonó una cancioncilla en voz baja para distraerse durante la espera. Estaba placenteramente ilusionado por lo que aquel acto de infidelidad había significado para él. No sería difícil, después de lo sucedido, embaucar a Ana cuando llegara la ocasión.

¡La ocasión!

Le parecía que sus brazos estrechaban ya aquel cuerpo, el cual se estremecía junto al suyo. Estaba convencido de que se rendiría. ¿Qué significaba la Intendencia de Nueva Francia y toda su grandeza política al lado de eso? Catalina de Louiseburg, Angélica De Pean, la espléndida Carlota y todas las demás, habían sido desalojadas de su mente por Ana.

Sentíase de nuevo a su lado en aquel momento de horror en que habían sorprendido a David. Sentía aún el palpitar de su cuerpo cuando él se atrevió a rodearla con su brazo, excusándose en su intención de confortarla. No había ido demasiado lejos, Eslabón por estabón, iba soldando la cadena. Ana se aproximaba a él cada vez más. Lo único que necesitaba ahora era... la ocasión.

Debía tener paciencia. Quería poseer a Ana completa y absolutamente, más absolutamente aún que poseyera, a Carlota y a Catalina de Louiseburg. Esta idea le zumbaba en la mente al mismo tiempo que sus labios cantaban. De pronto Pedro Gagnon abrió la puerta y apareció David.

El Intendente saltó del vehículo y lo abrazó bajo la luz amarillenta del farol de un criado. Dijérase que Bigot veía a su más querido amigo después de una larga ausencia y cuyo arribo inesperado le henchía de imponderable placer. A pesar de lo que había acontecido, así se lo manifestó a David. La luz del farol acusaba un semblante alegre y amistoso. En verdad, ¿cómo podía concebirse la menor sospecha sobre aquel hombre tan poderoso que afrontaba la tormenta sólo por dar la bienvenida a un amigo?

—¡Pensar que habéis llegado solo y en una noche como ésta! —exclamó—. De haber sabido que veníais, hubiera enviado al río una escolta. ¡Y vaya aventurilla que habéis corrido la primera noche! La pobre Ana ha estado a punto de enloquecer, pero creo que mañana le habrá pasado todo. Hay que tener cuidado con las ventanas abiertas. Ya lo sabéis para otra vez. Quebec no es la selva.

Y Bigot rió humorísticamente.

Nada hubo en su voz ni en sus gestos que pudiera infundir en David resentimiento

ni sospecha, pues le habló con un tono de sincera camaradería.

—Es menester que os dé ciertas explicaciones —prosiguió el Intendente—. Tenía una cita con el Obispo, y Ana quería complimentarle. Ese burlesco diablillo que nosotros llamamos Hado nos hizo pasar por delante de casa de Nancy Lotbinière en el preciso instante que entrabais en la casa y os deteníais a hablar con ella. Ana se quedó como el hielo. Insistió en volver atrás cuando logró dominarse y pasamos de nuevo en el instante del beso. ¡Oh, qué envidia me disteis! ¡Deslumbradora Nancy! ¡La única rival de Ana en belleza y dulzura! Sois un galán afortunado. Pero la ventana... ¿Por qué tuvisteis tan gran descuido?

Rió ligeramente, como si lo ocurrido fuera una simpática broma y no una tragedia.

—No pensaba ir a casa de Nancy —confesó David, sintiendo que el corazón se le desbordaba de felicidad ante la explicación de Bigot—. Yo...

—Sí, sí, comprendo. No pensabais que pudiera suceder lo que ha sucedido. Pero el efecto no por eso deja de ser el mismo. Ana se empeñó entonces en que la condujera a casa de la señorita de Rochemontier, y allí la hallaréis mañana seguramente.

—Ya la he visto —dijo David—. Envié a buscarme.

—¡Diablos! —exclamó Bigot—. ¿Y os perdonó?

—Le referí todo lo que había sucedido, y Ana pareció comprenderlo.

Bigot fingió olvidar el incidente, Preguntó por María Rock y por sus bosques, mientras el vehículo rociaba por la enlodada calle de Palacio. No hizo mención a los medios de que se valiera para averiguar el paradero de David.

Descendieron por una larga pendiente a las proximidades del río de San Carlos. David percibió la sombra del inexpugnable murallón que circundaba la parte principal de la ciudad, cuando pasaron por debajo del lúgubre arco de la vieja puerta de Palacio. Cuando cruzaban el punto de la ciudad antigua denominado de Saint Rock, un centinela les enfocó la linterna y les dio el ¿quién vive? Luego pareció a David que entraban en una pequeña ciudad de grandes y sombríos edificios. De haberlos contado, David hubiera comprobado que éstos eran veinte y que tres de ellos sobresalían de los demás, Era la fortaleza de los intendentes de Nueva Francia.

La tormenta cesó. El cielo aparecía ahora más despejado. Bigot descorrió la cortinilla, y, con aquel tono de soberbia que tan raramente empleaba, dijo:

—Desde aquí gobierna el Rey a Nueva Francia.

Había algo siniestro y terrible en aquellos lóbregos edificios que hacían más densas las sombras de la noche. Bigot nombró el Real Depósito de la Corona, puesto ya en su camino de infamias, y las prisiones.

Un minuto después salían de aquella tenebrosa oscuridad y se enfrentaban con el palacio.

La luz de sus ventanas denotaba cuán vasto era. Construido con piedra y pizarra azulada, con sus dos pisos, su longitud de cerca de trescientos pies, por setenta y

cinco de profundidad, era, aparte el palacio real de Versalles, la muestra más patente de la soberanía francesa.

La entrada, un gran atrio con dos escaleras, estaba iluminada por media docena de lámparas, y, bajo esta luz, los guardias armados del Intendente paseaban de un lado a otro. Bigot, silenciosamente, saltó del carruaje, seguido de David. Cruzaron la puerta e, instantáneamente, los regios recintos dieron señales de vida. Se oyeron voces en la gran cámara de entrada y murmullos en los salones poco iluminados. No había allí nada del esplendor y la magnificencia de Nueva Francia. Había en todo algo tenebroso e inquietante. Bajo los pies de David, separados por una gruesa techumbre de roca y argamasa, estaban los calabozos. Era una serie de cavernas de altas bóvedas arqueadas, con puertas blindadas y corredores secretos, que ocultaban la mortal amenaza al dominio de Francia en América y abrían las cámaras cerradas y encerradas solamente a los navíos que iban y venían furtivamente en la obscuridad de la noche. Se separaban ahora de David por tres pies de sólida roca y argamasa^[10].

El ambiente opresor de estos calabozos parecía respirarse también en los corredores del piso superior. A pesar del murmullo de vida que agitaba la penumbra, aquella atmósfera era difícil de respirar. Las luces eran pocas y débiles. Cualquiera que entrara allí de noche, lleno de animación y optimismo, sería dominado repentinamente por la inquietud y el terror. Los muros eran sombríos, fúnebres. Las puertas eran férreas y oscuras, como puertas de prisión.

David advirtió que era de detrás de una de estas puertas de donde llegaba el murmullo de vida.

Bigot le contempló y advirtió el efecto del rodeo que le estaba haciendo dar. Sonrió amablemente. Un nuevo triunfo. Jamás se cansaba de admirar el éxito que obtenía con su sistema de mostrar estas salas tenebrosas para amedrentar a aquellos que pudieran venir con valor y resolución en sus almas, recordándoles el poder inexorable del verdugo.

Ante aquellos sólidos muros, durante el crepúsculo o durante la noche, la resolución de sus enemigos o de los que sólo iban a lamentarse y suplicar menguaba considerablemente. Hasta a las *Honnêtes Gens* se les cortaba la respiración cuando entraban allí.

Para el Obispo, los clérigos, los miembros del Consejo y los amigos había otra puerta cuidadosamente vigilada.

Para las mujeres tenía una puerta más secreta aún.

Pasaron ante un centinela, enorme, lúgubre, gigante, de gruesos labios, que podía haber sido un demonio de la Inquisición. Y aún vieron otro guardián, tan alto, delgado y cadavérico, que parecía un espectro.

La astucia de Bigot no era sólo astucia: era también arte.

—Las aulas de la justicia —dijo en voz baja, como si los oídos de los jueces pudieran escucharle si hablaba más alto Si lo deseáis, mañana podéis ver una ejecución. Hay un traidor en capilla.

David se estremeció. Tan nuevo y extraño era cuanto le rodeaba, que su rostro no pudo ocultar la emoción que sentía. ¡Castigo! ¡Cómo le quemaba las entrañas este pensamiento, desde aquella noche en que fue atado, conducido y condenado ante Ana y ante el señor de Saint Denis! «¡*Cien latigazos en su espalda desnuda!*». Jamás, se borrarían aquellas palabras de su memoria, aunque, viviera centenares de siglos. Castigo, esclavitud... Castigo malvado, como el que un hombre brutal puede aplicar, a un perro. No era su propio dolor ni el tormento del látigo lo que le arredraba era la maldad feroz del verdugo. Prefería la muerte a un castigo así, la muerte en la pira iroquesa, la muerte de bala o cuchillo; incluso por hambre.

Los sombríos muros le hicieron abismarse en sus pensamientos. La amenaza del castigo monstruoso e infamante se había antepuesto a la amistad que le unía con Bigot. Los cepos, con sus desdichadas víctimas, habíanse mostrado a sus ojos apenas llegara a Quebec, y ahora Bigot, señalando aquellos terribles muros, le manifestaba que al día siguiente habría allí una ejecución.

Cuando el Intendente, con su peculiar penetración, advirtió el efecto que aquellas visiones habían producido en David, se dijo que esta hora era la más feliz de aquel dichoso día. Vio que sus planes se desarrollaban con más ligereza, de lo que tenía previsto. Y esta idea absorbió su cerebro. *Battre le fer quand il est chaud*. Esto haría golpearía el hierro mientras estuviera caliente. Carbanac, que el 10 de diciembre iba a ser azotado por las calles atado a una carreta de bueyes, sería azotado al siguiente día. ¡Y los cepos estarían, llenos, a buen seguro!

El día primero de diciembre, la justicia daría más de un ejemplo en la ciudad de Quebec. El brazo de Bigot oprimió el de David y entraron ambos en un más estrecho y oscuro corredor, donde no se percibía más ruido que el de sus pasos. Cruzaron tres puertas, luego otro corredor semejante a un pasillo de calabozo y subieron una pétrea y angosta escalera. Franquearon dos puertas más, la última de las cuales Bigot abrió con una llave, y, al fin, se hallaron en los magníficos e iluminados salones del palacio.

Lo repentino del cambio fue causa de que David contuviera su respiración. De los oscuros recintos habían pasado súbitamente a una gran cámara ricamente alfombrada y amueblada, y con una potente chimenea que esparcía su comfortable calor por el señorial ambiente. De sus muros pendían tapices y pinturas. Veíanse abiertas puertas que conducían a otras salas más reducidas, pero también profusamente iluminadas. La luz de una de ellas era suavemente rojiza; la de otra, dorada; y la de la tercera, de una delicada tonalidad ambarina. El último de los intendentes de Nueva Francia tenía siempre dispuestas aquellas habitaciones para recibir las amables y particulares visitas que le hacían con frecuencia.

También aquí oyó David un murmullo de vida, pero distinto al que escuchara en el piso inferior. Llegaba a él debidamente a través de los gruesos muros, mas advirtió que estaba formado por risas, canciones y gritos de júbilo.

—¡En casa al fin! —dijo el Intendente estremeciéndose al oír el ruido que

producía el granizo al chocar con la techumbre de metal francés—. Una endemoniada noche, pero que aquí dentro resulta extraordinariamente agradable, aunque nos falte la compañía de una Nancy y una Ana. Seréis mi huésped hasta mañana, y quiera Dios que esto os haga olvidar los desagradables contratiempos sufridos inmediatamente después de vuestra llegada. Además, aquí os encontraréis con algunos de los caballeros que han de ser vuestros más íntimos amigos, si no estáis demasiado fatigado después del viaje, o en exceso contrariado por la aventura de la calle de San Luis.

—Nada de eso —repuso David, ya confortado por el calor y la luz que le rodeaban. Experimentaba más bien un extraño bienestar. Algo en su interior, algo que él mismo era incapaz de comprender, le movía a no prosternarse ante aquella grandeza y aquel esplendor. No se sentía cohibido como Bigot esperaba. En el piso inferior sí que había flaqueado su espíritu, pero allí se sentía fuerte y animoso. El Cazador Negro habría demostrado la misma tranquilidad. Bigot advirtió esto y se sintió satisfecho, pues le agradaban los hombres valerosos. Así, la caída, el derrumbamiento de David sería mayor.

Cogió un guante de encima de una mesa y comenzó a jugar con él mientras sonreía a David. El guante era de mujer.

—Os presentaré, y así lo haré siempre, como el teniente David Rock —dijo. ¿Os habló vuestra damita del nombramiento?

—No —repuso David.

—¡Naturalmente que os habrá hablado! —aseguró Bigot—. ¡Lo que sucede es que no lo queréis recordar, grandísimo bribón! Ella lo tiene convenientemente firmado y certificado. Ahora se cernirán sobre él todos los perfumes de las flores y del incienso, lo juraría. Agradable sorpresa, ¿verdad?

David tuvo un gesto de gratitud. Aunque en aquel momento su sangre fluía más aceleradamente, recibió la noticia con serenidad.

—Haréis un espléndido oficial —dijo halagadoramente Bigot—. Mañana comenzaremos la instrucción militar, que será sencilla y absolutamente privada. He nombrado instructor vuestro al capitán René Robineau. Oficialmente, habéis merecido el nombramiento por los servicios extraordinarios que esperamos recibir de vos en los bosques y en las fronteras. Os necesito y no quiero dilatar vuestra instrucción demasiado. Primero el sastre, luego un recorrido por la ciudad, y después dos horas diarias de instrucción por el capitán Robineau, que está considerado como el mejor instructor de la guarnición. ¿Os parece bien?

—Ardo en deseos de comenzar —declaró David.

Bigot estrujó el guante hasta convertirlo en una bola, y quedó pensativo. Le volvió a la realidad una carcajada que sonó en sus distantes habitaciones.

—El momento es muy oportuno, David. Hallaréis en plena diversión a los hombres que me ayudan a gobernar los cuatro grandes departamentos de Nueva Francia. Cartas y un poco de vino. Necesitan sus horas de esparcimiento. *L'esprit de*

corps, ¿comprendéis? Se hallan en que lo llamamos *point de réunion*, lugar de algazara y camaradería, donde los asuntos de Estado pueden ser discutidos llanamente, entre copas de vino. Es muy importante el hecho de tener este *point de réunion*. Los hombres que tienen importantes misiones que cumplir no pueden carecer de sus horas de expansión. Ya os convenceréis de ello durante vuestra estancia en Quebec.

A través de dos puertas abiertas, las cuales, de estar cerradas, habrían impedido que el menor sonido llegara allí, Bigot condujo a David por un alfombrado salón y después de hacerle cruzar una tercera puerta de maciza caoba, la cerró por dentro.

Acto seguido guió a David a las salas de expansión de aquella camarilla que se hallaba entonces en la cúspide de sus éxitos y cuyos fraudes fueron consumados con tanta astucia y desvergüenza, que figurarán siempre como ejemplos insuperables en la historia del crimen.

Cuando David entró en aquel antro de picardía, congregábase en él lo más selecto de aquel infame círculo político de que Bigot se había rodeado. Era una banda de salteadores en gran escala, hombres dedicados a traicionar al Rey y a la Patria, los cuales habían sembrado el desamparo por toda Nueva Francia, para poder requerir socorro de allende los mares y, mediante una bien planeada campaña de audaces latrocinios, hacer más crecidas aún sus ya fabulosas fortunas.

Éstos eran, y no Wolfe, los que asesinaron a Montcalm en las Llanuras de Abraham. Éstos los que, llevados por la corriente de sus crímenes más allá de lo que habían calculado, despojaron a Nueva Francia de su poderío y de su virilidad, reemplazando la prosperidad por una horrenda plaga de pobreza y hambre, hasta el punto de que las victorias inglesas fueron consideradas como un auxilio salvador.

Cuando David se presentó ante ellos después de cruzar la puerta de caoba, ya había ido muy lejos aquel círculo de hombres en su transformación del mapa del mundo.

Mas todavía la Nueva Francia no tenía sospechas de la perfidia. Aun las *Honnêtes Gens* formaban en Quebec tal minoría que sus voces se perdían en el vacío. El Intendente y sus secuaces daban magníficos bailes, alegres saraos, fiestas y diversiones que habían convertido a Quebec en un segundo Versalles. Elegancia, riqueza, poder, eran el fascinador señuelo de aquella gente, del mismo modo que la luz lo es para las mariposas. Bigot no estaba protegido solamente por la Pompadour. El mismo Rey, ciego y engañado, se titulaba amigo suyo. Bigot era Francia misma.

En este segundo salón en que David había entrado se reunían unos doce hombres. Era más grande que el primero, pero no se advertía en él el extremado lujo que caracterizaba a las habitaciones particulares de Bigot. Contenía mesas, divanes, poltronas, alfombras y cuadros. Bastaba dirigir a él una mirada para darse cuenta de que era frecuentemente usado. Había manchas en el suelo. Las mesas y sillas estaban deterioradas; un canapé aparecía roto, y una de las lámparas desclavada, en parte, de la pared.

Estos indicios de descuido no los notó David. Era aquélla una época de brillantes uniformes, flamantes trajes, pelucas de flotantes bucles artificiales y también de pelo natural. Los militares se contaban en la vía pública en mayor número que los paisanos. En las salas de juego y en los bailes veíanse relucir los sables de la oficialidad. Aunque se veían clérigos sombríamente enlutados, los eclesiásticos de más elevada jerarquía ostentaban trajes de suntuosidad principesca. Las mujeres, cuyos cabellos relucían con su propia brillantez o con la blancura de los polvos, se tocaban con lánguidos sombreros de colgantes plumas y usaban graciosos y pintorescos vestidos. Cualquier natural aspereza quedaba suavizada por el color y la gracia ambientes y por la sutileza y vivacidad de las conversaciones, todo lo cual había llegado al Nuevo Mundo desde Fontainebleau y Versalles.

Esta atmósfera henchía la sala de juego del intendente Bigot y cegó los ojos de David para los demás detalles que pudiera haber observado. No había allí mujeres; pero los vívidos fulgores de los uniformes, el centelleo de los sables, el tintineo de las copas y las vainas de las espadas, las pelucas, naturales o postizas, las carcajadas, las conversaciones, colmaron sus ojos y tus oídos, produciéndole un placentero efecto.

Aquellos bandidos de la política, despiadados y sin conciencia, y que además consideraban a la mujer como una presa legítima, eran llamados caballeros por la sociedad. Su gentileza y cortesía merecía la imitación de los jóvenes y poseían, por paradójico que ello parezca, un sentido del honor tan exagerado, que sentíanse heridos por la más insignificante causa.

Bigot denominaba a su camarilla con el quijotesco nombre de «La Flor de Nueva Francia». En aquella velada hallábanse sus principales lugartenientes: Cadet, Mercier, Varin y Breard. Y con ellos, Vergor, Kanon y Rigaud, el hermano y discípulo del marqués de Vaudreuil. Finalmente, en el fondo de la sala, como si acabaran de entrar, el mismo Vaudreuil, De Pean, y una tercera persona vestida de uniforme: el capitán René Robineau.

Los ojos de Bigot se iluminaron con gozosa satisfacción al contemplar este último grupo. Sus mensajeros no se habían dormido. No esperaba que se realizara todo tan rápidamente.

De Pean fue el primero en dirigirse a ellos cuando los vio. En su semblante resplandecía un saludo, de complacencia, cual si la presencia de David significara para él una agradable sorpresa. Estrechaba las manos del forastero expresándole su asombro y su alegría, cuando llegaron Vaudreuil y el capitán Robineau. Aquél, cuya hermosa peluca había sido rizada recientemente, pareció darle la bienvenida con igual sinceridad aunque con menos entusiasmo.

Robineau se mostró algo turbado. Sonrió, pero con sonrisa forzada. Sus ojos, momentáneamente, parecieron leer en el corazón de David. Era un hombre de mediana edad y de ligera complexión. Su pálida e impasible faz tenía el marcado aire del ser que sufre un permanente infortunio. Hasta el día siguiente no supo David que Robineau era el último vástago de una ilustre familia de caballeros y combatientes,

famosa desde muchas generaciones atrás, a la vez que por su valentía, por su honor.

—Ha sido una suerte —gritó De Pean—. De no ser porque el señor Vaudreuil ha estrenado una peluca, no estaríamos aquí seguramente. Ardía en deseos de lucirla, y en la noche de un lunes tempestuoso no creo que exista lugar más a propósito que éste para tal fin.

Vaudreuil rodó los pulgares plácidamente y luego se volvió lentamente hacia la luz, para que brillaran más los bucles que caían elegantemente sobre sus hombros.

—Cabellera inglesa, David —explicó con orgullo—. ¡Qué esplendorosamente debió de lucir sobre la cabeza de la mujer a quien perteneció! La enviaron los *otawas*, con una docena más de pericráneos, a su Padre Blanco de allende los mares. Pero a mí me hacía más falta que a Luis y la obtuve, a Dios gracias, ganándola por tres a cinco en una partida de naipes que jugué con mi honorable amigo Francisco Bigot. ¿Os gusta, querido? ¿Habéis visto jamás cabellera de tan espléndido color?

—¡Dios santo! ¡Y pensar que se llevan pericráneos de mujeres! —exclamó De Pean, fingiéndose horrorizado—. ¿Qué pensáis de los hombres que los llevan por vanidad, teniente Rock? La mujer, bueno; pero sus cabellos, arrancados con el cuero cabelludo por un salvaje...

—O por un hombre blanco —replicó Vaudreuil suavemente—. Hay ahora muchos cazadores de pericráneos, de vuestro color, así como son muchos los caballeros que en esta ciudad llevan pericráneos de damas, como vos, caprichosamente, los denomináis. ¿No es así, Robineau?

—Así es —aseveró el interpelado con una voz seca y bronca que parecía venir de muy lejos.

Robineau llevaba el pelo recortado y recogido.

Los labios de David estaban tan secos como la voz de aquél.

—Cortar los pericráneos de las mujeres y de los niños es una práctica horripilante —dijo—, que durará mientras nuestros gobernadores y los ingleses ofrezcan dinero por las cabelleras humanas. Yo he visto pericráneos de mujeres francesas en Fuerte Guillermo. Una de ellas era tan hermosa como la que vos lleváis. Me repugna la idea de que pueda servir de adorno a la cabeza de un inglés.

Bigot sonrió regocijadamente.

—Muy justa respuesta, teniente Rock —dijo—. La juzgo al mismo tiempo muy oportuna porque perdí la cabellera en aquella racha de cartas malas.

Después, David fue presentado a todos los concurrentes, uno por uno: Deschenaux, el secretario del Intendente, hábil ayudante y confidente de las maquinaciones de su dueño; Cadet, el Comisario General, cuya participación en el saqueo de Nueva Francia alcanzaba la suma de más de veinte millones de francos, y quien, años más tarde, había de pagar su indigna traición en la Bastilla; Imbert, Tesorero General, y Breard, Interventor Naval, almas gemelas en aquel contubernio de bellaquería y corrupción, espantoso y cruel por los impuestos con que abrumaba al pueblo y por las estafas de que se hacía víctimas al Gobierno y a los soldados. Eran

seres horrendamente depravados que se nutrían con el jugo de la muchedumbre famélica y que anularon por completo los esfuerzos militares de Montcalm.

Pero a David, tanto unos como otros, le parecieron cumplidos caballeros que le daban la bienvenida, como correspondía a un compañero del ejército, y sin hacer la menor alusión a la indumentaria indígena que llevaba. No había terminado aún de recibir pruebas de amistad y afecto, y ya sabía David que Ana, en sus cartas, no dijo más que una parte de la verdad. Bigot habíale preparado el camino para revestirle de una importancia que estaba muy lejos de poseer.

Jamás hubiera creído que Brassard Deschenaux, tan correcto y exquisito, fuera hijo de un pobre zapatero remendón, ni que Cadet descendiera de un carnicero y, en su juventud, hubiera sido pastor en Charlesburg.

Cadet, el cual tendría pronto un contrato por nueve años para suministrar víveres, a precios ruinosos, a los ciento veinte fuertes franceses y los puestos que hubiera entre Gaspé y el Ohio, era quien atraía más a David. Cadet, el gran estafador cuya fortuna excedía aún a la Bigot, era, sobre todo, el favorito del populacho. Tan simpático era, que, después de haber pagado seis millones de francos en calidad de multa y de cumplir condena en la Bastilla, fue libertado. Adquirió una espléndida y antigua posesión en Francia, prestó al Gobierno trece millones de su robada fortuna y aún vivió prósperamente en aquel país al que tan tremendas pérdidas había ocasionado.

Generoso y magnánimo con sus amigos, poseía un optimismo que jamás se nublabá, a pesar de que su esposa lo dejó para irse con el caballero José Roffio, Atento y afable por naturaleza y pródigo hasta la exageración, fue, si no amado, bien recibido por todos. Más tarde fue considerado por muchos como una pobre víctima.

Tan entrañable y cordial bienvenida dispensó a David, que para éste disminuyó la extrañeza del ambiente.

—Desearía veros a menudo —dijo al forastero, apoyando una mano en su hombro—. Amo a la gente del campo, donde están todos mis puestos y fuertes, muchos de los cuales vos debéis de conocer.

De Pean volvió a sonreír cínicamente. ¡Sabía muy bien que Cadet estaba sacando el jugo a aquellos campesinos a los que tanto amaba! Sonreía, a pesar de que pensaba en su propia mujer, Angélica, cuyos favores rendidos a Bigot habíanle producido un millón de francos y estaban en camino de producirle mucho más.

Una hora más tarde, David, cansado por la agitación de la jornada y obsesionado por el recuerdo de Ana, se alegró de que Bigot les indicara se retirasen a sus propias habitaciones, una de las cuales iba a servir de dormitorio a David.

Cuando ya estuvo acostado en una cama tan mullida como jamás la tuviera, su memoria repasó los extraordinarios acontecimientos de aquel maravilloso día de su vida.

Su corazón latía ansiosamente por Ana. Sintió como si un gran vacío se apoderase de él. Por fin, el sueño acudió a sus párpados y cerró los ojos para soñar con ella, con

reinas y reyes, con tremendas aventuras, afrontadas en unión de Bigot y Vaudreuil, con la apenada faz de Robineau y con la cabellera de mujer llevada por un hombre.

La última idea que tuvo antes de sumirse en este sueño fue la de que, al fin y al cabo, se había acostado sin cenar.

Capítulo XVI

EL día primero de diciembre de 1754 se cantó el Te Deum en muchas iglesias de Nueva Francia.

Después de una noche de tempestad hubo un magnífico amanecer. Como el paciente que deja el lecho después de larga enfermedad, la tierra resurgió bañada por nuevas esperanzas y alegrías. Tristezas y angustias que habían durado semanas enteras se disiparon en una sola hora. Desde el alba hasta el anochecer, un cielo despejado, un magnífico sol y un aire que era como un tónico para los pulmones de todos los seres, tanto racionales como irracionales, se cernía sobre el país.

Las campanas de la iglesia y del convento despertaron a David, el cual dirigió la mirada hacia oriente antes de que el sol hubiera asomado. La música melodiosa de las campanas y la luz del día en el cielo fue para David la transición de un terrible sueño en el que se había visto atado a una carreta de bueyes, cual si fuera Carnabae, al que iban a azotar aquel día.

Se levantó con un estremecimiento de angustia, el cual trocóse en seguida en dulce canto para su corazón. Como su santa madre y el Cazador Negro, creyó en presagios. El saludo de las campanas después de la sombría y tormentosa noche y aquel sol esplendoroso eran para David como un pronóstico de lo que se le avecinaba y como una bendición del omnipotente poder que guiaba su destino.

Su primer pensamiento fue para Ana. Sintió el extraño deseo de abrir una de las ventanas de su cuarto y llamarla a voz en grito. Cuando se hubo vestido, su corazón y sus ojos estaban amoldados a la magnífica luz solar.

También Ana enviaría un saludo a aquella luz, con el entusiasmo que le prestaba su felicidad.

La tragedia de la noche última parecíale ahora una cosa extrañamente trivial. Ana le había comprendido y perdonado. Y aún comprendería hoy más claramente por qué había besado a Nancy Lotbinière siendo así que su corazón sólo ansiaba besarla a ella.

El capitán Robineau llegó, dispuesto a almorzar con él. David no vio a Bigot ni a ninguno de sus amigos de la pasada noche. Ahora que estaba a solas con Robineau, le pareció éste un ser más interesante. Era distinto de todos sus amigos. No era parlanchín, y la belleza del día no le prestaba animación alguna. Sin embargo, todo cuanto él decía era escuchado con agrado. Su tranquila voz poseía algo que retenía la atención.

Pasaron la mayor parte de la mañana con un sastre elegante de la calle de Buadé y con sombrereros, zapateros, joyeros y armeros. Pero cuando Robineau le propuso que

visitaran al peluquero de Vaudreuil, David se opuso terminantemente.

—Llevaré mi propia cabellera hasta que los indios me la quiten dijo Y, aunque me la quitaran, me sentiría orgulloso de ostentar una calva como la de Pedro Colbert.

Le pareció que se estaba gastando una fortuna en el arreglo de su persona, y se lo dijo a su acompañante.

—Eso es cosa de Bigot —expuso Robineau—. E Intendente y el Gobernador consideran que los oficiales que están a sus órdenes deben ir ataviados como caballeros, y de ahí que les provean con tanta minuciosidad. El Estado Mayor es diferente a los demás cuerpos, en los cuales cada uno ha de gastar de su propio bolsillo.

Una vez realizadas todas las compras, Robineau condujo a David a la ciudadela y a la parte donde se hallaban las murallas y los muros más altos de la ciudad. Fue entonces cuando el forastero comenzó a comprender el poderío de Francia en el mundo occidental.

Aunque franceses e ingleses, con sus respectivos aliados indios, llevaban mucho tiempo luchando en América, los países maternos no se declararon realmente la guerra hasta los meses de mayo y junio de 1756, un año después de la derrota de Braddock y diez meses más tarde de la sangrienta batalla del lago George, entre el barón de Dieskau y *sir* William Johnson.

Sin embargo, la guerra de los Siete Años había ya comenzado de hecho, aunque no oficialmente, y Quebec era un hervidero de excitación y de marcial actividad, una ciudad en la que se desarrollaba un pintoresco y sangriento drama que estaba destinado a cambiar la historia del mundo.

Soldados y oficiales se agolparon en las calles del centro. Hasta los simples ciudadanos llevaban sables. Alegres uniformes, relucientes armas, trajes de guardabosques y comerciantes, ondulantes plumas de jefes indios, cetrinos rostros de cazadores de pericráneos, veíanse por doquier, tanto en la ciudad baja como en la alta.

Nunca había estado la ciudad más rica ni más próspera, pues el fuego, la espada y la destrucción producían allí mayores fortunas. Ricos hacendados habían llegado a la ciudad con sus familias y su acompañamiento. Nunca tuvo la vida social y la magnificencia de Fontainebleau y de Versalles más exacta reproducción en Quebec que durante el otoño e invierno de 1754 y 1755. Los placeres habíanse desencadenado en tromba sobre la ciudad. Casi todas las noches se celebraban bailes, reuniones y opíparos banquetes en que se admiraba un esplendor oriental. Bigot y Cadet realizaban esfuerzos muy superiores a los que eran peculiares de los mandarines y los *bajaes*. Ni el mismo Rey habríase gastado doscientos mil francos en un solo baile, como Bigot, el cual, en uno que celebró en septiembre, regaló joyas a todos sus favoritos.

Tras semanas de obscuridad, aquel día de sol devolvió a la ciudad la vida. David creía soñar. Le maravillaban las inmensas extensiones que veía desde la ciudadela, las

aldeas distantes, las agujas de los templos, los dos grandes ríos que serpeaban a sus pies, la niebla purpúrea de los bosques en la lejanía...; pero aún le producía mayor asombro la misma ciudad con su gente, sus grandes edificios, sus espesos muros, sus fortalezas y sus baterías de cañones gigantescos.

Ahora comprendía el orgullo y la fe que había inspirado a Ana cuando dijo que los perros de guerra de los ingleses podían ladrar y morder, pero que Quebec —el alma de Nueva Francia— los rechazaría siempre.

Le producían asombro aquellas baterías que guardaban los puestos de la maravillosa ciudad de Quebec: grandes cañones de dos toneladas y un alcance de milla y media, y morteros de diez y de trece pulgadas que enviarían proyectiles de cien y doscientas libras a más de cinco mil metros de distancia.

A buen seguro que no existía flota ni ejército que pudieran despeñar a Quebec desde lo alto de su roca.

Como pensó en voz alta, Robineau le replicó, dándole un buen susto:

—Nosotros dormimos mientras los ingleses velan. Como no nos espabilemos, esta ciudad, que nos parece inexpugnable, se derrumbará.

¡Dormidos! David abrió los ojos desmesuradamente ¡Era aquello dormir! La vida era allí tan vibrante, que la ciudad temblaba sobre su roca. Miró a Robineau y lo vio tranquilo, impasible, y comprendió que guardaba profundos secretos y oscuros enigmas. Creyó en él, pues el Cazador Negro era de su misma opinión.

Al mediodía, cumpliendo las instrucciones que se le habían dado, Robineau volvió a palacio con su protegido. Una sorpresa aguardaba en él a David. Cuando, con Bigot, el cual se mostraba más afable aún que la noche pasada, entró en el salón de visitas, Ana dio un brinco y corrió a su encuentro. Estaba radiante. Si la pena y la duda habían torturado su corazón, no dio muestras de ello. Tendió las manos a David y éste comprendió por el brillo de sus ojos que Bigot la había informado ya del recibimiento que se le había dispensado en el palacio. No le ofreció un beso, cosa que David achacó a la presencia de Bigot. Era preciso guardar las formas.

De pronto advirtió que una de aquellas manos que tenía entre las suyas estaba enfundada por el guante arrugado que Bigot arrojó sobre la mesa la noche última. Su color, las mil arrugas que Bigot le había hecho, no dejaban lugar a dudas.

Una oleada de fuego corrió por su sangre, No demostró, sin embargo, el efecto que el descubrimiento le acababa de producir.

Bigot se portaba con ellos como un amante padre. Cariñosamente, puso la mano sobre el hombre de David.

—Vamos a cenar los tres en la intimidad —dijo—. Poco, ha faltado para que perdiese la estimación de la Madre Superiora al pedir que se diera a Ana nuevamente, permiso. Hemos obtenido dos en pocos días, y veo que este éxito lo debemos no a mi humilde influencia, sino al ascendiente que tiene Angela Rochemontier sobre la Superiora del convento.

—Y también a David —dijo Ana—. He hablado tanto de él a la Madre Superiora,

que en todo lo que a David se refiere se muestra muy amable conmigo. Desea que la veas a ver, amado mío, tan pronto como puedas.

Bigot sonrió levemente.

—Así podrá decirnos cuán inestimable es el tesoro que poseéis, y ver por sí misma si sois digno de ella.

Ana se sonrojó y su mano estrechó la de David.

—El señor Bigot ha sido muy bueno para con nosotros —y dirigió al Intendente una mirada tan llena de calor, que David se sintió tan conturbado como cuando viera el guante de Ana—. Toda la felicidad se la debemos a él. Dios le dé la debida recompensa.

Por el semblante de Bigot pasó raudamente un relámpago.

—Algunas de veces pienso que Dios se ha olvidado de mí —repuso esbozando una de sus leves y raras sonrisas—. ¡Vamos! La cena nos espera. Si he de creer a Robineau, David debe de tener mucho apetito después del ejercicio de esta mañana.

Ni por las palabras ni por los actos, cabía dirigir la menor censura a la franca amistad, a la cálida simpatía, a la sencillez de Bigot. Se mostró muy interesado por las incidencias de la mañana y no cesó de aludir a la madre de David, a su belleza y a su dulzura, exponiendo su esperanza de que ésta, al fin, vendría a Quebec para reunirse con David.

El rostro de Ana, lindamente sonrosado antes de la comida, alteróse después. Le pareció a David que sus ojos no se apartaban del rostro de Bigot. Sin embargo, pese a la inquietud y a la desconfianza que había comenzado a remover su sangre, David no podía reprochar a Bigot su comportamiento para con Ana. Ni el Cazador Negro podría haber sido menos merecedor de sospecha. Por momentos parecía absolutamente despreocupado de interesar a Ana con su charla, la cual dedicaba por entero a David, especialmente cuando hablaba de Nueva Francia, de su gloria, de las esperanzas y ambiciones que tenía para su pueblo, de su Iglesia y de su grandeza futura. Sin embargo, entre aquellas inspiradas frases que en los labios del Intendente adquirían una sublime y sentida profundidad, debido a la dulzura de su voz, David sentíase obsesionado por las palabras que pronunciara Pedro Gagnon; «Unos odian a Bigot, otros confían en él; éstos le colocan a la altura de las cloacas, aquéllos le elevan hasta las regiones celestes».

Pedro tenía razón y Nancy Lotbinière también. La actitud que Ana observaba frente a Bigot había experimentado cierto cambio desde que la joven dejara el Richelieu. Antes de que concluyera la comida, David pensó en el Cazador Negro. Le sorprendió el gran cambio que había experimentado su propio modo de ser. No se azoraba, cosa que Bigot también había observado. De pronto surgió en su pensamiento la idea de que no se arrepentía de haber besado a Nancy Lotbinière.

Bigot, dándose perfecta cuenta de las circunstancias, se excusó, después de acompañarlos al salón.

—Tengo unos asuntos importantes que me ocuparán una hora —dijo Ahora

dedicaos el uno al otro enteramente. Después daremos un paseo por la ciudad en carruaje.

Su mano apretó el brazo de David. Estrechó también la mano de Ana de un modo familiar, paternal, hábilmente cariñoso. Se interesaba vivamente por la felicidad de ambos. Los ojos de Ana llamearon tenuemente.

Cuando Bigot se hubo marchado, Ana se volvió a David, con la actitud del que espera algo. Sus labios estaban dispuestos para ello. Pero David ni siquiera se movió. Miraba hacia el punto por donde Bigot había desaparecido. Experimentaba la sensación de haber conquistado el completo dominio de sí mismo y parecía ser más viejo. La noche última no tuvo tiempo de reparar en esto. Y esta transformación había aumentado desde que el Intendente los dejara solos.

—¡David!

David se volvió hacia ella lentamente.

—¡David!

—Perdóname, Ana dijo con voz tan serena y firme, que produjo un estremecimiento en el corazón de Ana. Estaba pensando en que el contacto de la mano de Bigot va siéndome demasiado enojoso.

No había hecho el menor movimiento para besarla, como Ana creía.

Permaneció silenciosa unos instantes.

—No comprendo.

—Ni yo mismo lo llego a comprender. Pero creo que lo comprenderé muy pronto.

—David, es menester que te expliques. En tu voz hay algo que me aterra. ¿Por qué adoptas esa actitud y me miras de ese modo? ¿Por qué no me besas como yo quiero besarte a ti?

—Porque he hecho un extraño descubrimiento, y no considero justo y honrado besarte ahora, siendo así que puedes odiarme más tarde.

—¿Qué quieres decir?

—Nada. No puedo darte ahora la menor explicación. Pero cuando Bigot franqueó la puerta creí oír dos voces que resonaban extrañamente: la de Fontbleu, el molinero, y la de la vieja rueda del molino.

—¿Te has vuelto loco, David?

—No. Lo estuve, sí, cuando te vi con él en un carruaje en medio de la obscuridad y de la tormenta, y con una sonrisa feliz en los labios.

—¡Dios santo! Yo, en cambio, nada sé de la hora ni de la tormenta, porque, en aquel momento, estaba pensando en ti, íbamos a casa del Obispo. Bigot acababa de entregarme tu nombramiento y yo me sentía dichosa, muy dichosa...

—Así lo comprendí yo y también me sentía dichoso, hasta que advertí que el guante que Bigot tenía entre sus manos en esta misma habitación era tuyo.

Me lo dejé en el coche y él lo subió aquí.

Y sus ojos llamearon mientras su rostro empalidecía.

—David, tú sospechas algo de mí, ¿verdad? Tú crees que yo...

—Yo no creo nada malo de ti, Ana. Antes perdería la fe en un ángel.

—Entonces es...

—Una voz, dos voces resuenan extrañamente en mis idos.

—La causa de todo es el señor Bigot —gritó Ana con palabras casi tan imperceptibles como un susurro Sus atenciones para conmigo, sus bondades para contigo... sus... Se llevó de pronto las manos al pecho.

—¡David, David! ¿Es posible? ¿Acaso has dado crédito a los chismes de sus enemigos? Es un ser superior a cuantos se sacrificaron por Francia. Todo lo impulsa al bien y ha llenado de felicidad nuestros corazones. ¿Acaso ha sido una sugestión de la lengua venenosa de Nancy Lotbinière?

David volvió a asombrarse de la calma con que contemplaba los ojos de Ana y respondía a ésta:

—No. Es que un extraño e inexplicable instinto se levanta en mí para llamar a Bigot embustero, hipócrita y malvado, como sus enemigos dicen realmente que es.

Ana dio un paso atrás llena de terror.

—Pero este instinto puede ser equivocado, Ana. Si así fuera, y lo sabré muy pronto, te pediré perdón de rodillas. Pero hasta entonces...

Sin embargo, no le dijo que en el acto que Bigot le estrechaba la mano y cuando sus ojos centelleaban fijos en los de él, había tenido la fugaz visión de un rostro que asomaba por la puerta, con una expresión burlona y regocijada que sólo el Cazador Negro hubiera descifrado y en la cual se resumía todo el secreto del alma de Bigot.

Al regresar Bigot media hora más tarde a la habitación, notó que las cosas habían cambiado. El semblante de Ana estaba vivamente sonrojado. En cambio, el de David aparecía sereno y muy pálido. Sacó de ello algunas conclusiones, no todas buenas. A buen seguro habían disputado sobre Nancy Lotbinière.

Ana, a juzgar por su buen color y la expresión de soberbia de su rostro, había sido la que lo provocara. David se había mantenido firme ante el ataque. Su semblante aparecía tan grave y sereno, que Bigot quedó admirado.

Bigot era hombre de gran tacto. Aparentando no haber advertido nada de esto, dijo a David que Pedro Gagnon le había rogado le dejase al huésped, puesto que su alojamiento tenía capacidad para dos personas y él necesitaba compañía. Luego el Intendente ofreció a Ana una gran rosa roja que él mismo le puso. Las flores de invernadero eran muy raras en Quebec, por lo que un regalo así era grandemente estimado. Ana perdió el color y le dio las gracias con voz temblona.

Bigot, sin perder la cautela, se sentó al lado de David, en el coche. Se sorprendió cuando Ana solicitó de él que la condujera al convento.

—Me vais a echar a perder la pequeña fiesta —reprochó el Intendente con tono de buen humor, pero, en el fondo, con profundo disgusto. ¿Seréis capaz, Ana?

—Lo siento mucho —repuso ésta—, pero...

David no pronunció palabra. Dirigió la vista rectamente hacia delante. Bigot no insistió. Al fin y al cabo, ¿qué cosa mejor podía desear que aquel principio de

disgusto entre David y Ana, aunque él hubiera errado respecto a las causas?

Ana, por su parte, se daba cuenta de lo serio que estaba. David. Veía sus manos, ahora rígidas, aquellas manos finas no muy grandes, pero dotadas de una elástica fuerza que las diferenciaba de las de Bigot. Ahora parecían más toscas y había en ellas huellas de la selva. Cuando Ana les dirigió una mirada de soslayo, aparecían sumamente rígidas.

David la ayudó a apearse del coche, de igual modo que la había ayudado cien veces a saltar de la canoa. No estrechó ella su mano —la recompensa de siempre— y sólo le ofreció la punta de los dedos. David no hizo el menor esfuerzo para obtener más. Inclínose, sonrió y le dijo adiós.

Ella dedicó a Bigot una rápida y afectuosa sonrisa.

—Guardaré como un tesoro la rosa, señor —dijo en son de despedida.

Bigot, al regresar con David, rió francamente.

—¡No lo toméis tan a pecho, David! —exclamó con tono consolador—. El hecho de que hayáis besado a Nancy Lotbinière no es delito para que Ana os acuse durante demasiado tiempo, aun cuando le cueste despojarse de su actitud de ofendida. ¡*Par Dieu*, estas mujeres!

Sin, al parecer, echar de menos a Ana, y cuando bajaban Mountain Hill para ver si el patíbulo estaba dispuesto para la ejecución que debía realizarse aquella tarde a la hora del crepúsculo, refirió la alegre historia de Juan Rathier, el verdugo.

Fue un período épico, expuso Bigot, algo que jamás desaparecería de la leyenda o de la historia, aunque la historia lo olvidaría probablemente en breve plazo. Juan había matado a una muchacha de dieciocho años, Juana Couc, nombrada casi como él, cual si lo hubiera dispuesto el destino mismo. Rathier había sido juzgado y sentenciado primero a que se le quebraran las piernas con una barra de hierro y después a la horca. La sentencia estaba ya confirmada, mas, de pronto, surgió un obstáculo. El ejecutor oficial murió. Y entonces los magistrados decidieron conmutar a Rathier la pena de muerte por el ingrato puesto de verdugo. Rathier, naturalmente, aceptó.

Pero no estaba ahí lo gracioso, como vería David. Poco después, la esposa y la hija de Rathier fueron acusadas de complicidad en un robo. La hija, como receptora de los objetos robados, fue condenada a ser azotada, aunque en privado, por una monja del Hospital General: la Maitresse de Discipline. Pero la madre, esposa de Rathier, sería azotada públicamente en las calles de la ciudad. Esto fue lo estupendo del caso. Como Rathier era el ejecutor, los ciudadanos de Quebec contemplaron el inusitado y regocijante espectáculo de un hombre que azotaba a su mujer, y con tal propiedad, que la condenada quedó casi muerta en la parte trasera de una carreta de bueyes. Así quedaría Carbanac aquel mismo día.

—Pero Carbanac —añadió— va a ser azotado por un negro.

David volvió a experimentar un indefinible y ardiente horror ante la pena humillante y deshonrosa. Consideraba sin emoción el desenlace de la horca. Si había

de sobrevenir la muerte, ser ahorcado no estaba mal, en medio de todo. Un hombre de verdad podía soportar también que le rompieran las piernas o los brazos, Pero ser azotado... ¡horror!

Remontaban Mountain Hill y al llegar a las proximidades del mercado alto de la ciudad surgió de pronto ante ellos una oleada de turbulenta multitud. Bigot había calculado bien. Condujo el coche a ras de las casas y lo detuvo como si se sintiera sorprendido. Entonces una sonrisa animó su rostro. Fingió recordar de pronto:

—¡Oh Carbanac!

La escena fue inolvidable. Se grabó a fuego en el cerebro de David. El buey era una enorme y cansina bestia que avanzaba lentamente. La carreta chirriaba y crujía. Carbanac llevaba erguida la cabeza. En sus ojos llameaba un infierno. Era un hombre rubio, corpulento y de elevada estatura. Mientras se le azotaba con el látigo de cuatro correas, David vio su blanca dentadura, fuerte y brillante. Iba desnudo hasta la cintura. Su espalda no era blanca, sino roja. La sangre fluía por ella y, deslizándose por las piernas, iba a caer al empedrado. Carbanac no se estremecía. Al ver su rostro, nadie diría que le estaban arrancando a tiras el pellejo. No exhalaba el menor grito, no profería el más leve lamento. Estaba magnifico.

De pronto, levantó la cabeza. Algo le hizo dirigir la mirada a cierto punto. Vio a Bigot y apretó los labios. Parecía que los ojos iban a salirse de las órbitas.

—¡Demonio! ¡Asesino!

Su voz no era trémula ni sollozante. Tampoco era estridente, pero cortaba como un cuchillo. Iba dirigida solamente a Bigot, de hombre a hombre, sin ningún deseo de que la muchedumbre le oyera.

Después desapareció. El gentío le siguió, llenando la estrecha calle. Iban hombres, mujeres, niños, perros, algunos, mudos de terror, pero la mayoría riendo y bromeando.

—Doloroso espectáculo —murmuró Bigot—, pero preciso, David. Es el más suave castigo que la justicia nos permite aplicar.

Bigot dejó a David frente a la casa de Pedro Gagnon.

El Cazador Negro imperaba en aquel instante en el alma del joven. Ya podía haber dicho a Ana toda la verdad. Odiaba a Bigot.

Traspuso el umbral de la casa de Pedro y se detuvo hasta que Bigot hubo desaparecido de su vista.

Alcanzó de nuevo a la multitud cuando ya el negro, concluida su tarea, libraba a Carbanac de sus ligaduras. Le dio su camisa y su chaqueta. Esta prenda se la puso Carbanac, pero con la camisa hizo un rollo y se la colocó, debajo del brazo. No pronunció una sola palabra ni hizo la menor demostración de dolor. Tan sólo le acometían leves estremecimientos mientras se alejaba.

La multitud se disolvió. Estaba habituada a tales escenas. Unos cuantos chiquillos siguieron a Carbanac.

David también le siguió. Esperó a que los chiquillos le hubieran dejado, y cuando

Carbanac iba ya por la ciudad baja, se acercó a él.

—¡Señor Carbanac! —exclamó.

Carbanac se volvió. Al ver el vestido de piel que llevaba David y la palidez y austera simpatía de su rostro, el rencor que refulgiera en los ojos del individuo se disipó.

—Vi cómo os azotaron —dijo David sin titubeos—. Yo soy David Rock, y si necesitáis un amigo, mi dirección es calle de Santa Úrsula, número once. Oí lo que dijisteis al Intendente cuando pasasteis por delante de él. ¿Por qué le hablasteis así? Carbanac levantó sus manazas.

—¿Por qué?

Por primera vez expresó su emoción lanzando una vesánica carcajada.

—Porque entre él y Nicolet, su amigo, el acaudalado comerciante, me han robado mi bella esposa. Yo amenacé a Nicolet en la calle. Por eso me acusaron de haber robado una botella de vino, cosa que no había hecho. Aportaron testigos falsos. El resultado ya lo conocéis.

Furiosamente, se quitó la chaqueta, como si David no hubiese visto ya su espalda sangrando.

David le ayudó a volvérsela a poner y estrechó una de las manazas del individuo.

—Si necesitáis un amigo preguntad por mí en el hospedaje de Pedro Gagnon, en la calle de Santa Úrsula. Y mientras tanto, tomad, para cuidaros la espalda.

Carbanac miró a David y vio en la palma de su mano una moneda cuyo valor el infeliz tenía ya casi olvidado.

—Se la puedo dar —le atajó David, leyendo la protesta en sus ojos.

Dejó a Carbanac atónito. En seguida reflexionó y estrechó su mano afectuosamente. Luego se dirigió apresuradamente a las habitaciones de Pedro, su propia casa desde entonces en adelante.

Pero, ¿por cuánto tiempo? Él mismo se hizo la pregunta cuando marchaba hacia ella. Le asaltó un poderoso anhelo de volver a Richelieu aquel mismo día. Las sospechas que abrigaba sobre Bigot ya no eran injustificadas. Habíanse convertido en una terrible e indiscutible realidad. La faz ávida de De Pean fue la primera en abrirle los ojos. Un centenar de cosas contribuían ahora a aclarar su visión. Bigot, el que brindaba nombre y fortuna, el que había ganado la confianza y la fe de Ana, la cual le consideraba un perfecto caballero, era tan malvado como sus enemigos proclamaban. Esta abrumadora convicción le embargó y le oprimió. No se precisaba ninguna prueba más. Ya tenía las suficientes para estar convencido.

Llegó al alojamiento de Pedro y éste no estaba allí. Estuvo midiendo el cuarto con sus pasos hasta que se cansó. Un fuego que al principio ardía en su pecho lentamente acabó por abrasarle de modo insoportable. Tras encarnizada lucha interna, resolvió no irse al Richelieu. Si Bigot era todo lo que de él se decía, si estaba engañando a Ana, si correspondía al tipo que habían pintado Pedro y Nancy Lotbinière, si era tan vil como Carbanac había pregonado en el terrible momento del castigo, cometería una cobardía

imperdonable huyendo de Quebec. Este acto hubiera sido causa de que el Cazador Negro se avergonzara de él.

Entre aquella turbamulta de sentimientos surgió de pronto una idea que le llenó de amargura: el rencor que la actitud de Ana le había producido. Las terribles palabras de Pedro seguían repercutiendo en su cerebro: «otros le elevan hasta el cielo», y él lo tenía experimentado. Tan grande era la fe que Ana tenía en Bigot que sus propios celos, en lugar de despertar dudas en ella, habían abierto la primera brecha trágica entre sus vidas. Entre él y Bigot, Ana había elegido a este último.

Casi inconscientemente, sus dedos cogieron un rollo de la mesa. Era un pergamino, atado con una cinta azul. La visión de la cinta le sugirió la idea de desatarla, y con ojos que ardían en su cabeza como carbones encendidos, leyó su nombramiento de teniente.

Ana se lo había enviado valiéndose de un mensajero. No había ninguna nota, ninguna palabra de ella. Sólo el pergamino, que chasqueaba en sus manos como cáscara de cereal. El documento parecía vivo y tener algo repelente que le hizo arrojarlo sobre la mesa. Su pulso palpitaba con invariable vigor. Los latidos de su corazón se sucedían como golpes de maza.

Bigot cumplía sus promesas. ¿Por qué?

Al día siguiente o cualquier otro descubriría la causa de ello aunque le costara la vida... y perder a Ana.

Se puso muy contento cuando oyó la voz de Pedro en el vestíbulo. Pedro entró y estrechó la mano de David sin rechistar. Después se acercó a la pared y descolgó las largas pistolas de duelo que había mostrado a David la mañana anterior. Las colocó sobre la mesa al lado del pergamino.

Sus ojos estaban impregnados de una fría brillantez cuando se enfrentó con David de nuevo.

—He encontrado al otro hombre dijo Nos batiremos a las cuatro en la linde de los bosques que hay al otro lado de San Roque.

Capítulo XVII

LAS palabras de Pedro no extrañaron ni alarmaron a David. Si Pedro hubiese dicho: «Tienes que batirte a las cuatro», la misma tranquilidad habría sentido David. Estaba dispuesto a luchar. El Cazador Negro le había dicho que el hombre siente a veces, sin saber por qué, un obstinado deseo de luchar. Este deseo lo tenía él y hubiera luchado en lugar de Pedro.

Pedro abrió el cajón de la mesa y sacó de él pólvora, balas y un taco.

—Me alegro mucho de que estés aquí —prosiguió—. Temía tener que buscar otro testigo en el café. He tenido con Nancy una terrible escena.

—¿Quién es él?

—No lo sé y no me importa. Esperaré a que él dispare primero, porque voy a matarle, y no quiero tener cargo de conciencia alguno. Quiera el cielo que sea Juan Talón.

Por primera vez, David expresó su sorpresa. Pedro rió. Sus manos preparaban con diabólica serenidad las pistolas.

Vio el nombramiento de David sobre la mesa.

—¿De manera que ha llegado? —preguntó inclinándose sobre el documento un instante Te felicito, David. Ya te dije que Bigot cumpliría su palabra aunque esté camino del infierno. Debemos dar crédito a Ana. Es muy lista y habilidosa y debe amarte locamente. Eres un hombre feliz. ¿No te he dicho esto anteriormente?

David no dijo nada. Sus ojos estaban fijos en la pistola y en las serenas manos de Pedro.

—Pero ese hombre con quien vas a batirte... insinuó.

—Será enterrado esta noche —repuso Pedro sentenciosamente Así se lo he asegurado a Nancy. Tuvimos una horrible trifulca. Jamás he visto un rostro tan blanco como el suyo cuando desperté su coraje. Me acusó de ser el hombre más cobarde del mundo y me aseguró que, cuando me enfrentara con mi rival, el terror me obligaría a soltar la pistola quitándome el valor para hacer un solo disparo. Por eso estoy convencido de que se trata de Talón. Es el mejor tirador de Quebec y se jacta de no haber errado jamás un tiro. ¡Pero tampoco lo he errado yo!

Cuando acabó de arreglar la pistola tarareó una tonadilla.

—Pero si no has visto al individuo, ¿cómo podrás batirte?

—Nancy me ha garantizado que estará allí a las cuatro. ¡Oh qué furiosa estaba! En su excitación, me confesó que le había besado no sólo una vez, sino mil, y está tan confiada en su triunfo y en mi cobardía, que me ha exigido una palabra de honor humillante. Es absurdo, pero demuestra los extremos a que la locura de una mujer

puede llegar. Si rehúso batirme, si saco bandera blanca, he de hacer la pública proclamación de que jamás volveré a batirme. ¡Imagínate lo que eso supone cuando todo Quebec sabe que yo prefiero antes cruzar dos disparos que comer!

David guardó silencio. El temor por su amigo iba apoderándose de él. Dijo así:

—Pedro Joel, el Cazador Negro, me dijo en cierta ocasión que obrar en un instante de apasionamiento es cosa aventurada y que se debe rehuir. Yo lo creo. Lo siento en mí mismo. Si esperaras hasta mañana...

—¿Para ser el hazmerreír de la ciudad? —repuso Pedro burlonamente—. ¿Para qué Nancy me esté señalando con el dedo constantemente? ¡Bah! ¿Dónde está la sangre roja de que hablabas tanto en los bosques?

Un minuto más y ya estaba dispuesto. El sol se hallaba aún bastante alto. Pasaron por el camino de la costa de Abraham y cruzaron la ribera en dirección a las selvas opuestas de las dos islas situadas en el río San Carlos. Pedro, según su costumbre en casos semejantes, demostraba una elevada moral y se chanceaba de David, a causa de la nerviosidad que comenzaba a apoderarse de él a medida que se acercaban al campo del honor.

Penetraron en las selvas y poco después llegaron a un claro que era familiar a Pedro, a causa de una docena de lances a los que había asistido, siendo combatiente en tres de ellos y en los restantes padrino. Hasta entonces no se alteró su semblante. Nadie había en el claro y faltaban tan sólo cinco minutos para la hora fijada. A Pedro le gustaba ser el último en llegar y nunca acostumbraba anticiparse mucho tiempo.

Apenas se dispusieron a esperar, oyeron voces. Cuando las voces sonaron más cerca, David pudo precisar que eran alegres y que resonaban entre risas. Indudablemente, los que se acercaban eran viandantes accidentales, pues sus amigos no iban a dirigirse a un terrible combate en tal grado de buen humor. Sentíase inmensamente aliviado. La inesperada interrupción retrasaría el duelo y en el retraso había esperanzas de hallar una luz en la reflexión y en el razonamiento. Miró a Pedro para ver cuál era su actitud. Una fuerte risotada sobresalió de las demás. Fue un estallido de verdadero júbilo, de franca alegría surgida del corazón, sin hipocresías ni artificios y que parecía ser una pulla de alguno de los que se acercaban o una mofa para poner nervioso a cualquiera que esperase.

Otra carcajada siguió a la primera. Una carcajada larga, ruidosa y llena de osadía, también salida del corazón.

Pedro frunció el ceño.

—Es el doctor Coué —dijo—. Disfruta con estos altercados entre caballeros, pero me parece que está excesivamente cariñoso con mi enemigo. Bien, ya tendrá que hacer dentro de un par de minutos.

Hubo después breves instantes de silencio, rotos tan sólo por el crujir de las malezas, y cuatro figuras aparecieron en el claro saliendo de detrás de una cortina de arbustos. Dos de ellas se detuvieron, pero las otras dos, riendo, se dirigieron hacia Pedro y hacia David directamente.

Uno de los hombres era menudo, delgado y risueño, un viejecito que hizo pensar a David en Fontbleu, el molinero. Llevaba un estuche quirúrgico y Pedro le presentó como el doctor Coué. Su acompañante era un hombre de mediana edad, de severo porte militar, y representaba para su rival el testigo de más confianza.

Pedro había mirado ligeramente a los dos que se habían detenido. David fijó en ellos una mirada de asombro. Se estacionaron a cincuenta pasos de distancia, dándoles frente. Ambos llevaban largas capas y aparecían siniestramente enmascarados. Algo procedente de ellos le produjo un frío estremecimiento. El más alto de los dos, especialmente, no era para infundir confianza.

Permaneció inmóvil con desenfado y seguridad, los brazos cruzados sobre el pecho y mirando tranquilamente hacia delante. Tanta dignidad y resolución había en su aspecto, que a David se le heló más aún la sangre en las venas. El individuo más bajo era de contextura débil, casi infantil. Pero la gravedad de su rostro, la absoluta severidad de su actitud, el orgullo y el aplomo que había en su mirada hacían olvidar en seguida lo menguado de su estatura.

¿Con cuál de los dos tendría que batirse Pedro?

El coronel Taschereau, testigo de su adversario, le tocó en un brazo.

—Perdonadme, teniente Rock dijo fríamente El sol poniente nos ofrece una luz nada buena. Discutiremos los detalles muy de prisa. Naturalmente, no ignoraréis que mi amigo, siendo la parte ofendida, tiene el privilegio de escoger armas, distancia y particularidades de los disparos. Emplearemos la pistola. La distancia será de diez pasos. Así, con dos disparos quedará resuelto el asunto. Debido a su posición social y oficial, mi amigo se batirá de incógnito.

—Es que tiene miedo de quitarse la careta —repuso Pedro despreciativamente, conteniendo su ira, y añadiendo un nuevo insulto a los anteriores.

El coronel Taschereau no demostró haber oído estas palabras.

—Los contendientes se colocarán uno frente a otro. Se contará hasta tres, con el intervalo de cinco segundos entre cifra y cifra. Cuando sea pronunciada la palabra tres, ambos caballeros podrán disparar. Creo que no hay nada más que advertir. ¿Estáis listos, señores?

Los labios de David renunciaron a desplegar... Pedro respondió por él:

—Estamos listos, coronel.

Por breves momentos, David sintió un extraño malestar en su estómago. Aquello era peor que una ejecución. Si el que se batiese fuese otro en vez de Pedro, él mismo siquiera...

El coronel Taschereau recorría el terreno y marcaba cada uno de sus extremos cuidadosamente. El doctor Coué disponía sobre sus rodillas sus instrumentos quirúrgicos. Cuando el más alto de los padrinos avanzó desde la linde del claro, el corazón de David se encogió de espanto. Contempló a Pedro. Lleno de estupor, advirtió una plácida sonrisa en sus labios. Sonreía satisfecho cuando se colocó en su sitio y tomó la pistola de la misma mano de David.

—Ya veremos qué hay detrás de la careta cuando mi rival esté muerto, David — dijo.

David retrocedió unos pasos medio ciego y se colocó al lado de Taschereau, quien ya tenía su reloj en la mano.

—¿Estáis listos, caballeros?

—Listos respondieron las voces de los rivales.

—Bien. Empezaremos. ¡Uno!

David pudo escuchar el tictac del reloj en la mano de Taschereau. Y su corazón latía al unísono del fatídico tictac.

—¡Dos!

Apenas fue dicha esta palabra, el alto enmascarado rival alzó una mano y arrancó la careta de su rostro. Su capa y su sombrero cayeron a tierra. Todo esto ocurrió mientras el reloj marcaba dos de sus veloces segundos.

—Ved mi rostro —gritó.

David, sobrecogido, miró a Pedro. En aquellos últimos y preciosos segundos percibió un alarmante cambio en el rostro de su amigo. Una tremenda sorpresa le había despojado de toda su facultad de acción. Su mandíbula inferior pendía sin fuerzas, sus ojos parecían desorbitados, su pistola colgaba de su brazo exangüe.

—¡Tres!

En los oídos de David resonó la fatal palabra como el estampido de un cañón. Pedro permaneció inmóvil un instante. Su rostro, risueño hacía un momento, mostrábase ahora pálido y horrorizado. ¡Le iban a matar, a asesinar sin que se defendiera! David, con inspiración súbita, se plantó de un salto entre los dos.

Vio como la pistola caía de la inerte mano de Pedro, el cual se volvió —como Nancy había predicho— y se dirigió apresuradamente hacia el bosque.

David, estupefacto, un poco aturdido, se enfrentó con los otros.

Un hombre de fría mirada y cabello gris le sonreía. El doctor Coué reía alborozadamente. La ferocidad habíase disipado del rostro del coronel Taschereau.

El que hasta hacía un momento permaneciera enmascarado, tendió una mano a David.

—Soy el padre de Nancy Lotbinière —dijo—. Espero que no os ofenderá la broma que hemos gastado a Pedro, el cual quería batirse con el otro hombre que había besado a menudo a mi hija. Yo soy ese otro hombre. ¿Podéis perdonarnos por esta comedia que hemos representado^[11]?

—Doy gracias a Dios por lo sucedido —repuso David.

Entonces sus ojos se tornaron hacia la parte opuesta del claro y vio al otro testigo, que le hacía señas desde la linde del bosque. Al principio creyó que el caballero estaba equivocado. No podía dirigirse a él. Sin embargo, continuó haciéndole señas más ostensiblemente aún que antes. E inmediatamente, el hombrecillo, que sólo había llegado a la linde del calvero, desapareció en el interior de la floresta.

El señor Lotbinière, que había dirigido la última excusa al teniente Rock, reía y

bromeaba con el coronel Taschereau. David les interrumpió:

—Temo no haber desempeñado bien mi papel de padrino. Si me lo permitís, haré un esfuerzo para dar alcance al señor Gagnon.

Corrió hacia la selva, y apenas se había internado en ella una veintena de pasos, se plantó ante él una figura humana surgida de un escondrijo. Su larga capa hablase enredado en los arbustos. Su careta había desaparecido. Bajo los últimos rayos del sol relucía su descubierta cabeza.

David, atónito, se detuvo.

—¡Nancy! —exclamó.

Pese a su sonrisa y a la radiante luz que fulguraba en sus ojos, la joven estaba pálida y temblorosa cuando se acercó a él.

—¡Nunca en mi vida he tenido tanto miedo! exclamó sollozante y tendiendo los brazos hacia David como si necesitara de su apoyo. No era mi intención que fuéramos tan lejos. Le dije a mi padre que se quitara el antifaz en el instante en que se pusiera frente a Pedro, pero él esperó hasta que el tremendo dos fue pronunciado. Casi proferí un grito de angustia. Si mi padre se retrasa un instante más, creo que me habría muerto. ¿Verdad que la actitud de Pedro ha sido magnífica hasta que ha visto que se trataba de mi padre?

No esperó a que David respondiera.

—Venid conmigo, David continuó. Necesito que me acompañéis.

A un paso de distancia, siguió a Nancy a través de la selva. La joven se reía gozosamente y cuidaba de que sus dorados cabellos no se enredaran con las ramas. Por fin llegaron al punto donde estaban los carruajes. Subió Nancy en uno de ellos e hizo subir a David. Hasta que salieron de los bosques, David no recobró por completo la respiración. Tan profunda y sincera era su emoción y tal sensación de alivio dejaba traslucir su rostro, que Nancy le dirigió una mirada llena de alegría y de triunfo.

—¡Pobre David! —exclamó afablemente—. Estáis más asustado aún que yo. Sin embargo, Pedro... —continuó con satisfacción sonreía apaciblemente, cuando otro hombre cualquiera hubiérase mostrado pálido y tembloroso. ¡Oh, ha estado magnífico! Durante algún tiempo me odiará, pero, ciertamente, salgo ganando. Jamás volverá a tener uno de esos desafíos que me aterraban.

—Ya me habló de la promesa que hizo dijo David.

—Y la cumpliré. Pedro es un hombre de honor. Por eso le amo.

Pronunció estas palabras quedamente y mirando hacia delante, mientras sus mejillas ostentaban un brillante rubor. Sabía que David la contemplaba y, por un instante, sus resplandecientes ojos se posaron en él.

—Es verdad, David. Necesito que digáis a Pedro esto por mí. Decidle que le amo hace mucho tiempo, pero que la correspondencia que yo deseaba para este amor no podía compaginarse bien con su pasión por los desafíos y su falta de utilidad en la vida. David, podéis decirle que le amo y que vos y mi padre sois los dos únicos hombres a quien yo he besado hasta que le besé a él mismo aquella noche. ¡Me siento

tan dichosa en este momento, que estoy tentada de besaros otra vez, David!

—Un beso vuestro fue mi ruina, Nancy —murmuró David tristemente—. Pero me siento tan desesperado, que me aventuraría a recibir otro, aunque sólo fuera para llevárselo a Pedro con vuestro maravilloso mensaje. Nancy rió regocijadamente.

—Dentro de un mes seréis uno de los más alegres caballeros de Quebec. Progresáis de modo asombroso.

—Hacia atrás —replicó David.

Antes de que llegaran a casa de Nancy, David la puso al corriente de lo acontecido entre Ana y él y de las sospechas crecientes que le inspiraba Bigot.

—Todas las noches ruego a Dios para que os abra los ojos a tiempo —replicó Nancy con perfecta seriedad—. Ahora que habéis vislumbrado parte de la verdad, debo contároslo todo sin preocuparme de lo hondamente que pueda afectaros. Estoy temerosa por Ana. Para ella existen dos cosas por las cuales sería capaz de renunciar a la vida, su religión y su patria. Estas dos cosas flotan en su alma inseparablemente fundidas. No creo que haya nada que pueda nublar la fe que tiene en Bigot, al cual considera como un dios que sólo piensa en la gloria y el triunfo de la Iglesia y de la Nueva Francia. Bigot es terriblemente perverso. Yo comprendería la actitud que observa frente a Ana si no mostrara tan gran interés por vos. Esto es incomprensible, Tanto para mí como para Pedro. Tampoco mi padre, uno de los elementos más nobles de las *Honnêtes Gens*, lo comprende. Es un misterio que a vos corresponde resolver, David, y confío en que lo resolveréis. Pero temo por Ana. Ella os ama, bien lo sé, pero la influencia de Bigot es y ha sido siempre algo tan siniestro, que hace pensar en el diablo. ¿Os ofende que os hable así, David?

—No —repuso el joven palideciendo—. Ello da fuerza a una idea que se estaba formando en mi imaginación.

Habían llegado a casa de Nancy.

—Supongo que no querréis decir que vais a volveros al Richelieu —manifestó Nancy con ansiedad.

—No, eso nunca.

—Me complace la negativa. Pedro posee un secreto que debo revelaros. Él quiso que vinierais a Quebec, no por vos mismo, sino por Ana.

—¿Eso creéis?

—Yo nada creo. Sólo me atrevo a asegurar que Bigot me parece un hombre falso e indigno y que no puedo comprender el afecto que os demuestra. Me alegro de que no penséis marcharos. Ana os necesita. Pronto se dará cuenta de ello. ¿Queréis entrar y esperar a mi padre?

—Voy en busca de Pedro —dijo David tratando de sonreír. Un mensaje tan grato como el vuestro no debe ser retrasado.

—¿Me vendréis a ver a menudo, David?

—Sí repuso el joven seriamente.

Acto seguido se dirigió a la calle de Santa Ursula. Al llegar a casa de Pedro,

advirtió que alguien se le había anticipado. Era Carbanac. En el primer momento no lo reconoció. Su faz aparecía sudorosa y cubierta de sangre. No llevaba nada en la cabeza. Su espeso cabello pendía sobre su frente. Sus labios estaban lívidos, sus ojos tenían una expresión de ferocidad y sus manos se asían a la silla en la que se hallaba sentado a medias. David cerró la puerta y estuvo instante mirándole estupefacto. Carbanac se puso en pie y le dirigió como saludo una terrible sonrisa.

—He venido a toda prisa —manifestó—. Me dijisteis que acudiera a vos cuando me hallara comprometido. Así lo he hecho. Cuando me dejasteis me fui a mi casa y hallé a Nicolet con mi esposa. Pensad lo que esto significa. Entre tanto, yo era azotado por las calles de Quebec. Los sorprendí. Mi esposa fue buena hasta que Bigot y ese comerciante se fijaron un día en su belleza. Sorprendí a mi esposa con su amante. ¡Mirad!

Y mostró sus manos, que palpitaban cual si cada uno de sus músculos tuvieran vida propia. En ellas había manchas rojas.

—No he podido limpiarme la sangre. No he tenido tiempo. Maté a Nicolet... ¡así!

Y sus potentes manos se agitaron convulsas cual si se hundieran en la carne de la víctima.

El horror de lo sucedido inmovilizó a David.

—El pueblo me persigue —continuó Carbanac Cuando me vi perdido pensé en vos. Y subí a vuestra casa. Nadie me vio encaramarme a la ventana que dejasteis abierta en la parte de atrás. ¿Qué vais a hacer de mí?

Aun entonces, en aquel momento crítico, había algo puerilmente implorador en su sonrisa.

David no tuvo tiempo de contestar. En aquel momento entró Pedro.

Veinte minutos después, Carbanac estaba oculto en los sótanos de la parte trasera de la casa.

Capítulo XVIII

LA presencia de Carbanac, su historia, el hecho de que un ser fugitivo de la justicia y de que medio Quebec seguía sus huellas, no hicieron cambiar la obscura mirada de desesperación que se advertía en el rostro de Pedro. Cuando éste estuvo a solas con David, se dejó llevar de su indignación, incapaz de reprimirla.

—¡Pobre hombre! —dijo por Carbanac—. Se siente tan desesperanzado como yo mismo. El lazo corredizo de la horca le espera, del mismo modo que me aguarda a mí la ruina.

—Comprendo lo primero, pero no lo último —opinó David.

Pedro le miró compasivamente.

—¿No? Jamás, desde que el primer hombre blanco pisó estas tierras, se ha gastado una broma más trágica a un caballero como yo. Si se hubiera tratado de otro hombre cualquiera, le hubiera dado muerte en el acto. Pero el hecho de que se trataba del padre de Nancy me ha colocado en una situación tan humillante, tan vergonzosa, que de buen grado me cambiaría por el mismo Carbanac, pues él, matando a Nicolet, no ha hecho sino tomarse la justicia por sus manos. Mañana mi nombre será el escarnio y la mofa de toda la ciudad. ¡Y pensar que he perdido el honor por una mujer! ¡Oh Nancy, Nancy Lotbinière!

—Sin embargo, Nancy no parece pensar de esa forma arguyó David.

Pedro le miró severamente.

—¿Qué sabes tú de eso?

—Regresé con ella después del desafío —aclaró David—. Nancy era aquel joven menudo que estaba en el borde del bosque, junto al otro padrino más alto.

—¡Santo Dios! —exclamó Pedro.

—Sí, era Nancy —insistió David Y se mostraba inmensamente orgullosa de ti. Orgullosa y feliz cuando ya todo había pasado. Me dijo que le constaba que jamás volverías a batirte, pues como hombre de honor cumplirías tu promesa. Me ha ensalzado mucho tu honor y me ha dicho que precisamente por eso te ama.

—¿Cómo?

—Que te ama —repitió David Me ha dicho así: Decidle que le amo desde hace mucho tiempo, pero que la correspondencia que deseo para este amor no podría compaginarse con su pasión por los desafíos y su falta de utilidad en la vida. Así me lo dijo, Pedro.

Éste midió lentamente con sus pasos la habitación. En un instante en que se hallaba de espaldas a David, le dijo:

—¿Verdad que por ningún concepto me trasladarías una falsa versión del sentir de

Nancy? ¿Puedo creerte completamente, David?

Su voz severa y un poco forzada provocó en David, el deseo de verle el rostro.

—Pronunció estas mismas palabras y juró que sentía lo que decía... A menos que yo sea sordo e imbécil.

Ni aun entonces se volvió Pedro. Sólo transcurrido un instante murmuró:

—Hay gente en la calle. Creo que andan en persecución de Carbanac.

—Estoy seguro de que para Nancy representaría una inmensa dicha el hablar contigo esta noche —insistió David—. La terrible riña de que me hablaste no fue sino una parte de su comedia. Lo de los besos es verdad, Pedro, así me ha dicho que te lo manifestara. Su padre y yo...

—¿Viste las manos de Carbanac? —preguntó Pedro fingiendo no haber oído a David y sin volverse—. Manos de obrero del río, ¿verdad?

—Sí —repuso David.

—Dijo que había traficado en las aguas de Ottawa hasta que comenzó a sospechar de su mujer.

—Sí, eso dijo.

—Sobre una lancha sería un hombre útil —musitó Pedro como hablando consigo mismo—. Es una lástima que un hombre de sus cualidades se haya perdido. David se sintió inquieto ante el tono meditabundo que había adquirido la voz de Pedro.

Éste, entonces, se encaró con él.

—¿Qué sucedería si descubriesen que lo hemos escondido en nuestra casa? —preguntó.

—Sólo puedo hacer conjeturas acerca de ello. Nos ahorcarían a los tres. Así es la ley. ¡Pedro Gagnon y el teniente David Rock ahorcados en el mercado de la Ciudad Baja! ¡Y Nancy y Ana contemplándonos! No deberían extrañarnos estos acontecimientos extraordinarios teniendo en cuenta la agitación que ha regido tu vida desde la llegada a Quebec. Sin embargo, creo que en este instante y el de nuestra sentencia...

—¿Qué?

—Todavía seremos protagonistas de más extraordinarios acontecimientos, David.

Pedro volvió a encararse con él. Un notable cambio se había operado en su rostro. De él habían desaparecido la ansiedad, la ira y la desesperación, surgiendo en cambio un cálido resplandor de serenidad. Y con él había algo de fuerza y de resolución que David jamás había visto en la faz de Pedro. Aquel gesto era algo más fuerte que el del valor físico en sus habituales duelos.

—¿Te molestará que te deje? —preguntó Pedro; y cuando se hubo marchado, David comprendió que iba en busca de Nancy. El teniente Rock se dirigió a un café con la idea de llevar algunas provisiones a Carbanac. La muerte de Nicolet era la comidilla de todas las lenguas murmuradoras de la ciudad. Todos sabían que Carbanac había escapado, o, cuando menos, logrado esconderse tan bien que nadie sabía dónde se hallaba.

Poco después, el mismo David llevaba la comida a Carbanac. Habló un rato con él sobre el río Richelieu. Carbanac conocía el país.

Después David comenzó a leer, o trató de hacerlo, uno de los libros de su amigo. Pero en aquel instante en que se hallaba solo, únicamente pudo pensar en el ensanche que se había operado en la brecha que le separaba de Ana. Estremeciéndose, prestó atención a los pasos que resonaban en el empedrado de la calle. Hasta el último instante fue presa de un silencioso anhelo de recibir un mensaje de Ana.

Era muy tarde cuando Pedro volvió. Parecía un poco fatigado.

—¿Has visto a Nancy? —le preguntó David.

—No, he tenido muchas cosas que hacer. Le he preparado una pequeña sorpresa que la complacerá mucho. No debes preguntarme qué es.

Y Pedro se puso a escribir con tal afán que David pensó que no terminaría nunca. Era ya medianoche cuando se retiraron a sus cuartos respectivos. David se durmió maquillando lo que harían con Carbanac.

A la mañana siguiente se vistió muy de madrugada y esperó. Pedro no aparecía. Transcurrido cierto tiempo se dirigió a su habitación. Sorprendido, advirtió que la cama estaba sin deshacer y que Pedro no se hallaba allí.

Bajó a los sótanos en que se ocultaba Carbanac, donde ocupaba un cuarto angosto y débilmente iluminado. Una mirada le bastó para cerciorarse de que también Carbanac había huido.

Preocupado, regresó al salón. Por la puerta que daba al vestíbulo entró un criado negro y entregó a David una carta.

Querido David, —comenzaba, y seguían tres páginas de menuda caligrafía cuya significación dejó perplejo a David. Pedro se había marchado llevándose como criado a Carbanac. Se habían fugado dos horas antes de la aurora, cuando la ciudad entera dormía.

No significará para mí una dificultad —había escrito Pedro— franquear una de las puertas de Quebec. Los centinelas me conocen y Carbanac representa perfectamente su papel de esclavo.

Sin embargo, la fuga de Carbanac no representaba el punto culminante de la carta.

Utiliza mi casa y mis criados —proseguía Pedro—. También te cedo los muebles porque nunca los volveré a necesitar. Si regreso a Quebec me instalaré como huésped en cualquier parte. Estoy completamente decidido a ello, Me voy sin ver a Nancy. Ahora me doy cuenta de mi falta de conocimiento y del papel ridículo que he representado. Por estúpido e inútil, me considero indigno hasta de mirarla al rostro hasta que regrese con el vientre más liso y las manos tan ásperas como las tuyas. La amo locamente y deseo creer que ella me

corresponde, como tú me has asegurado. Mi intención es formar un bando independiente de batalladores en el río Richelieu y mantenerlos dispuestos para la gran contienda, la cual estallará seguramente antes de que nos hagamos viejos. Cuando llegue este crítico instante confío en ganar por méritos la consideración de Nancy. Dios la bendiga por haber hecho que al fin me diera cuenta de mi inutilidad, Pedro.

David se iba acostumbrando a los acontecimientos imprevistos. Las primeras treinta y seis horas que pasara en Quebec habían sido bien pródigas en ellos. Por lo tanto, la fuga de Pedro no le sobrecogió. Estaba tranquilo, o cuando menos, apaciblemente afectado. Las sorprendentes declaraciones de Pedro no habían hecho sino acrecentar su firme convicción de que la lucha era precisa.

En el tiempo que medió entre su salida de la casa y la terminación del desayuno, David tomó una resolución tan definitiva como la de Pedro y en cierto modo semejante a ella. Lucharía por Ana hasta perder la última gota de su sangre. Mas para ello era preciso quedarse en Quebec. Seguiría siendo, pues, un protegido del hombre a quien ya desdeñaba y en el que Ana había puesto una devoción que trastornara sus planes de mutua felicidad. Si tal devoción era injusta, David necesitaba destruirla. Cuanto más cerca estuviera de Bigot y más íntimamente siguiera sus intrigas y manejos, más fácil le sería obrar.

No imaginó que ningún peligro le acechara.

Al volver del café sintió la necesidad de escribir en seguida a Pedro, mientras llegaba el capitán Robineau, el cual iba a visitarle a las nueve. Naturalmente, no mencionó el nombre de Carbanac, pero expuso sus intenciones detalladamente y, con sus intenciones, sus recelos y certezas.

Robineau llegó puntualmente. Desde las diez hasta la una estuvo recibiendo David su primera lección de instrucción militar. Después del almuerzo le hizo practicarse en el manejo del sable. Se mostraba muy trabajador y tan severo como concienzudo. La inclinación que David experimentaba hacia él se acrecentó notablemente. Tanto fue así, que el joven preguntó a su maestro si sabía de algún medio rápido para enviar una carta a la región del río Richelieu. Robineau se lo dijo. El correo oficial partía aquella noche de Punta Corona. Él se cuidaría de que aquella carta de David llegara a su destino.

Aquella misma tarde, Bigot leía la carta de David, lo que le proporcionó una satisfacción inmensa. Dio efusivamente las gracias a Robineau por habérsela entregado y sacó una copla de ella. Después cerró el sobre y se la envió a Pedro Gagnon.

—Estos pequeños detalles os ensalzan considerablemente a mis ojos, capitán Robineau —dijo Bigot—. Progresáis tan rápidamente que debéis sentirlos satisfecho.

Robineau no formuló respuesta alguna.

Durante todo el día, David estuvo rogando a Dios que al regresar a su alojamiento de la calle de Santa Úrsula, una carta de Ana le aguardase. Pero no fue así. Le esperaba tan sólo una nota de Nancy rebosante de alegría y de felicidad, en la que le manifestaba que había recibido una larga carta de Pedro, y que le invitaba a cenar con ella aquella noche. Decía también que sólo su padre les acompañaría.

David resolvió en el acto aceptar, ocultando el placer que la invitación le producía. Nancy, por demás encantadora, le saludó jovialmente cuando llegó a su casa. Su voz hechicera temblaba al hablar de Pedro. Las horas transcurridas no habían mitigado su excitación. Los efectos de ella se traslucían en el rubor de las mejillas y en el resplandor de sus ojos. Sólo le inquietaba el hecho de que Pedro se hallara tan cerca de los indios. David, después de exigirle su palabra de honor de que nunca se lo diría a Pedro, le dio a leer la carta que había dejado para él. Los ojos de Nancy se obscurecieron más aún.

—¡Magnífico Pedro! —murmuró—. Estaré mucho tiempo sin verle, pero me siento feliz.

El señor Lotbinière, que gustaba de tener a su alrededor gente que olvidara su título de barón, le recibió como un padre, más aún, como un igual. Aquella espléndida fortaleza y aspecto militar de las *Honnêtes Gens*, cuyos antecesores habían sido los fundadores de Nueva Francia, bajo el mando del glorioso Talón, impresionaban a David extraordinariamente. Entre ellos se estableció en seguida una corriente de cordialidad y respeto. David habló del Richelieu, de los fuertes ingleses, de los indios, y su anfitrión le escuchaba tan atentamente que parecía sorber sus palabras. A su vez, éste habló de Quebec, de su gobierno, de su política, y de las fuerzas y flaquezas de sus hombres, que ponían a la ciudad en peligro. Las palabras brotaban de sus labios con tal firmeza y serenidad, que David no pudo dudar de ellas.

Cuándo el joven mencionó a Robineau, el semblante del señor Lotbinière se nubló momentáneamente.

—No puedo comprender su unión con el Intendente y sus amigos —se aventuró a decir. Desde luego, Robineau es el mejor militar de Nueva Francia, Conoce las condiciones del país mucho mejor que yo, Proviene de una raza de honorables y leales combatientes, aunque la fama de su apellido ha cambiado de tal modo, que ya apenas si se le conoce. El mismo procura mantenerse alejado de nosotros. No puedo concebir el interés que señor Bigot demuestra por él. Nancy les hizo compañía y les oyó hablar hasta que la rindió el sueño. Cuando al fin David se dispuso a marcharse y ambos quedaron un momento solos, la joven le habló por primera vez de Ana.

—¿La habéis visto hoy? preguntó.

—No he sido tan afortunado.

—¿Ni habéis tenido noticias de ella?

—Ni una sola palabra.

—En cambio, yo he sabido bastante, tanto de ella como de vos, David —dijo

Nancy mezclando a la suavidad de su voz una centelleante llamarada de sus ojos—. En una larga y amarga misiva me reprocha que predisponga mal vuestros ánimos contra Bigot. Me duele molestaros, David, pero considero un deber hacerlo hasta que entre los dos hayamos rescatado a Ana de la influencia que ejerce sobre ella ese monstruo. Esta tarde estuvo Bigot con ella en el paseo de San Jorge. Esto me desconcierta. A Bigot le guía alguna oculta intención algo que nosotros debemos descubrir.

Hizo una pausa e intentó sonreír frente a la palidez que había adquirido la faz del joven.

—¿Por qué no expresáis lo que está en vuestro pensamiento, Nancy? —inquirió David en voz baja pero con ojos llameantes. ¿Por qué no lo hacéis?

—No puedo, no puedo. Mi pensamiento es tan terrible que me resisto a darle crédito.

—¿Queréis decir que Bigot desea a Ana?

—Eso es lo que temo, David.

—¿Y creéis, además...?

—Yo no creo nada. Tan sólo temo.

David se despidió, sin que su rostro expresara la menor alteración. Se dirigió rectamente, a través del umbral de la casa de Nancy, hacia la negra noche. Pero una vez en la calle, al sentirse solo, sus piernas flaquearon. No sabía dónde iba, ni ello le preocupaba. El azar quiso que de pronto se hallara frente a las tapias del convento.

Dio a éste un rodeo y se guareció en el punto más tenebroso de las proximidades de aquel edificio donde Ana dormía. Algo siniestro parecía flotar ante él, algo invisible y espectral que le oprimía y angustiaba. Ana se hallaba detrás de aquellos muros, casi al alcance de su mano. Podría escuchar su voz si él daba un grito, aunque aquellas paredes daban a David la sensación de que tenían un espesor de millones de millas.

Torturantes visiones se alzaron ante él; visiones de la Colina del Sol, de los valles llenos de flores y luz solar, de una rosa roja, de un guante arrugado y de un carruaje que medio ocultaba a Ana y a Bigot.

Luchando contra tales visiones, irguió su cabeza y alzó la vista. El cielo estaba tachonado de fingidas estrellas. A poca distancia, estos luceros centellearían sobre el Richelieu, sobre la cabaña de su madre y sobre las ocultas veredas que sus pies y los de Ana habían hollado tantas veces. Le parecía que hacía más de un año que había llegado a Quebec y se preguntó dónde se hallaría el Cazador Negro. ¡Si estuviera con él aquella noche!

Contrajo violentamente sus mandíbulas, al pensar que el Cazador Negro le hubiera dicho:

«Un hombre del Richelieu, David, jamás vuelve la espalda a la lucha».

He aquí como, después de semanas y meses de ceguera, habíanse abierto los ojos de David.

Sin embargo, con aquella verdad que golpeaba y latía en su cerebro, le asaltó una pregunta a la que no podía responder.

Si Bigot quería a Ana, si estaba tramando su conquista, ¿por qué le protegía a él tan francamente?

Capítulo XIX

Tres días después de la misteriosa partida de Pedro, David recibió noticias de Ana.

LA carta era breve. Le llamaba querido David y tenía un final afectuoso, pero entre líneas se advertía cierta falta de calor y espontaneidad. No era la Ana de siempre la que había escrito aquella misiva. Le decía que había estado enferma. No podía verle hasta que estuviera mejor, pero entre tanto no cesaría un instante de pensar en él. Suponía que el mensajero le habría entregado su nombramiento y que estaría muy adelantado en la instrucción militar. Todas las noches, antes de acostarse, rezaba por él y confiaba en que Dios oiría sus oraciones.

David pareció perder la sensación de dolorosa emoción que le embargaba. La carta le hirió, pero su espíritu se hallaba tan embotado que soportó la estocada con una pasividad que rayaba en el estoicismo. Su corazón se detuvo un instante, algo oprimió su garganta, nubláronse sus ojos y tuvo un momento de pasajera angustia. Sin embargo, ni aun el agudo Bigot habría percibido esto, Contestó la carta con serenidad y ternura, sin inclinarse demasiado hacia un sentimiento ni hacia otro. No pidió tampoco a Ana una pronta entrevista, sino que se limitó a manifestarle cuán desdichado sería hasta que ella volviera a escribirle. Le refirió algo de Pedro y de las lecciones suyas con Robineau. Con igual indiferencia le manifestó que había estado una tarde con el señor Lotbinière, al cual profesaba profunda gratitud por el interés que le demostraba.

A raíz de esto, se entregó a sus diarias tareas con feroz anhelo. En toda la semana siguiente no recibió más que una nota de Ana, la cual manifestaba la dificultad con que iba recobrando las fuerzas. Durante esta semana, sus progresos asombraron a Robineau, el cual dio a Bigot los debidos informes. Fue una semana en que se desbordó la protección del Intendente. Tres veces estuvo David en palacio con Cadet, De Pean y sus demás camaradas. El sastre le envió los uniformes y llegó a acostumbrarse a llevarlos. Un destello de orgullo profesional fulguró en los ojos de Robineau cuando David se vistió de militar por primera vez.

Crecía el interés que Bigot dedicaba a David. Personalmente le presentó al Gobernador y le hizo trabar conocimiento con los consejeros que se hallaban en el castillo de San Luis. En otra ocasión en que se reunió el Consejo, en conferencia especial, hizo comparecer a David para dar una información acerca de los países salvajes y particularmente sobre las regiones del Richelieu. Ya de un modo u otro, hizo que David se convenciera de que prestaba servicios que compensaban al Intendente de la protección que otorgaba. Durante la celebración de otro consejo

íntimo en palacio, le interrogó minuciosamente sobre su estancia en Fuerte Guillermo y en el país de Pensilvania, así como acerca de lo que vio durante aquel viaje. También le llevó a la presencia del Obispo para opinar sobre ciertos asuntos relacionados con las actividades de las religiones rivales en el sur del país, donde chocaban las influencias francesas e inglesas.

David, en cuyo cerebro se cobijaba aún la gran pregunta sin respuesta, sentíase cada vez más confuso ante la creciente amistad que Bigot le demostraba.

Y entre tanto, el Intendente, ojo avizor, como una araña desde su tela, se regocijaba del espléndido resultado de sus planes.

De los labios de De Pean, Vaudreuil y Deschenaux brotaron historias que se difundieron rápidamente por toda la ciudad. Ensalzaban la sinceridad de la amistad surgida entre el Intendente de Nueva Francia y aquel joven selvático que tan intrépidamente le había bautizado semanas antes. El pintoresco dramatismo del hecho se posesionó de la fantasía popular. De día en día David advirtió que la importancia de su persona iba creciendo en Quebec, lo veía y lo sentía. Gozaba del favoritismo de los hombres más poderosos de Nueva Francia. Su tranquilidad e impasibilidad para aceptar la fortuna, su lejana semejanza con los indios, el fondo pintoresco sobre el cual resaltaba su pasado con ricos y variados colores, aumentaron el efecto de tal popularidad.

Entre tanto, Bigot iba colmando a Ana de atenciones en largas e íntimas epístolas que a juicio del Intendente era forzoso que la conmoviesen. Le pedía perdón si la molestaba excesivamente, pero alegaba que ella era la única persona a quien podía hablar de la dicha y el honor de la Nueva Francia con tanta franqueza, y que a veces le era forzoso entregarse a tales confidencias, pues de lo contrario se hubiera vuelto loco. También le decía que estaba muy preocupado y necesitaba de su inspiración respecto a la forma en que pudiera proporcionar la felicidad más completa a los dos seres que más amaba en el mundo: ella misma y David. Pedíale al mismo tiempo que orase para defender de la misteriosa traición que amenazaba seriamente la eficacia de sus esfuerzos por lograr la plena gloria de Nueva Francia, y que a la vez rogara a Dios terminaran las relaciones de David con el Cazador Negro. Sus cartas semejabán cantos épicos brotados de un alma inmensamente buena. La humildad del tono en que Bigot escribía les daba cierto matiz de santidad.

Fue en Nancy en quien David halló la fuente de valor que le ayudara a sobrellevar aquellos días de prueba. Nancy sentíase realmente orgullosa de él. Y el padre de Nancy le recibía con igual amabilidad. David llegó a trabar conocimiento con el crecido número de amigos de los Lotbinière, entre los cuales figuraban varios miembros de la asociación de las *Honnêtes Gens*. Los ojos de Nancy estaban más brillantes y sus mejillas más sonrosadas cuando David se hallaba en su compañía. Cuando éste apareció por primera vez vestido de uniforme en casa de los Lotbinière, Nancy manifestó infantilmente su alegría. Poco a poco, pero con gran firmeza, la bella joven se adentró en el corazón del nuevo oficial. Se veían una y, en ocasiones,

dos veces diarias. En cierto modo, le parecía a David que luchaban juntos: ella por Pedro y él por Ana. Al joven le agradaba ver la luz que resplandecía en los ojos de Nancy cuando hablaban de Pedro. Aquella luz era más santa y profunda que la que nunca pudiera ver en los ojos de Ana. Trató de decir esto a Pedro en una segunda carta y no pudiendo expresarlo exactamente, rompió el pliego. Este amor hacia Nancy que manifestábase con vehemencia y ardor en su alma mantenía vivas sus esperanzas, que de otro modo se hubieran consumido. Nancy ya no dudaba de Pedro. Incluso embargada por tanta felicidad como sentía, comenzaba a dominar los temores que abrigaba acerca de Ana.

—Es inconcebible que pueda cometer un error estando bajo la vigilancia de las monjas —decía a David—. A pesar de que Bigot es tan poderoso como un rey, ni el cielo podría guardarla tan bien como el convento, Antes de que acabe sus estudios el próximo verano, habrá visto la verdad tan claramente, que os pedirá perdón de rodillas y el bosque de Grondin será el lugar predilecto para ella, del mismo modo que para mí lo ha de ser la casita que ahora tendrá Pedro a orillas del Richelieu.

Aquel mismo día, Angela Rochemontier dijo a Nancy:

—Ana no tiene aparentemente enfermedad alguna. Quiero decir que su mal no es físico. Su mal está en el corazón, en el ánimo, y me inquieta más que cualquier enfermedad visible, por terrible que fuera, pues ésta, a lo mejor, podría ser curada con medicinas.

Al día siguiente, sábado, Ana dio una cita a David. El mensaje llegó a él a las primeras horas de la mañana. Para verla habría de ir solo al colegio aquella tarde.

Al pronto se apoderó de él una tan violenta oleada de gozo que Robineau advirtió su inquietud durante la lección. Pero cierta idea surgida de súbito en su cerebro fue amortiguando poco a poco la excitación que habíase ido apoderando de su espíritu. Era algo que se relacionaba íntimamente con su deber. En sus cartas no había hecho manifestación alguna respecto a las sospechas que abrigaba sobre Bigot. Pero ahora que iba a hablar con ella estaba convencido de que su conciencia vencería todos los obstáculos y le obligaría a decir a Ana lo que pensaba y sabía de Bigot. Había de hacerlo si quería considerarse un hombre cabal. No mencionaría los repugnantes detalles que conocía de la vida de Bigot. Pero tanto por Ana como por él mismo, debía decir a su amada lo que estaba en su pensamiento, manifestándole a la vez que, si él se dejaba proteger por el Intendente, era sólo con la intención de hallarse mejor preparado en el momento en que necesitara luchar por Nueva Francia.

Se dirigió al convento y le introdujeron en una humilde habitación, de techo bajo y sin alfombras, donde esperó varios minutos. Oyó pasos varias veces y al fin reconoció los de Ana.

Cuando ésta apareció en la estancia, David estaba de pie. Al verla detenerse un instante en la puerta, su espíritu experimentó una ligera emoción. El cambio que David notó en ella no era, a buen seguro, consecuencia de la enfermedad. Su rostro estaba más delgado y más pálido que cuando la viera la última vez. Esta palidez y la

falta del brillo que animaba y embellecía siempre su rostro, fue lo primero que llamó al joven la atención. La sencillez mística de su vestido, la humildad de la habitación, sus blancos muros y el silencio reinante contribuyeron a producir en David tal impresión. Tan pálida estaba, que, de no ser por la cabellera, hubiera semejado un espíritu. Sus cabellos aparecían tan radiantes como siempre y reverberaban a la claridad que provenía del corredor. Dijérase que, entre la extenuación de todo; aquella cabellera era lo único que prevalecía rebelándose a sucumbir.

Ana vio la expresión de espanto que turbó la mirada de David y adivinó el pensamiento que siguió a tal impresión. Hubieron de transcurrir unos instantes para que el joven pudiera moverse y hablar. Menos mal que, entre tanto, Ana tuvo que cerrar la puerta y acercarse a él para tenderle la mano sonriendo. David se dio en el acto cuenta de que en aquella sonrisa había algo de violencia. Estrechó entre las suyas aquella mano que se le tendía y miró fijamente el rostro de Ana, luchando por contener el deseo de rodearla con sus brazos. Ana, según él podía apreciar, se contenía también, y David, al notarlo, se inclinó para besarla.

La joven le estrechó la mano efusivamente para decirle:

—Ahora no, David.

Junto a una ventana cerrada se sentaron uno frene a otro. Los ojos de Ana recorrieron el uniforme de David y tuvieron un resplandor de sonrisa sin hacer ningún esfuerzo por ocultar su orgullo. Pero aquella sonrisa parecía propia de una mujer más vieja y, en vez de complacer a David, le impresionó desagradablemente.

—Estás espléndido con ese uniforme, David.

—Me alegro de que te guste —repuso el oficial ignorando lo blanco y frío que estaba su rostro.

—Ángela me ha dicho que progresas asombrosamente y que eres ya una figura representativa en Quebec.

—Robineau dice que, aprendo rápidamente.

De pronto se irguió y sus ojos llamearon.

—En el nombre del cielo, Ana, dime qué ha ocurrido. ¿Qué ha cambiado en ti? Sólo por ti permanezco en esta maldita ciudad. Sólo por ti visto este uniforme. Sólo por ti acepto la protección y la falsa amistad de un traidor. Hace poco deseabas que te estrechara entre mis brazos. Decías que me amabas. Éramos felices con nuestros, sueños y proyectos. Ahora en cambio huyes de mí. Se diría que me odias. ¿Por qué? ¿Quién tiene la culpa de esto si no es Bigot? Ese monstruo que te ha embaucado con su fina charla, ese demonio que azotó a Carbanac en la vía pública y que ha recurrido a todas las maquinaciones para alejarte de mí y tenerte para él. Dime, Ana, ¿a qué obedece ese cambio?

No dijo más. Ana se había puesto en pie. La palidez de sus mejillas fue substituida por un súbito rubor. Señaló la silla que estaba detrás de David.

—¡Siéntate! —le ordenó.

Acalorado, había dicho más de lo que pensaba decir. Volvió a sentarse. Ana

dirigió a su rostro una nueva mirada fulgurante.

—Te suplico que recuerdes dónde estás. Te hallas en un santo recinto del convento de las Ursulinas. Ahora déjame hablar sin interrupción y te diré por qué no caigo, en tus brazos y por qué, como tú ves tan claramente, he cambiado de actitud. Desde hace una semana; desde aquel día en que no me quisiste besar cuando nos hallábamos en el palacio de San Luis, mi corazón está destrozado. No he tenido otra enfermedad que ésta, pero mi mal ha sido tan terrible, que, al lado de ella, lo que vi a través de la ventana de Nancy Lotbinière me parece cosa trivial. Deseo que me estreches en tus brazos; anhelo que me beses; te amo más aún que en aquellas horas en que soñábamos juntos y hacíamos proyectos. Pero existen para mí tres cosas que están por encima del amor: mi fe en Dios, mi lealtad a mi país y mi honor.

Hizo una pausa y contempló a David convencida de la había de comprender.

Agitado el corazón por la confesión de que Ana seguía amándole, desconcertado aún, el joven preguntó:

—Realmente, ¿cómo podría tu amor hacia mí hacerte sacrificar ninguna de esas tres cosas? Acabas de decir que Bigot es un traidor y un monstruo.

—Sí, y cada día tengo más pruebas de ello.

—Sin embargo, cuando me hayas oído, tu opinión sobre mi cambiará de medio a medio. Cada uno tenemos nuestro deber por encima de nuestro amor, y, día tras día, he ido haciendo acopio de fuerzas para decirte sinceramente lo que pienso de Bigot y cuál es mi estado de ánimo respecto a él. Bigot es una persona honorable, pese a las malvadas versiones que circulan acerca de él. Sus enemigos se confabulan para destruirle y, con él, a Nueva Francia. Él constituye el único noble baluarte del que pende nuestro futuro. Su visión es clara mientras tu mirada se ofusca. Sólo la amistad que nos profesa sujeta su mano, la cual tiende a destruir a una persona que te es muy querida... Ha descubierto una de las fuentes principales de la despreciable conjuración que nos vende a nuestros enemigos. Ya conozco el significado del horror que se apoderaba de mí cuando mencionabas al Cazador Negro en la región del Richelieu. Era que Dios me avisaba, antes de que pudiera hacerlo el Intendente, Porque ya no hay duda sobre ello: ese Cazador Negro que se ha unido tan estrecha y misteriosamente a ti y a tu madre, es un traidor y un espía, el más terrible enemigo que Nueva Francia haya podido tener jamás. Sus manos están manchadas de sangre francesa. Su misión es reunir los datos necesarios para que los cuchillos salvajes destruyan fácilmente los hogares de Nueva Francia. Por medio de amigos que el Intendente sabe estaban en el Richelieu, ha denunciado a los ingleses datos y secretos de valor inapreciable. Y de poco tiempo a esta parte se ha ido haciendo, como sabes, más atrevido. Bigot ha sabido que te acompañó hasta las mismas murallas de Quebec, donde se despidió de ti para penetrar luego en la ciudad disfrazado de mercader y partir dos días más tarde con informes para los ingleses. Y. Bigot, ese hombre a quien tú calificas de traidor, es un grande y valeroso patriota que generosamente nos ha protegido, ha dejado marchar libre y sin castigo a esta terrible amenaza para nuestro

país sólo porque... (es terrible, David, pero quiero ser franca), sólo porque al castigarle a él hubiera comprometido horriblemente la situación de tu madre y la tuya.

Cuando la joven hubo concluido, el rostro de David estaba frío y tenía un color ceniciento. Ana, a pesar de que se daba cuenta del efecto que habían causado sus palabras, permaneció tranquila. Decía tan sólo lo que consideraba verídico, y en sus ojos, conforme hablaba, fue haciéndose una luz que demostró a David hasta qué punto habíase su amada torturado para imponer a su amor y a su felicidad el deber de conciencia que Dios y la Iglesia le impelían a cumplir.

Pese a la tremenda alusión que hiciera sobre su madre y sobre él mismo, el corazón de David, frente a tales palabras, no experimentó más sentimiento que el del asombro y la compasión hacia aquella pálida y delicada criatura que abatió su cabeza y dijo:

—David, te he llamado para hacerte estas manifestaciones, aunque sé que después de hablarte así has de detestarme. Ahora, por tu felicidad, tu honra y tu porvenir, te ruego olvides a Pedro Joel y lo expulses para siempre de tu corazón, impulsando a tu madre a hacer lo mismo... aunque tu madre es posible que se niegue... Porque si prendieran a Pedro Joel y fuese ahorcado...

—Yo me colocaría de buen grado junto a él para ser ahorcado al mismo tiempo.

Fue espantoso el efecto que estas palabras produjeron en Ana. La joven miró a David un momento con ojos desorbitados e incrédulos, y, cubriéndose el rostro con las manos, profirió un ahogado grito. David vio como su menudo cuerpo temblaba cual si fuera sacudido por un escalofrío.

Levantóse el joven de su silla y posó su mano sobre la abatida cabeza de Ana. Sus dedos se deslizaron por la aterciopelada suavidad de la cabellera y el calor de ella transmitió una llamarada a su propio corazón.

Un haz de rayos solares penetró a través de la ventana e invadió la habitación. Su resplandor y su belleza fueron causa de que la contracción de los labios de David se trocara en indulgente sonrisa. Amaba a Ana St. Denis como nunca, a pesar de lo que ésta había dicho. Y con su amor, sentía hacia ella una infinita compasión y un profundo conocimiento de que era ella, y no él, su madre y el Cazador Negro, quien estaba en gran peligro.

Con voz llena de ternura, manifestó:

—Todo eso que te han contado es una mentira, una monstruosa mentira.

Ana no se movió. Dijérase que ni siquiera respiraba.

—Pronto lo comprenderás todo —murmuró David. Y se inclinó más hacia ella. En otras circunstancias habría cogido con sus manos aquella cabeza y la habría besado en los labios y en los cabellos.

—Ya comprenderás —repitió— Bigot procura conquistar tu confianza de tal forma que, en un momento dado, puedas volverte en contra mía. Te desea y sabe.

No pudo terminar. Ana hablase levantado repentinamente y David pudo ver el

agudo dolor que se reflejaba en sus ojos.

—David, ¿es cierto, como me has dicho hace un instante, que te complacería morir con el Cazador Negro si él fuera ahorcado?

—Sí —repuso el joven—. Ni aun así podría pagarle lo que le debo.

—Siendo así, Dios me dé fuerzas para sobrellevar lo que se me avecina —dijo Ana con sollozante amargura. Hablas de que otro hombre me quiere como si ello fuera deshonoroso y no una natural manifestación del alma. Y, al mismo tiempo, dices que morirías felizmente al lado de un traidor. ¡Oh! ¿Por qué destruyes tan terriblemente mis últimas esperanzas? A buen seguro que acabas de hablar con el Cazador Negro y volverás a verle hoy mismo.

—¡Estás loca! —gritó David—. Pedro Joel no es un espía ni un traidor. No está en Quebec ni creo que jamás venga aquí, a menos que yo le llame. Está...

—En Quebec. Esperándote. Ocupado en sus fatídicas maniobras. ¡Oh David! ¿Cómo te atreves a mirarme así, para hablarme, en cambio, tan falazmente? El Cazador Negro está en Quebec y Bigot podría hacerle prisionero, pero prefiere convertirse él mismo casi en un traidor antes de quebrantar la amistad y el afecto que te profesa y el amor que me tiene. ¡Qué me tiene, sí! Lo declaro sin titubeos porque no hay nada de malsano en él y porque no impide que mi corazón sea para ti enteramente. Sin embargo, no es digno de este amor un hombre que finge sinceridad en los ojos y miente horriblemente con los labios.

—¿Eso crees, Ana? ¿Crees que miento?

—No es que crea, es...

En una convulsión, se volvió hacia la obscura ventana y la abrió de par en par. El frío penetró en la estancia con un raudal de luz invernal.

Estuvo allí un momento, pero luego retrocedió cual sí una mano invisible la hubiera separado de improviso de la ventana. Trató de hablar, pero tan sólo un ligero suspiro salió de sus labios. Pasó por delante de David, abrió la puerta y, lanzando otro suspiro, salió al corredor. La puerta volvió a cerrarse. El cerrojo chirrió. Ana se había marchado, alzando ante ella y David una nueva barrera imposible de salvar.

Aturdido, el joven escuchó los últimos tenues sonidos de sus pasos.

Y David dirigióse hacia otra puerta que le condujo a su mundo, al mundo exterior. El aire frío de diciembre le azotó el rostro. La luz del sol cegó su mirada. Miró fijamente hacia el punto en que viera a Ana con Bigot aquella terrible e inolvidable noche.

Ahora vio algo más tremendo que le cortó la respiración. Vio lo que Ana había visto por la ventana.

Lleno de alegría y de orgullo el rostro, hacia él avanzaba Pedro Joel.

Capítulo XX

AL llegar a su cuarto, Ana se entregó a la convicción de que habíanse desvanecido sus últimas esperanzas. Entre sollozos, se refugió en su lecho hecha un ovillo. Sofocaba sus doloridos lamentos para que no la oyeran quienes pasaban por el corredor. En los primeros momentos de angustia pronunció algunas veces el nombre de David. Luego rezó por él. Pues consideraba que sobre su amado había caído algo más que la muerte, cuando ella vio al Cazador Negro desde la ventana, mientras David hablaba con tan aparente sinceridad que estuvo a punto de creerle. No fue el azar, sino Dios, quien colocó ante ella al Cazador Negro para abrirle los ojos. Y mientras rezaba por David, Bigot se afianzaba en su pensamiento. Bigot, respecto al cual la asaltaban terribles verdades que podrían representar su desventura. Bigot, que primero había advertido a David y después luchado por salvarle. Bigot, a quien tantos odiaban y sobre el que las mismas monjas le insinuaban prudentes advertencias. Bigot, que tan desinteresadamente la amaba y tan inmensa devoción profesaba a su país. Bigot, en fi cuyo recuerdo ahora le procuraba una triunfal energía.

Con este triunfo, una luz pareció extinguirse en el alma de Ana sumiéndola en la más profunda obscuridad. Se sentó en el lecho y paseó la vista por aquella celda en que su alma había hallado las más bellas visiones terrenales y celestes. Era un nido tan puro como el de las palomas y que estaba henchido de fe, bondad y amor a todas las cosas vivientes. Sus paredes eran blancas. Blanco era el lecho. Blancos los hábitos de las monjas que la contemplaban desde los cuadros que pendían de las paredes. Blanco el crucifijo ante el que ella se arrodillaba diariamente para orar. Ni la melancolía ni la maldad de las tinieblas podían hallar allí cobijo permanente. Alrededor de Ana, mezcladas al espíritu divino flotaban dos cosas que se imponían a todas las demás: la esperanza y el deber.

Muchas veces había reído y charlado con el benigno rostro de ojos inteligentes de la Madre María de la Encarnación, la cual había muerto hacía más de cien años, pero cuya alma flotaba en el ambiente de la celda desprendiéndose de aquel cuadro que pendía de la pared. Ahora, postrada de hinojos, pedíale Ana consejo y ayuda. Cuando hubo concluido, sintió la confortante proximidad de alguien en quien ella tenía ilimitada fe. Era como si el espíritu de su propia madre, fuerte y noble, hubiese acudido a su lado para guiarla. Y en seguida, el susurro del deber adquirió una completa claridad mientras la voz de la esperanza se dirigía a distancias remotas.

David le había mentido. Pero no era la simple expresión de esta mentira lo que la aterraba, sino, especialmente, el propósito que se acusaba tras ella. Había mentido para ocultar algo. Y lo que ocultaba era lo que Bigot le había revelado a ella tan

noblemente.

Sacó de donde las escondía las cartas de Bigot y, con los ojos llenos de tristeza y tortura, leyó de nuevo la larga misiva recibida aquella misma mañana. Era la más tierna y delicada, al mismo tiempo que la más triste que Bigot le había escrito. En el final de ella halló el Intendente oportunidad para decirle lo que jamás se habría atrevido a manifestar en otras circunstancias: lo devotamente que la adoraba.

Por vuestro amor —decía— lo sacrificaría todo. Por él renunciaría hasta a mi Dios y a mi esperanza de salvación. Fortalecido por vuestro amor, no habría altura hasta la cual no tratara de ascender. Si Dios hubiera dispuesto que este amor viniese a mí, vuestra alma habría llegado a ser el alma de Nueva Francia, y, juntos vos y yo, hubiéramos laborado por el esplendor de la Iglesia y de la Patria. Os hablo así, no para abrumaros con mi desesperación sino para excusarme de la molestia que mis cartas puedan ocasionaros. Preferiría cortarme la mano derecha a causaros un pesar; tan grande es el amor que os profeso. Sin embargo, todos mis actos van encaminados a molestar a aquella por quien gustoso daría la vida. Humildemente ruego al Cielo que interceda por mi cerca de vos para poder ser perdonado y para que vos comprendáis que os escribo esto con el único fin de que juntos luchemos por salvar al ser que goza de vuestro amor.

Después, con suma habilidad y delicadeza, la ponía al corriente de la presencia del Cazador Negro en la ciudad, de la significación de su visita, y, por último, de su convicción del interés que David tenía por los planes de traición del forastero. David estaba en tremendo peligro.

Sólo por su amor, pues para él representaba ella mucho más que la seguridad de su país, arriesgaría su nombre y su honor y lucharía hasta el fin por salvar a David. Pero era indispensable que éste no volviera a ver al Cazador Negro. Si verdaderamente David la amaba, nadie mejor que ella para volverle al buen camino.

Acababa con una declaración de sus vehementes deseos de que ella fuera feliz. Y esta declaración estaba hecha con tal exquisitez y acierto, que parecía una plegaria.

Realmente, nada como el recuerdo de Bigot podía procurar a Ana alivio en aquellas horas de angustia. Un trágico pensamiento la poseía y abrumaba. Bajo la ternura y la exquisitez de la carta del Intendente, la joven percibía la monstruosidad que en ella se trataba de ocultar. A Ana le parecía haber leído estas palabras que ahora retumbaban en su cerebro:

Salve a David, y si no puede hacerlo, que Dios le proteja, pues los mandatos del Rey, de la ley y del pueblo mismo, son más fuertes que yo. Hago todo lo posible por evitar catástrofe; pero, ¿cómo podré luchar con la presencia del

Cazador Negro?

Ana temblaba. No le importaba lo que David hubiese hecho o estuviera haciendo. No le importaba que hubiese mentido o que estuviera complicado en la conspiración. La joven sólo estaba pendiente de un deber: era preciso salvar a David. Las palabras de Bigot no dejaban lugar a duda respecto de ello. El Cazador Negro sería brevemente acusado y ahorcado como espía, y cuando éste muriera, o sólo fuera capturado, el espantoso peligro para David, proclamado tan noblemente por Bigot, se cernería sobre él. Por tal razón, dándose cuenta de que la amenaza estaba terriblemente cercana, Bigot le había escrito aquella carta, apremiándola para que alejara a David de aquel abismo de destrucción antes de que fuera demasiado tarde.

Tan pronto como le viera, necesitaba ponerle en conocimiento de su fracaso. Todas sus esperanzas y todas sus preces se concentraban ahora en Bigot. De rodillas, si preciso fuera, le suplicaría dejase salir de Quebec al Cazador Negro, sin hacerle ningún daño. Todo por David.

No quería pensar en lo que sucedería después. Se peinó y se arregló para salir. Tres cuartos de hora más tarde, Deschenaux pasaba recado a Bigot, el cual se hallaba en sus habitaciones particulares, de que la señorita Saint Denis solicitaba una audiencia con él.

Ana llegaba justamente en el momento en que Bigot acababa de saber, por medio de unos confidentes, que el Cazador Negro se hallaba con David en el alojamiento de Pedro Gagnon. Deschenaux tardó algún tiempo en volver a su despacho de secretario. En su rostro se reflejaba la ansiedad.

—El señor Bigot no se encuentra muy bien —dijo fingiéndose emocionado Esta mañana advertí que en él se había operado cierto cambio y le insté a que llamara al médico. Se ha alegrado mucho al saber que estáis aquí y a buen seguro que vuestras palabras ejercerán sobre él una inmejorable influencia.

El salón grande del palacio estaba vacío cuando Deschenaux introdujo a Ana en él. El secretario salió, cerrando, tras de sí la pesada puerta. Hasta que éste se hubo marchado no apareció Bigot por entre unos espesos cortinajes.

A pesar de las palabras de Deschenaux, Ana quedó fundamentalmente sorprendida. Ni su misma emoción ni lo trascendental de las circunstancias pudieron impedir que observara aquel cambio de que el secretario le había hablado. Cuando Bigot apartó las cortinas deteniéndose un instante en el umbral, Ana advirtió claramente aquella transformación en su faz y en todo su cuerpo.

Bigot actor inimitable, sabía dar a su rostro un perfecto aire de desaliento y desesperación.

Apenas posó sus ojos sobre Ana, hizo un esfuerzo para despojar su mente de la languidez que revelaba su semblante. Pero sólo hizo esto cuando la joven lo pudo notar. No antes de que astutamente se diera cuenta de que la joven que aparecía ante él pálida y desencajada se había percatado de la significación de su actitud. En sus

gestos, cuya expresión era tan clara como sus palabras, había leído la joven: «La hora terrible ha llegado. No veo ningún camino de salvación». Piedad, ternura y una infinita simpatía reflejábanse en su semblante y en su triste sonrisa cuando tendió las manos hacia Ana.

Impelida por una fuerza contra la que no pudo luchar Ana se fue hacia él ofreciéndole sus propias manos. Algo se agitaba en el cerebro de la joven. El ambiente de la amplia sala era sofocante. Un seco suspiro brotó de sus labios y sus ojos se fijaron en los de Bigot.

—¡Pobre niña! —balbuceó éste dulcemente—. ¡Pobre niña! De pronto, antes de que ella pudiera darse cuenta de lo que acontecía y la idea que bullía en su cerebro tomase forma, se sintió, asida por los brazos de Bigot y estrechada contra su pecho. Le contemplaba todavía, el rostro alzado hacia él, y los besos cayeron sobre sus labios antes de que se diera cuenta de que era preciso defenderse.

Bigot la soltó y se separó de ella en el acto. Aun en aquel instante de cegadora pasión, velaba su satánica astucia. Antes de que Ana pudiera oponer resistencia, evitó la oportunidad de que procediera así. Con la misma gentileza que la había asido entre sus brazos, renunció a ella. El rostro de la joven se cubrió de rubor, pero, ¡oh maravilla!, no había en su corazón ni vergüenza ni cólera. Cualquier otro hombre que la hubiera besado así, habría despertado su cólera; pero en su pecho no cabía este sentimiento tratándose de Bigot. Aun cuando su corazón, comenzó a latir violentamente, recobrando su fuerza natural, no halló palabras para vituperar a aquel hombre que permanecía en pie ante ella, en la humilde actitud de quien no ha cometido ningún daño.

—¡Pobre niña! —dijo de nuevo.

Con las manos en la garganta y el rubor de las mejillas convertido de pronto en palidez, Ana luchó por hallar aquellas palabras que era preciso dirigir a Bigot.

Pero Bigot no le ofreció coyuntura.

—Sé lo que ha ocurrido —comenzó a decir con voz afable—. Desde esta mañana se ha vigilado cuidadosamente al Cazador Negro. Ahora se halla con David en las habitaciones de Pedro Gagnon. Proyecta salir esta noche de la ciudad con los dibujos e informaciones que David le ha preparado.

Quebróse su voz y el Intendente volvió a cubrirse la faz con las manos. La idea que bullía en el cerebro de Ana la acabó de aturdir. Se dejó caer sentada en una silla. Un ahogado suspiro volvió a brotar de sus labios. Bigot se inclinó hacia ella, tomó una de sus manos, la retuvo y dio en ella unos golpecitos cariñosos. Después la besó tierna y delicadamente en la palma al mismo tiempo que murmuraba palabras de consuelo. Ana no intentó rechazarle. Él, entonces, llevóse aquellos dedos al rostro y los estrechó contra sus mejillas.

—Desde que me enteré de lo que sucedía no he cesado de pensar y pensar. Tanto he pensado, que creía volverme loco por momentos. Es preciso que haga lo que me dicta el corazón, pero para obrar así he de sacrificar mi honor y mi patria. Ana, Ana

mía, ¿por qué Dios no querrá que me améis como yo os amo a vos?

—Mi amor... se lo llevó todo David —repuso Ana forzadamente.

La capucha de su capa había caído sobre sus espaldas y los labios de Bigot podían posarse sobre aquellos hermosos cabellos. Hizo un esfuerzo y retiró los labios. No tardaría la joven en acudir a él por su propia voluntad.

Se apartó de ella. Algo le anunció que había obrado así en el momento oportuno. Los deslumbradores ojos de Ana, más hermosos que nunca al reflejar su amplio temor y profunda pena, le miraron serena y francamente. Había olvidado la presión de sus labios en su cabellera.

—¿Qué vais a hacer? —preguntó—. ¿Qué vais a hacer con el Cazador Negro y con David?

—El Cazador Negro saldrá esta noche de Quebec sin que nadie le moleste, llevándose la información para nuestros enemigos —dijo Bigot—. Una vez esté fuera la ciudad, será prevenido de que no vuelva jamás a ella si no quiere exponerse a ser ahorcado. Mañana enviaré a David con una misión para nuestros aliados indios de la selva de Ottawa.

Era inconcebible que aquella calma y aquella contenida desesperación que se reflejaban en el rostro de Bigot pudieran ser fingidas. Ana no tuvo esta sospecha ni remotamente. Veía el alma de aquel hombre torturada y retorcida por la traición. Por David y por ella misma, Bigot sacrificaba lo que más amaba en el mundo. Pese a la expresión de agonía que Ana advirtió en aquel rostro, no pudo reprimir el gozo que tales palabras le produjeron. Un leve gemido de gratitud brotó de aquellos labios que el Intendente había besado un momento antes. También se manifestó este reconocimiento en sus ojos y en sus mejillas. Trémulas de gozo, dio las gracias a Bigot y dejó que éste volviera a coger sus manos.

Permanecieron inmóviles un instante y Bigot, cual si Ana fuese una niña, puso una mano sobre sus cabellos y los acarició blandamente, sonriendo a la vez con expresión tan dulce y soñadora, que Ana juzgó que el Intendente no se daba perfecta cuenta de lo que hacía. Sin embargo, mientras sus ojos escrutaban una misteriosa e invisible distancia, sus labios manifestaron:

—Constantemente os estoy viendo, Ana, tanto despierto como en sueños, del mismo modo que os vi aquella tarde en lo más profundo del valle, con los cabellos sueltos y reluciendo bajo el sol. Después de aquello no puedo hacerme a la idea de perderos. Quizá mi fe en Dios sea demasiado grande, pero nada en el mundo e hacerme perder esa fe. Dulce Ana, si no hubiera existido David, ¿podrías haberme amado?

—Sois muy bueno —repuso Ana con el corazón oprimido—, pero... ahí está David. Y creo que Dios me induce a amarle sólo a él.

—Sin embargo, si no hubiera existido David —insistió Bigot—, juntos vos y yo hubiéramos consagrado nuestras vidas a la Iglesia y al bien del país. Es un hermoso sueño que ilumina las tinieblas de mi corazón, Ana, Decidme: ¿no podría haberse

realizado?

Ana inclinó la cabeza. El Intendente vio que los finos hombros de la muchacha temblaban y no insistió en la pregunta. Pero media hora más tarde decía a Vaudreuil, el cual había respondido en el acto a la llamada de Deschenaux:

—Ya no necesitamos de más dilaciones. Todo lo que hace falta ahora es el *coup de grace*. Después de eso, la señorita St. Denis vendrá a estos aposentos por su propia voluntad, para quedarse.

—Descuidad, que no perderemos el tiempo —aseguró Vaudreuil—. ¡Oh, Francisco, siempre fuisteis un diablo con suerte!

La mortificante pesadilla, en la cual Ana veía a David perdido por la traición del Cazador Negro, fue menos terrible cuando la joven regresó al convento. Entre las sombras de la obscura noche, Pedro Joel saldría de la ciudad, y al mismo día siguiente David se encaminaría hacia aquellas selvas occidentales que en más de una ocasión le habían horrorizado, pero que ahora bendecía sabiendo que representaba la salvación del ser amado. Este alivio, por muy relativo y breve que fuera, volvió a hacer lucir en su faz la fina esperanza. Ana creía en Bigot. Creía en el poder de la oración, y cuando volvía a pie a las Ursulinas rezaba y rezaba por el muchacho que tan repentinamente se convirtiera en hombre, implorando que Dios y la Virgen María le ayudaran a separarse de aquel sendero cuyo final era un abismo de ruinas, deshonor y muerte.

Casi había olvidado el hecho de tolerar a Bigot que besara sus labios y tocara su cuerpo. El amor del Intendente, el cual llenaba sus oídos con su apasionado y contenido ardor, le parecía cosa trivial comparado con su promesa de salvar a David de la fatalidad que aquella misma noche podía haber descendido sobre él. Cuando la fría lobreguez de la noche cayó sobre ella y las campanas del convento alzaron al cielo su canto vespertino, su cerebro repelía todo pensamiento que no se relacionara con David.

Se arrodilló y oró por él. Oró también cuando estuvo en el lecho, y a la mañana siguiente despertó con un rezo en el corazón. En el albor de aquella mañana, entre la dulce música de las campanas matinales, algo que no había soñado la pasada noche vino a estremecer su cuerpo y a caldear la esperanza que abrigaba su corazón.

Si David volvía a ella, se iría con él, se iría con él para siempre. Se daría a él en el acto con tal de tener derecho a apartarlo del Cazador Negro. Anhelaba poder luchar por él y con él. Ansiaba desviarle de aquel tortuoso camino que podía separarlos para siempre.

Su mano temblaba cuando le escribió una carta suplicándole acudiera inmediatamente.

He hallado un camino para ti —le decía—. ¡Oh David mío! He hallado para ti un camino que mi corazón debió descubrir antes».

Era dichosa. Un bello canto brotaba de su corazón Mientras contaba los segundos que su mensaje tardaría en llegar a David. Vio al mensajero regresar, y su mano, de súbito fría e insensible, volvió a recoger su propio mensaje.

Había llegado demasiado tarde. David había partido de la ciudad una hora antes de que su mensaje llegara a la calle de Santa Ursula. Parecióle a Ana que una potente mano descendía del Cielo y respondía a sus oraciones con un tremendo golpe.

Recibió un recado de Bigot aquel mismo día. Y el Intendente le decía que sin pérdida de tiempo había ya, enviado a David al campo de los *ottawas* para concertar con ellos un nuevo tratado de guerra. Le acompañaba un hombre de los de más confianza del Intendente. Pedro Joel, el Cazador Negro, se había marchado también, dirigiéndose, sin duda, al campo de los ingleses con sus adquiridos datos de la situación de Quebec.

Bigot daba gracias a Dios humildemente de que aquella situación, que tanto le preocupaba, hubiérase despejado al fin. De prolongarse un poco más, el Gobernador y los militares habríanse enterado de todo, y el mal hubiera sido irremediable. Estaba seguro de que cuando David regresase, ya la gente se habría olvidado del asunto del Cazador Negro. Había pagado un centenar de misas para mostrar su gratitud por el bien que le había concedido el Altísimo. Se sentía esperanzado y alegre.

Todo esto, sin embargo, no logró desechar del corazón de Ana el mal efecto que le produjera la devolución del mensaje que enviara a David. El temor se impuso de nuevo a la esperanza. Y con ese temor nació una nueva emoción cuya simiente había sido arrojada en otro tiempo en su vida y brotaba despacio, pero seguramente. Su amiga más querida, la hermana Ester, era la que plantara en ella aquella semilla, y con su inocencia, su candor y su puro y amplio pensamiento la había cultivado cuidadosamente. «Dios quiere que seáis una de nosotras» —habíale dicho más de una vez—. «Lo presiento. Así lo dice constantemente una misteriosa voz desde el fondo de mi alma».

La hermana Ester habría dado su vida por Ana. Sin embargo, pese a sus santos deseos de hacer feliz a su amiga, había provocado en su espíritu una gran perturbación que comenzaba a torturar a Ana. ¿Tendría razón la hermana Ester? ¿Pretendería Dios que aquella corriente de amor hacia David se dirigiera por un más alto y noble cauce? ¿Debería, como pretendía la hermana Ester, consagrar su vida y su alma a Jesús profesando en las Ursulinas? ¿O debería laborar por la Iglesia en un más amplio sentido, dedicándose a la vez al engrandecimiento de Nueva Francia?

Esta tortura se hacía cada vez más insoportable, aunque nadie, ni la hermana Ester, la advertía. ¿Podría esperar de Dios algún otro indicio que le indicara más claramente el camino que debía seguir, y tal indicación llegaría a ella por medio de David y el Cazador Negro? ¿Sería este indicio el sacrificio de la vida de David?

Estos pensamientos la confundían convirtiendo su mente en un loco torbellino. Y tales pensamientos no eran más que el producto de la rigurosidad religiosa de aquella época.

Los sacerdotes morían en la hoguera cantando la gloria de Dios. Los mártires se sacrificaban de buen grado creyendo que el martirio, en su santa acepción, agradaba a la voluntad del Cielo. La mano de Dios se veía y se tocaba. Su voz se oía claramente.

Ana esperó. Los días de espera se convirtieron en semanas y ni una sola palabra llegó a ella de David.

Pasaron las fiestas de Navidad tristes y angustiosas para la pobre Ana. Entre tanto, sobrevinieron acontecimientos que habían de influir grandemente en el porvenir del mundo. En el mes de enero, el marqués de Vaudreuil fue nombrado Gobernador de la Nueva Francia y en su séquito dejó un puesto vacío para que lo ocupara David cuando volviera.

Estas palabras las repetía Ana una y otra vez durante la noche cuando despertaba de sus tristes sueños. «Cuando él volviera. Cuando él volviera».

Fue entonces cuando Bigot quebrantó el secreto que tenía guardado, y el rumor se esparció rápidamente por las calles de la ciudad. En Quebec habían vivido espías y traidores. ¡Traición! La palabra, conforme pasaba de lengua en lengua, iba adquiriendo una expresión más ardiente y conmovedora. El señor Lotbinière y otros miembros de las *Honnêtes Gens* sonreían torvamente, pero el populacho, como acontece por lo común a todos los populachos, no veía lo que entendimientos más claros y elevados podían claramente advertir. La traición prometía dar juego, pues despertó un ávido interés en la ciudad durante aquel frío y desolado invierno.

El Rey de Francia había hecho proclamar a los cuatro vientos una vieja y conocida disposición: los traidores debían ser condenados a muerte. Vaudreuil, el nuevo Gobernador, valiéndose de las gentes murmuradoras de la ciudad, hizo que las deplorables noticias se exteriorizaran y mandó leer en alta voz, en las plazas públicas, las viejas leyes que señalaban los castigos de los traidores para su Patria y para su Rey.

Pero Bigot permanecía mudo. Todas sus fuerzas se encaminaban a procurar que Ana no se diera cuenta de la lucha que mantenía, y el Intendente hablase llegado a convertir para Ana en un verdadero dios. Fue en Bigot en quien Ana halló los últimos consuelos y esperanzas. El Intendente esperó con ella alguna palabra de David, y la joven advertía cómo aquel hombre bueno compartía con ella sus amarguras. A veces se avergonzaba de ser la causante de esta pena. Otras se entregaba francamente a ella y demostraba de tal modo la simpatía que por esta causa profesaba al Intendente, que éste hubo de hacer grandes esfuerzos para no precipitar lo que naturalmente había de suceder transcurridos algunos días.

Pasó el oscuro y breve febrero, vino marzo con sus vientos y su soledad. El 22 de este mes se desencadenó una tormenta. Una ventisca bramó desde la parte del oeste.

Golpeaba y gruñía contra las ventanas, cuando Ana, que preparaba su lecho, se detuvo un instante ante un pequeño espejo que había en su alcoba. Los cristales estaban limpios, pues ella misma les había pasado un paño hacía un momento. A la

luz del candelabro, el frío condensaba su aliento. No obstante, pese a la delgadez del vestido que llevaba, mantúvose ante el espejo y fijos los ojos en lo que en él se veía.

A causa del frío no había trenzado sus cabellos, y su abundante mata, cayendo sobre sus hombros y su cuello, confortábala en aquella fría noche y en aquel cuarto donde el único calor que se notaba era el que podía ofrecer un pequeño candelabro. Se contempló atentamente y advirtió que sus ojos no eran los mismos que los de aquella otra Ana que meses pasados habíase contemplado en un espejo del palacio de Grondin, Miró mas atentamente, porque algo que había en sus pupilas la aterró, haciéndola olvidarse del frío por completo.

Aquella tarde, a última hora, había ido a visitar a Bigot otra vez. Y como sus ojos, ahora, el Intendente la había asustado. Mostrábase febril, cual si quisiera ocultarle algo, algo que se refería a David y no se atrevía a decirle. Y cuando ella se dispuso a marcharse, él bajó la capucha de su capa y llamó a aquel pelo, que pertenecía a David, «su pelo». Luego la besó, y un momento después le pedía perdón. Ana salió de allí sollozando, Comprendía que Bigot había oído algo acerca de David, Y el Intendente estaba cambiado, completamente cambiado, cual si la esperanza que antes anidaba en su pecho hubiérase desvanecido.

Apagó la luz y estuvo largo tiempo en su lecho despierta y temblando. El sereno pasó cantando la hora. Ana oyó su voz amortiguada por la tempestad. De vez en cuando una tremenda ráfaga del vendaval azotaba su ventana como si tuviera intención de destruirla y abalanzarse sobre ella. Después, en los momentos de mayor quietud, oía aullidos, lúgubres y sordos silbidos en los salientes y cornisas, cual si los fantasmas hablaran unos con otros. Arrebujada en su lecho, hacía esfuerzos por desterrar de su mente las negras ideas que amenazaban volverla loca. Pero el viento, como un alud de diablillos, la mantenía despierta. Volvió a oír al sereno. Y aún le oyó otra vez, pareciéndole que en vez de dos horas habían transcurrido dos noches enteras. Finalmente, todos los sonidos de la noche parecían pronunciar la misma palabra: «David, David, David».

Por fin el cansancio trajo el sueño a sus párpados, era un sueño desprovisto de reposo y repleto de tristes desazones y angustias mentales. Subconscientemente sentía la tortura de aquel sueño y luchaba por despertar Y librarse de él, siendo así que horas antes había pugnado por conciliarlo creyendo que en él hallaría alivio. Pero le era imposible libertarse de él. La sujetaba con fuertes cadenas que no daban señales de romperse jamás. Fue el sereno quien finalmente vino en su ayuda. Oyó como se acercaba, y sus pasos le infundieron valor. Fue él quien le arrancó de las negras garras que se cerraban sobre ella. Despierta por completo, se sentó en la cama. Cuando se había acostado, la noche era azotada por una terrible tormenta, pero ahora reposaba todo en profunda calma y una pálida claridad se filtraba a través de los cristales de sus ventanas abiertas.

La tempestad había cesado. Éste fue su primer pensamiento. Luego, en la quietud exterior, oyó la voz del sereno. Estaba lejos y se acercaba lentamente. Era extraño —

así pensaba Ana—, pues fue la voz del sereno lo que la despertó, sonando tan próxima que parecía lanzada en sus mismos oídos. Echó atrás su densa cabellera y prestó atención.

Siguió un momento de silencio durante el cual oyó el golpeteo del chuzo del vigilante nocturno. Estaba cerca... muy cerca de su ventana...

Algo oprimió su corazón y entonces sonó la voz:

¡Treeees de la mañana y un traidor ha sido capturado! ¡Dios bendiga al Rey y dé muerte a los traidores!

De los labios de Ana brotó en respuesta un ahogado grito. El aviso había sido lanzado debajo de su misma ventana y sus palabras llenaron el ambiente de la noche con un tono poderoso y triunfal.

El sereno se fue, pero su voz volvía a sonar y penetraba por la ventana horadando el corazón de la desdichada joven.

—¡Un traidor ha sido capturado; Dios bendiga al Rey y dé muerte a los traidores!

Aún oyó la voz dos veces más.

Estuvo sentada en la cama durante mucho tiempo y después saltó al suelo. No sintió frío porque su cuerpo y su corazón estaban tan helados como el ambiente de la noche.

¡Un traidor había sido capturado!

Encendió una bujía, y a la luz de ella su faz pareció tan blanca como la de aquella bendita Madre María cuyo retrato pendía en la pared. La vida parecía haberse escapado de su cuerpo dejando tan sólo un vestigio de ella en los cabellos y en los ojos. Sin apresurarse, mecánicamente, comenzó a vestirse para salir. Aún aguardó un momento junto a la ventana.

No es que reflexionara ni razonara. Lo que la poseía era algo más fuerte que su razón y su pensamiento. A buen seguro que interiormente estaba más fría que la muerte misma.

Pronto volvería a oírse el terrible grito del sereno. Pero antes...

Aguardó hasta escuchar las pisadas que se percibían en el extremo del patio, pero abrió la puerta antes de que la llamaran. La Madre Superiora y la hermana Ester se hallaban en el umbral. Ambas mostraron su sorpresa al verla vestida, y ella trató de sonreír, como si quisiera dar a entender que adivinaba el motivo de aquella visita.

En los rostros de las monjas, no alterados jamás ni por las mayores catástrofes, se

advertían ligeros signos de una emoción que trataban de reprimir. La hermana Ester, momentáneamente abstraída, besó los fríos labios de Ana y estrechó su aún más yerta mano.

—El señor Bigot, el Intendente, ha interrumpido nuestro sueño con una petición que nos era imposible rehusar —dijo la Madre Superiora con amable tono—. Solicita vuestra presencia inmediata en palacio para un asunto de importancia tanto para la Iglesia como para el Estado. La hermana Ester os acompañará... Pero, hija mía, ¿por qué estáis vestida?

—Porque...

Ana no dijo más y salió acompañada de la hermana Ester. Un carruaje las esperaba. Y cuando este carruaje las conducía a través de la triste y helada calle de palacio, Ana oyó una vez más aquel fuerte y terrible grito:

¡Un traidor ha sido capturado; Dios salve al Rey y dé muerte a los traidores!

Capítulo XXI

BIGOT esperaba en su despacho. A su lado estaba Vaudreuil, el Gobernador de Nueva Francia, y un poco separado de ellos, a punto de salir por una puerta, el secretario Deschenaux, el cual tenía aspecto de no haber dormido aquella noche y cuya taimada fisonomía estaba iluminada por una felina satisfacción, a causa de lo bien que se desenvolvían los asuntos de su jefe.

Vaudreuil, compuesto y pálido como nunca, con su femenina peluca reluciendo bajo la luz del candelabro, no tenía aspecto de haber sido interrumpido en su reposo, ni de haberse visto precisado a dejar el lecho a las tres de la madrugada en una noche como aquélla para acudir a la llamada del Intendente. Se desenvolvía perfectamente en su nuevo cargo de Gobernador. Su egoísmo iba en aumento. Su vanidad era cada vez mayor. Se consideraba el hombre más grande que había representado al Rey en el mundo occidental. Sus sueños estaban llenos de visiones de Fontainebleau y Versalles, y Bigot había sabido halagarle y seguirle la corriente en este punto y acerca de sus demás flaquezas, con lo que consiguió que el Gobernador de Nueva Francia se convirtiera inconscientemente en instrumento suyo. Y así el destino del poder militar del Canadá quedó enteramente a su merced.

El Intendente sí que presentaba señales de enorme esfuerzo realizado. Con listeza y vivacidad femenina, Deschenaux le había ayudado a concluir la obra minutos antes. Bigot tenía el traje arrugado, despeinados los cabellos y pálido el semblante, bien caracterizado por la sutil destreza de Deschenaux. Su apariencia era la de una persona que llevara muchos días sin dormir y fuera presa de hondas torturas mentales.

Hallábase dispuesto a recibir a Ana.

Ello había sorprendido a Vaudreuil en el primer momento. Ahora el Gobernador retorció entre sus dedos un rizo cortado de la cabellera de una mujer inglesa. Su menudo cuerpo parecía haber crecido y haberse ensanchado ante las frases aduladoras que el Intendente del Rey acababa de dirigirle.

—Ya os anuncié que era eso lo que iba a ocurrir —dijo el Gobernador plácidamente—. ¿Está ya la jovencita en camino?

—Está al llegar —repuso Bigot.

—Entonces no se puede pedir más. La comedia ha terminado. Gracias a mí, sois dueño de una hermosísima paloma, Francisco.

—Tan hermosa es, que me parece imposible que pueda ser mía —repuso Bigot.

Se echó a reír y en sus ojos fulguró una llama de pasión.

—Es una tontería, Vaudreuil, pero no os diré lo que he pedido a la Pompadour para vos hasta que llegue el momento que lo veáis. Durante esta noche y mañana

tenéis un importantísimo papel que representar. Y poco después habréis de atender al capitán Robineau.

Por primera vez desde que entrara Vaudreuil en la habitación, se nubló su semblante.

—¿Se atreverá...?

—Creo que sí —repuso Bigot—; su paciencia ha llegado al límite. Cuando vea el fin que va a tener todo esto, preferirá...

—Morir como un caballero —afirmó Vaudreuil soltando el rizo y dedicándose a su habitual movimiento de girar los pulgares sobre su voluminoso abdomen—. Poca dificultad tendremos para satisfacerle, Francisco. Estoy pensando en el capitán Talón. Le he anticipado otros diez mil francos y nos debe un duelo, cualquiera que sea el rival que le destinemos. Odia al capitán Robineau y para él representaría un gran placer alojarle una bala en el corazón. El asunto puede arreglarse muy rápidamente.

—¡Dios Santo, qué imaginación tenéis para prevenir lo inesperado! —exclamó Bigot, esta vez con admiración sincera—. Me asombráis. Efectivamente, si Robineau sigue despertando mis sospechas como hasta ahora, ya os avisaré. Ese diablo de Talón no necesitaría hacer más que un disparo para dejar tranquila para siempre la conciencia de Robineau.

Se dirigió con Vaudreuil hacia la puerta por donde Deschenaux había desaparecido, fue hasta un poco más allá del umbral y luego regresó solo. Ana entraría por otra puerta. Había sido una noche agitada y pasada por él en vela. Sin embargo, no estaba fatigado. Desde las diez de la noche sus nervios se hallaban en aguda tensión. De todos sus sueños, pasiones y anhelos, el que ahora estaba llevando a la realidad era el más grande pocos minutos después, el supremo drama de su vida, su épico drama de amor se representaría en aquella estancia, siendo Ana y él los únicos personajes. Una vez más comprendió que necesitaba entablar dura lucha para aparecer como un dios a los ojos de Ana. Tenía una profunda certidumbre de que su victoria y la rendición de Ana se efectuarían antes de lo que él había proyectado, pero era preciso ocultar este sentimiento para que la joven no advirtiera ninguna señal de alegría en su rostro.

A medida que la hora de su triunfo se aproximaba, iba sumiéndose en una abstracción cada vez más profunda y paseaba lentamente de un lado a otro de la estancia sobre las perfumadas alfombras que tapizaban el suelo. Una nota de humorismo hizo fruncir sus labios, cuando su pensamiento llegó de un salto hasta la Pompadour, la amante del Rey y su mejor amiga. Con burlona sonrisa pensó que el magnífico Luis le separaría la cabeza del tronco si supiera lo que había sucedido entre él y su hermosa favorita. También consideró el cambio que se operaría en la actitud de la Pompadour si la verdad de su amor por Ana llegara un día a sus oídos.

Sus devaneos con Catalina y Carlota, tan trágicamente finalizados, y sus amores con la señora De Pean habían entretenido y divertido a la Pompadour, cuyo amplio conocimiento de la vida le permitieron comprender que los hombres necesitan tener

sus pequeñas diversiones; pero si la verdad de lo que sucedía entre él y Ana llegara a su conocimiento, le retiraría sus favores y lo arrojaría desde lo alto de su trono, si es que no le costaba la cabeza. A las otras las había adorado durante cierto período de tiempo, abandonándolas fácilmente cuando la Pompadour se lo indicaba; pero su pasión por Ana era algo profundo e indestructible. Y ante ella, la amante del Rey se hubiera sentido ofendida hasta el punto de procurar su destrucción.

Por lo tanto, ni un solo instante había pensado en casarse con Ana. La idea era tan absurda, que le movió a hacer una extraña mueca. No se había casado con Catalina, y ésta le había pertenecido hasta que se suicidó. Las otras, aun aquellas que estaban vigiladas por sus maridos, también habían sido de su propiedad hasta que a él le dio la ventolera de dejarlas. Ana St. Denis estaría ligada a él más íntimamente que Catalina lo estuviera jamás, cuando llegara la hora de establecer entre ellos el lazo de unión. Posiblemente, pasado el tiempo, si la Pompadour muriese o si su influencia cerca del Rey decayera al marchitarse su belleza...

Pero sus reflexiones acerca de un posible matrimonio con Ana no pasaron de ahí.

Unos rápidos y nerviosos aldabonazos sonaron en la puerta por donde Vaudreuil y el secretario habían desaparecido. Esta interrupción dejó a Bigot inmóvil. El momento había llegado: los golpes dados en la puerta eran la señal para que se descorriese el telón. Ana St. Denis había entrado en el palacio y subía por la escalera privada.

Bigot corrió a abrir la puerta. De Pean compareció al mismo tiempo que dos gigantescos guardias, los cuales empujaban a un hombre cuya inmensa y redonda faz aparecía blanca de terror. Era el sereno de la ciudad, el hombre que estentóreamente había pregonado la noticia del hallazgo de un traidor. Bigot retrocedió y sus hombres avanzaron con su prisionero, deteniéndose ante el Intendente. Éste miraba hacia otra puerta... Hacia la puerta por donde Ana llegaría, en la cual sonaron unos débiles golpecitos. Bigot no dio muestras de haber oído aquel ruidillo que recogiera con agudizada percepción. Con voz que temblaba de contenida furia, con inimitable simulación de cólera, que aparentaba reprimir mediante un sobrehumano esfuerzo, profirió su terrible sentencia sobre el infortunado sereno o cualquier otro que hubiera contribuido a propagar por la ciudad la noticia de que había sido capturado un traidor. No necesitó volverse para saber que Deschenaux había abierto la otra puerta haciendo entrar a Ana. Sabía que la joven estaba de pie a sus espaldas, de nuevo cerrada la puerta, y que escuchaba su discurso.

Alzó la voz, velada por un temblor de cólera y desesperación.

—Apartadlo de mi vista, De Pean, y buscad a quien desobedeciendo mis mandatos le haya proporcionado la noticia referente a nuestro prisionero. Recibirá su castigo aunque se trate del mismo Gobernador, y mi propia mano lo administrará. ¡Salid!

Los guardias se llevaron al prisionero. De Pean los siguió. Se cerró la puerta. Bigot, mirando la dirección en que su gente se había marchado, abatió de pronto la

cabeza con gesto de infinita pesadumbre.

—Que Dios me ayude —suspiró.

Oyó unos suaves pasos a su espalda, pero no se volvió hasta que le dijeron:

—Señor...

Entonces se enfrentó con Ana. Ni la misma joven, pese a su mortal blancura, presentaba un aspecto tan terrible y angustioso como el de Bigot. Aparentó enmudecer extrañado de su presencia. Los grandes ojos de Ana le miraron desde debajo de su capucha. El Intendente oyó el tictac de su reloj... o el latir del corazón de Ana.

Como si las palabras se negaran a acudir a sus labios, tendió; sus manos a la joven. Ana no debió de verlas, pues sus ojos no se separaban de los de él.

—¿Es David...?

Su voz era un leve susurro. Su rostro no podía aparecer más pálido. En cambio sus ojos no podían ensombrecerse más y mostraban una llama de locura. Luego la joven se separó y se mantuvo erguida y firme. La mano de Bigot habíase posado sobre su brazo. La condujo a una silla y la obligó a sentarse. Después, con delicados modales, quitó la capucha de su cabeza. No tuvo con ella más que este ligerísimo contacto, pero sus ojos llameaban ávidamente. El sufrimiento de una mujer hermosa siempre le había impelido a sumirse en extáticas profundidades. Como Calígula, habría sabido procurarse indecibles placeres. Permaneció un instante detrás de ella.

—¿He hecho bien en mandaros llamar? —preguntó.

Ana miraba derechamente hacia delante. No se movió ni respondió. Pero Bigot advirtió que sus manos temblaban y desfallecían en su regazo. Su excitación, nerviosa había desaparecido. Ahora estaba abatida, abatida como él había esperado que estuviera.

Y Bigot, inclinándose más, le dijo.

—La vigilancia secreta del Consejo Militar lo prendió hace dos días. No lo he sabido hasta esta noche. Estaba vendido por completo a los emisarios de los ingleses. En su traje se hallaron planos de las fortificaciones de Quebec, mapas y dibujos con todos los detalles de nuestra fuerza, e indicaciones a los comandantes del fuerte Eduardo y fuerte Guillermo, señalándoles un camino para subir por el Richelieu y detallando los puestos que tenemos allí.

Ni aun si Bigot hubiese insinuado una grosería, Ana se habría puesto en pie más súbitamente, con las aletas de la nariz dilatadas y los llameantes ojos fijos en Bigot.

—Eso es... ¡mentira! —gritó, y sus manos se agitaron como si quisiera pegarle—. Todo el que diga que David es un traidor y afirme que ha dado tales detalles sobre el Richelieu, miente, Y vos sois al primer embustero —y sus manos se agitaron de nuevo y se asieron al borde de la mesa, pues su cuerpo vacilaba—. Si David es un traidor, es que... es que no hay Dios —concluyó provocando en el pecho de Bigot una sombra de piedad ante aquel naufragio de las más queridas esperanzas.

El Intendente nada dijo. Arrastrando los pies, como abrumado por el dolor, fue a

sentarse en otra silla y ocultó su cabeza entre las manos. Oyó como Ana se desplomaba sobre el asiento del que acababa de levantarse. Luego un seco y terrible sollozo llenó la sala. Eso era lo que él quería. Alzó los ojos. Vio que Ana ocultaba la cabeza entre sus brazos y que éstos se apoyaban sobre la mesa.

Bigot se acercó a ella y comenzó a pronunciar palabras de consuelo, que la joven no oyó claramente. Sólo Dios era testigo del esfuerzo que él hiciera para salvar a David, decía el Intendente. Pero había sido imposible. Cuando el paroxismo que agitaba los nervios de Ana hubo pasado, Bigot fue dejando caer estas terribles palabras en sus oídos. Los militares, y no sus propios amigos, eran los que habían capturado a David. Vaudreuil estaba a la cabeza de ellos, y Vaudreuil y todo su Consejo, incluyendo los más poderosos oficiales del país, ante una traición que pusiera en peligro a Nueva Francia, no tenían en su corazón más que un sentimiento: el de la muerte. Por amargo que ello fuese, el Consejo de Guerra había hecho ya sus preparativos, y la suerte de David sería muy pronto conocida. Con voz trémula, pidió a Dios que le ayudase en su última lucha por la salvación de David.

Con la misma voz habló de esperanzas. La esperanza no debe faltar hasta el último momento. Él emplearía por David absolutamente toda su influencia y su poder. Lo sacrificaría todo, incluso la Intendencia de Nueva Francia, si con ello pudiera obtener la felicidad de Ana.

Para el cuerpo y el cerebro torturados de la joven, la voz de aquel hombre, su mayor amigo, el único que podía salvar a David, fue como una mano consoladora. Sintió una extraña sensación que era algo más que esperanza cuando sus manos hallaron una de las de Bigot. Dejó de sollozar.

—Necesito ver a David murmuró.

Bigot la había rodeado con su brazo libre.

—He aquí por qué os he hecho venir, querida Ana. Sabía que David querría veros.

Notó la joven que aquellos labios se posaban cálidamente sobre su frente, y al sentir este contacto, algo la obligó a levantarse de la silla, desasirse rápidamente de las manos de Bigot y mirarle con fijeza a la cara. Bigot estaba convenientemente caracterizado por Deschenaux. Las luces de la habitación estaban semiapagadas. Ana juzgó que aquel hombre de pálido y torturado rostro, como el del santo mártir cuya imagen se reflejaba en uno de los cuadros de su cuarto, era un enviado de Dios. Si alguna duda hubiera tenido sobre el amor del Intendente, en aquel instante se habría disipado. Sin embargo, ni se aterró ni se rebeló. Ahora, como nunca, veía los tres grandes fundamentos de aquel amor del Intendente: su fe, su honor y su amistad por David.

Se posesionó de su mente una especial lucidez. Aquellos miembros que poco antes estaban trémulos y débiles se llenaron de pronto de energía. Bigot advirtió el cambio y reaccionó aún más rápidamente que ella. La inclinación de sus hombros desapareció y en sus ojos brilló una nueva luz cual si de pronto hubiera logrado

libertarse del peso de su inmensa desesperación.

—Necesito ver a David —repitió Ana, con voz en la que ya no se percibía el menor temblor—. ¿Dónde está?

No esperaba Bigot que las cosas sucedieran tan a pedir de boca. La misma Ana se ofreció espontáneamente a dar el paso que la haría caer en el cepo.

—Necesitáis revestiros de valor —dijo el Intendente animándose ante la transformación que hablase operado en la joven—; la lucha no está aun completamente perdida. Cuando el Consejo haya examinado la causa y esté dispuesto a dictar sentencia, yo me presentaré a él con un requerimiento y demanda de indulgencia para el procesado. Entre tanto, si vos lográis persuadir a David de que acredite su actual situación respecto al Cazador Negro y conseguís arrancarle alguna prueba contra el bandido que ha determinado su ruina, ello le representará una ayuda tan grande, que es posible que el Consejo rehúse graciosamente a dictar la sentencia de muerte contra él.

—¡Muerte!

La palabra brotó como un suspiro de los labios de Ana, a quien pareció que la habitación comenzaba de pronto a girar en torno suyo.

—Sí, muerte —dijo Bigot, y su voz pareció llegar a Ana del otro lado de las paredes del salón.

Luego volvió a aclararse todo a los ojos de Ana. Al fin y al cabo, no en otra cosa había pensado desde que oyera al sereno pregonar la terrible noticia. Sin embargo, al oír esta palabra de labios del Intendente, había sentido que se le paralizaba el corazón. Bigot continuó:

—Algún enemigo mío le dijo al sereno que voceara la noticia por la ciudad, lo que perjudica grandemente a David. Es cosa bien sabida por todos, que la traición nos ha debilitado frente a nuestros enemigos, y si después de prender a un traidor nos mostráramos clementes con él, el pueblo se levantaría contra nosotros. Si la captura de David pudiera haber quedado en secreto...

—¿Creéis que David Rock es culpable? —le atajó la voz de Ana vivamente con ojos resplandecientes de indignación. ¿Creéis eso?

Bigot bajó la cabeza.

—Las pruebas se hallaron en el forro de su casaca —repuso suavemente—. No importa lo que yo pueda creer, pues al menos que él descubra al Cazador Negro, el Consejo y toda Nueva Francia le tendrá por culpable. Yo sé cómo vos, mi preciosa Ana, que David está limpio de delito. Y para salvarse no necesita sino sacrificar a aquel otro que le ha colocado al borde de la ruina. Debéis convencerle de que obre así mientras yo dedico todas mis fuerzas a librarle del terrible sino que está suspendido sobre él.

Ana no formuló respuesta alguna; se limitó a esperar mientras el Intendente llamaba a Deschenaux, el cual se hallaba en el salón inmediato. Asiéndola suavemente de la mano, la condujo hacia la puerta por la que antes entrara. El

secretario la abrió para darles paso.

—Deschenaux os acompañará —dijo el Intendente Yo volveré a la sala del Consejo. Se acercan los terribles momentos del fallo^[12]. Sed valerosa y procurad arrancar a David la prueba que tanto ha de contribuir a salvarlo.

Cuando Ana se fue, Bigot se irguió soberbiamente y en su semblante brilló una sonrisa triunfal. Hallarse solo con Ana en sus propias habitaciones, a tales horas, y en condiciones que bien podían haber sido aprovechadas para obtenerla por la fuerza, había constituido para él un esfuerzo horrible, Pero tenía el convencimiento de que había obrado sensatamente. Un capítulo más en el pequeño drama el encuentro de Ana con David y el gran momento llegaría. El amanecer, el brumoso y desagradable amanecer de aquel día de tristeza, le procuraría la dicha sin fin. Aventurarse a pensar ahora en ello le hacía sentir algo así como una llama enloquecedora que parecía iluminar todo el aposento.

Apenas Ana y Deschenaux hubieron desaparecido, De Pean entró por otra puerta. Bigot se volvió hacia él. En el rostro del paniaguado se dibujaba una singular sonrisa, y parecía que su mirada iba más allá del punto donde se hallaba Bigot. Seguramente estaba pensando en su esposa, cuya amabilidad había sometido a aquel monarca de Nueva Francia bajo condiciones tan satisfactorias como amistosas. Ahora el negocio sentimental —y monetario— llegaría a un trágico fin. Lejos de hallarse disgustado, sonreía satisfecho de la humillación que iba a recibir su encantadora Angélica.

La voz de Bigot tembló de emoción cuando saludó a De Pean.

—¿Habéis cuidado bien de la hermana Ester, la que acompañó a la señorita St. Denis? —preguntó Bigot—. ¿Sabe lo que ha ocurrido?

—Se le ha dado hasta el más ínfimo detalle respecto a vuestros esfuerzos por salvar a David Rock —repuso De Pean con una irónica inclinación de cabeza—. Está orando, no sólo por Ana, sino también por vos, Francisco, Ha visto la casaca de David y lo que se halló en ella, y aunque es cándida como un pajarillo, no puede hallar perdón en su corazón para un traidor tan terrible.

El rostro de Bigot brilló con alegre satisfacción.

—Que se cuide bien de ella y que siga orando —y que, por ningún motivo, vea a Ana.

Capítulo XXII

DESDE que Deschenaux la introdujera en un extraño corredor, débilmente iluminado, Ana se sintió, envuelta en una sofocante atmósfera de pesadumbre que oprimía su corazón... La claridad era espectral; el silencio, de muerte. Mientras su acompañante iba abriendo puertas, la joven sentía que aquella atmósfera que envolvía su corazón se hacía cada vez más pesada. Los fríos muros de piedra estaban desnudos de pinturas y papel, y, bajo los candelabros, se amontonaban en los baldosines los pringues de cera. El aire que respiraba era denso y viciado, y más de una vez Deschenaux hubo de apartar los flotantes extremos de las telas de araña, que, de otro modo, hubiéransele adherido al rostro.

Todos estos detalles de lobreguez hicieron a Ana apretar los labios para contener un grito de angustia que pugnaba por salir de su corazón. Tras la última puerta de aquellos túneles tenebrosos comprendió Ana que iba a ver a David, porque Deschenaux le había dicho: «Vamos por este camino porque es el único por el cual el piso bajo y los calabozos pueden ser visitados sin ser vistos».

Sin embargo, los sentidos de Ana retenían muy vagamente estas palabras, pues su mente estaba llena de pensamientos y visiones sobre su amado. ¡David un traidor! ¡David, el hombre a quien ella amaba! ¡David, el hijo de María Rock, el ídolo que ella había colocado sobre un pedestal de amor, fe y orgullo, era un traidor!

Antes de que Deschenaux hubiera llegado a la última puerta, el alma de la joven tuvo un arrebató de protesta, de repulsión y de duda. No importaba lo que Bigot hubiera dicho y no importaba lo que todo el mundo pudiera decir. ¡David no era un traidor! Algo había ocurrido. Y fuera lo que fuese, sería aclarado. La esperanza se alzó en triunfo un instante en su interior. Cuando Deschenaux se volvió hacia ella en la puerta final, vio sus ojos impregnados de una extraordinaria alegría y que su pecho subía y bajaba rápidamente. Tras el secretario, avanzó por la tenebrosidad del vasto vestíbulo, artificialmente alumbrado, el cual ya era conocido por David desde la noche en que Bigot le condujera a través de aquella misteriosa parte del palacio. Y fue precisamente entonces cuando Deschenaux vio que las mejillas de Ana se habían coloreado y que sus labios no mostraban contracción alguna.

El secretario gozaba de aquel espectáculo de la lucha entre una mujer y un bruto. Se complacía en aquel juego de malvadas asechanzas y astutos ardides que divertían a su amo. Su faz se iluminó de satisfacción cuando cerró la puerta, echando el cerrojo, e hizo descender a la joven al gran vestíbulo.

A pesar de que no la vio, se dio cuenta de que allí había montada una guardia. Todo estaba en la penumbra. Tan sólo en el lejano fondo había una inundación de luz,

Deschenaux le dijo en voz baja:

—Es menester que crucemos la estancia donde el Consejo está reunido para dictar sentencia contra el teniente David Rock. Si nos mantenemos pegados a las sombras del muro más apartado podremos pasar inadvertidos.

«Para dictar sentencia». Estas tres palabras taladraron el cerebro de Ana. Ésta aceleró sus pasos hasta colocarse delante de su compañero. No experimentó el menor deseo de pasar inadvertida. Las grandes puertas de la cámara del Consejo estaban en parte abiertas, mas lo desusado de este hecho no la sorprendió. Una esplendorosa luz se filtraba en el vestíbulo y Ana pudo ver que, cuando ellos se aproximaban, una figura se precipitó en el interior de la cámara.

Reconoció a la persona. Era Cadet, el comisario general. Un íntimo impulso la tentó a seguirle para defender a David, para proclamar su inocencia ante todos y pedir su libertad. Tuvo un momento de vacilación cuando advirtió a Vaudreuil. Deschenaux quedó sin respiración en este momento crítico. Entonces sus ojos de hurón percibieron la convulsión que agitó el cuerpo de la joven, impulsándola momentáneamente a obrar con toda la furia que se había acumulado en su ser. Esta furia se dirigía a Pedro Joel, el Cazador Negro. Sentía el loco deseo de proclamar ante el Consejo que aquel hombre era el culpable de todo y que ella misma sería capaz, de matarle si con ello podía salvar a David. También, pediría la maldición de Dios para todos los miembros del Consejo si castigaban en su amado la traición y la superchería de otro.

Vio a través de la puerta que el momento era propicio, La gran mesa de roble estaba en medio de la sala, y los consejeros, con sus rostros siniestros y sombríos, se congregaban en torno de ella, mientras Vaudreuil, en pie, se apoyaba en un extremo de la mesa. Sus rostros no sonreían ni mediaba entre ellos la menor animación mientras interrogaban al Gobernador Militar de Nueva Francia, cuya voz, ya que no sus palabras, podía Ana escuchar. Sin embargo, algo la hizo retroceder, algo que se levantó de súbito en su interior y que era más fuerte que su deseo de comenzar a luchar con aquellos que se reunían en torno de la mesa del Consejo. Esta misteriosa fuerza la separó de la puerta de la sala. Necesitaba ver a David primero. Era preciso que la reconocida inocencia de su amado le prestara la convicción suficiente para levantarse contra los miembros del Consejo. Entonces les vencería. No necesitaría de Bigot. Sólo necesitaba de sí misma y de la verdad oída de labios de David.

Se dirigieron hacia el otro extremo más oscuro del vestíbulo, y la joven no pudo ver al capitán Renato Robineau, que había aparecido por el otro corredor y cuyo rostro empalideció al ver que ellos se alejaban.

Deschenaux delante y Ana siguiendo sus pasos, atravesaron un pasillo más estrecho y descendieron por una escalera a la parte más baja del laberinto de cuevas y calabozos que formaban los sótanos del palacio. Realmente no hubo tiempo para que el horror se posesionase de Ana, pues apenas hubieron terminado las escaleras, el corredor se ensanchó formando un rocoso recinto iluminado por algunas bujías. La

mitad de este aposento estaba dividido en dos celdas de prisión, las cuales tenían rejas cerradas. En una de estas celdas estaba David, y Ana se acercó a ella.

En aquel preciso instante los pasos de Deschenaux se perdieron en el pasillo, y antes de que Ana pudiera pronunciar una sola palabra la puerta del piso superior habíase abierto y cerrado tras él.

Era la actitud de David y su terrible aspecto lo que la inmovilizó y la hizo enmudecer. Sin embargo, parecía que él la esperaba con semblante torvo y estatuaria actitud; Su casaca había desaparecido. Su camisa estaba desgarrada de modo que uno de sus hombros aparecía desnudo al resplandor de las bujías, y su largo cabello estaba revuelto y despeinado. Sin embargo, no fue esto, sino la fijeza con que la contemplaba, la terrible impasibilidad con que la recibió, lo que hizo a Ana enmudecer.

Avanzó hacia él.

—¡David! —le saludó—. ¡David!

—Señorita St. Denis replicó el joven con voz tan fría y diferente a la del David de otros tiempos, que a Ana se le heló la sangre en las venas.

Por entre los barrotes de hierro tendió hacia él sus manos, pero David no hizo el menor movimiento. Parecía ser una figura de piedra. Su silencio la aterró. En sus ojos no había ni una chispa de amor o de alegría y en su rostro no se reflejaba la menor emoción. Era el mismo muchacho del palacio de Grondin, cuando el coronel Arnaud le castigó a cien azotes. Y era ella misma, Ana Saint Denis, a quien él miraba ahora, y algo de aquella mirada, fría y serena como era, la llenó de terror.

Las manos de ésta se asieron a los ásperos barrotes.

—¡Dios mío! ¿Por qué me miras de ese modo? —imploró—. He venido a verte tan pronto como he podido. La hermana Ester me ha acompañado. Me está esperando fuera. Vine a decirles que mienten, que todo es falso, que tú no eres un traidor ni jamás podías serlo, que todo es un tremendo error.

Fue a hablar de su amor, pero en los labios de David se dibujó una sonrisa que la contuvo. El joven inclinó ligeramente la cabeza. Jamás había visto Ana el cinismo y la burla en su faz.

—Sí, un error —dijo David pausadamente—. El error, señorita, de consentir que os trocaseis en juguete de Francisco Bigot.

Si algún vestigio de color quedaba en el rostro de Ana, se disipó en aquel momento. El dolor que le produjo aquel golpe la hubiera hecho salir de la celda de no hallarse asida a los barrotes fuertemente. Sintió un vahído, aunque aún oyó claramente la voz de David.

—De Pean me dijo que Bigot había enviado a buscaros y que estabais al llegar —siguió diciendo el joven—. Como veis, necesitan que la demostración sea completa, necesitan que me veáis en esta situación para que no quede en vuestra mente ninguna duda acerca de mi culpabilidad. Pedí a De Pean que os mantuviera alejada de mí, pero ya sabía yo que no haría eso. Mas ahora que estáis aquí, no lo siento. Me

consideráis un mentiroso porque os dije de buena fe que Pedro Joel no estaba en Quebec aquel día que vos le visteis desde la ventana del convento. Ahora me consideraréis algo peor que un mentiroso: un criminal y un traidor. Naturalmente Bigot os ha enseñado mi casaca en la cual estaban ocultos los mapas y los papeles. ¿Puede haber alguna duda acerca de mi delito, cuando confieso francamente que esa casaca es mía? Desde luego convendréis con Bigot en que debo ser ahorcado.

—¡David, David! Estos terribles sucesos te han transformado —gimió Ana—. ¡Ven a mí! Tócame, bésame, para que yo me dé cuenta de que eres tú y no otra persona la que me habla de esta forma sorprendente y disparatada.

Otra vez tendió sus brazos hacia él, pero David no se movió. Ana vio en su rostro algo que jamás había visto en él, algo que se confundía con el odio.

Trató de hablar nuevamente, pero sus labios sólo acertaron a murmurar:

—¡David, David mío! Te amo.

—Así lo creía yo —y Ana vio a través de la nube que velaba sus ojos como David inclinaba de nuevo su cabeza—. Así lo creía yo hasta el día en que lograsteis arrancarme del señorío de Grondin para venir a Quebec, donde había de ser ahorcado como un traidor. Sólo un tonto podría creer eso, al ver lo bien que habéis representado la comedia al lado de Bigot. Pero yo, que sé que estoy aquí por vuestra culpa, no puedo creerlo. Volved al lado de Bigot, por quien me habéis sacrificado. Tenéis hecha la elección desde hace largo tiempo, y no podéis cambiar de idea aunque yo lo deseara así. Quiero estar solo. No me siento atemorizado ni solitario, porque tengo conmigo un gran convencimiento de que algún día sabréis la verdad de la amistad que finge profesaras Bigot. Y entonces, ¡cómo sufriréis al pensar en mí y en mis palabras durante el resto de vuestra vida! David, que tenía el oído adiestrado a percibir el ruido de la caída de las hojas silvestres, oyó que Deschenaux volvía solapadamente, después de abrir y cerrar la puerta de arriba, y gritó:

—Deschenaux, podéis terminar de prestar oído solapadamente y acompañar a la señorita St. Denis al lado de vuestro amo, a quien podréis referir totalmente lo que ha sucedido entre nosotros. Presentad mis cumplidos a Bigot y decidle que vos sois un bribón tan grande como él. Venid pronto, pues la señorita St. Denis parece un poco aturdida por esta serie de honradas verdades.

Ana, efectivamente, sintió como si el mundo se abriera a sus plantas y necesitara de una mano que la sostuviese. Había venido a ver a David para aliviarle con su amo; y su esperanza, para ofrecerse a volver con él al señorío de Grondin tan pronto como recobrase la libertad. Pero no halló a su David, había visto a un hombre más viejo que la odiaba. Expresó su pena con un suspiro que apenas llegó a los oídos de David, y aún volvió a luchar por abrirse camino entre la obscuridad que la envolvía para acercarse a su amado, caer de rodillas a sus pies y pedirle que se desdijera de todo cuanto había dicho. Perdió el conocimiento, y cuando luchando logró volver en sí, aún sus labios emitían palabras inarticuladas llamando a David. Se dio cuenta de que alguien había corrido a sostenerla, y que ese alguien era Deschenaux, el cual la

condujo desfallecidamente por las escaleras que conducían a la parte superior de los calabozos.

Deschenaux oía su angustiosa respiración. Su mismo corazón latía más de prisa. Ni él ni Bigot esperaban que sucediera esto. Miró aquellos ojos desorbitados y los vio fijos cual si se afanaran por ver sin lograrlo. Ana no hizo ningún esfuerzo por mirar la sala del Consejo cuando pasaron ante ella. No miró al capitán. Robineau, el cual se hallaba en pie en el extremo más oscuro del vestíbulo. Pero Deschenaux sí le vio. Deschenaux vio aquella cara de palidez espectral y cuyos ojos tenían un resplandor más siniestro que los lúgubres reflejos de las bujías.

El hecho de ir con Deschenaux hacia las habitaciones principales del palacio de Bigot no preocupaba a Ana. Sólo sabía que de una forma mecánica iba haciendo lo que esperaba hacer. Deschenaux, considerando que la joven habríase desplomado de no haber intervenido él rápidamente, iba pidiendo a Dios que Bigot se hallara en sus habitaciones particulares y que la hermana Ester se olvidara del correr de las horas, absorta, en sus rezos.

Si hubiera podido aumentar el golpe que afectara a la débil y encantadora criatura que llevaba al lado, lo habría hecho. Muy a gusto la hubiera levantado en brazos con tal de obtener un gran triunfo para su dueño.

Halló el departamento de Bigot vacío cuando entraron en él.

—El señor debe de estar en la sala del Consejo —dijo cuando dejó el exánime cuerpo de Ana—. Si queréis aguardar aquí, yo le traeré en seguida.

Su voz despertó a Ana y ésta hizo esfuerzos para decir que no era a Bigot, sino a la hermana Ester a la que deseaba ver. Pero la puerta se había cerrado antes de que sus labios pudieran pronunciar una sola palabra. Vaciló y hubo de luchar desesperadamente para mantener el equilibrio. Se percató de que algo inusitado le había acontecido, hallándose enormemente débil y necesitando poder hablar y ver claramente en aquel momento crítico. Jamás se había desvanecido ni había sufrido una tan dolorosa impresión. Sentía como una cegadora nube ante sus ojos y trató de disiparla con las manos. Poco a poco se desvaneció. La sala, las luces y los candelabros se precisaron a sus ojos, los cuales se esforzaron en distinguir la puerta por la cual Deschenaux había desaparecido para dirigirse de nuevo a los sótanos. Dio un paso hacia la puerta, mas en seguida hubo de asirse al borde de la mesa para no caer. Sólo tenía un pensamiento, y éste era el de volver tan pronto como pudiera al lado de David. Se maravillaba de haberlo dejado, permitiendo que Deschenaux la condujera allí. Ella no había querido apartarse del prisionero. David no quiso seguramente decir lo que dijera, o acaso fuera que ella no le oyó bien, debido al estado de confusión en que se hallaba. David no la odiaba, no podía considerarla una mujer pérfida. Era David, su David, y a la fuerza había de amarla. No fue su intención que Deschenaux se la llevara, y así se lo diría si pudiera regresar a su lado. Él la rodearía con sus brazos, y ella le diría lo que daba vueltas en su imaginación y necesitaba expresar a toda costa. Le diría que le amaba más que nunca, que sabía que

era inocente, siendo enteramente la culpa del Cazador Negro y que con sus propias manos daría muerte a Bigot, si por él se le hiciera el menor daño.

La nube volvió a velar su cerebro, y luchando con ella dio otro paso hacia la puerta, la cual, en este momento se abrió de improviso dando paso a Bigot.

Un segundo después éste se hallaba a su lado y la rodeaba con sus brazos.

—Querida Ana —exclamó La noche ha sido terrible para vos. Estáis extenuada y enferma. Pero hemos ganado, querida. ¡Hemos ganado!

El tono triunfal de su voz produjo a Ana el efecto de una exclamación de alegría. ¡Ganado!

Se apretó contra él, sin pensar en que sus brazos se enlazaban al cuerpo de Bigot. Habían ganado y David quedaría libre. Ya no la odiaría por su amistad con Bigot, pues era Bigot el que le había procurado tal libertad. Ana deseaba gritar su contento. ¡Cuán negro había estado todo en torno suyo, y, sin embargo, cómo se había despejado! Tan violentamente echó a correr hacia la puerta, en su deseo de llegar hasta David, que Bigot la dejó marchar. Deschenaux le había hablado rápidamente en el corredor, y el Intendente se preguntaba si su secretario no habría juzgado mal el momento. Pero entonces vio lo que Deschenaux había visto y sentido. Ana se tambaleaba con el semblante henchido de gozo.

La volvió a coger del brazo.

—Podían haberle ahorcado —dijo lenta y claramente, con el rostro inflamado de deseo, cosa que Ana no estaba en condiciones de ver ni de rehuir—. Eso es lo que todos querían, todos, incluso Vaudreuil. Deseaban quebrantarle los miembros con las férreas barras y después ahorcarle públicamente para que sirviera de ejemplo a todos los habitantes de Nueva Francia. Al fin, cuando hube amenazado a Vaudreuil y a algunos otros con, la ruina, se avinieron. ¿Me oís, Ana? David está salvado.

No se le ahorcará; será simplemente arrojado del ejército a tambor batiente y después azotado por las calles de Quebec en la trasera de una carreta de bueyes, como Carbanac.

Lanzando un pequeño grito, Ana se irguió y sus manos se agitaron cual si tratara de hallar algo en el vacío. La tensión que dominara sus nervios durante meses enteros de angustia llegó a su colmo cuando oyó las últimas palabras de Bigot. ¡David azotado, azotado por las calles de la ciudad y atado a una carreta de bueyes, como Carbanac! Éste fue su último pensamiento cuando se adensó el negro nubarrón que empañaba su conciencia. Sin embargo, aun entonces, al cogerla Bigot entre sus brazos, sus labios hicieron un esfuerzo para pronunciar el nombre de David.

Éste fue para Bigot el momento más grande de su vida. Por un momento permaneció atónito por la victoria obtenida, mientras contemplaba el hermoso rostro que había sido inclinado sobre su pecho. Lanzando un grito salvaje, estrechó el débil cuerpo entre sus brazos con tanta fuerza, que si hubiera quedado en él un átomo de conciencia habríase desvanecido. Jamás había provocado Ana tan vivamente su deseo como en estos momentos de absoluto desamparo. Por la posesión de ella lo hubiera

dado todo, incluso la vida. Ningún pensamiento del futuro, ningún temor del mañana, ningún sentimiento de piedad o de honor podían retenerle a hacer lo que había llegado a constituir el anhelo obsesionante de su existencia. Cuando alzó a Ana en sus brazos advirtió que era ligera como una deliciosa flor. Ni la muerte, por terrible que pudiera ser, resultaría un precio demasiado crecido para aquello que él tenía ahora a su alcance. Volvió con ella hasta la puerta por donde había entrado y la cerró. El chirrido de la llave llenó su faz de un gozo demoníaco. Su metálica voz le aseguró su felicidad. Luego dirigió la vista hacia la puerta opuesta, por la que Vaudreuil se había marchado. Pero antes de cerrarla, condujo a Ana a un canapé y la tendió sobre él. Permaneció un momento a su lado y deshizo las trenzas de su cabello. La brillantez de éste, flotando sobre sus hombros y su garganta, aumentó la blancura de su faz. Se inclinó y lanzando un grito gutural y salvaje besó los silenciosos labios y sus cerrados ojos. Al fin le pertenecía. Y le pertenecía para siempre, si él lograba encadenarla bien aquella noche. El día iba ya floreciendo en una mortecina y pálida aurora cuando Bigot se acordó de que le faltaba cerrar la otra puerta.

Ya tocaba su mano el cuerpo de Ana, cuando, lleno de asombro, vio que la puerta se abría repentinamente. No había escuchado ninguna voz ni ningún ruido: El capitán Robineau se hallaba ante él. Y a espaldas de este hombre siniestro estaba la hermana Ester.

Durante breves segundos los dos hombres estuvieron contemplándose mutuamente. Al fin la dura faz de Robineau se suavizó y sus finos labios se fruncieron en una sonrisa comprensiva.

—La hermana Ester dice que ya es tiempo de que la señorita Ana St. Denis regrese —expresó haciendo una ligera inclinación, pero sin saludarle militarmente como correspondía al representante del Rey.

Pese al derrumbamiento de su dicha, Bigot halló fuerzas para conservar la serenidad y reprimir la terrible furia que le invadió. Robineau le había vencido... Aquel Robineau que el día anterior estuvo inerme y abatido entre sus manos. Sin embargo, sonrió. A pesar de que su corazón y su mente vacilaban bajo el golpe recibido y la oleada de odio que le invadía, su habitual astucia se acusó en la instantánea transformación de su semblante. Al saludar a la hermana Ester, el asombro y el disgusto se trocaron en solicitud y cortesía. Dijo que en aquel preciso instante iba a reclamar su ayuda, porque se sentía avergonzado a causa de lo que había ocurrido. Sentía haberle mandado llamar, pues al ver y hablar a David y saber la sentencia que recayera sobre él se desvaneció, incapaz de soportar tanta emoción.

Hacía un instante que se había desmayado. Él mismo la había conducido al canapé y rogaba a Dios que nada grave le aconteciera.

Una vez concluida su tarea. Robineau se retiró.

En seguida Bigot fue en busca de agua y sales olorosas, y cuando, momentos después, Ana suspiró y abrió los ojos, el Intendente supo fingir una felicidad tan grande que impresionó profundamente a la hermana Ester, a la buena y confiada

hermana Ester. Fue entonces cuando Bigot comprendió que Robineau no había trasladado sus sospechas a la monja.

Llamó a la servidumbre y Ana fue instalada cuidadosamente en un carruaje que la trasladó al convento en compañía de la hermana Ester.

Antes de que la lúgubre nebulosidad del amanecer diera paso a los más brillantes destellos del día, Vaudreuil había recibido sus instrucciones. El capitán Juan Talón debía procurar inmediatamente batirse con Robineau. Bigot daría diez mil francos más a Talón si el asunto quedaba listo en veinticuatro horas. Robineau debía morir.

Capítulo XXIII

HACIA fines del mes de marzo de 1755, aquel cambio que había ido operándose lentamente en Nueva Francia y que al fin había de determinar la podredumbre de los cimientos de la nación, se hacía sentir ya en Quebec.

Ya hacía algún tiempo que flotaba un ambiente de intranquilidad e incertidumbre en aquellos lugares, a pesar de los aparentes éxitos de las armas y de la diplomacia francesa. El pueblo, aquellos sesenta mil hombres y mujeres que poblaban aquellos dominios, comenzaban a perder la seguridad y el valor. La guerra no había sido declarada todavía. Mirepoix, el embajador francés en Londres, empleaba el tiempo en enseñar a bailar a los ingleses, y lord Albemarle, el embajador inglés en Versalles, correspondía enseñando a los franceses el juego del *whist*. *Madame* Pompadour habíase elevado al más alto poder y era no sólo la amante del Rey, sino también su celestina y una especie de primer ministro femenino.

En aquel mes de marzo de 1755, las Cortes de ambas naciones se sonreían, comían, bebían y se cortejaban mutuamente. Sin embargo, el general Braddock había llegado ya a las colonias con los regimientos números cuarenta y cuatro y cuarenta y ocho para atacar a los franceses, y el barón Dieskau tenía ya dispuestos dieciocho barcos de guerra y seis batallones, tres mil franceses en total, los cuales le seguían a través del Atlántico para medirse con él en las soledades de las selvas americanas, teatro futuro de una terrible guerra.

Tal era la situación del país el día en que Ana Saint Denis, condolida y maltrecha, dejó a David en la celda del palacio de Bigot... ¡Grotesco espectáculo en aquellas dos, grandes naciones, las dos más grandes de Europa, que bailaban y jugaban al *whist* como amigos entrañables, mientras sus ejércitos y flotas respectivas se preparaban para abalanzarse unos contra otros!

Aún habían de transcurrir trece meses para que estos jugadores se quitasen las máscaras y se declarasen la guerra... Trece meses durante los cuales los ejércitos habían de ser aniquilados y arruinadas las colonias, mientras Mirepoix acariciaba los rizos de su sirvienta favorita y Albemarle hacía sus conquistas con su gracia peculiar en Versalles. Las colonias inglesas, con su millón y medio de combatientes, podían mantener esas diversiones; pero Nueva Francia, que tenía menos de cien mil, incluidos los aliados indios, no lo podía en modo alguno. Albemarle, jugando al *whist* en Versalles, había ganado la guerra antes de que empezara; y Mirepoix, debido al hechizo de unas suaves guedejas, de dos preciosos ojos y de una boca bermeja, había perdido la partida.

Las gentes de Nueva Francia, forjadas en el molde de la guerra y tan amantes de

su solitario país como de sus propias vidas, se habían lanzado a una noble lucha que había de acrecentarse con el tiempo. Pero poco después la verdad de su situación se presentó desnuda a sus ojos, y en los comienzos de la primavera del año 1755 un gran pánico y una fuerte incertidumbre comenzó a poseerles, pues previeron, horrorizados, las inevitables y terribles calamidades que amenazaban al país. Los rumores se esparcían a través de los bosques, y tanto los señores como la plebe hacían conjeturas que jamás les habían preocupado antes.

Entre estos rumores, el último que se esparció por Quebec fue el de que se preparaba una gran traición. El rumor, propalado por Bigot y su cuadrilla, hablase difundido como una infección que contaminara la sangre del populacho. Sumando esto a las sospechas que habían ido en aumento sistemáticamente, se planteó la necesidad de tomar una resolución. La gran ciudad de Quebec, que pocos meses antes tenía una fe ciega en su invulnerabilidad, empezaba a dudar de su fuerza, a pesar de las últimas victorias del otoño y de la llegada de Dieskau. La discusión sobre tales acontecimientos adquirió tonos diferentes en los cafés y en la vía pública. La gente se mostraba impaciente y ansiosa.

No podía haberse escogido otro momento para que el populacho estuviera más predispuesto a presenciar un acontecimiento sensacional que aquel 23 de marzo, día en que se supo que se había cogido a un traidor con las roanos en la masa, cuando llevaba sus preciosos secretos a los odiados ingleses, y que este traidor era el teniente David Rock, un protegido del Intendente.

La noticia se difundió con rapidez. Al mediodía se supo que un Consejo de Guerra, que se había reunido la noche precedente, había actuado con las naturales prisas y que había condenado al prisionero. El hecho de que la sentencia se hubiera detenido en el peldaño anterior al de la pena de muerte se atribuía a la influencia de Bigot. Sin embargo, esta concesión del Intendente para con el forastero que había traído de los bosques con objeto de honrarle con su favor no era realmente muy halagüeña, se decían muchos, porque para un caballero de Nueva Francia o un oficial del ejército era preferible ser ahorcado, a soportar el infamante castigo de la carreta de bueyes y de los azotes en público.

A medida que avanzaba el día, la gente experimentó emociones muy diferentes. Muchos, celosos de la rápida popularidad que había adquirido David, denotaban satisfacción. Otros se mostraban extrañados de que la traición se hubiese manifestado en una persona que tan próxima estaba al Intendente y a los más grandes secretos de Estado. Algunos, tales como el señor Lotbinière y sus amigos, acogieron la sentencia con reservas, recelos e incredulidad. Pero por encima de todas estas opiniones, en las mentes de todos, excepto en las de unos cuantos amigos íntimos de David, se fraguaba una terrible explosión sentimental, encaminada a anticipar el castigo del traidor y tan sólo atenuada por una corriente de piedad que envolvía a Ana St. Denis.

La belleza de Ana y su bondad de corazón, unidas a su vivacidad intelectual y a otras muchas laudables cualidades que le granjeaban el afecto de todos, habían

conquistado para ella la estimación de todos los buenos corazones. Así, pues, entre los que sabían la clase de relaciones que mediaban entre Ana y David, la sensación de ira que despertara la vileza del oficial era amortiguada por el romántico sentimiento que inspiraba el cruel dolor del corazón de la muchacha. Sin que nadie necesitara hacer investigaciones acerca de ello, los más íntimos detalles de la tragedia ocurrida la noche precedente en el palacio de Bigot comenzaron a circular de boca en boca. Se sabía que el Intendente había enviado al convento por Ana y que a raíz de la visita de ésta a David habíase puesto la joven tan enferma que no tenía más remedio que guardar cama. En cuanto a Bigot, según los pocos que le habían visto, se hallaba tan profundamente afectado y abatido que rehusaba salir de sus habitaciones. La tormenta de la opinión popular se acrecentó con el correr de las horas. La zozobra, largos meses contenida, halló su cauce de expansión en un creciente sentimiento de odio hacia David. Tanto fue así que algunos hasta maldijeron de la influencia que le había salvado de la muerte, castigo que merecían todos los traidores. Esto era precisamente lo que Bigot quería. Con el apoyo de la inmensa máquina humana, fácil le era fomentar esta murmuración hasta que llegase a ser la nota predominante en la voz del pueblo. El hecho de haber perdido a Ana en aquel instante en tan segura la creía, no disminuía para nada su certeza de poseerla. Transcurridos algunos días, posiblemente horas, se presentaría de nuevo la oportunidad y entonces no habría ningún Robineau que se interpusiera como un imbécil entre él y sus deseos. Confiaba en que tanto Ana como la hermana Ester no abrigarían la menor sospecha acerca de sus intenciones y en que el capitán Talon acertaría a sellar los labios de Robineau.

De aquí que difundiera sin reparo por toda la ciudad el empeño que fingía poner en salvar a David, pues sabía que la especie llegaría con rapidez a oídos de las Ursulinas y, por lo tanto, de Ana. ¿Qué podía conmover más profundamente a aquella joven, cuya posesión le hacía arder de deseo, que una pública reprobación de los esfuerzos que él había fingido hacer por la felicidad ella misma?

Sólo un corazón había en Quebec sobre el cual sinceramente pesaban la pena y la desesperación más desgarradora, y ese corazón era el de Nancy Lotbinière. Únicamente la restricción que sobre ella ejercía su padre el cual le hacía ver que no contaba con pruebas de las cosas que podría decir, la retuvieron cuando iba a divulgar las sospechas que desde hacía largo tiempo se habían posesionado de su corazón. El Barón opinaba que sería preferible que David sufriera la dura prueba y regresara luego a la soledad de sus bosques, que hacer del nombre de Ana St. Denis algo vulgar para ser lanzado de boca en boca por toda Nueva Francia. Nancy convino en que esto era verdad; pero a pesar de todo, estaba decidida a luchar por David. En primer lugar quería ver a Bigot. Se enfrentaría con él y, con toda la fuerza y la convicción de su alma, le pediría que descubriese la Inocencia de David o se aprestara a defenderse de su propia destrucción, pues ella, valiéndose de la irresistible influencia que su belleza y su personalidad ejercían en Quebec, levantaría contra él un ejército de enemigos. Con su manera de pensar, podía asestar a Bigot un golpe más decisivo que su padre y

todos sus camaradas, a pesar de que no había adivinado completamente la pasión que el monstruo sentía por Ana, ni su decisión de sacrificar todo cuanto estuviera a su alcance por la posesión de la joven.

Su primer desengaño, pese al tono perentorio de su requerimiento, fue la imposibilidad de conseguir una entrevista con Bigot durante la tarde ni la noche de aquel día, 23 de marzo. Tampoco obtuvo permiso para ver David. Por otra parte, en el comienzo de la noche de aquel día, la tragedia se agravó. Por las calles y los paseos públicos de la ciudad se pregonaba que el teniente Rock, traidor para con su Rey, iba a ser expulsado a tambor batiente del ejército y azotado por las calles la ciudad al mediodía del siguiente día, 24 de marzo de año de gracia de 1755.

Cuando Ana St. Denis oyó aquellas noticias, le pareció que la muerte iba a proporcionarle la felicidad de poner fin a sus torturas.

En las últimas horas de la noche se levantó de su lecho de dolor, se vistió y esperó en pie la llegada del alba. Y apenas la aurora hubo abierto el camino al sol y al brillante cielo que se esbozaba con una claridad primaveral la ciudad de Quebec experimentó una nueva sacudida mucho más violenta que la que produjera la captura de David.

Con la primera luz del día hablase entablado un duelo entre el capitán Renato Robineau y Juan Talón. Éste, pese a su fama de homicida, yacía muerto en el palacio del Intendente. Y Robineau había huido; nadie sabía hacia dónde.

Capítulo XXIV

A media mañana del siguiente día, la antigua ciudad de Quebec estaba preparada para uno de aquellos desdichados espectáculos que tan frecuentes eran en Nueva Francia en aquella época y que gozaron del favor popular y oficial hasta media centuria más tarde.

En aquel pueblo, cuya estructura social descansaba sobre una base de tragedia y martirio, el horror al castigo en sus más atormentadoras formas no hacía mella en la conciencia de la gente, la cual consideraba el delito, por insignificante que fuera, como algo que debía castigarse con la muerte. El *rompu vif*, o sea el ser destrozado vivo, castigo que consistía en ir rompiendo uno a uno los huesos del prisionero hasta que la muerte le librara de sus torturas, no era raro bajo el régimen francés. Y el abrir en público el vientre de una persona era un método de ejecución que se estuvo practicando lo menos hasta el año 1797, pues en tal fecha el primer juez de Quebec, llamado Osgood, pidió este castigo para David Macland, convicto de alta traición^[13].

Sin embargo, ninguna de estas penas, con sus terribles y repugnantes detalles, despertaban la curiosidad y el interés del pueblo tanto como el azote en público. Era un divertido espectáculo para mujeres, niños y hombres, especialmente de la clase baja, aunque al realizarse en la explanada, como si se tratara de un circo, era presenciado por el *haut monde* desde las ventanas.

El azotamiento a la trasera de una carreta de bueyes constituía un espectáculo grotesco, y a causa de esta degradación, de ser motivo de risa y vilipendio, los hombres de espíritu preferían la muerte a soportar tal indignidad.

David Rock, a quien este castigo iba a ser infligido, estaba en posición diferente a la de cualquiera de aquéllos, que le habían precedido, pues sería juzgado por lo militar, y esto significaba la realización de ciertos preliminares que no podían dejar de producir un hondo efecto. Su delito y el castigo que se le iba a dar fueron anunciados estentóreamente por los pregoneros públicos, A los jefes militares se les ordenó que formaran las tropas para el momento de la expulsión de David, y se designó una guardia especial que le escoltara hasta las afueras de la ciudad, donde sería desterrado para siempre, una vez que el castigo de la justicia se hubiera consumado.

David supo en su celda la prueba que se le preparaba como apoteosis de su gran desventura. Desde el momento en que oyó las últimas palabras de Ana y vio como Deschenaux se la llevaba, pálida y medio desvanecida, su rencor y su desesperación se trocaron en una extraña y estoica calma. Esta calma le hizo pensar que no solamente él, sino también Ana St. Denis estaba destinada a sufrir en aquel día en que

los monstruosos planes de Bigot llegaran al punto culminante del triunfo. Pues el motivo de la trama del Intendente era en este momento cosa tan clara para él como las llamas de las bujías de su celda. Una vez fuera azotado, deportado y degradado como un traidor a los ojos de Nueva Francia, ¿qué podría dificultar los planes del Intendente encaminados a conseguir los favores de Ana, la cual sentiría por él desprecio, aun cuando éste pudiera estar mitigado por la piedad y un ligero vestigio de amor?

Sin embargo, transcurridos unos instantes, Ana sufriría. En aquellas horas de amargura, cuando todo sentido de caridad, perdón y amor habíase extinguido en su alma, este pensamiento fue un gran consuelo para David.

Pues era Ana la que había introducido aquella terrible tragedia en su vida. Ana, con su insistencia de que viniera a Quebec, con su falta de fe en él, con su confiada voluntad de aceptar los favores de Bigot, aun después de que David la había prevenido contra él, manifestándole, además, el pesar que le producía aquella creciente intimidad que hablase entablado entre ellos. Ni podía excusar a Ana ni quedaba en su pecho una chispa de la cálida pasión que en otro tiempo fuera la única luz de su vida.

Aquel amor había muerto. Y la inutilidad de protestar y de luchar para librarse del oprobio a que lo iba a someter una caricatura de justicia, era también cosa resuelta en su alma. Si dijera la verdad, no solamente recibiría el mismo castigo, sino que, además, sería escarnecido y tachado de cobarde y embustero en plena calle.

Conforme la hora de su tortura se aproximaba, se iba asiendo más desesperadamente a las frágiles sombras de consuelo que su alma podía hallar. Agradeció a Dios que estuviera todo concluido antes de que su madre o el Cazador Negro se enteraran, y que cuando esto sucediera, él pudiera hallarse otra vez en los bosques. En aquellas selvas había hombres y mujeres que le creerían. Día llegaría en que pudiera hacer pagar a Bigot, con su sangre, su monstruosa perfidia, y entonces Ana sufriría aún más de lo que él estaba sufriendo ahora.

No le atemorizaba el látigo. Éste apenas si se había mezclado en sus pensamientos. ¿Por qué había de temer al dolor físico? Tan sólo Bigot, Vaudreuil y otros hombres tan corrompidos como él temían esta especie de dolor. Se acordó de Pedro, el cual se había batido con la sonrisa en los labios; del Cazador Negro, quien había arrostrado muchas veces la muerte sin perder el buen humor, y de un indio que viera morir al pie del Fuerte Guillermo, sin que su semblante expresara el menor gesto de dolor. En los bosques no se temía las heridas ni a la muerte. Sólo se tenía horror a las vilezas del alma, y esto daba a David una consoladora convicción de que sólo el culpable podía ser degradado. Sólo el cobarde y el falso. Ésta fue la causa de que ningún dolor ni tortura pudiera mermar la dignidad y el orgullo de la faz del indio cuando era quemado al pie del Fuerte Guillermo.

Pensó también en Carbanac, el homicida que había atravesado como un dios las calles de Quebec a pesar de que sus espaldas sangraban a causa de los latigazos,

porque tenía tranquila la conciencia. ¿Podía hacer Carbanac, cuyo corazón estaba destrozado por la infidelidad de su esposa, más que él a quien sus bosques y su cielo despejado esperaban?

Al fin llegó la hora.

Dieron a David una casaca de uniforme de botones brillantes y fino género. Fue conducido por dos guardias seguidos por un oficial y media docena de soldados. Uno de los guardias había abierto la celda y el otro le ayudó a vestirse, mientras los soldados formaban dos rígidas filas. David no les dirigió la mirada cuando pasó entre ellos con gesto altivo.

Se le ocurrió pensar que era el propio Carbanac el que estaba actuando otra vez. Carbanac, el hombre honrado, el hombre cuyas encallecidas manos habían arrancado la vida a Nicolet, y sus labios se fruncieron en una torva y sombría sonrisa cuando miró rectamente hacia delante, hacia aquel punto adonde el espíritu de Carbanac le conducía.

Al llegar al gran patio apareció a sus ojos el sol que no había visto desde hacía algunos días. Este sol que fue el primero en herirle penetraba por las estrechas ventanas que daban al Sur y sus rayos esparcían por el pétreo suelo formando cálidos y dorados haces. Vio un perro de aspecto miserable que inexplicablemente había conseguido entrar en aquellos lugares vedados del palacio: Era un verdadero perro vagabundo, de pelo puntiagudo y extrañas patas, pero había algo en el gesto de su cabeza y en el radiante brillo de sus ojos, que hizo pensar a David más que nunca en Carbanac. Pues aquello, como Carbanac, no era un cobarde, aunque se hallara en un sitio extraño y fuera perseguido por sus enemigos. Un momento antes, David había oído su alado, sin duda alguna al ser azotado por un guardia. Al pasar, le llamó, y antes de que pudiera retirar la mano, el can se la había lamido rápida y amistosamente. En este momento alguien le dio un puntapié y a este puntapié siguieron otros, hasta que el pobre animal se vio precisado a huir de aquellos enemigos humanos, entre quienes se había mezclado sin intención criminal alguna y llevado de un humilde deseo de asociación y camaradería.

El perro y el sol, pero especialmente el perro, habían atenuado en el rostro de David el gesto de amargura. La inesperada caricia de la lengua del animal había causado una larga y duradera impresión a su espíritu.

Estaban cerca de la puerta principal del palacio, la cual daba a la explanada, y David miró en torno suyo, No hallando motivo de seguir tan rígido, comenzó a pensar.

En el patio sólo se veían guardias y algunos soldados, Del exterior llegó a él un amplio rumor que sólo podía provenir de una gran multitud. Luego atravesó las abiertas puertas y quedó en pie en lo alto de la escalinata del palacio, con la ciudad de Quebec a sus plantas.

Ni aun entonces se sintió impresionado ante el gran escenario donde su célebre figura iba a representar la comedia maquinada por Bigot, pues su atención quedó

pendiente de aquel perro vagabundo que, al verle de nuevo, se dirigía hacia él, moviendo su mísera cola y despreciando toda la dramática pompa que le circundaba.

Sólo, en lo alto de la escalinata, con su casaca roja señal inequívoca para los ojos de la muchedumbre, brillante al sol la silvestre y rubia cabeza e iluminado el rostro por la sonrisa de salutación del perro, ningún pensamiento referente a la inmensidad de la escena asaltó a David. El más implacable enemigo de Bigot no podía haber ideado nada que contrarrestara más eficazmente aquel esplendor y aquella pompa de la escena, para que el pueblo no pensara en aquel instante en la carreta ni en el látigo, sino tan sólo en aquel hombre y aquel perro. Muchos años tenían que pasar para que se olvidase aquella escena. Perseguido por las miradas de la multitud, y mientras los soldados contenían la respiración, estupefactos, el perro vagabundo se echó a los pies de David y le miró con tranquila confianza. Un gran estremecimiento, una amplia oleada rumorosa voló sobre la multitud. Mas pronto se desvaneció el encanto, pues David fue cercado por los soldados, y cuando el cordón se deshizo, el perro había huido velozmente. Sin embargo, David no era ya el sentenciado que acababa de salir del calabozo, así como la multitud no era ya la misma multitud que pocos momentos antes hubiera pedido su muerte a roncós gritos.

El joven estaba asombrado de su propia calma y del interés, desprovisto de horror, con que contemplaba las filas de soldados y la gente que se apiñaba tras ellos en las calles y en las plazas. Al pie mismo de la escalinata estaba la carreta y el buey, un voluminoso y cansino animal que rumiaba plácidamente durante la espera, David se encogió de hombros. Aquel buey le pasearía lentamente por las calles de Quebec; fue todo lo que pensó, sin que la idea le alterase los nervios. Con calma recorrieron sus ojos el mar de espectadores, mientras un colorado oficial de voz rugiente leía, desde la escalinata de piedra, los breves detalles del delito y la pena. David apenas oyó una palabra. Contemplaba a los centenares de mujeres y niños. ¿Por qué irían a ver cómo le azotaban?, se preguntó. Podía excusar a los muchachos, pues él mismo habría acudido allí siendo chico. ¡Pero las mujeres!

Sin embargo, rogaba a Dios fervorosamente que Ana Saint Denis se hallara entre ellas. David quería que Ana presenciara su castigo. Quería que el cuadro presente y la escena que iba a seguir quedaran grabados en su cerebro de forma que no se borrarán de ella en toda vida.

La voz del oficial de la escalinata había cesado y ahora llegaba a él un redoblar de tambores. Era un solemne y terrible estruendo que producía escalofríos en David. Era como el melancólico aullido de los instrumentos indios en los campos solitarios y enlutados. En efecto, aquel lamento de los tambores era funerario, pues él los había oído más de una vez camino de la tumba de un militar.

Ajustados los movimientos al lúgubre redoble, dos oficiales subían las escaleras en dirección a David. «Parecen vanidosos búhos», pensó, Se detuvieron a su lado de modo que él quedó en medio y allí permanecieron un instante como efigies de madera. Al fin, a una señal los tambores, comenzaron a girar en torno de él,

arrancándole los brillantes botones de la casaca.

David comenzó a sentir que sus pensamientos le daban vertiginosas vueltas. Quería reír y ansiaba abrirse pasó a puñetazos entre las personas que le rodeaban. Había algo de pueril comicidad en aquella ceremonia de arrancarle los botones realizada con la seriedad de los sacrificios religiosos. Le inspiraban lástima sus botones. Les veía rodar uno tras otro por la escalinata, refulgiendo bajo la luz solar. Con algunos de ellos salieron trozos de tela, que produjeron el natural ruido de desgarramiento. Advirtió que uno de los oficiales tenía cortos y gruesos los dedos y el otro largos y huesudos. Todo esto le llamó la atención. Y al mismo tierno experimentaba el deseo, refrenado heroicamente, de emprenderla a puñetazos con todos. Se le quitó la casaca, ya desprovista de botones. Luego la camisa, y la mitad de su cuerpo quedó desnudo ante la multitud. Entre tanto, los tambores no cesaban de lanzar al aire las notas de su fúnebre lamento.

David juntó las manos. La gente le miraba maravillada. Presentaba un magnífico aspecto de fuerza y juventud con el pecho desnudo. Sus cabellos eran rubios y su piel tan blanca como la de una mujer. No estaba atemorizado ni decaído. Muchos juraron después que vieron una sonrisa en sus labios y en sus ojos cuando los oficiales le arrancaron los botones. Otros dijeron que continuaba sonriendo cuando bajó las escaleras y ofreció sus manos para que fueran sujetadas con férreas anillas a la barra trasera de la carreta.

David no se percató de que sonreía. Se olvidó del gentío, del sol y hasta del perro. Luchaba. Luchaba por sofocar un monstruoso espíritu que pugnaba en su interior por proclamar la verdad ante toda aquella gente. Comprendía que esta inclinación significaba que el cobarde que había dentro de él se esforzaba por abrirse camino. Con ello no haría sino beneficiar los planes de Bigot. El Cazador Negro no habría claudicado. El mismo Carbanac había sido más fuerte que las anillas que le esposaban.

De pronto se dio cuenta de que no iba solo detrás de la carreta. El perro vagabundo le acompañaba.

Hablase deslizado debajo de la carreta, y cuando el buey echó a andar lentamente, él le siguió de modo que David podía ver de vez en cuando la parte trasera de su huesudo y miserable perro. Quien dijera que aquel perro no pensaba, hubiera sido un necio. El can había encontrado un amigo y un amo. En cierto modo había razonado que el amigo y él estaban solos en medio de la muchedumbre, con la carreta y el buey por toda cordial compañía. Sus finos oídos percibieron el primer latigazo sobre las espaldas de David, pero no oyó exclamación alguna de él.

Conocía el chasquido del látigo. Se adentró más debajo de la carreta, llegando casi a las potentes pezuñas traseras del buey. Indudablemente, el latigazo iba dirigido a él y se envanecía de haberlo sabido esquivar. De vez en cuando se volvía para mirar las piernas de David, que le seguían.

La carreta, tambaleándose y crujiendo sobre los guijarros del camino, ascendía

por las revueltas de una colina. El gentío se agolpaba a un lado y a otro, y los que estaban más cerca de la carreta señalaban al perro vagabundo. Los chiquillos comenzaron a llamarle y a arrojarle trozos de tierra helada. Una nueva especie de curiosidad, y con ella cierto sentimiento de rebeldía, comenzó a apoderarse del can. Los terrones helados le alcanzaron, y cuando un chiquillo se acercó a él para golpearle con un palo, apretó los dientes y gruñendo retrocedió hasta hallarse casi pegado a las piernas de su amigo.

Comenzó a interesarse más por el azotamiento. Resonaba entre pausas en que sólo se oía el retumbar de la carreta y el vocerío de la multitud. Eran agudos chasquidos que le parecían producirse sobre sus propias carnes temblorosas. Poco después aconteció algo que le hizo enfurecer. Al eludir uno de los terrones helados, vio fugazmente la escena del azotamiento. Los chasqueantes latigazos estallaban en medio del aire y caían silbando sobre la espalda de su amigo. Quedó un instante perplejo, pero, de pronto, el verdugo alargó rápidamente el brazo, y el instrumento de tortura se arrolló a su cuerpo. El perro fue tan rápido como el látigo. La multitud oyó el alarido que profirió el negro. Muchos vieron al can dar el salto. Y cuando el animal, azotado ferozmente, huyó hacia la muchedumbre, la gente vio que del brazo del negro fluía la sangre como de la espalda de David.

Se dejó tranquilo a éste hasta que llegaron a las calles de la Ciudad Alta. Había sentido un impulso de rebelión; pero logró serenarse al ver como el perro le defendía. El desvanecimiento que comenzara a nublar su cerebro desapareció. Nadie le había visto doblegarse, y su barbilla se erguía sobre la trasera de la carreta cuando llegó a las elegantes calles de la Ciudad Alta. Allí estarían sus amigos, los cuales le contemplarían, a través de las cortinas, desde las ventanas abiertas. El látigo caía de nuevo sobre sus espaldas cuando pasaron por delante de la casa de Nancy Lotbinière. Pero las cortinas de sus balcones estaban echadas. ¡Dios bendiga a Nancy! Era aquél un mensaje de su amiga, la cual le hacía saber que ni ella ni ninguno de los de su casa contemplarían su vergonzoso castigo.

Ahora le producían agudos dolores los golpes de las nudosas correas. Parecían quemarle la carne y los huesos con un fuego que llegaba hasta el fondo de su alma. Sin embargo, como un indio, soportaba estoicamente la tortura.

Por la parte baja de la calle de San Luis, en la gran plaza que había frente al palacio del Gobernador, el buey tiraba trabajosamente de la carreta. Millares de personas habíanse congregado allí para presenciar la consumación del bárbaro espectáculo que había comenzado ante un público de baja categoría. Como hicieran con Carbanac, allí se celebraría la escena final del azotamiento: y el acto de expulsar al criminal de la ciudad. David se asombraba de no sentir vergüenza ni humillación ninguna mientras todos los ojos de la Ciudad Alta estaban fijos en, él. Tan erguido y firme iba, que nadie sospecharía, a buen seguro, que en su cerebro reinaba el aturdimiento y en sus nervios una tensión muy próxima al estallido inevitable. Estaba de cara al Oeste y ante él se abrían distancias ilimitadas, millas y millas de bosque

que podría verse desde la cima de la Gran Roca. Centenares de personas llenaban la plaza, pero David sólo veía los bosques, sus bosques, su hogar y todo aquello que era objeto de su amor o lo sería desde entonces en adelante. Cuando el látigo volvió a caer sobre sus espaldas, David no dejó de pensar en ellos. Algo parecía surgir de entre las oscuras masas de las remotas selvas para consolarle y fortalecerle, y mientras muchos volvían la cabeza, incapaces de presenciar el cuadro, él, erguido heroicamente, veía los gloriosos indios que llevaban en el alma a libertad y la vida, visión que, pese a su valor sin límites, iba desvaneciéndose en su mente a causa del dolor.

Así se hallaba, surcada su espalda por la sangre bajo el espléndido sol, alta todavía su rubia cabeza, marcando el látigo sus últimas heridas sobre su carne en un *crescendo* furioso, cuando Ana St. Denis le vio desde un extremo de la plaza.

La muchedumbre le había dejado paso. Se habían apartado llenos de curiosidad ante aquella débil muchacha que pugnaba furiosamente por abrirse camino entre la multitud. Muchos la reconocieron. Pero la noticia de su presencia fue más despacio que Ana misma, y sólo cuando ésta se abrió paso a través de las filas de soldados, David oyó el rumor de la multitud que llegó a él como un amplio suspiro.

Por unos momentos Ana permaneció inmóvil como si la escena la cegara. Ahora, los ojos de la multitud se fijaban en ella y no en David. El esclavo negro y su víctima no tenían conciencia de este hecho. El látigo se levantó y volvió a abatirse, pero ahora con especial encono, pues el verdugo, con objeto de dar a sus últimos golpes una nota espectacular, hizo que cada latigazo resonase como un tiro en la espalda de David. Su piel de ébano, desnuda en medio cuerpo como la de su víctima, relucía de sudor. Su faz de gruesos labios gesticulaba con paroxismos de alegría al infligir el castigo sobre una piel blanca, color tan odiado por él. Sin embargo, tan rojas estaban las espaldas de David a la luz del sol, que Ana, lanzando un grito tan agudo como jamás se había escuchado en Quebec, se abalanzó sobre el negro y su látigo.

Fue un grito no sólo de horror y locura, sino de rabia y venganza. Sus manos se asieron a las trenzadas correas del látigo y lo arrancaron por sorpresa de las manos del verdugo. Al oír el grito, David volvió la cabeza y entonces pudo ver cómo Ana fustigaba las espaldas del esclavo con más furia aún que habían sido azotadas las de él. El murmullo de la multitud se convirtió en un sordo rugido. El verdugo vaciló y cayó, pero Ana siguió azotándole el rostro hasta arrancarle gemidos de angustia.

El sordo rumor de la multitud se convirtió en aullido y la masa se agitó y onduló como un inmenso alud, agolpándose en torno del hombre caído. Pero se abrió para Ana... Ana y su látigo. La gente que forcejeaba para dejarla pasar vio la extraña locura que animaba sus ojos y oyó su anhelante respiración mientras empuñaba aquel látigo que había manchado sus manos con la sangre de David.

Ni los que la conocían hicieron esfuerzo alguno por auxiliarla, detenerla o hablarle. A cierta distancia de la compacta multitud esperaba un hombre con el cuello de la larga casaca levantado y con el sombrero tan hundido que le cubría los ojos.

Cuando la vio corrió hacia ella y, cogiéndola de un brazo, ambos echaron a correr por el guijarroso declive del altozano llamado la «Parra Dorada», sin preocuparse de algunos curiosos que los seguían.

A la vuelta de la calle, un carruaje los esperaba, y saltaron a él. El vehículo desapareció velozmente en dirección del convento de las Ursulinas.

Algunos de los que no asistieron al azotamiento vieron bajar el carruaje por la calle de la Fábrica. Otros, torcer por la de San Juan y continuar a galope tendido por la de Palacio, para detenerse en el ángulo que las de San Nicolás y Lacroix formaban cerca del palacio del Intendente.

Cinco minutos después, Bigot, el cual se hallaba solo en sus habitaciones, oyó un golpe dado en la puerta y la voz de Ana, que pedía licencia para entrar. Lleno de gozo abrió la puerta y la joven entró, empuñando aún aquel látigo que estaba manchado con la sangre de David. Tras ella, sin cubrirse ya el rostro con el cuello de la casaca y el sombrero, estaba Renato Robineau.

Tan sólo por los rumores y raras versiones que circularon después, se supo en Quebec y en Nueva Francia lo que ocurrió aquel día en el palacio de Bigot. Ana concluyó allí la venganza de su amado. Tres veces logró Bigot asir el látigo que Ana agitaba con furia, pero tres veces la espada de Robineau penetró a través de la ropa en la carne del Intendente. Al fin su cara no era cara, y sólo entonces Ana vaciló, y apoyándose contra la pared, se desplomó al suelo entre sollozos. Fue Robineau quien cogió el látigo y completó la tarea. Si los habitantes de Quebec hubieran podido ver el rostro del caballero, encendido con la llama de orgullo del antiguo honor de la familia, habrían quedado maravillados ante la segunda parte del acontecimiento que provocó el castigo de David.

Capítulo XXV

EL mundo podía haber cambiado otra vez para David si él hubiera querido. Cuando la puerta de la ciudad se cerró tras él separándole de la muchedumbre, vio que el doctor Coué le aguardaba. Había otros varios en compañía suya, pero David no los conocía. Aceptó su presencia con indiferencia y frialdad. Poco después su lacerada espalda fue vendada por el pequeño cirujano que con el señor Lotbinière representara ante Pedro la comedia del desafío. Habían concluido para David las acerbas emociones. Experimentaba tan sólo un triste dolor. Tan aturdido estaba, que no se dio cuenta de la significación de la inesperada escena que se desarrolló en la plaza. No se sentía más ligado a Ana que cuando se separara de ella en la celda de la prisión, y el acto de la joven no le había inspirado esperanza, disgusto ni contento. Tan sólo había experimentado por unos segundos una inmensa satisfacción de que Dios hubiese respondido a su plegaria haciendo que Ana viera cómo le azotaban en la trasera de la carreta.

Una emoción semejante le había embargado ahora. No era la primera vez que el pequeño cirujano presenciaba este embotamiento de los sentidos en el cuerpo de un hombre fuerte para la lucha, embotamiento que en un espíritu más débil habría producido un colapso físico. Realizó su trabajo tranquila y afablemente, con la destreza que le daba su práctica. Empleó en su labor parte de una hora y hasta que no hubo concluido no dio instrucción alguna. David debía permanecer allí hasta que los amigos fueran a visitarle. El señor y la señorita Lotbinière irían por él a las cuatro y procurarían que su viaje a lo largo del río fuera cómodo. La señorita se preparaba para acompañarle hasta su propia casa del Richelieu.

Esta alusión a los planes de Nancy ocasionó en David la primera inquietud. Fue una impresión desagradable. No demostró al doctor que deseaba que se marchara, pero tan pronto estuvo solo comenzó a actuar. Todo lo suyo había sido transportado a aquella casita que, en aquel momento, sólo estaba habitada por él. Vio que las cosas más necesarias estaban en un paquete. Puso además en él alguna ropa de abrigo, cogió el frasco de pólvora y una bolsa de balas, se apoderó de su viejo fusil y buscó la salida trasera de la casa. Se movía agitadamente mientras en su corazón tomaba cuerpo la imagen de Nancy, la cual había sido la primera en procurarle un consuelo después de ser azotado. ¿Por qué era ella y no Ana la que había hecho todo esto? Era Nancy la que se había acordado de él, no olvidándose en llevarle las cosas más necesarias, las que llevaba consigo cuando llegó a Quebec. La bendijo. Pero no la quería ver. Su único anhelo era irse... Irse solo; incluso el Cazador Negro y Pedro le habrían molestado. Ansiaba encontrarse en los bosques, en aquellas selvas donde no

veía a nadie ni oía voz alguna. Verse obligado a hablar o atender, incluso a soportar la piedad de las gentes, le horrorizaba. Nancy no podía ayudarle, y a David le sería imposible hacérselo entender.

Si realmente hubiera sido culpable del delito que Bigot le imputaba, no se habría marchado más cautelosamente. Sin embargo, el que este modo de huir pudiera despertar sospechas en el pueblo no le preocupó un instante. No experimentó la menor ansiedad por lo que Nancy Lotbinière o algunos otros de sus amigos pudieran pensar de él. Que le creyeran inocente o culpable, ello no le quitaría ni añadiría nada a su alma en aquel momento en que toda su energía y todos sus deseos se concentraban en partir cuando antes de Quebec.

Al salir de aquella casita a la cual, algunos años más tarde, Montcalm, moribundo, había de ser conducido desde las llanuras de Abraham, experimentó poca dificultad en pasar inadvertido la faja de bosques que marginaba; las viejas praderas de la alquería de Abraham Martín y ganar el barranco de matorrales que tan felizmente cobijó a los ingleses de Wolfe en aquel fatal día de septiembre del año 1759. Desde aquí su descenso hacia el río era fácil. La Selva Sillery se extendía delante de él y a lo lejos se columbraban los principios de un tan vasto bosque, que nadie había hallado todavía su final. Sin embargo, hasta que no hubo cruzado toda la Selva Sillery y se halló bien oculto entre las espesas arboledas que lo circundaban, no se sintió a salvo de la atmósfera de aquella ciudad que había llegado a odiar.

Por última vez volvió hacia atrás la vista desde lo alto de un montículo, que un momento después ocultaba para siempre a sus ojos la ciudad asentada sobre la roca. Bajo la esplendidez del sol pudo percibir las altas almenas de las fortificaciones y sus ojos se dirigieron principalmente hacia el punto donde sabía que el convento de las Ursulinas quedaba oculto por las murallas de la fortaleza. Le pareció que hacía años que había llegado a aquella ciudad en una fría y melancólica noche, en que escuchó como primer saludo la voz de las campanas. Desde entonces al momento presente, la esperanza había nacido y muerto para él. Para David había transcurrido una eternidad y todos sus sueños estaban reducidos a polvo. Había hallado al fin lo que verdaderamente esperaba hallar y el viejecito Fontbleu le había dicho que hallaría. Aquella ciudad que él aborrecía con refrenada furia habíale maltratado y deshonrado lo mismo que a Carbanac. De súbito dio rienda suelta a los sentimientos que encerraba su corazón. ¡Aquella ciudad y Bigot! ¡Aquella ciudad y Ana! Apretó sus puños. Aquella ciudad había sido un infierno para él y su tortura un espectáculo para el pueblo. ¡Traidor! Lo era ahora, pero no lo fue antes. Ahora sí que era uno de sus más mortales enemigos, un enemigo que anhelaba poder destruir con malsana furia aquella maldita ciudad.

De pronto algo le hizo saber que no era el hombre que había en él el que profesaba aquel odio. Era lo que restaba en su alma de sus años de infancia, como lo demostró un largo y denso suspiro de pesar que se escapó de sus labios. Era el muchacho de la Colina del Sol, el muchacho de las floridas cañadas y del bosque de

Grondin, el muchacho que había oído los relatos de la vieja rueda de molino y los rezos de su madre, el muchacho de Richelieu, el cual luchaba por enseñorearse de su alma nuevamente y hallaba en su voz aquel suspiro que se escapó de sus labios cuando maldijo a la gran ciudad asentada sobre las rocas.

Entonces, al mirar hacia abajo, advirtió que algo ascendía por el abrupto sendero que él había seguido; un ser que llevaba la cabeza baja olfateaba la tierra: su perro.

Permaneció inmóvil y sin rechistar hasta que el animal estuvo muy cerca. El látigo, los puntapiés, el hambre y un salvaje anhelo se condensaban en la historia del acercamiento del can. Éste podría haber sido una bestia poderosa si no se hubiera cebado en su cuerpo la inanición. Había un algo feroz en la agilidad de su hocico al olfatear las huellas del amigo sobre la nieve, un algo que era mucho más fuerte que el hambre que sentía. No solamente un perro, sino un perro con alma, ascendía por la áspera pendiente, y David, siguiendo un impulso ciego, le dijo con voz cariñosa:

¡Aquí, camarada!

Marcharon juntos por las más recónditas profundidades de la espesura, donde no era probable que hallaran ser humano alguno. Cruzaron algunos calveros. En las laderas de las soleadas montañas, la nieve empezaba a derretirse bajo el calor del sol. Era la primavera del año 1755. Prematura primavera en que los pájaros volvían a sus nidos del Norte un mes antes de tiempo y las primeras flores silvestres brotaban, cuando en otras temporadas sus nacientes raíces apenas habían logrado hacer reverdecer sus tallos sobre la tierra. Fue aquel año en que cantaron loas en las iglesias de Nueva Francia dando gracias a Dios por el milagro de aquella temprana primavera que era un feliz augurio para los que habían tenido en Él una fe perseverante durante el frío invierno. Y esta primavera había enviado al mundo sus primeros alientos en el amanecer del día del castigo de David.

Todo era vida en la floresta, que comenzaba a rebullir en sus ocultos nidos y en sus profundos recovecos. Las ardillas chillaban y pasaban de un árbol a otro en la espesura y David comenzaba a percibir extraños vuelos de desplumadas aves que habían pasado el invierno en sus refugios. Una hora antes no habría podido percibir estas cosas. Pero ahora habían comenzado a interesarle, y a media tarde Quebec estaba totalmente olvidado. Dolíale la espalda, pero su dolor no era comparable con el renacimiento que se operaba en su interior. Su mente estaba más despejada y el tormento del odio que le había flagelado como un hierro candente se amortiguaba merced a aquella magnífica serenidad, a aquel murmullo confidencial de los bosques y a aquel rumor de las amistosas patas del can que andaba muy cerca de él. Comenzó a hablar al perro, y éste le escuchaba con un gesto de tan profundo interés, respondiéndole con movimientos de su cola, que su compañía procuró a David un verdadero consuelo. Cazó media docena de ardillas, y el estampido familiar del fusil acabó de tranquilizar sus nervios. Hacia el atardecer halló una concavidad tan espesamente cubierta por los abetos y los bálsamos, que la nieve del invierno no había logrado penetrar en sus entrañas, y se preparó para pasar la noche en ella.

Durante aquella noche, la densa obscuridad, el murmullo de las copas de los árboles que tachonaban su albergue, produjeron a su espíritu un tan profundo bienestar como David no lo había experimentado desde hacía mucho tiempo. En las semanas últimas, mientras desempeñaba las falsas misiones impuestas por Bigot, su corazón se había alimentado de la duda, el anhelo y los sueños de Ana. Pero aquella noche no había ya lugar en su alma para ninguna de aquellas cosas. Ahora comenzaba a comprender por qué era preferible soportar un golpe que verlo pender constantemente sobre su cabeza, Ana estaba para él totalmente perdida como mil veces lo había previsto. Todos sus proyectos y sus sueños habíanse venido a tierra. Mas ahora volvía a sus bosques no para corto tiempo ni sin propósito, sino para siempre. Este pensamiento era consolador. Hacía pena menos aguda, su desolación más soportable.

Asó las ardillas y las compartió con el perro. Después de la cena formó un lecho con las ramas de los bálsamos y tendió sobre ellas una manta. Acumuló leña a la que prendió fuego y al brillante reflejo de la hoguera vislumbró detalladamente el cuadro de su futuro. Poco a poco fue adquiriendo en su pensamiento forma la idea de que todo aquel mundo suyo seguía existiendo para él... exceptuando Ana.

Comenzó a concebir sus planes y todo su cuerpo se asió desesperadamente a este prometer de sus ideas hasta que se sintió asistido de un vigor que no había sentido jamás. Naturalmente, se iría a su casa. Y luego, cuando llegara el tiempo, haría lo que siempre había anhelado hacer: explorar los ignorados y desconocidos misterios de los remotos bosques. Quebec podría pudrirse sobre sus rocas e incluso Nueva Francia sumergirse en el mar, pues todo aquello no valía ni una millonésima parte de lo que existía tras las fronteras occidentales. Se uniría al Cazador Negro. Volvería a su mundo. Y allí se prepararía para una lucha tal, que, como Pedro Joel le había dicho, no se había visto otra igual en el mundo. En la parte del Oeste había vastas regiones por conquistar. El recuerdo de Ana le guiaría en la empresa, pues su triunfo produciría a la joven la más duradera amargura.

Sin embargo, no pensaba en la venganza como lo había hecho en la fortificada ciudad de Quebec. Ni odiaba de la misma forma excepto cuando pensaba en Bigot o en las monstruosas figuras que le ayudaron a representar su terrible comedia. Ningún poder podría borrar las cuentas que les exigiría algún día. De súbito, la rojez del fuego, la obscuridad, la calma que se extendía en torno suyo, le volvieron a la realidad de su aislamiento. Entonces se dio cuenta de que ni Bigot era Nueva Francia, ni Ana el principio y el fin del mundo.

Durmió unas cuantas horas y al amanecer reanudó la marcha con el perro. Su espalda no le ardía como la noche anterior, pero estaba tirante cual si el doctor Coué hubiese colocado en ella una tablilla en vez de un suave vendaje. Esta tiesura fue desapareciendo y el calor del sol le produjo al fin un bienestar mucho mayor que el que sintiera la tarde pasada. Hasta el mediodía no hallaron nada que comer. A esta hora David advirtió una cabaña habitada en el extremo de una extensa finca, donde

adquirió provisiones que le durasen hasta su llegada al Richelieu.

Comenzó a reflexionar que había hecho bien en huir de Quebec sin aguardar el apoyo y el consuelo de sus amigos. Experimentaba un fuerte deseo de hallarse solo, Y Nancy le comprendería y le perdonaría cuando a su tiempo se explicara ante ella.

Una y otra vez acudió Ana a su pensamiento y veía su figura blanca cuando azotaba al negro y huía a través del gentío con el látigo ensangrentado. Se había compadecido de él hasta el extremo de volverse loca, pues la locura podía explicar un acto tan inusitado. Tenazmente detuvo en su imaginación este pensamiento de que Ana sólo podía haber sentido hacia él compasión. Sin embargo, se esforzaba por rechazar otra idea: la de la convicción que había en sus palabras cuando le juró amor eterno a través de los barrotes de la reja del calabozo.

Durante la segunda noche, su sueño estuvo lleno de visiones de Ana. Cien veces la vio, no hermosa y alegre como la Ana de la Colina del Sol, sino blanca y afligida como una muerta cuando Deschenaux la arrancara de su prisión. Despertó trastornado y aturdido. Pero su cuerpo respondía cada vez mejor a la pujanza de su sangre, y el tercer día hizo treinta millas entre el alba y el anochecer. Por la tarde silbó por primera vez alegremente mientras preparaba su cena y la del perro. Pero en sus sueños volvió a ver a Ana con el alma destrozada y asida a los barrotes de su prisión.

En los días sucesivos, su lucha llegó a ser algo tan lento como espantoso. Fue el bosque, con su insuperable aspecto de vigor, el que le hizo considerar si su regreso podía admitirse como un triunfo. Definitivamente, desechó de su alma todo cuanto pudiera ligarle a Ana; piedra sobre piedra levantó una barrera entre ellos y santificó su antiguo amor en un templo al cual jamás penetraría. Y ante esta derrota de sus esperanzas brotó el triunfo de sus deseos y un inconmensurable orgullo nació en él. El orgullo de pensar que había seguido los consejos del Cazador Negro llegando incólume hasta el fin, a pesar de que Ana le creyera culpable de un monstruoso delito: orgullo de su fuerza, orgullo de la vastedad y gloria de su mundo forestal. Ahora podía medir hasta dónde llegaba la fatuidad de que la ciudad asentada sobre las rocas y el Rey de Francia eran los dueños de aquellos dilatados horizontes.

Iba acercándose al hogar al mismo tiempo que se disponía a soportar las últimas y más difíciles experiencias para la realización de su resurgimiento físico. La tormenta estaba a punto de estallar, una tormenta que entrelazaría la historia de todas las naciones, una tormenta que había permanecido sofocada como un gran fuego en las selvas americanas, esperando solamente los ímpetus finales que la lanzarían como un alud de furia y destrucción sobre medio continente. Y mientras la gran hecatombe se preparaba, Mirepoix y Albemarle continuaban su juego; Versalles era un centro de disipación de Francia, un lugar de reunión para la sedosa nobleza, un punto de cita para los príncipes y princesas, duquesas y duques, grandes señoras y caballeros de la nación, y el Rey, un hombrecillo miserable de quien el pueblo se mofaba, gobernaba bajo la influencia de su amante, la Pompadour. Mientras Nueva Francia agonizaba, la vieja Francia, todavía la más poderosa nación del mundo, sangraba y sucumbía a las

flaquezas y pasiones de la carne.

El que Inglaterra no iba a la zaga de ella, era para Inglaterra su suerte y no su orgullo. Pues también en aquella época reinaba en aquella nación la impudicia de Hogarth, Fielding, Smollet y Sterne; de Total Iones, el caballero Western, *lady* Belloston y el cura Adatas. Y del mismo modo que Saxe, uno de los trescientos cincuenta y cuatro bastardos del rey de Polonia, había dirigido los libertinajes al tiempo que los ejércitos de Francia, en Inglaterra, la fama del Hermoso Nash era más envidiada que la del Rey, la del filósofo o la del hombre de Estado. Mientras los hombres del Nuevo Mundo, habituados a las vicisitudes de la guerra y de la aventura, estaban listos para la gran lucha, sus hermanos de casta del Viejo Mundo se vestían de mujer, se pintaban lunares y llevaban manguitos. El egoísmo, el fanatismo y una inmoralidad más baja que la de la Roma disoluta habían encenegado a Europa con su podredumbre; Rousseau gritaba sus primeras alarmas y predicaba la doctrina de un mundo que estaba a punto de vomitar su esplín. El honor, ya que no el valor, había muerto en las cortes que gobernaban la tierra, y las naciones, así como los hombres, luchaban en la sombra cual bandidos vulgares.

Éstas eran las condiciones que en el mes de marzo de 1755 rodaban por todas las partes del Nuevo Mundo los proyectos de una guerra monstruosa que no era oficialmente reconocida, y, entre las dos arruinadas naciones, Inglaterra se hallaba un paso delante de la estúpida Corte de Versalles, donde ya no había un Condé, un Turena, un Vendôme o un Villars que guiara sus destinos. Antes de que Dieskau y sus regimientos franceses hubieran llegado a San Lorenzo, Braddock y los gobernadores de las colonias inglesas habían tomado sus disposiciones y las habían puesto en práctica. Un gigantesco golpe iba a ser asestado a Nueva Francia. Un ejército se movería frente al Fuerte Duquesne. Otro reduciría a Niágara. Un tercero atacaría a Punta Corona y un cuarto se abalanzaría sobre Acadia. Antes de que la guerra fuese declarada oficialmente, Nueva Francia iba a ser destruida como un grano de trigo entre las muelas de un molino.

Fue el Richelieu, con sus luchadores y sus barones y sus oídos siempre alerta a los vientos del Sur, el que primero comprendió la verdad, pero sólo una parte de ella.

Llegó a ellos el rumor de que los ingleses estaban preparándose para atacar a los franceses de Pensilvania, pero ninguna noticia referente al terrible mortal alud que iba a descender sobre Punta Corona y el Richelieu había cruzado la frontera.

Así, cuando David llegó a su casa, halló a Pedro a la cabeza de veinte robustos hombres apercebidos para lanzarse a la gran aventura del fuerte Duquesne.

Capítulo XXVI

DURANTE una semana, David permaneció en el señorío de St. Denis, y en aquellos siete días no llegó de Quebec la menor noticia de que Nancy Lotbinière estuviese camino del Richelieu. Cada día que pasaba sin que se realizara ninguna de las dos cosas que más temor le inspiraban, la historia de su azotamiento y la llegada de Nancy, daba gracias a Dios. Como sabía que su madre abogaría por la causa de Ana y lo achacaría todo a una tontería de enamorados, guardó su secreto. Sólo se franqueó con Pedro, al que se lo contó todo una tarde en que se halló a solas con él en su habitación de la parte baja del señorío.

Los meses transcurridos tan penosamente para él, habían transformado también a Pedro. El brillo de la selva se reflejaba en su semblante; en sus ojos surgía una nueva luz; su somnolencia y gordura habían desaparecido y sus músculos eran tensos y ágiles.

—Esto es obra de las diez horas diarias que paso en los campos y en las florestas y de las noches en que me aventuro por los vivaques, teniendo por lecho el suelo helado. También se lo debo a Nancy —explicó a David—, y ruego a Dios que lo que quiera que suceda en fuerte Duquesne me haga digno de ella.

Sucedió esto la noche antes de que David enseñara a Pedro su espalda y le refiriese el lance del castigo y lo sucedido con el perro. Entonces, para asombro de David, Pedro abrió una carta que había llegado de Quebec, por medio de un veloz mensajero, la cual había sido escrita y despachada por Nancy antes de que David fuera expulsado de la ciudad.

Tengo el proyecto de ir con él al Richelieu —escribía Nancy después de haber hablado de David y Ana—, pero antes de emprender el viaje quisiera matar a este monstruoso Bigot.

La furia de Pedro habíase apaciguado ya y con tal calma miraba el asunto, que David halló en él una columna de apoyo y no una tribulación.

—Somos como hermanos —dijo llevándose una mano al corazón—. Ambos hemos sido vencidos y ambos vamos a vencer. Me alegro de que hayas huido de Quebec antes de que Nancy pudiera acompañarte, pues no quiero verla hasta después de haber pasado una prueba más grande que la del endurecimiento de mis músculos y la instrucción de un grupo de hombres. Cuando me enfrente con ella otra vez, quiero poseer una fuerza nacida de la experiencia y no de los deseos. Para entonces confío hallar a la antigua Ana aguardándote en el señorío de St. Denis.

—Jamás podrá suceder semejante cosa —replicó David fríamente—. El abismo que media entre nosotros se ha ensanchado demasiado.

Antes, David se había enterado por Pedro de todo lo que éste sabía acerca del Cazador Negro. En los últimos cinco meses había ido dos veces al Richelieu. Después de la última de sus visitas habíase marchado diciendo sólo que tardaría mucho tiempo en volver.

—Se marchó vistiendo completamente de negro —habíale dicho su madre— negro desde la coronilla hasta los tacones de sus botas. Algo bullía en su corazón, pero no me dijo una palabra sobre ello^[14].

Pronto quedó concertado que David acompañara a Pedro, pues no había motivo alguno para que se quedara. Tanto fue así, que ni su misma madre halló argumentos para sujetarle. Nueva Francia estaba en vísperas de la tremenda lucha por su vida, y la misma María Rock, de ser un hombre, se hubiera provisto de un fusil para defenderla.

Los pocos días que Pedro y sus hombres necesitaron para hacer los preparativos finales estuvieron para David llenos de amargos recuerdos. Los ocultó deliberadamente a Pedro, pues era la serena fuerza y la paternal camaradería del Cazador Negro lo que necesitaba, hasta el punto de que si no hubiera habido probabilidades de encontrarle en las laberínticas selvas, habría emprendido solo su busca.

Ni una hora pasó sin que David se sintiera asaltado por el recuerdo de Ana. Su espíritu le acompañaba adondequiera que fuera y caminaba con él por las sendas bajo los dorados resplandores de las puestas de sol. La halló en los lugares que sólo ellos habían hollado, en los helados calveros, ahora florecidos, en las profundas espesuras y en las peladas cumbres. Fantasmagóricos recuerdos le asaltaron allí donde refiriera a Ana la historia del córneo frasco y allí donde sellara con él el gran pacto. Al pensar en ello, David no se avergonzó de que un largo suspiro brotara de sus labios.

Advirtió que el amor que tan cruelmente intentara destruir, tan sólo estaba cubierto de cenizas y habría de llevarlo dentro de sí eternamente. Nunca moriría, pues allí estaban los recuerdos, la voz murmurante, alegre y prometedora del pasado, las visiones de la niñez y todo lo que constituía la vida pretérita. Pues ni a Pedro le reveló la terrible profundidad de su mal, el veneno que había emponzoñado la herida. Lo que Bigot había poseído, jamás podría volver a considerarlo suyo, y David, en su amargura, tenía la certeza de que si Ana, aunque sólo un momento, había olvidado su amor hacia él, bien pudo conceder sus favores al Intendente de Nueva Francia.

Una vez se marchase con Pedro, no volvería jamás al señorío de St. Denis. Conforme se acercaba el día de la partida, iba estando más seguro de ello, tan seguro, que hablaba a su madre de la maravillosa belleza de las tierras de allende el lago Champlain y le decía que su sueño era instalarse allí cuando los ingleses fueran expulsados hasta mucho más allá de la frontera que habían osado usurpar.

Fue el octavo día de abril cuando David y Pedro marcharon con sus veinte hombres hacia el teatro de la guerra que iba a comenzar. Y el viejo Fontbleu, el

molinero, al estrechar su mano en el momento de la partida, le predicó una vez más:

—He visto algo en tu cara que no puedo expresar con palabras, muchacho. Pero pronto estarás de regreso y, entonces, algo dice a mis viejos huesos que las aspas del molino elevarán al viento sus más bellas canciones Y que se te confiará una misión cuya realización se prolongará hasta mucho después de que yo haya muerto. Sí, muchacho; los sueños predicen extraordinarias verdades y yo he soñado aunque con los ojos tan abiertos como tú los tienes ahora.

Cuando David le dejó, le pareció que el anciano molinero semejaba como nunca un fantasma, tan desmedrado y endeble que el mismo viento que hacía girar las aspas del molino podría arrastrarlo y sacudirlo a él.

Matagamos renunció por cierto tiempo a su cargo cerca de la madre de David para guiar el descenso de aquellos guerrilleros a la tierra donde habían nacido sus padres, y ello constituyó un alivio para David, pues el viejo indio profesaba al mozo un mudo y estoico cariño que le movió a vigilarle y defenderle desde que David era un niño. Con él, aun antes que Pedro, llegó Carbanac. Los dos habían sido protagonistas de tragedias mucho más grandes que la suya, y ello era causa de que, a veces, cuando contemplaba sus rudos y heroicos semblantes al resplandor de los vivaques forestales, se encendieran sus mejillas. Pues el rostro de Carbanac había ganado en nobleza, y al contemplar su corpulenta figura, sus grandes manos y la limpidez de sus ojos, David pensaba en los espíritus gigantes que, muchas generaciones atrás, habían sido los primeros en hollar el suelo de Nueva Francia, y se decía si Carbanac sería uno de los descendientes que aquéllos dejaran. Entre Carbanac y Matagamos había nacido uno de los más raros afectos de que los bosques fueron testigos. Sin embargo, el cariño del viejo *delaware* por David era mucho mayor que el del hombre a quien la amistad y la simpatía del joven había abierto el camino de una nueva vida.

A medida que el reducido ejército iba acercándose al país enemigo, David observaba en los rostros de los dos amigos una expresión de interés cada vez más viva. Especialmente lo que advirtiera en la faz de Matagamos —libro abierto en el cual los largos años de intimidad habían capacitado para leer— afirmaba el extraño y terrible estado de ánimo que comenzaba a poseerle. Este íntimo vigor le demostraba que para él, así como para Matagamos, las aventuras de paz habían tocado a su fin; que la que iban a emprender no era una correría por el bosque solitario, sino que, por primera vez en su vida, iba a participar en la más emocionante y encarnizada de las monterías: la busca del hombre para darle muerte o morir. Y Matagamos, llevado de un trágico impulso, tomó la dirección de esta lucha por la patria. Desapareció una tarde, y David no le volvió a ver hasta el alba. Y cuando reapareció era un nuevo Matagamos. Su cabeza, cuyo cabello se había dejado crecer durante los años de paz, estaba completamente rasurada, excepto en el pericráneo, de donde pendía un mechón que ofrecía como trofeo, según la costumbre india, a aquel que le venciera. En el bélico mechón había tres plumas de águila teñidas de rojo y una cinta de

abalorios, Su faz aparecía listada por franjas de color encarnado, blanco y amarillo, semejantes a cortes trazados con un cuchillo, y en el centro de cada una de las mejillas se veía un lunar negro formado con la rascadura de un trozo de caldero, De sus orejas pendían anillos de cobre y su cuello estaba circundado por collares de canutillos de madreperlas. Su camisa estaba untada de bermellón y un gran cuchillo que nunca había visto David pendía de su pecho. Además, llevaba un ensangrentado pericráneo en un extraño cinturón que rodeaba su cuerpo.

Este pericráneo que pendía del cinturón de Matagamos produjo en la partida un siniestro silencio. No hacía falta preguntar nada para conocer su historia. A última hora de la tarde precedente, el *delaware* había señalado una pista que se cruzaba con las huellas del pequeño ejército y la cual no fue advertida por los ojos de los hombres blancos. Durante la noche había seguido aquellas huellas y cometido un homicidio, adornándose con los despojos de la víctima. El cuero cabelludo era de un *mohawk*. Se hallaban en tierra enemiga, en la tierra donde moraba la plaga blanca y roja, que era una amenaza constante para Nueva Francia.

Los ojos de Matagamos ya no eran los del guardián de una mujer. Relucían con el brillo de los de un águila que avizora a su presa. Estaba rejuvenecido y su sangre se encendía con el estremecimiento de los pretéritos gloriosos días en que los de su propia raza habían sido el terror de los bosques. El odio renacía en él. La sed de sangre de sus odiados enemigos, el feroz anhelo, el rencor y la crueldad, todo lo cual pasó como una ráfaga horror por el espíritu de David, se mantenía vivo bajo la fría y tranquila máscara de la fisonomía del guerrero. Este mismo fuego se comunicaba a los atezados rostros de los duros guerrilleros que Pedro había reunido.

La muerte los rondaba ahora. Acechaba desde la obscuridad, alentaba en los rumorosos vientos y se anunciaba en los crujidos de las ramas. Las estrellas parecían refulgir de modo diferente y las sombras que producía el frío fulgor lunar al proyectarse sobre la tierra estaban llenas de misterio y presagios.

No encendían hogueras durante la noche ni acampaban en medio de la selva, sino que dormían en ocultas y profundas guaridas, siempre velados por unos ojos y unos oídos capaces de percibir el remoto aleteo de un búho. Durante el día, caminaban con pasos tan cautelosos como los de los gatos montaraces. No se oían risas ni voces que sobresalieran del murmullo de las copas de los árboles, ni disparaban contra los ciervos y los pavos que frecuentemente se tropezaban.

La vida transcurría velozmente para David durante aquellos días y aquellas noches en que a cada momento esperaba oír el estampido de los fusiles y el grito de los salvajes agresores. Los sucesos de Quebec parecíanle muy remotos. Ana desaparecía de su mente durante sus sueños intranquilos, y de su alma se disipaban el odio y la amargura, los cuales resultaban triviales en medio de la palpitación de vida y muerte que se agitaba en torno de ellos.

Tan sólo un tan profundo conocedor de aquellos lugares como Matagamos pudo hallar un camino a través del país de los *mohawks* sin rendir a sus enemigos el tributo

de la vida. Tres veces, en otros tantos días, tropezaron con rastros de partidas guerreras, y en sus huellas, el viejo *delaware* notaba la presencia de hombres blancos. Por dos veces vislumbraron el humo de los vivaques *mohawks* y por dos veces David se percató de las emboscadas de los adversarios, mientras que la respiración de Matagamos se hacía más frecuente, en su deseo de volar, con el terrible reto en su rostro, contra el azote selvático que había destruido su raza. Pero Pedro, y con él sus guerrilleros, sujetaban a Matagamos. No tenía otro propósito que el de llegar a fuerte Duquesne, a pesar de que tanto los indios blancos como los rojos anhelaban disparar sus fusiles.

Bordeando el territorio de los *mohawks*, guarnecido por los guerreros de sus castillos septentrionales, Matagamos descubrió el principio de la zigzagueante frontera francesa, la cual descendía en línea sinuosa hacia Louisiana. Antes, David sentía la muerte; ahora la veía. Llegaron un día sobre los carbonizados restos de lo que una semana antes había sido un grupo de chozas de exploradores. Había allí vestigios de una heroica defensa, de una perfecta unión de varias vidas animadas por la seguridad que les prestaba el hallarse en tierra francesa y con los fuertes a veinte millas de distancia. Sin embargo, veíanse cinco cadáveres de hombres con los cráneos cercenados y tres mujeres yacían sobre el helado suelo con sus rostros sobre la tierra. Cuando David los contempló, se apoderó de él un profundo malestar al recordar a Vaudreuil y a su cabellera de mujer. Al crepúsculo enterraron los cadáveres en superficiales fosas abiertas en puntos donde la nieve se había derretido, y durante la noche David pensó en el señorío de Saint Denis, en Ana, en su madre y en la predicción del Cazador Negro de que aquel mortal azote arrasaría un día las regiones del Richelieu.

Al día siguiente llegaron a lo que antes fuera un fuerte francés. Sólo vieron un montón de ruinas y huellas de hombres blancos y sus aliados indios.

Matagamos dio un rodeo por la parte del Oeste. Conjeturaba que el asalto había sido realizado por un centenar de fusiles enemigos, y tan recientemente, que entre los escombros halló aún rescoldos del fuego.

Llegó la primavera con todo su esplendor. El sexto día de mayo, las despejadas praderas y los soleados montes estaban tapizados de flores. Los pájaros renacían. Los petirrojos saludaban al alba y lanzaban sus vespertinos gorjeos a las puesta del sol. La tierra estaba rebosante de vida; tapices de verdura animaban los sombríos senderos del bosque; la floreciente vegetación embalsamaba el aire y, a lo largo de las selvas y de los bosques, se difundía la plácida música de un millar de corrientes y riachuelos que fluían hacia la baja extensión del mar.

Por doquier, parecía a David advertir augurios de amistad y de paz. Había paz en la tierra y en el cielo, separados por un tibio ambiente; alegría en los clamores de los patos silvestres durante la noche, en el canto de los tordos y en el retozar de los cervatillos; esperanza en las auroras; bendición en los atardeceres... paz, paz por todas partes, excepto en su marcha furtiva a través de la selva.

Si sus ojos no hubieran visto huellas de destrucción y de matanza, habría dudado de que aquellos lugares fueran un infierno de horror y de muerte. Comenzaba a dudar cuando el fuerte Duquesne se presentó de súbito ante él^[15].

Era la tarde del 4 de junio, y Braddock iba ya camino de Monongahela con ochocientos caballos y dos mil doscientos hombres. En la partida de Contrecoeur, comandante del fuerte Duquesne, hablase ido infiltrando la fuerza indígena de Nueva Francia para salir al encuentro de la invasión británica, y sus capitanes Beaujeu, Dumas y Liqueris, con sanguinarios guerreros de veinte tribus, movilizaban una sanguinaria y heterogénea horda. Ochocientos indígenas estaban acampados en torno al fuerte cuando Pedro y David surgieron de los bosques con su pequeño ejército..., ochocientos lobos reunidos para una sanguinaria fiesta, pintados, semidesnudos, embriagados por la promesa de carnicería. Veíanse allí salvajes bautizados del distante Canadá: *caughanawagas* de San Luis; crueles *abenakis* de San Francisco y *hurones* del Lorette, cuyo jefe llevaba el nombre de Anastasio, en honor del padre de la Iglesia del mismo nombre. Los demás eran salvajes no bautizados: *potawatomis* y *ojibwas* de los lagos norteños, *shawanoes* y *mingos* del Ohío y *ottawas* de Detroit mandados por Pontiac. No habían existido distancias largas para estos aliados de Francia, y sus campamentos eran como hirvientes volcanes de anticipada hostilidad.

Durante muchos días, Beaujeu, Dumas y Liqueris, peleando como indios, habían contenido a la hueste roja dentro de sus límites. Apenas les viera, David comprendió que aquellos blancos estaban enflaquecidos y taciturnos a causa de la infatigable lucha. Antes de que el sol se pusiera, llegó de los campos ingleses una partida de *abenakis* con treinta pericráneos, la mayoría de mujeres y niños, y mientras el campamento de los *abenakis* era un carnaval de alegría y de triunfo, en las tribus rivales, encadenadas a una inactividad que les era odiosa, estallaba una furiosa tempestad de excitación y encono. Con la obscuridad de la noche sobrevino una saturnal de tumulto y confusión. Veinte grandes hogueras se elevaron hacia el cielo, y alrededor de ellas, los gritos de guerra de las tribus contrarias llenaron los bosques. El horror se apoderó de David, y pese a la fatiga que sentía después de la dura jornada, no pudo conciliar el sueño. Las palabras del Cazador Negro resonaban en su cerebro. «Algún día aquel infierno rojo que danzaba y rugía ferozmente devastaría el Richelieu». El hacha y el fuego vendrían de aquellas mismas tribus, pues, lo mismo que de los franceses, parte de ellas estaban aliadas al enemigo. Y, con el horror, experimentó una desagradable sensación de repugnancia y disgusto.

«Los indios son lo que los hombres blancos han querido que sean», había dicho Pedro Joel, tantas veces, que estas palabras estaban grabadas como a fuego en su memoria. Por primera vez en su vida veía con sus propios ojos uno de aquellos hirvientes paroxismos de pasión y de odio a los cuales su raza era propicia. Y los ingleses hacían lo mismo con los franceses. Acumulaban leña y más leña al fuego de la rivalidad y del odio. Pagaban a los cazadores de cueros cabelludos. Enviaban al interior de los bosques *bocoyes*^[16] de licor para rematar lo que personas de

mentalidad superior habían comenzado, convirtiendo a los indios en demonios capaces de aborrecer hasta la muerte a un hombre blanco determinado.

David dio gracias a Dios de que los ingleses se prepararan para atacar la frontera francesa de Pensilvania y no la del Richelieu. Sin embargo, cierto temor le dominaba. ¿No era preciso que en un momento u otro ocurriera esto, teniendo Dieskau sus ejércitos precisamente al lado de las puertas del Canadá? No expuso sus temores a Pedro ni a los que le acompañaban. Al final de su ruta se alzaban fuerte Eduardo y fuerte Guillermo, fortalezas inglesas que pronto quedarían convertidas en ruinas. Así pensaban todos en Nueva Francia. De lo contrario, Pedro se habría vuelto con sus hombres a su terreno para defender los hogares propios.

Pero la simiente de la duda comenzó a germinar en David. Excitado por la visión de los *abenakis*, vio que un centenar de indígenas desertaban de aquél fuerte aquella noche camino de las posiciones inglesas. Al día siguiente, y en todos los sucesivos, no pudo disipar ni por un momento de su cerebro las visiones de duda y temor. Era posible que del mismo modo cayera algún día la roja horda sobre el Richelieu.

No cesaba de pensar en su madre y en Ana. Al ver día tras día ir y venir a los salvajes, y advertir sus locos regocijos nocturnos y las exhortaciones y dádivas de los oficiales para contenerlos, el corazón de David se llenaba del recuerdo de la Ana de la primera época, aquella Ana que nunca había estado en Quebec, aquella Ana que había escuchado la narración del cuerno de pólvora, aquella Ana de las leyendas de las viejas aspas del molino. Habiéndose desplomado sobre su cabeza las gruesas murallas que edificara para encerrar su amor, experimentó una inagotable y atormentadora ansia de regresar al señorío de St. Denis, una ansia que era tan sólo ansia a medias, y la otra mitad aquel raro temor sobre el que no pronunciara Pedro una sola palabra.

Al crecer este temor en su alma, los acontecimientos se desarrollaron vertiginosamente. Diariamente los guardabosques más experimentados y más viejos, que hacían el oficio de espías, traían noticias de Braddock y del enemigo que se acercaba. Avanzaban lentamente formando una larga línea roja y azul de caballos, carros y hombres. Marchaban tan despacio que regularmente no avanzaban más que tres o cuatro millas diarias, y el ruido de sus hachas, los gritos de los conductores de los carros y el sonido de los pífanos y tambores eran llevados por el viento desde una larga distancia.

En los principios de junio, el humor de los indios que circundaban fuerte Duquesne había cambiado. Esperaban hallarse frente a un potente enemigo y en vez de eso habían de permanecer inertes. En tanto llegaba el momento, construyeron cientos de aretes, sujetando a ellos los cueros cabelludos. Después de afilar sus cuchillos y sus hachas, al alegre son de los pífanos y tambores, danzaban durante la noche alrededor de las hogueras, lanzando al mismo tiempo al aire los aretes donde iban prendidos los pericráneos. Beaujeu y algunos otros hombres blancos, vestidos y pintados como los indios, danzaban con ellos. Pero los largos fusiles de los indios del

Canadá, ciento cuarenta y seis en total, estaban cada vez más alejados. El horror que ya había anidado en David comenzó a adueñarse de ellos. Habían venido a luchar, y no hallaban ante sí sino un bárbaro espectáculo.

El 5 de julio pudo ver David el ejército en marcha. Vociferaban y destruían cuanto hallaban a su paso, al mismo tiempo que sus músicos hacían retumbar los tambores conforme se acercaban a fuerte Duquesne, cual si quisieran asustar al enemigo con una última demostración de confianza y bravura. Solamente Jorge Washington y sus cuatrocientos cincuenta virginianos, «aquellos perezosos y lánguidos camaradas incapaces para el servicio militar», como Braddock había escrito, mantuvieron una parte de la línea formada contra la muerte que a entrambos lados del bosque se ocultaba.

Sin embargo, hasta el día 8 de julio Duquesne no se vio libre de sus asaltantes. Eran novecientos hombres contra dos mil de Braddock, de los cuales seiscientos treinta y siete eran indios. Poco a poco los combatientes de las diferentes tribus fueron desparramándose por el interior de la floresta, destrozados y casi desnudos, y procurando que nadie oyera el ruido de sus pasos a través de los bosques.

Aquel día en que el sol brillaba espléndidamente en un cielo diáfano, y macizos de flores le rodeaban mientras los pájaros piaban en la arboleda, David presenció una escena en la que cada árbol y arbusto quedaron transformados repentinamente en un aullante y maléfico espíritu mortal. Allí veía en carne y hueso lo que tan a menudo le había asaltado durante los sueños de su infancia. Con Pedro y sus veinte guardabosques espías había divisado en un vallecillo situado a media milla de distancia la diseminada línea enemiga: ingleses de roja casaca, virginianos de guerrera azul, carros y furgones, cañones y banderines, oficiales montados y la banda de música. Desde el punto en que se hallaban aquellos veinte certeros tiradores del Richelieu podían haber sembrado la muerte en las praderas salpicadas por el rojo y el azul de las guerreras. Pero David, a pesar de que iba dispuesto a luchar no pudo ni siquiera levantar su fusil. También los hombres que estaban cerca de él titubearon y esperaron, siendo crispadamente los cañones de sus fusiles. Esta pausa, al pasar como un espíritu de serenidad de unos hombres a otros, contuvo los rifles canadienses y los mantuvo en silencio. Años más tarde la historia les llamaría cobardes. Oficiales y soldados franceses desdeñaron las tranquilas y seguras pistas de la selva, y ávidos de emboscarse con el encono y la gozosa exaltación de sus rojos aliados, estaban destinados a convertirse en negros para lo futuro. Y Dumas, sintiendo también como un salvaje, era el que iba a escribir para la posteridad:

Huyeron vergonzosamente y gritando: «¡Sálvese el que pueda!».

Pero Dumas mintió y mintió la historia, como ha mentido en otras muchas ocasiones. En vez de cobardes, aquellos hombres criados en los bosques estaban destinados desde la cuna a ser ejemplo permanente de habilidad. Eran hombres que

pertenecían a una época heroica, constructores y defensores de sus hogares y homicidas por la fuerza de las circunstancias, no asesinos. En la matanza de aquel día 8 de julio hubo excepciones, como las hay entre los hombres de todas las edades, mas, para la mayor parte, el escudo del Canadá quedó nítido después de aquella jornada, a pesar de lo que dice la historia, por lo cual este pueblo puede sentirse orgulloso y no abochornado.

Entre los dos muros del bosque de la muerte, el ejército de Braddock estuvo derritiéndose como la nieve bajo el sol. Por encima del estruendo del tiroteo y de los chillidos de los indios, se percibió bien el ruido resonante del tambor y del pífano y las voces inglesas que gritaban: «¡Dios salve al Rey!», mientras los hombres de Braddock, que al principio murieron bravamente, disparaban de continuo contra un enemigo para ellos invisible. Sólo los virginianos se batieron en retirada pues cuando alguno de los de la casaca roja estaba al abrigo de una roca o algún árbol, los oficiales les obligaron a salir al descubierto para estar al lado de sus compañeros y pelear como hombres. Sus muertos yacían a montones, y no se necesitaron fusiles canadienses para que se cubriera la tierra de uniformes encarnados.

Al fin ningún alma viviente pudo resistir el impulso. Las líneas comenzaron a desbandarse como las hojas otoñales son esparcidas por el viento; los fusiles eran arrojados al suelo y, como los caballos, que se habían espantado desde el primer instante, los hombres volvieron la espalda y huyeron. David y los jadeantes hombres blancos que le rodeaban solamente veían una pequeña parte de la línea de Braddock, pero los errores que cometían eran suficientes para llenar un mundo. Desde sus escondrijos entre las rocas, árboles y concavidades, los salvajes avanzaban como lobos famélicos, gritando endiabladamente y llevando cada uno su cuchillo en la mano. Lo que aconteció entonces llenó a David de un extraño malestar, aunque no pudo apartar los ojos del cuadro. Los aliados de los franceses corrieron a cortar su trofeo de los pericráneos de los heridos y de los muertos, expresando en su faz el intensísimo gozo que experimentaban ante el anhelado botín.

Asqueado, David se puso en pie y se volvió de espaldas. La mayoría de los canadienses se habían alejado. Pero tras él permanecía una figura con su fusil en el brazo contemplando tristemente la escena que se ofrecía a sus ojos...; luego miró a David, el cual se dio, cuenta de súbito de que se hallaba ante Pedro Joel, el Cazador Negro.

Estuvieron uno o dos minutos mirándose a los ojos, y al fin, Pedro Joel dijo:

—David, me alegro de que no hayas disparado.

Capítulo XXVII

LO que David había presenciado en la cabeza de la línea de Braddock, era sólo el comienzo de la orgía de pillaje y muerte que acaeció durante aquella tarde del 8 de julio de 1755. La defensa del enemigo llegó a ser tan deplorable, que los indios no siguieron la táctica de emboscarse, sino que se abalanzaron violentamente sobre aquellos enloquecidos hombres que habían arrojado sus armas, cercenando los pericráneos incluso de los que aún estaban con vida. El camino de fuga era, por espacio de algunas millas, un reguero de muertos y moribundos; de cañones, carros y equipajes abandonados; de fusiles, casacas y pertrechos. Además, todo aquel camino estaba trazado por la línea de sangre. Sesenta y tres de los ochenta y seis oficiales y novecientos catorce hombres habían sucumbido. Entre los mortalmente heridos figuraba el mismo Braddock, un valiente, pero un temerario y aturdido. Fue el suyo el único cuerpo transportado a través del río y enterrado más allá del alcance de los cuchillos de cortar pericráneos. Si los indígenas hubiesen llegado a saciarse del deseo de cortar a sus víctimas los cueros cabelludos, no habría quedado un superviviente que pudiera contar la tragedia de aquel día.

Ni siquiera la presencia de Pedro Joel pudo aliviar a David de la conmoción que había sufrido su alma, su cerebro y su cuerpo. Había contemplado estas escenas nunca soñadas y el horror quemaba su faz y sus ojos, cuando el Cazador Negro le estrechó entre mis brazos. Permanecieron un instante abrazados en silencio, y durante esta tregua pudieron oír los chillidos de los que morían y de los que estaban a punto de morir y algo todavía más horrible: la agonía de los moribundos a quienes los salvajes habían cercenado el cuero cabelludo para dejarlos morir poco a poco.

El Cazador Negro, acostumbrado a presenciar este salvaje, espectáculo, condujo a David hacia el fuerte. El joven se conmovió al escuchar de labios de Pedro Joel que había llegado a fuerte Duquesne en el momento preciso de la tragedia y que se dirigía al Richelieu.

David encerró herméticamente en su pecho lo que pocas semanas antes hubiera referido a aquel hombre pues todos los sucesos de su vida resultaban triviales ante los acontecimientos de aquella tarde. El azotamiento sufrido en Quebec y su rompimiento con Ana no tenían importancia bastante para que hablara de ellos en aquellos momentos en que se avecinaba una tragedia todavía mucho más terrible que la que acababan de presenciar. Sus quebrantados nervios le movieron a hablar a Pedro Joel de este temor que había ocultado a Pedro Gagnon. Este temor le había obsesionado día tras día; la noche última había turbado su sueño y ahora le helaba la sangre en las venas: ¿era el pánico que sentía ante la suposición de que aquel furor de

salvajismo pudiera invadir el Richelieu mientras ellos se hallaban ausentes? No le tranquilizaba la aseveración de Pedro Joel de que Dieskau y un poderoso ejército iban ya camino de Punta Corona, y de que la suerte de Braddock constituiría un antecedente aterrador para los británicos y los aliados indios.

La noche hizo más fuerte la opresión que embargaba su ánimo. Hasta entonces, el completo triunfo francés no había producido en él mejor impresión que produjera la escena desastrosa del vallecillo. Los guerreros indígenas comenzaron a regresar a su campamento y todos ellos iban provistos de una buena carga de cueros cabelludos. Si terroríficos habían sido sus gritos bélicos del día precedente, ahora sus aullidos eran mayores, pues cada campamento era un hervidero sanguinario de regocijante frenesí. Sin embargo, esta locura no alcanzó su verdadero apogeo hasta la puesta del sol, hora en que fueron llevados al campamento once prisioneros ingleses, maltrechos y desnudos, con las manos atadas a la espalda y sus caras y sus cuerpos tiznados de negro. Mientras el crepúsculo se desvanecía, estos hombres fueron quemados uno a uno en la orilla del Alleghany opuesta al fuerte. El hecho de que Contrecoeur, el jefe, no, hiciera el menor esfuerzo para salvarlos de tan horrible muerte, y de que los soldados franceses se agolparan en torno de las hogueras para presenciar el espectáculo, convulsionó el cerebro de David hasta el punto de que, medio loco, se precipitó en las profundidades del bosque, donde no pudo descansar hasta que cesaron los gritos de los infelices torturados^[17].

Era la hora del alba cuando volvió al fuerte. Experimentaba la sensación de haber pasado una vida entera en vez de una noche de insomnio. Una rara quietud había caído en el campamento, y en un principio creyó que los indios, fatigados de tanto danzar y rugir, habríanse dormido. Pero luego advirtió que la mayor parte de los campamentos estaban vacíos. Una por una, durante las últimas horas de la obscuridad o en las primeras de la aurora, las partidas guerreras habían desaparecido camino de sus hogares, anhelantes de mostrar los pericráneos y relatar sus proezas.

Apenas acababa de advertir todo esto, el Cazador Negro se presentó ante él, con la ansiedad reflejada en los ojos.

—No vuelvas a hacer eso, muchacho —le rogó no bien hubo David explicado su desaparición—; algunos de estos pieles rojas que se acaban de marchar no son tan escrupulosos que se detengan ante la posibilidad de añadir a su botín el cuero cabelludo de un francés extraviado.

Luego lanzó un profundo suspiro de satisfacción, y añadió:

—Una partida de *ottawas* del Canadá ha llegado esta tarde y con ellos venía un hombre blanco que dice ha salido de Quebec sólo con el deseo de encontrarte. Tenía aspecto de estar fatigadísimo y yo no le conozco. Viajar con los *ottawas* no es tarea fácil, a menos que tenga los pies tan duros como las patas de los alces.

—¿Dónde está ese hombre? —preguntó David.

—Con Contrecoeur. Evidentemente se conocen, y nuestro jefe ha dado orden de que te presentes a él tan pronto como vuelvas. Pero tenemos tiempo de desayunarnos,

cosa que tú sin duda necesitas. Hombres más viejos que tú han enfermado ante sucesos los de la noche pasada; aun yo...

Se detuvo haciendo una mueca y encogiéndose de hombros.

—No puedo comer hasta que haya visto al hombre que ha llegado de Quebec —dijo David tratando con dificultad de ocultar la emoción que le invadía ante el anuncio de la presencia de un hombre que podía ser nada menos que un mensajero de Nancy o de Ana.

Pero esta emoción se denotaba en su voz y en el centelleo de sus ojos, y Pedro Joel, sin aparentar descubrirlo, le condujo hacia el fuerte donde se hallaba Contrecoeur y le dejó al cuidado de uno de los guardias que vigilaban la puerta.

Oíanse voces en las habitaciones del jefe, y cuando la puerta se abrió para dejarle paso, David vio a un hombre sentado ante una mesa llena de residuos de comida y junto a la cual hallábase también Contrecoeur. El forastero se levantó de la silla cuando David entró, produciendo al joven un asombro indecible. Vestía una tosca piel de venado; sus cabellos eran largos y revueltos; su faz estaba cubierta por áspera barba y curtida por el viento de la selva. En un principio David se negó a dar crédito a sus ojos, pero finalmente hubo de reconocer que el que se hallaba frente a él era Renato Robineau.

¡Pero cuán diferente era del Robineau de Quebec, no sólo en el aspecto físico, sino en el moral! ¿Podía ser éste el antiguo Robineau, aquel pulcro Robineau cuya pericia guerrera y militar no era superior a la perfección de su apariencia y a su porte? ¿Podía ser aquel Robineau misteriosamente lúgubre, siempre severo y misántropo, sobre cuya frente parecía gravitar constantemente la sombra de una tragedia? Este Robineau de ahora, pese a la fatiga del largo y penoso viaje, le sonreía al ponerse en pie para saludarle, le sonreía de una forma que David jamás le había visto sonreír anteriormente. Se adelantó hacia el joven con las manos extendidas con la efusión de un camarada y con un alegre gesto que resultaba completamente nuevo para David.

De súbito una llamarada de comprensión le asaltó y con ella una sensación de profundo desencanto. El capitán Robineau no traía ningún mensaje para él. Acaso éste fuera el pretexto para no delatarse como portador de preciosos secretos militares a fuerte Duquesne, y al saber que el joven cuya instrucción él había dirigido se hallaba allí, había preguntado por él. Pero, ¿por qué aquella muestra de amistad, aquel alborozo de bienvenida a quién había sido calificado de traidor ante todo Quebec, azotándosele en público?

Las manos de Robineau estrecharon las suyas.

—Gracias a Dios que os he encontrado, David —gritó con voz que tampoco era la misma.

Estaba transformado por un sentimiento de libertad que a David le extrañó tanto como el cambio de su persona. Se volvió hacia Contrecoeur.

—Capitán, éste es el David Rock de que os he hablado, el muchacho a quien debo tanto, pues me puso en el trance, en la forma extraordinaria que os he referido, de

matar a vuestro antiguo amigo el capitán Juan Talán.

Y Contrecoeur tendió a David una mano.

—Os doy las gracias, teniente David Rock —le dijo—; el capitán Robineau es mejor tirador que yo y me ha quitado de en medio a Talón, con quien yo había de solucionar, a mi regreso a Quebec, un asunto pendiente. Os dejo, pues; Robineau tiene mucho que hablaros.

Cuando el jefe se fue, David se sorprendió de que caballero de aspecto tan agradable pudiera haber contemplado estoicamente la matanza de la noche anterior.

Tan pronto como hubo cerrado la puerta tras él, Robineau llevó a David a una silla que había al lado de la mesa, y, sentándose él enfrente, sacó una pistola de su cinto y la colocó en el espacio que quedó entre ellos. Una sonrisa, iluminada por un nuevo tinte de orgullo y buen humor, tembló en sus labios cuando vio los ojos de David posarse por un momento sobre el arma.

—Llevo semanas anhelando esta escena de melodrama. La pistola está cargada; si cuando haya terminado de hablar queréis disparar sobre mí, hacedlo sin vacilar. Contrecoeur, que es un antiguo compañero mío de academia, se ha comprometido a decir que todo habría obedecido a un accidente. Gracias a Dios, el honor de los hombres suele estar tan sólo adormecido cuando parece hallarse muerto. El mío ha despertado y os le seguido a través de los bosques tan sólo para reparar, en lo que pueda, el odioso crimen que se ha cometido con vos.

—No acierto a comprender —exclamó David mirando con perplejidad a su interlocutor, y, sin poder reprimirse, añadió—: ¿Tenéis algún mensaje para mí de la señorita Ana St. Denis?

Robineau movió negativamente la cabeza.

—Para los habitantes de Quebec he desaparecido de la faz de la tierra. Nadie, ni la señorita St. Denis, sabe dónde estoy. No os traigo mensaje alguno, pero tengo algo que deciros respecto a ella. ¿Qué preferís oír primero: lo que se refiere a mí o lo que se relaciona con Ana St. Denis?

La luz que brilló en sus ojos demostró a David que sabía lo que iba a responder.

—Lo que se relaciona con Ana, si os place.

—Al ser embaucado como un imbécil para tomar parte en la trama que iba a destruirnos, sabía lo que iba a acontecer en el palacio aquella noche en que la señorita Saint Denis fue a visitaros.

Y la faz de Robineau se obscureció al narrar las cosas que David ignoraba: la vuelta de Ana desde los calabozos con Deschenaux, los temores que él abrigara respecto de ella, su interrupción acompañado de la hermana Ester y el regreso de Ana al convento.

—A raíz de esto, Bigot trató de suprimirme poniendo en mi camino a ese canalla de Talán, pero la fortuna me favoreció y le alojé una bala en el corazón a la mañana siguiente. Acto seguido, refirió su visita al convento una o dos horas antes del azotamiento, resuelto a contar a Ana todo lo que sabía acerca de Bigot o de su intriga

y cómo los documentos que acusaban a David fueron puestos dentro de su casaca.

—Me dijeron que la señorita St. Denis estaba enferma y que se temía por su juicio agregó Robineau Insistí en que quería verla, pero me volvieron a rechazar. Sin embargo, no me separé de la puerta del convento, Adiviné cuándo comenzó el azotamiento, cuándo iniciabais el ascenso de la colina; hasta oí los murmullos de la muchedumbre, pero algo me retenía en aquel lugar. Hice una nueva tentativa y otra vez fui rechazado, Pero apenas se hubo cerrado la puerta, volvió a abrirse, y apareció la señorita St. Denis y una monja que protestaba de su conducta. Me reconoció en seguida. En un principio creí que efectivamente estaba loca y que debía devolverla a la hermana Ester y a la otra monja que la seguían. Iba sin sombrero y su rostro aparecía mortalmente pálido. Oímos el murmullo de la multitud que se congregaba en la plaza y creí que Ana iba a comenzar a dar gritos. Pero no lo hizo así. Se cogió de mi brazo y me dijo: «Llevad a la plaza un carruaje tan de prisa como podáis». Tan velozmente echó a correr, que me fue imposible seguirla. Corrí tras ella, pero la perdí de vista cuando se internó en el mar de la muchedumbre. Hallé un carruaje abandonado por su cochero y esperé junto a él. Ya sabéis lo que sucedió entonces poco después, reapareció con el látigo. Me asusté, Me pareció que su corazón iba a estallar. Luego supe para qué quería el carruaje y por qué llegaba provista de un látigo. «Llevadme tan aprisa como podáis al palacio de Bigot», me ordenó. Y yo la obedecí.

Y Robineau se puso en pie. Su rostro demostraba una inmensa alegría.

—¡Si pudierais haber visto lo que sucedió entonces...! Hallamos a Bigot en su habitación, y lo que ese látigo os hizo a vos no fue nada comparado con lo que en manos de Ana hizo al Intendente. Yo la ayudé con mi espada, la cual evitaba que el monstruo huyera o sujetara el látigo. Cuando Ana concluyó no era posible reconocer al Intendente por su cara. Con mis propias manos concluí la tarea y, cuando Bigot yacía como un cadáver, hube de transportar a la señorita al carruaje, pues se había desvanecido. Pero ya nos dirigíamos hacia las Ursulinas cuando Ana recobró el conocimiento y me dijo que no la llevara al convento, sino a casa de Nancy Lotbinière. Fue allí donde, un poco más tarde, le dije todo lo que sabía respecto a la infamia de que se os había hecho víctima. Durante los tres días siguientes, mientras el señor Lotbinière me tenía escondido y yo me preparaba para segueros al Richelieu, creímos que Ana iba a morir.

También David se había puesto en pie. Aquellas increíbles palabras repercutían en su cerebro, y David contemplaba al portador de tan extraordinarias noticias, sintiéndose incapaz de pronunciar una sola palabra, tal era el efecto que le habían producido.

Robineau prosiguió:

—La señorita Lotbinière os contó todo esto por carta... Cuando advirtió que os habíais marchado sin esperarla, os escribió enviando la misiva al Richelieu por medio de un mensajero. Pero no he recorrido tan larga distancia para contaros estas cosas.

He venido para limpiar mi honra confesándoos mi delito y solicitando el perdón.

David habló por fin:

—Yo no he recibido ninguna carta de Nancy Lotbinière dijo, y sólo entonces se dio cuenta Robineau de la palidez que cubría su semblante.

—¿No llegó a vuestro poder una carta en que se os advertía que la señorita Lotbinière y Ana St. Denis se apresurarían a dirigirse al bosque de Grondin tan pronto como Ana estuviera dispuesta a hacer el viaje? —preguntó Robineau.

—No.

—Entonces tengo otro motivo para pedir os perdón. El señor Lotbinière no supo adónde me dirigía cuando partí de Quebec. Pude haberos traído la carta de Nancy, pero mi deseo era que nadie supiese cuál iba a ser mi destino. Empecé la marcha cautelosamente y cuando llegué al bosque de Grondin y supe que estabais en camino de fuerte Duquesne supe que habíais recibido la carta de Ana y que deliberadamente huíais de ella, pues había transcurrido tiempo más que suficiente para que el mensajero os diera alcance. Cuando me enteré de que os habíais marchado, estuve a punto de renunciar a seguir buscándoos. Me parecisteis mucho peor aún de lo que Bigot quiso que fuerais; os consideré indigno de Ana St. Denis por lo que pensabais de ella. La odiabais; erais capaz de crearla mala.

—¿Cómo pudisteis pensar así? —exclamó David—. ¿Qué os movió a ello?

Se detuvo. La sequedad de su garganta era tal, que se ahogaba.

—¿Por qué? —preguntó Robineau—. Pues, porque.

Ana, mientras azotaba a Bigot, no cesaba de decir una y otra vez: «Habéis hecho que me odie, le habéis hecho pensar que soy una mujer mala». Estas palabras me destrozaban el corazón. Por cierto que fueron las primeras y las últimas que oí de sus labios. Y cuando vi que os habíais marchado...

Un doloroso grito le interrumpió. David había ocultado el rostro entre las manos. Cuando lo descubrió de nuevo, Robineau vio que en su expresión se mezclaba la congoja causada por el convencimiento del mal inferido, y el gozo, el cual era como un destello en medio de su infortunio.

—¿Dónde está Ana?

—Supongo que en el bosque de Grondin.

—Pero me habéis dicho que se hallaba gravemente enferma.

Y al mismo tiempo que hablaba, contemplaba ansiosamente a Robineau.

—El señor Lotbinière me dijo que estaba mejor cuando salí de Quebec. No es que tema que pueda morir. Es...

Robineau apartó los ojos de David.

—¿Qué?

—Temo que cuando vea que no estáis en el señorío de St. Denis se vuelva para siempre al convento.

—¡Dios santo! —exclamó David con voz angustiada—. Si eso sucediera...

—Seguiríais viviendo como he vivido yo —interrumpióle Robineau en voz baja

—. Hace quince años las puertas del convento se cerraron detrás de una muchacha a quien yo amé tan tiernamente como vos amáis a Ana^[18]. Mil vidas que tuviera habría dado por deshacer lo que la movió a entrar en el convento. Todavía vivo, pero daría gustosamente lo que me queda de mi vida con tal de anular la parte que representé en la tragedia que puede convertir en monja a Ana St. Denis.

El cerebro de David fue invadido por cierto malestar. Sus manos se asieron al respaldo de su silla mientras contemplaba a Robineau, el cual, con sus últimas palabras, había disipado la alegría que invadiera el corazón de David al escuchar las primeras frases referentes amor de Ana.

—Pensaba participaros este temor, porque lo considero un merecido castigo, después de haberos marchado: habiendo recibido la carta de la señorita Lotbinière —siguió diciendo Robineau—. Por lo tanto, sólo puedo aconsejaros que volváis cuanto antes al señorío de Saint Denis. He venido dispuesto a hablaros francamente, a deciros la verdad. Temo que, a pesar de la precipitación con que regreséis, acaso sea demasiado tarde, pues ya en casa de la señorita Lotbinière, Ana expresó su deseo de volver a las Ursulinas. Lo que pueda haber ocurrido desde entonces, no lo sé. Pero de lo que sí estoy cierto es de que los Lotbinière estaban decididos a llevarla ante todo al bosque de Grondin. Antes de que podáis volver al Richelieu habrán transcurrido cinco meses, y durante ese tiempo pueden pasar muchas cosas.

David levantó la cabeza y quedó de espaldas a la mesa. La sangre había desaparecido de su rostro, que aparecía cubierto por mortal palidez. Robineau advirtió el poderoso esfuerzo que David estaba realizando, la rigidez de su cuerpo, el extraño fuego que se acumulaba lentamente en sus ojos, y, extendiendo su mano de nuevo, asió la de David.

—¿Iréis?

—Tan velozmente como mis fuerzas me permitan.

—¿Nada más queréis que os cuente?

—Si no se trata de Ana, no quiero saber nada más.

Los dedos de Robineau se crisparon.

—Necesito que escuchéis unas palabras más. Acaso todo sea una tontería mía, pero he jurado hueros esta confesión, pues ello desahogará mi conciencia. Yo fui uno de los principales instrumentos que empleó Bigot para perderos.

—Si Dios me devuelve a Ana, no me importa lo más mínimo lo que haya podido suceder —repuso David sin inmutarse.

—Es que yo contribuí a que vos perdierais a Ana.

—No —replicó David—. Todo lo que ocurrió no fue sino una prueba de que soy un hombre incapaz de soportar los momentos difíciles. Si perdí a Ana, fue por mi culpa, porque fui un loco, un ciego, un hombre que no se la merecía. La rechacé en el calabozo, creyendo que venía impulsada por la piedad y no por el amor. No me expliquéis qué papel representasteis en la comedia pues de sobra me recompensasteis viniendo a verme y a decirme lo que me habéis dicho.

Pero Robineau insistió:

—Es preciso que me escuchéis. No quiero explicaros de qué procedimientos se valió Bigot para vencer el orgullo de mi antiguo apellido. Solamente os diré que cuando llegasteis a Quebec ya sabía cuál iba a ser vuestro destino y que mi desesperación era tan completa, que seguí automáticamente las órdenes de mi amo. Os instruí, a pesar de que no ignoraba que el final de esa instrucción iba a ser la muerte. Tracé unos planos y unos mapas, y, al entregárselos a Bigot, me dijo que había hecho una consumada obra de arte, y que tales documentos serían hallados algún día entre vuestras ropas, acusándoos de traidor. Se gozaba en torturarme, creyendo que jamás podría rebelarme y volverme atrás. Sin embargo, no supe hasta última hora que su intención era robaros a Ana. Pero sabía cuándo os dirigiríais al bosque para cumplir la misión que Bigot os encargara y pude haberos advertido, pude haberos salvado. Y no hice nada hasta que advertí la trampa que Bigot había preparado para Ana. Entonces, despertó en mi alma el honor que Bigot juzgaba muerto. Salvé a Ana, y en la madrugada de aquella noche que vos la arrojasteis del calabozo, desafié a Talón. Todos estos actos me llenan de vanidad, pero no borran la huella de los otros y, siendo así, si lo deseáis, podéis matarme sin escrúpulos de conciencia alguna.

Las manos de David estrecharon fuertemente las de Robineau cuando hubo concluido de hablar.

—Si necesitáis mi perdón, os lo doy sin reservas de ninguna clase. Ahora soy yo el que me considero en deuda con vos, y si Dios quiere que la felicidad vuelva sobre mi camino, os querré más que a nadie en este mundo.

Y David se dirigió hacia la puerta y salió, sin que Robineau pronunciara una sola palabra.

A la madrugada siguiente advirtió David que frente al fuerte habíase reunido una nutrida multitud, cual si nuevos y sorprendentes acontecimientos se hubieran verificado. Y destacándose de la muchedumbre, Pedro corrió hacia él con tal expresión en el rostro, que David comprendió que iba a participarle grandes noticias.

—¿Has oído? —gritó.

—¿Qué? —preguntó David.

—De las regiones de los *mohawks* y de Albany ha llegado gente con nuevas de gran importancia. Los ingleses se dirigen al Richelieu y *sir* William Johnson avanza con cien mil indios a su espalda. Son el doble que nosotros... ¡y nos hallamos a cuatrocientas millas de distancia!

Capítulo XXVIII

ESTOS fueron los alarmantes informes que recibió Contrecoeur a la mañana siguiente a la derrota de Braddock. Con la marcha de sus indios victoriosos y teniendo unos cien soldados franceses tan solo, pues los canadienses habíanse marchado casi todos, vio que quedaba abierto al enemigo uno de los caminos más importantes de Nueva Francia. Su mayor temor era que Dunbar avanzara en sentido contrario al frente de hombres frescos para la lucha y, recogiendo los restos de las tropas de Braddock, emprendiera un ataque que había de ser fatal para Nueva Francia. Si hubiera sabido que sus enemigos estaban completamente desmoralizados y Braddock muerto, sus apuros hubieran sido menores.

Yendo más allá de lo que su autoridad le permitía, ordenó que ninguno de los guerrilleros del norte abandonara el fuerte. Aunque sus órdenes podían muy bien no haber sido atacadas por los Long Rifles, los cuales no habían jurado obediencia a los reglamentos y disposiciones militares, no se manifestó tendencia alguna a aprovechar tal libertad. Los luchadores de la selva habían venido a combatir, y ahora que los indios canadienses habían marchado y existía la posibilidad de una lucha entre hombres, decidieron quedarse, y muy satisfechos la mayoría de ellos. Este sentimiento, así como la orden de Contrecoeur, abarcó al pequeño ejército de Pedro, de modo que David, al decidirse a regresar al bosque de Grondin, sólo iba acompañado del Cazador Negro, Pedro Gagnon, Carbanac y Matagamos. Aunque Otros habitantes de la región del Richelieu les habrían acompañado gustosamente, debido a las noticias recibidas del país de los *mohawks*, Pedro Joel lo impidió declarando que una partida de cinco podían disimular su paso a través del corazón del territorio, mientras un grupo mayor veríase precisado a dar un gran rodeo y, seguramente, a combatir. Así, pues, protegidos por la obscuridad y sin que nadie más que Contrecoeur y Robineau lo supieran, salieron del fuerte Duquesne en la noche del 9 julio. Ninguno de ellos ocultó a sus compañeros la gravedad de la situación y los temores que el viaje les inspiraba. Pedro Joel, a quien incluso Matagamos reconocía en esta situación como jefe, expresó en breves palabras lo que estaba en la mente de todos.

—Jamás se han reunido tantos indios con fines guerreros en los dominios franceses e ingleses. Respecto a habilidad para el ataque por sorpresa, desprecio a la vida, y crueldad, nadie aventaja a los *mohawks*, los *oneidas* y los *senecas*. Si Dieskau los contiene, el peligro en las riadas norteñas será menor; pero aun entonces, ante la derrota inglesa, los cazadores de pericráneos se deslizarán rápidamente a través de la línea de defensa francesa, sin ser vistos ni oídos, y arrasarán nuestros indefensos

hogares. Ésa es la táctica de los indios. Todos habéis tenido ocasión de comprobarlo, pues son más de ciento ochenta los cueros cabelludos de mujeres y niños de que se han apoderado. Si Dieskau no lograra contener a los ingleses y los indígenas supieran que sus aliados habían salido victoriosos, entonces, que Dios proteja a Nueva Francia.

Su semblante expresó lo arraigado de sus convicciones, y la expresión del rostro de Matagamos, en la cintura del cual pendían siete pericráneos, era una confirmación de las palabras del Cazador Negro.

—Hay sus buenas seiscientas millas de aquí al bosque de Grondin, yendo por la frontera francesa, que es el camino más seguro —había dicho Pedro Joel—. Pero hay una anchísima barrera de lagos y pantanos que nosotros podremos salvar hundiéndonos en el corazón del país enemigo por el Sur y oeste del lago George.

Y esto es lo que la partida puso al acto en ejecución.

En el comienzo del largo viaje a través de la selva fue David el que hubo de soportar una carga de tristeza mayor, pues no confiaba en hallar a Ana en el señorío, como Robineau le había dicho, y no quería inquietar a Pedro manifestándole la posibilidad de que Nancy Lotbinière estuviera allí. En el fondo de su corazón llevaba una sensación de angustia más honda que la que pudieran ocasionar las recientes visiones de muerte y desastre. La muerte y sus horrores habían llegado a parecerle menos importantes que aquella sensación que minaba su alma, aquel algo que crecía en su interior y le devoraba, tanto despierto como dormido. A veces le parecía algo así como si aquella tristeza y desesperación llenara su cerebro de negros nubarrones de locura. La conciencia de su falta acrecentaba esta inquietud... su falta al haber pensado mal de Ana, al haberla atormentado con su imperdonable conducta aquella noche, en la prisión. De buen grado habría dado su propia vida si por medio de la muerte pudiera anular los actos y palabras con que había destruido lo que años de amor y de confianza habían edificado. De Bigot sólo pensaba que había sido un infeliz pigmeo cuyos esfuerzos se estrellaron contra el amor y la lealtad de Ana. Su propia debilidad y cobardía habían sido tan vergonzosas como los ardides de Bigot. Y su bochorno crecía a medida que iba pensando en aquélla cuya felicidad y confianza en él había destruido completamente.

Sin embargo, esta angustia era menor que el espanto que roía su corazón y su mente: el temor de que la profecía de Robineau se realizara y Ana llevase a cabo lo que prometiera hacer una tarde en la Colina del Sol si su amor le faltara algún día: recluirse para siempre en el convento. Nunca le había Ana ocultado aquella idea, que más de una vez le inspirara la hermana Ester y que estaba ungida por la gloria y santidad de una vida dedicada a Dios y a la Iglesia. Consagrarse a ser esposa de Jesús como tantas de sus amigas habían hecho, no sería en ella un acto inspirado solamente por la desesperanza desamor, sino un deber que cumpliría con el agrado y la decisión que sólo él pudiera refrenar en otro tiempo. Esto lo comprendía David ahora que una desnuda y torturante verdad fustigaba su alma. Le parecía que era la primera vez que le había asaltado el temor de perder a Ana por este medio y recordaba palabra por

palabra la carta en que la hermana Ester aconsejaba a su amada se entregara a Dios de por vida, carta leída aquella tarde de la narración sobre el córneo frasco en la Colina del Sol. A cada instante recordaba las inolvidables palabras de Ana, pronunciadas con voz suave y un nebuloso esplendor en los ojos: «Pero yo sólo me haré monja si tú me eres infiel, David».

Y lo había sido. Este pensamiento era el que golpeaba su cerebro constantemente, mientras, día por día, la pequeña partida se deslizaba con cautela a través de los bosques. Cada día era más profunda y dolorosa la expresión de su rostro y el sueño no era suficiente para borrar los indicios de pena y desesperanza que ya no podía ocultar a los ojos de Pedro Joel.

—Hallaremos a nuestra gente sana y salva —le decía el Cazador Negro, descubriendo tan sólo parte de los motivos de la expresión de David—. Ya estarán prevenidos en el Richelieu por si el ejército de Dieskau fracasa.

Era en vano que David luchara desesperadamente con la obsesión que se había apoderado de su mente. Luchaba por hallar una luz de esperanza para ser perdonado. Pero allí donde pretendía hallar la luz no encontraba sino una sombra más intensa, y finalmente, por causas que no lograba discernir, adquirió la plena convicción de que había sucedido lo que temía. Fue como si un susurro del viento, algo inmaterial procedente de Ana, hubiera llegado a él para decirle que, al haber perdido su amor y su fe, había tomado el velo de esposa de Cristo. Ya sabía que no estaba en el bosque de Grondin: desde casa de Nancy Lotbinière se había dirigido al claustro y no al Richelieu.

Afligido por este convencimiento, que parecía impuesto por el poder del Cielo, adoptó una actitud de tenaz e irreducible esfuerzo físico. Solicitó del Cazador que descansaran en períodos más cortos y que siguieran los más elevados y despejados caminos, aunque allí el peligro fuera mayor. Pedro Joel, con la gruñona aprobación de Matagamos, continuó buscando los más bajos y escondidos senderos.

Hacía calor. El sol canicular lucía en un cielo si nubes y quemaba como un ascua. Los pantanos, medio, secos, eran como líquidos hornos, pero cuyo fuego era insuficiente para destruir la multitud de insectos que día y noche hacían insoportable la vida en aquellos lugares. El esplendor y la belleza estaban neutralizados por la incomodidad. Los mosquitos y las moscas negras habían arrojado a los ciervos hacia las colinas y montañas; los zorros buscaban también las alturas; los conejos vivían en altiplanicies y mesetas, y hasta el oso pardo residía en las cumbres.

Los indios buscaban del mismo modo los cursos de las corrientes, de donde por las noches soplaba una gélida brisa, y las elevadas y bravías espesuras surcadas por antiguas sendas, a las que no llegaban los terribles insectos.

—Por eso, yendo por las sendas bajas nada debemos temer decía Pedro Joel constantemente para animar el espíritu de sus camaradas. Sin embargo, llegaron a no poder soportar las picaduras de los mosquitos y de las moscas, pues Carbanac tenía la cara hecha una llaga y a David y a Pedro no se les veía los ojos.

El Cazador Negro no escaló las alturas enemigas hasta que fue materialmente imposible continuar por las sendas bajas, y el avance era más lento ahora a causa de la precaución que habían de llevar. Las señales de gentes guerreras crecieron en torno de ellos. Provenían de una aldea india situada al borde de un lago, y Matagamos, tras un detenido espionaje, les informó de que en el caserío sólo había niños y mujeres. Vieron canoas y fuegos, y los *senecas* y los *mohawks* pasaron varias veces tan cerca de ellos, que únicamente la cautela y la astucia del Cazador Negro y Matagamos les libraron de ser descubiertos.

Una nueva desgracia se sumó a las muchas que agobiaban a David, el cual consideraba que bien se las merecía. Al trepar Carbanac a un peñasco, cuya solidez habían probado el Cazador Negro y Matagamos, se desprendió una piedra que cayó sobre David. Y la partida se detuvo, no prestando atención a las súplicas de David, el cual quería que le dejaran atrás con Matagamos y los demás se dirigieran a toda prisa hacia el Richelieu. Pero Pedro Gagnon y el Cazador Negro se opusieron terminantemente, y el tercer día, fue el viejo *delaware* el que salió solo hacia el bosque de Grondin. David respiró. Por si, casualmente, Ana estuviera allí, murmuró unas palabras al oído del viejo guerrero, y éste prometió recordarlas una a una para repetirlas ante Ana.

Avanzó el mes de agosto antes de que la rotura de la pierna le permitiera andar. Hasta septiembre no recobró del todo sus fuerzas y solo entonces pudieron llegar al camino seguro de la frontera francesa. Ahora iban más de prisa y sus corazones latían más ligeramente. Un mercader francés, con quien tropezaron, les dio la noticia de que Dieskau se dirigía hacia el lago George con un numeroso ejército que amenazaba aniquilar a los ingleses. El mercader venía de Montreal y dijo que a lo largo del Richelieu todo era paz y seguridad. Un creciente relampagueo de felicidad invadió los semblantes de Pedro Gagnon y del Cazador Negro. Y hasta Carbanac, quo se acercaba a los lugares de su tragedia y donde la Ley iba a ser para él una amenaza, se mostró contento y aliviado.

David compitió en exaltación con los demás. Su madre estaba a salvo y todas las gentes del Richelieu también. Sin embargo, aquel nuevo pensamiento no pudo disipar la idea que le obsesionaba acelerando su corazón, el cual estaba como sepultado bajo una pesada roca. Ya hacía muchos días que Matagamos llegara al bosque de Grondin, pero él tenía una certidumbre cada vez más profunda de que Ana estaba muy lejos de recibir su recado y de que se hallaba completamente perdida para él.

El día 8 de septiembre de 1755 fue gris. El cielo estaba lleno de nubes. Llovía y tronaba frecuentemente. Hacia el crepúsculo, el Cazador Negro se detuvo unas cuantas veces y escuchó con faz demudada algo que le parecía oír por el norte y el este.

—Parecen truenos —dijo Pedro Joel—. Sin embargo, podrían ser cañonazos.

Aquella noche el firmamento se aclaró. Lucieron las estrellas y sobre los bosques se vio el argentado disco de la luna llena. Toda la noche Pedro Joel estuvo despierto,

y mientras los demás dormían, él no quitaba la mirada del norte y del este. Poco antes del amanecer oyó un ruido que le era familiar y que sabía muy bien no era el retumbar de los truenos sobre la selva. Surgió tan de repente como desapareció. Cuando sus compañeros despertaron, había en sus ojos una nueva sombra. Sin vacilar volvió los ojos hacia aquella misma dirección en que los volviera la noche anterior, y David, ante este gesto, comprendió que algún secreto guardaba aquel hombre. Era mediodía cuando llegaron a una cima, donde reposaron. A sus pies vieron una laguna de poca profundidad y que podía ser atravesada de una pedrada por un fuerte brazo. Fue Pedro Joel el que primero advirtió lo que había allí, y de sus labios salió un mal reprimido grito que fue imitado por Carbanac. La laguna, desecada por el calor, aparecía cubierta de cadáveres. Los cuerpos muertos se veían en las márgenes y en el fondo. Algunos tenían sus pálidos y horribles rostros vueltos hacia el cielo. Ningún rumor, salvo el canto de algún pájaro y el ruido de una ardilla salvaje, rompía la lúgubre paz de aquel pantano de muerte^[19].

Ni una sola voz humana se mezclaba al murmullo del aire y al zumbido agudo de las abejas. Ni chasquidos de las ramas, ni gritos, ni estremecimientos de vida o quejidos de angustia. Sin embargo, la muerte había pasado por allí recientemente, tan recientemente, que el agua de las orillas del pantano estaba enrojecida por la sangre. El primero en bajar al espantoso escenario fue Pedro Joel. Alrededor de sus pies se veían huellas de pisadas recientes. Entonces se dieron cuenta los caminantes de que el azote rojo había pasado por allí con sus cuchillos de cercenar cueros cabelludos. Y, entre los muertos, no había ningún inglés.

No necesitaron hacer comentarios para enterarse del suceso. Aquellos que yacían en la laguna eran franceses y aliados de los franceses. Seres cuyo aspecto frío y gris acreditaba su procedencia de los señoríos, e indios semidesnudos, sin un *mohawk*, un *seneca* o un *oneida* que les acompañara.

Cuando volvió a la cumbre, Pedro Joel no pronunció una sola palabra, y sus labios se contrajeron al advertir los pálidos e inmóviles rostros de sus camaradas. Apenas llegaron a la espesura de la floresta, se detuvieron ante algo que se arrastraba lenta y penosamente. Era un hombre. Iba vestido de militar y llevaba el uniforme sucio y manchado de sangre. Tan espectral era de por sí su aparición que David no notó en un principio que le faltaba el cuero cabelludo. El Cazador Negro se arrodilló a su lado y le sostuvo en sus brazos mientras le daba de beber. Sus labios tenían ya la rigidez de la muerte. Para responder a sus preguntas, el moribundo pronunció palabras entrecortadas que apenas se entendían.

Dieskau había sido derrotado. Lo que había quedado de su gente se había lanzado a una desesperada fuga. Lo principal de la lucha había acontecido el día anterior, pocas horas antes de aquella matanza, la cual se había verificado la noche última. Él, el capitán Folson y Mac Gimis habían vuelto para contener a los indios. Habían sido sorprendidos en el pantano y sacrificados como ovejas. Fueron *mohawks* la mayoría... *senecas*... *oneidas*... A cientos se contaban. Hendrik, jefe de los

mohawks, había muerto y los suyos enloquecieron de sed de venganza. También Dieskau estaba herido y era prisionero del enemigo.

El herido hizo un heroico esfuerzo para decir algo más. Se había llevado la mano al bolsillo de la casaca, pero murió antes de poder pronunciar una sola palabra más. Pedro Joel buscó en el bolsillo del difunto y halló una carta dirigida a la señora Henri Bernac, de los Tres Ríos. Después, mientras David y Gagnon quedaban de guardia, el Cazador Negro y Carbanac cavaron una fosa superficial y enterraron el cadáver. Acto seguido, entre los cuatro rodaron una gran roca sobre aquel lugar.

Desde entonces no se cruzó una palabra más entre ellos, Sus corazones hallábanse oprimidos por el mismo pensamiento. Al haber sido derrotado Dieskau, quedaba el camino libre hacia el norte para las huestes rojas, y las partidas de guerreros salvajes corrían ante ellos hacia os aislados hogares de los exploradores. Pedro Joel pronunció repetidamente estas palabras de aviso. Las fuerzas francesas se concentrarían en Punta Corona y podrían atacar a los ingleses por retaguardia y aun vencerles. Pero no entonces: entonces era demasiado tarde. El momento era de los indios. Y pensaba en el Richelieu, y un horrendo cuadro se presentaba a sus ojos: bandas guerreras que operaban en medio de las tinieblas, inopinados ataques, la repentina palpitación de la tragedia bajo la paz de los cielos, hombres sorprendidos en medio del campo, mujeres en sus casas, niños en sus juegos. El golpe sobrevendría primeramente sobre el lejano término del lago Champlain, lugar que no estaría custodiado por tropa alguna. Aquél era siempre el procedimiento: un ataque feroz e inesperado, a raíz del cual el azote rojo se adueñaría de la selva con tal ímpetu que todo el poder de Francia y del Canadá sería insuficiente para expulsarlos.

El Cazador Negro corría de nuevo hacia la muerte como hacía muchos años, cuando caminara a través de los bosques con David al brazo y a su lado María Rock.

También era esta mujer la que le impulsaba a correr ahora, llamándole, pálida de terror, desde el lejano horizonte. Tan dramático era el momento, que el propio Carbanac, pese a su fortaleza, notó que crecía la debilidad de sus miembros. El Cazador Negro cogió a David del brazo y le ayudó en aquella acelerada marcha. Durante la noche no hicieron alto, porque ahora Pedro Joel conocía las escondidas sendas que conducían derechamente al norte. Entre el anochecer y la salida de la luna, se concedió un descanso a Pedro Gagnon y a Carbanac. Después, la caminata comenzó de nuevo. Salía entonces la luna, y continuaron caminando hasta que el astro desapareció por el oeste. El grisáceo amanecer sorprendió al Cazador Negro y a David fatigados, descoloridos y caminando afanosamente. Tras ellos, como fantasmas que hubieran rebasado el límite de la resistencia física, iban Gagnon y Carbanac. La carne se consumía sobre los huesos. Durante aquella jornada, los cercos de sus ojeras se profundizaron horriblemente. Sin embargo, ni una sola palabra de debilidad brotó de sus labios exangües. Con todo, cuando Pedro Joel marcó el nuevo descanso, Carbanac abatió la cabeza como un moribundo.

Durante tres horas durmieron; luego comieron y continuaron el camino. Los

rígidos miembros fueron puestos de nuevo en acción, y cuando llegó el nuevo crepúsculo, David sintió como si sus sentidos se hubieran petrificado. Gagnon no era el mismo, y el rostro de Carbanac tenía la apariencia de una máscara con las aletas de la nariz dilatadas por los constantes esfuerzos.

Ahora veía en el Cazador Negro el extraordinario personaje, ni fantástico ni real, que había sembrado el pánico en los bosques del señorío de St. Denis, pues sólo un superhombre podía permanecer en aquella actitud, a pesar de su extremado cansancio.

Pedro, por su parte, al contemplar a David, se preguntaba si aquél sería su amigo de siempre o un ser para él desconocido. Su rostro estaba surcado por profundas arrugas y los músculos de su cuello parecían a punto de romperse, tal era la tirantez que habían adquirido.

A medianoche volvieron a descansar en la cumbre de una montaña, desde donde podían mirar hacia el norte de la región del Richelieu. Gagnon y Carbanac durmieron tan profundamente como los muertos de la laguna que habían dejado a sus espaldas. David se esforzaba por mantenerse al lado del Cazador Negro para vigilar. Pasó una hora, dos, tres y casi cuatro. La luna desapareció y el mundo quedó bajo el manto de obscuridad que precedía al amanecer. Apenas se disiparon aquellas tinieblas, de los labios del Cazador Negro brotó un clamoroso grito.

David dio un salto y empuñó el fusil. Gagnon y Carbanac le siguieron, balanceándose como beodos y esforzándose por alejar el sueño de sus párpados. Pedro Joel estaba como petrificado. A algunas millas de distancia percibíase un rojo resplandor que iluminaba el cielo.

Era mediodía cuando llegaron a la cañada en la cual ardiera la gran hoguera. Tonteur, el aventurero, tenía allí su casa, y Tonteur había muerto. Fue hallado con la cara vuelta hacia arriba. Así dejaban los *mohawks* a sus víctimas cuando eran hombres. Si eran mujeres, tenían la cabeza vuelta hacia abajo. También había cadáveres de niños y mujeres en las inmediaciones de la choza de Tonteur. Las chozas de los labriegos estaban convertidas en montones de ceniza, así como la del aventurero, a la cual éste había dado en llamar castillo, y en aquel lugar recientemente atronado con los gritos de las mujeres y los niños, los gemidos de los moribundos y los aullidos triunfales de los salvajes sedientos de sangre, reinaba ahora un pavoroso silencio. La escena impresionó a David de tal modo, que sintió como si unos dedos oprimieran su garganta. Las mujeres estaban cubiertas con ropas de dormir. La muerte las había sorprendido en pleno reposo, y los hombres apenas habían tenido tiempo para empuñar las armas. Lo mismo que cuando se hallaran frente al pantano, no dispusieron ahora de tiempo para enterrar a tantos cadáveres.

Desembocaron en el Richelieu, entre el lago Champlain y el bosque de Grondin, al cual distinguieron apenas llegaron a la incendiada cabaña de Tonteur.

Pese a la extenuación y al relajamiento de sus miembros, Pedro no pudo evitar un estremecimiento de alegría.

El Cazador Negro había emprendido una cautelosa carrera sobre una pista que avanzaba entre las ruinas del castillo de Tonteur y los robles de la Colina del Sol.

Pasaron por la casita del viejo Pablo, donde, como todos los de aquellos contornos recordaban, había vivido el viejo y misterioso ermitaño del bosque, sólo por este nombre conocido, y lo hallaron tendido boca arriba, mientras su perro gruñía lastimeramente a su lado.

Por la mañana, cuando ya el sol calentaba los campos, oyeron los gritos de los pavos reales y el chirriar de las ardillas en aquellos bosques que los caminantes atravesaban como feroces y vengativas sombras.

En sus miradas, en sus sentidos y en su corazón danzaba la muerte.

El pecho de David era un volcán de ansias. Jamás había sentido un tan violento anhelo de matar y, con aquel anhelo, experimentaba la tentación de lanzar gritos que anunciaran su llegada. De todo cuanto se presentaba a sus ojos, sólo veía una cosa: las mujeres tendidas boca abajo y con los niños en los brazos. El rostro de su madre, con la cabellera suelta, tal como él lo había visto tantos veces, danzaba en su imaginación con los invisibles de estas otras mujeres que yacían boca abajo. Veía a Ana y a todos los niños conocidos, y un grito de angustia brotó de sus labios. El Cazador Negro, sorprendido, le vio adelantarse y ocupar su puesto de gula en aquella última etapa del viaje.

Llegaron a un claro del bosque, donde Henri Taschereau y sus dos hijos habían formado un hogar a su llegada de la isla de Montreal, y cuando en la familia era todo alegría y esperanza, el azote rojo segó aquellas tres vidas, dejando al padre tendido en el suelo y con un brazo alrededor de los hombros de cada uno de sus hijos.

Luego vieron la cascada adonde David llevara a Ana hacía mucho tiempo. Y después, el robusto tronco de un pino que se distinguía perfectamente en los días claros desde la cima de la Colina de Sol, y el rojo peñasco con su pareja de antiguas águilas, más viejas que sus mismos señores, y el bosque de castaños, donde los pavos reales eran tan numerosos, y el desfiladero donde David cazaba tan abundantemente.

Cuando, desfallecidos, llegaron a este punto, oyeron estampidos de rifles.

Fugazmente, las facciones del Cazador Negro adoptaron un gesto de gozo.

—Gracias a Dios —dijo—. No han hecho con Saint Denis lo que con Tonteur. Esos rifles son del bosque de Grondin.

De nuevo, David experimentó un instintivo deseo de anunciar a gritos su llegada. Corrían y descansaban andando. Los minutos les parecían horas, las millas docenas de leguas. Jamás habían recorrido distancias tan largas y ni una sola vez pensaron en la importancia que podía tener la pequeña partida comparada con el número abrumador del enemigo. Una amplia aspiración llenó el pecho de David y de los que le acompañaban. La muerte antes de que en el bosque de Grondin se repitieran las escenas del lugar de Tonteur.

Continuó el ruido de los disparos, y en la horrible calma que le siguió, el pánico se apoderó de sus almas.

Subieron a la Colina del Sol con respiración fatigosa y pasaron por el lugar donde, hada mucho tiempo, David explicara a Ana la procedencia del córneo frasco.

Se dirigieron al bosque de robles y avanzaron bordeándolo por aquel punto donde Ana dejara suelta su espléndida cabellera.

Llegaron a la pequeña depresión, con su arroyo y sus flores, donde oyeran la voz de la mujer del labrador que cantaba a la hora de la cena, y al ver las paredes de piedra de la casita, David ahogó un gemido. Sus ventanas y su puerta aparecían destrozadas, y a la entrada veíase a la cantora, con el cuerpo retorcido y tendidos los brazos como si buscasen al hombre que yacía media docena de pasos más allá.

De súbito, David lo comprendió todo: las casitas eran de piedra y no podían arder; por eso no se vio reflejo ni incendio alguno en el bosque de Grondin.

No vio ni una sola chimenea en el señorío que humeara.

De pronto, desde más allá del bosque de Grondin, llegó a ellos una algarabía que les heló la sangre en las venas: un tumulto de voces y aullidos salvajes, de gritos de triunfo que iluminaron repentinamente su comprensión, y a ello siguieron aislados tiros de rifles.

Más raudamente que los ciervos y con David muy cerca, el Cazador Negro pasó ante aquel lugar en que Bigot había visto a Ana por primera vez, cruzó los densos matorrales y remontó la senda. Al fin se hallaban en el más lejano extremo del bosque. Gagnon y Carbanac, como impelidos por el horror de la muerte, iban pisándoles los talones.

Pedro Joel asió vigorosamente el brazo de David y permaneció absorto y jadeante. Dijoles luego:

—¡Haced lo que yo haga o estamos perdidos!

Un velo de horror cubrió los ojos de David. Le pareció que había llegado demasiado tarde, al contemplar algo así como un carnavalesco desfile de demonios.

Capítulo XXIX

DE una sola mirada, mientras los salvajes gritaban frenéticamente, abarcó el lugar de ruina y de muerte que antes había sido el palacio de Grondin.

La casa parecía un gran cadáver. Sus ventanas estaban hechas añicos, sus puertas abatidas y alrededor del edificio se veían montones de escombros. La pesada puerta de caoba del molino de Fontbleu había desaparecido y todo él era como un cuerpo sin vida, pues en aquel punto donde antes estuviera la puerta ahora se veía, caída en el suelo, una enjuta y menuda figurilla cubierta con una casaca empolvada. Esto era todo lo que restaba de Fontbleu, el molinero.

Sobre él giraban las aspas como movidas por las manos de los espíritus, pues no soplaba viento alguno.

Sólo esto vio David, pues todo lo que había quedado con vida en el bosque de Grondin se había refugiado en la vieja iglesia de piedra.

Alrededor de este edificio, los salvajes se concentraban para realizar el asalto final. Pedro Joel empuñó el arma y resonaron dos o tres disparos, los cuales no denotaron sino la patética debilidad de la pequeña partida en comparación con las hordas rojas. Tras los disparos se oyeron los ruidos que los indios producían al golpear con gruesas maderas las puertas de hierro y de roble, y acto seguido, los gritos de júbilo al ver que las puertas comenzaban a ceder.

En estos segundos, David vivió años de tortura. Llegaban demasiado tarde. El palacio de Grondin estaba hecho una ruina y todo cuanto él amaba había desaparecido. Pues allí estarían en el trágico momento, tanto su madre como Ana, si es que ésta había regresado de Quebec. Su cerebro se entenebreció y el día le pareció que se llenaba de pronto de un rojo incendio. ¡Las mujeres de Tonteur! Las veía y, con éstas, a su madre y a Ana, yacentes y con el rostro vuelto hacia el suelo.

La voz del Cazador Negro volvió a dejarse oír, reteniendo sus manos.

—¡Espera! —le dijo—. No dispaes hasta que yo lo haga, y procuraremos disparar de forma que cada uno de nosotros matemos a uno de los indios de la puerta ¡Hemos llegado a tiempo, con el tiempo justo!

Lanzó un gran suspiro, echó hacia atrás la cabeza y un agudo grito salió de su garganta. Pedro Joel dejó de ser un hombre para convertirse en aquel negro y misterioso espíritu de los bosques mitad demonio, mitad ser humano; criatura de tinieblas y de mal agüero, sombra de muerte: el sobrehumano Cazador Negro de la superstición. Jamás había oído David aquel espantoso grito que comenzaba como un sollozante gemido e iba creciendo hasta llenar los espacios y estremecer la tierra, Los cientos de seres que lo oyeron, habrían jurado que el grito no era de bestia ni de

hombre, ni bramido de la selva, ni gemido de la corriente, sino más bien una voz de gigante, monstruo de los espacios, que comenzaba en un susurro, pasaba a ser alarido y terminaba como un quejumbroso suspiro en la lejanía. El hombre que lo lanzó no era ya Pedro Joel, sino el Cazador Negro de las cabañas incendiadas y de la muerte roja, la criatura enloquecida que vanamente buscara, a la luz de la luna, un rostro muerto y perdido.

Con los ojos desorbitados por el estrepitoso sonido, David advirtió en Pedro Joel aquella locura de que su madre le había hablado y por cuyos extraños y lúgubres alaridos hablase turbado el alma de Ana.

Pedro Joel había perdido otra vez el juicio que María Rock le había devuelto. Como un demonio de locura y de venganza, quedó inmóvil cuando su grito murió en la lejanía, y disparó su fusil. David le imitó apuntando al pecho de uno de los salvajes que estaban ante la puerta. También dispararon Carbanac y Pedro Gagnon, No podían errar, pues los salvajes, al oír el terrible grito del Cazador Negro, habían quedado petrificados.

Si hubiera sido de noche, ninguno de aquellos indios habría tenido valor para permanecer sin huir ante aquel grito que era para ellos el más temido de todos los que se oían en la selva.

—¡Volved a cargar! —exclamó David—. ¡Volved a cargar y disparad tan de prisa como podáis!

Pedro Joel vivía un día semejante, a aquel otro en que con una estaca había saciado su venganza sobre los asesinos de su mujer y de sus hijos, y, con alocada y rugiente furia, corrió hacia aquellos salvajes que habían venido a robarle a otra mujer amada: María Rock.

Los indios debieron entonces dispersarse horrorizados como hicieron en el valle Juanita, ante aquella misteriosa y terrible figura; pero, tras el inquietante espíritu de venganza, descendían hacia ellos tres hombres, hombres blancos de indudable realidad, y la vista de ellos disipó el terror que sentían.

David no veía ante sí sino la muerte, y con cien muertes se hubiera enfrentado antes de abandonar al Cazador Negro. La locura recorrió su encendida sangre, y a los gritos de Pedro Joel añadió los selváticos y maléficos aullidos que pugnaban por salir de sus labios desde millas atrás. A su lado corría una forma gigantesca: Carbanac, el cual hablase transformado en un monstruo y lanzaba bramidos que se asemejaban a los de una bestia. Una atmósfera de locura sacudía el bosque de Grondin. Lo que los ojos de los de la partida vislumbraron a través de las ventanas destrozadas y de las brechas abiertas en la iglesia jamás se volverá a ver, y durante años y años referían la hazaña de aquellos cuatro guerreros que pelearon con media nación de los *mohawks*.

Como Pedro Joel, los otros tres habían tirado sus fusiles y asido sus hachas por el extremo del mango, y sus enemigos se dispersaron con repentino espanto y horror. Sólo David pensó en sí mismo y en lo que tenía que hacer y, con la fuerza de diez hombres, blandía el hacha y, a cada hachazo, lanzaba un chillido tan salvaje y tan

terrible como el de Pedro Joel. Se enrojeció su hacha al hundirse hasta los hombros de un indio que se había lanzado a la fuga y aún la incrustó en el pecho de otro enemigo. No experimentó el menor miedo. Sólo sentía un sobrehumano esfuerzo de matar. Si también recibía golpes, no los sentía.

Sin embargo, no era más que un niño al lado del corpulento Carbanac. Porque Carbanac, de hombre vulgar, hombre menospreciado por una desvergonzada mujer se había convertido en magnífico dios. Sus rugidos resonaban triunfales con los chillidos del Cazador Negro. A su manera, daba cuchilladas a diestro y siniestro, brincando con furia de pantera, golpeando con eléctrica velocidad, invulnerable y despiadado, mientras su cabeza sobresalía de la altura de sus demás enemigos.

En defensa propia, los *mohawks* le rodearon disponiéndose para la lucha. A través de ellos pasó David y en seguida el Cazador Negro se situó a su lado y le pareció que el hacha en la mano del Cazador era una centella por la deslumbrante rapidez con que se movía. Ya no conocía al Cazador Negro. A través de la sangre que inundaba su rostro brillaba el alma agitada de un hombre que jamás había visto. Vio a Pedro peleando como un tigre. Estuvo dando hachazos hasta que se rompió el mortal anillo que rodeaba a Carbanac. Cuando el anillo se rompió, otra figura saltó al lado del gigante luchador, y entonces se dio cuenta David de por qué los *mohawks* habían retrocedido. Era Matagamos, con su hacha de combate, el que había saltado desde la destrozada puerta de la iglesia para tomar parte activa en el combate.

Durante un momento, David estuvo contemplando aquella puerta. El ataque de los *mohawks* habíala dejado en tal situación, que a través de sus brechas podían verse los pálidos rostros de las mujeres que habíanse refugiado en el interior del templo. En este instante el cerebro de David fue iluminado por un pensamiento cien veces más rápido que las palabras: «¿Dónde están los hombres del señorío?». Pues sólo oía gritos de mujeres y sólo femeninos eran los rostros que columbraba a través de la caída puerta. Después, el espacio que había entre él y las caras femeninas se llenó, y media docena de salvajes frenéticos y enloquecidos saltaron por el hueco de la puerta, pero no tan ligeramente como David. Colocóse delante de los indios y descargó tan furioso golpe en una de aquellas caras pintarrajeadas, que la faz quedó convertida en un borrón de sangre. También le hirieron. Hierros afilados cortaron su carne. La muerte se acercó a él en silencio, pero feroz y despiadadamente. Después, entre los agonizantes destellos del día, llegó a él un gemido de mujer, un gemido que tuvo la virtud de convertirle en cielo aquel infierno. Con aquel gemido iba su nombre:

—¡David, David, David!

Contempló después a Carbanac, el cual estaba luchando como jamás se había visto en las regiones del Richelieu. Tenía un cuchillo sepultado en el hombro y, sin embargo, se mantenía firme, luchaba y logró dar muerte al que le había asestado el golpe. Los *mohawks*, ante aquel espíritu diabólico, se desbandaron, mientras él les perseguía, lleno de sangre, pero inmune para la muerte. Huyeron y en su huida se encontraron con el Cazador Negro, el cual los exterminó. Otra vez el glorioso gemido

llegó a David:

—¡David, David, David!

Lejos de retenerle, le dio nuevos ánimos. Se confundía con el Cazador Negro. Su grito no era de furia, sino de triunfo. Los *mohawks* estaban vencidos. La causa de su derrota fue aquel supersticioso terror que se había apoderado de ellos. Sus enemigos eran diablos, diablos que era inútil tratar de destruir. Tantas bajas habían tenido, que tardarían una generación entera en cubrirlas.

Huyeron, huyeron perseguidos por Pedro Joel.

Carbanac hallábase en el centro de un grupo de seres descuartizados. Algo que había en su actitud atrajo a David, el cual se acercó a él. A los pies de Carbanac estaba Pedro, sin fuerzas para levantarse, pero sonriente a pesar de sus heridas. Y junto a él yacía Matagamos.

Carbanac, el hombre menospreciado por una mujer, gemía extrañamente. Sus ojos estaban desencajados y fijos, como si viera a aquella mujer ir hacia él desde el bosque, con los brazos extendidos. Y con los ojos que comenzaban a nublársele, David vio los grandes desgarros que mostraba el pecho de Carbanac y la terrible brecha que había abierto en su cabeza un hacha india.

Ésta era la actitud de Carbanac mientras los *mohawks* huían. De pronto, una sonrisa acudió a sus labios exangües y, soltando su enrojecida hacha, tendió los brazos hacia aquello que sólo sus ojos podían ver. A esto siguió un leve gemido, y sucumbió dulcemente, sin estridencias.

En este momento, la obscuridad se apoderó del alma de David, una obscuridad pesada e intensa que le produjo la sensación de descender lentamente a un abismo sin fondo. Pero, en su caída, llegó de nuevo a sus oídos la voz de Ana. Y la voz le perseguía y le envolvía, a veces como un sollozo y a veces como un suspiro, pero siempre acercándose y acercándose, hasta que le pareció que la voz resonaba en sus oídos. Y es que Ana, en el instante en que David se desvaneciera, había acudido a auxiliarle y le mantenía entre sus brazos sobre el montón de cuerpos yacentes.

Capítulo XXX

VACILANTE, en un sombrío valle que estaba tan próximo a la vida como a la muerte, David vivió muchos días sin tener conciencia del desastre ocurrido. Sin embargo, se daba cuenta de que Ana no se había separado un segundo de él, desde el instante en que cayera exánime, de modo que cuantos le rodeaban le creyeron muerto. Ni un solo momento, en aquellos días de dolor y en aquellas noches de angustia, el cuerpo de Ana se apartó de su lado. Y en los instantes brevísimos en que la luz volvía fugazmente a su cerebro era únicamente el rostro pálido de Ana lo que veía, pareciéndole que era la joven un ángel protector, y era su dulce y tierna voz que le llamaba lo que oía. Aquel privilegio de cuidar del maltrecho cuerpo de David y de orar a Dios por su salvación sólo lo compartía Ana con María Rock. Esta hallábase constantemente al lado del herido, sabiendo, en su corazón de madre que no conoce el egoísmo ni el temor, que, si alguien podía realizar el milagro de salvar a David, ese alguien era Ana.

Cuando la joven se quedaba a solas con él, besaba aquellas cicatrices que serían una eterna huella de la ignominia de Bigot, y, con lágrimas en los ojos, imploraba a Dios le perdonase por haber causado aquel mal. Aquellas huellas estaban más fuertemente grabadas en su alma que en el cuerpo de David las profundas heridas de las hachas de los *mohawks*. Él podría olvidarlas si viviera. Acaso desapareciesen de su cuerpo. Mas para Ana se convertirían en una cruz y siempre irían mezcladas con sus oraciones..., aun después de muerta, en la eternidad.

Sostenido constantemente por la dulce mano de Ana, la iba extrayendo del abismo sin fondo donde había caído, llegó al fin a lo más alto de la cima, y una mañana, al abrir los ojos al sol de las postrimerías del verano, aquel mismo sol que había sido testigo de su promesa hacía justamente un año en la Colina del Sol, vió a Ana, la Ana de otros tiempos, siempre tan espléndida, que jubilosamente pronunciaba su nombre.

Pasado el período del restablecimiento, David comprendió muchas cosas que en sus momentos de inconsciencia trataba inútilmente de descifrar. Pedro se acercó a verle con la faz despavorida y un brazo vendado. Le acompañaba Nancy Lotbinière. Fue Ana la que le explicó que sólo a Dios debían el haberse librado del primer ataque de los *mohawks*, pues cuando éstos llegaron, la mayoría de las mujeres y de los niños estaban ya en la iglesia. Desde ella pudo presenciar con Nancy la terrible lucha, primero a través de las hendiduras de la puerta, después por encima de ella, pues se

había desplomado.

Pero eran otras cosas más lúgubres las que anhelaba saber y supo por Pedro y el barón de St. Denis, el cual había envejecido y en cuyos ojos se advertía una sombra de profunda tristeza que jamás se disiparía. Carbanac había muerto. Matagamos había muerto. Y el anciano Fontbleu también. Además, habían perecido tres hombres, siete mujeres y cuatro niños. La mayor parte de los hombres, considerando sus hogares seguros, habían ido con Dieskau a combatir a los ingleses. En la iglesia, cuidadosamente guardados por el cura, había seis viejos fusiles, pero apenas medio frasco de pólvora y una veintena de balas. Apenas se había gastado como una cucharada de pólvora, cuando se oyó el grito del Cazador Negro en el extremo del bosque. Si llegan diez minutos más tarde, sólo hubieran hallado en el señorío silencio terrible de la muerte. Aún empalidecía el rostro del Barón al referir el milagro ocurrido en el palacio de Grondin. Aquella mañana del ataque, Ana estaba oprimida por el extraordinario malestar que la asaltaba desde su regreso de Quebec, y Nancy se hallaba con ella. Todos los demás, incluso los esclavos negros, se habían ido a la iglesia. En el último minuto, Ana se levantó del lecho y cruzó con Nancy la pradera. Dios debía de acompañarlas, pues apenas la puerta del templo se cerró tras ellas, los *mohawks* hicieron su irrupción en el bosque con la ferocidad de una manada de lobos.

El Cazador Negro se había marchado. Ningunos ojos le habían visto después de que se lanzara a perseguir a los salvajes por el interior de la selva. No había vuelto por el fusil que se dejara frente a la iglesia, y era tan completa su desaparición, que dijérase que se había abierto la tierra para tragárselo. Pedro y el Barón le habían buscado por todas partes donde, al parecer, era posible hallarlo. No había muerto. Cuando menos, sus huellas llegaban hasta más allá de los límites del señorío de St. Denis.

Sin embargo, David no podía creer que el Cazador Negro se hubiera marchado para siempre. Y Ana era de su misma opinión.

—No puede estar lejos. No puede irse antes de que Dios me haya dado la oportunidad de arrodillarme a sus plantas y pedirle perdón —le animaba Ana, pero en su voz había un temblor de amargura que empañaba su felicidad—. Dios no querrá que suceda eso. Le amo... le amo, y le he perjudicado más aún que a ti. Si ha muerto, como yo he contribuido a su muerte, el día del Juicio Final habré de responder de mis actos ante Dios.

David sólo consiguió detener algo que pugnaba por salir de su garganta, y tan cerca de Ana mantuvo los ojos, que la joven no pudo ver el resplandor que los animaba.

—Volverá dijo David.

Y en los días siguientes, repitió muchas veces estas palabras.

María Rock nada dijo, pero sus ojos delataban el sentir de su corazón, corazón en el cual reinaba ahora una desolación nunca sentida.

—La hora de nuestra tragedia ha llegado —díjole un día el barón de St. Denis

contemplando su abatida cabeza—. Pero aún queda en el mundo esplendor y felicidad... y acaso...

No continuó. En su corazón reinaba hacía tiempo cierta desesperanza. Si el Cazador Negro había muerto, el corazón de María Rock se iría con él y no sólo para un corto período, sino para siempre^[20].

Dijérase que la tragedia tanto tiempo temida por el Cazador Negro se había consumado y que las predicciones de esplendor y felicidad que hiciera St. Denis estuviesen muy próximas, pues los indios de William Johnson habían desertado y cerca de cuatro mil franceses hallábanse atrincherados al otro lado de Ticonderoga. Pese a las primeras carnicerías y derrotas francesas, corrió rápidamente por toda Nueva Francia el rumor de que el intento de los ingleses había constituido un fracaso, y de que jamás sus enemigos del Sur se aventurarían a dirigir de nuevo sus ataques al Richelieu.

Durante algún tiempo, la muerte tuvo tendido su manto de tristeza sobre el bosque de Grondin.

Pero a septiembre siguió un octubre esplendoroso, y aunque algunos de los que residían en el señorío de Saint Denis continuaban bajo el peso de una fría pesadumbre, la antigua vida volvía a su cauce de siempre. De nuevo elevábase el humo de las chimeneas de las casitas campestres donde las familias volvían a reunirse. Íbanse oyendo risas y, en el palacio de Grondin, hasta cantos, pues Ana, Nancy y María Rock hacían valientes esfuerzos por sepultar las señales del dolor bajo la alegría de vivir. La dicha y el infortunio iban de la mano, aunque de día en día la dicha iba siendo más fuerte y el infortunio se debilitaba. El canto de los pavos reales surgía de las arboledas en los ocasos y en los amaneceres. También al atardecer los perros volvían a corretear por las llanuras y los niños se dedicaban a sus juegos, olvidando con infantil facilidad la roja oleada que había pasado por aquellos amados bosques. Las florestas, gozando ante el arribo de la eterna paz, se revestían, tras las heladas nocturnas, de bermejos, dorados y amarillentos esplendores que las alfombraban en una extensión de millas y millas con ese arte sublime de que sólo Dios es capaz.

Las viejas aspas del molino reanudaron su canción, había en su voz algo que hacía suspirar a Ana y lanzar a David, de vez en cuando, gritos que ningún poder lograría contener. Solamente ellos podían escuchar la voz del anciano molinero en las aspas del molino, y sólo ellos advertían que el viejecito continuaba allí aunque invisible, y que sus manos espirituales trabajaban en el amado lugar como antes trabajaran con sus formas carnales y humanas.

Fontbleu, Carbanac y Matagamos fueron enterrados en la cumbre de la Colina del Sol, en aquel mismo sitio en que David había referido a Ana la historia del córneo frasco.

—Les he llevado allí dijo Ana a David porque es nuestro paraje sagrado y porque iremos muy a menudo a él en los años venideros.

Un hermoso día otoñal estuvieron al lado de las preciadas tumbas.

David hallábase ya casi totalmente restablecido y Ana, como en otros tiempos, llevaba el cabello trenzado. Se asemejaba de tal modo a la Ana de aquel día inolvidable, que David permaneció inmóvil contemplándola. Ana, al fin, extrajo de debajo de su chal un frasco de asta.

Y con voz temblorosa y la cabeza tan inclinada que David no pudo ver el brillo de sus lágrimas, dijo:

—David, soy exactamente igual y me hallo en el mismo sitio que la Ana de aquel día remoto e inolvidable. Llevo el mismo vestido, la misma cinta en mis cabellos, el mismo... —se detuvo porque se ahogaba— el mismo corazón.

Y, llevándose una mano al pecho, continuó:

—Y quiero oír de nuevo la historia del cuerno de pólvora, David, tal como me la referiste aquel día, exceptuando lo de la horrible lucha. Quiero que me hables nuevamente de las palabras que grabaste en el frasco del santuario con sus dos ángeles de rodillas y del muchacho que muy pronto ha de ser mi esposo, del paciente y desconsolado pescador.

Y David repitió la historia junto a las tumbas de Fontbleu, el molinero; de Carbanac, el hombre-dios, y de Matagamos, el *delaware*. Habló y habló frente a aquel inmenso mundo de gloria y esperanza que se extendía entre ellos.

Y mientras hablaba, un humilde animal subió por la pendiente y se detuvo como para escucharle. Era el perro vagabundo.



JAMES OLIVER CURWOOD, nació en Owosso en 1878. Dejó la escuela secundaria antes de graduarse, pero pasó el examen de ingreso a la Universidad de Michigan, donde se matriculó en el departamento de Inglés y estudió periodismo. Después de dos años, dejó la universidad para trabajar de reportero en el Detroit News-Tribune. En 1900, Curwood publicó su primer relato y pasaría a convertirse en uno de los escritores más populares de Estados Unidos de la década de 1920. En 1909 había ahorrado suficiente dinero para viajar a Canadá del noroeste donde comenzó a escribir novelas de aventuras sobre la región y se convirtió en un ferviente defensor de la naturaleza. El éxito de sus novelas le dio la oportunidad para volver a Yukón y Alaska durante varios meses cada año que le permitieron escribir más de treinta libros de este tipo. Curwood murió en 1927 de peritonitis, que se dice haber sido causada por una picadura de araña.

Como amigo de los animales, Curwood no se limita a observar a las bestias como lo haría un naturalista, sino que pone en juego recursos de psicólogo. Pocos como él conocen las costumbres y los hábitos de la innumerable fauna de los países septentrionales: los astutos castores, los hábiles zorros, los tenaces búhos, las circunspectas nutrias, los crueles armiños, los osos glotones están estudiados con amor en sus relatos y Curwood se complace en definir su inteligencia y en adivinar un sentido en su destino.

Entre sus obras más celebradas destacan *El valor del Capitán Plum* (1908), *Los buscadores de oro* (1909), *El valle de los hombres silenciosos* (1911), *Kazán, perro lobo* (1914), *El bosque en llamas* (1921), *El cazador negro* (1926) y *Las llanuras de*

Abraham (1928 póstuma). Al menos dieciocho películas se han basado o inspirado directamente por sus novelas, entre ellas *El Oso* (1988) dirigida por Jean-Jacques Annaud.

Notas

[1] Los *algonquinos* son uno de los grupos lingüísticos nativos de América del Norte más populosos y extendidos . Hoy, miles de personas se identifican con varios pueblos *algonquinos*. Históricamente, los pueblos fueron prominentes a lo largo de la costa atlántica y en el interior a lo largo del río San Lorenzo y alrededor de los Grandes Lagos. Esta agrupación consiste en los pueblos que hablan lenguas *algonquinas*. (N. del Ed.) <<

[2] Este señorío de Nicolás Saint Denis a orillas del río Richelieu no debe confundirse con el otro del mismo nombre situado al borde del San Lorenzo, más abajo de Quebec, ahora conocido por Saint Denis Bay. <<

[3] El río Richelieu, la ensangrentada «vía de agua» que corre entre el Canadá y las colonias inglesas y americanas, ha sido llamado de diferentes formas: San Juan, San Luis, Chambly y Sorel. <<

[4] Después de esquivar las vicisitudes del tiempo durante más de cien años, entre los efectos de madama de Longueuil fue hallada una carta escrita por la Madre María Boucher. «De las jóvenes ninfas de nuestro colegio —escribe la Madre María—, Ana St. Denis es la reina. Cuando la miro no puedo menos de pensar en la felicidad de los ángeles, a pesar de que su corazón y su pensamiento arden de vida y juventud. Desearla que jamás llegara el momento de cumplir con el deber de cortar su espléndida cabellera, que es su orgullo y también el nuestro. Estoy segura de que mis ojos se llenarían de lágrimas, pues Ana me ha demostrado perversamente que su belleza es tal, que modificarla sería una profanación. Agosto 1753. <<

[5] *haut monde*: nobleza; alta sociedad. (N. del Ed.) <<

[6] Washington, muy impetuoso a los veintidós años, a causa de su poco Juicio, fue batido y capturado por los franceses en Fuerte Indigencia en el año 1754. Ello constituyó un verdadero desastre para los ingleses, pues, al año siguiente, todas las tribus occidentales esgrimían sus escalpelos en favor de Francia. <<

[7] En este tiempo, Francisco Bigot estaba ya enredado en la conspiración que en 1759 hizo perder a Francia para siempre, su espléndido imperio en el Nuevo Mundo.

<<

[8] Las biografías de las Ursulinas nos demuestran que en aquella época, las jóvenes discípulas de quince a dieciséis años daban pruebas de una madurez de juicio y de una decisión de carácter que hoy nos extrañan hasta en las mujeres de veinticinco años. El fenómeno es inexplicable, pero hay que admitirlo. <<

[9] El marqués de Vaudreuil-Cavagnal de esta historia no debe ser confundido con otro marqués Vaudreuil anterior, que fue también Gobernador de Nueva Francia en 1705. <<

[10] Hoy, lo que ha quedado de estas antiguas bóvedas y calabozos, son su leyenda de misterio y de sangre, y el papel importante que fueron en la caída de un imperio, se utilizan como bodegas por la compañía Cervecería Boswell. <<

[11] Este notable duelo se verificó el día 1 de diciembre de 1764, en la inmediaciones del punto donde el Puente Dorchester deja hoy Paso al río San Carlos. <<

[12] Bigot tenía la costumbre de reunir por la noche aquellos consejos en que se discutían y planeaban los actos más corrompidos, tanto morales como políticos, los cuales habían de acarrear la ruina de la nación. <<

[13] Para castigo del cual, yo, en nombre del ley, mando que sea condenado a que se le rompan las piernas, los fémures, y la columna vertebral sobre el cadalso que será erigido para este fin en la plaza mercado de la ciudad, y a que luego le sea abierto el vientre, mientras permanezca con la cara vuelta hacía el Cielo, para dejarle así morir». De la sentencia de muerte de Juan Bautista Gover, ejecutado en Montreal el día 6 de junio de 1752, por orden del Procurador de Su Majestad. <<

[14] El general Braddock comunicó que a fines de junio de 1755, un singular personaje conocido con el nombre del Cazador Negro se había presentado a él con objeto de prevenirle de que se avecinaba para sus ejércitos un tremendo desastre. Así, pues, Pedro Joel, que preveía la tragedia, debía de hallarse cumpliendo tan humana misión cuando David llegó al señorío de St. Denis. <<

[15] Donde ahora se halla la ciudad de Pittsburg. <<

[16] *bocoyes*: Término procedente del francés *boucaut*, de origen germánico. Se trata de barriles de gran tamaño para envasar, utilizado habitualmente para el almacenamiento de bebidas alcohólicas. (N. del Ed.) <<

[17] «Estos gritos eran mucho más terribles que los que yo imaginé llenarían el infierno», escribió James Smith, un prisionero inglés en fuerte Duquesne y testigo presencial de la escena. <<

[18] Antoinette de Vitre, de la isla de Montreal. <<

[19] Conocido hoy con el nombre de El Pantano Sangriento, La fecha de su tragedia está allí esculpida sobre una piedra blanca. <<

[20] Los acontecimientos de la novela, al ser ajustados a la realidad, revisten a veces un tono nebuloso y sombrío. El Cazador Negro desapareció del señorío de St. Denis y desapareció del mundo. David no le volvió a ver. Pero en el año 1772, un extranjero que habíase retirado del mundo, al morir en el valle de Juanita, declaró ser el Cazador Negro, y fue enterrado al pie de la montaña que lleva su nombre. <<